QUINCHÍA

MEMORIA VIVA

JORGE ALBERTO URIBE FLÓREZ

“QUINCHÍA:
Memoria Viva”

Quinchía: Memoria Viva

© Jorge Alberto Uribe Flórez, 2026

Primera edición: 2026

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o Procedimiento, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Portada y contraportada: Diseño asistido por inteligencia artificial (IA).

ISBN: Obra independiente: 978-628-02-4105-0

Impreso en Colombia.

Dirección Nacional de Derecho de Autor
Ministerio del Interior

OFICINA DE REGISTRO

Libro - Tomo - Partida
10-1449-342
Fecha Registro
22-Jun-2026

CERTIFICADO DE REGISTRO OBRA LITERARIA INEDITA

1. DATOS DE LAS PERSONAS

AUTOR

Nombres y Apellidos	JORGE ALBERTO URIBE FLOREZ	**No de identificación CC**	9891534
Nacional de	COLOMBIA		
Dirección	MANZANA 23 CASA 22 VILLA DEL PRADO	**Ciudad:**	PEREIRA

2. DATOS DE LA OBRA

Título Original " QUINCHÍA: MEMORIA VIVA ".
Año de Creación 2026

CLASE DE OBRA	INEDITA
CARACTER DE LA OBRA	OBRA INDIVIDUAL
CARACTER DE LA OBRA	OBRA ORIGINARIA
AMBITO LITERARIO	INTERES GENERAL

3. OBSERVACIONES GENERALES DE LA OBRA

4. DATOS DEL SOLICITANTE

Nombres y Apellidos	JORGE ALBERTO URIBE FLOREZ	**No de Identificación C.C**	9891534
Nacional de	COLOMBIA	**Ciudad**	PEREIRA
Dirección	MANZANA 23 CASA 22 VILLA DEL PRADO	**Teléfono**	314 6697697
Correo electrónico	JORGEAUF@GMAIL.COM	**Medio Radicación**	REGISTRO EN LINEA
En representación de	EN NOMBRE PROPIO	**Radicación de entrada**	1-2026-69614

MAIRA ANDREA CERQUERA BRAN
JEFE OFICINA DE REGISTRO

Descargado a través de www.registroenlinea.gov.co, el 3 de Julio de 2026 a las 12:38:05

Nota: El derecho de autor protege exclusivamente la forma mediante la cual las ideas del autor son descritas, explicadas, ilustradas o incorporadas a las obras . No son objeto de protección las ideas contenidas en las obras literarias y artísticas, o el contenido ideológico o técnico de las obras científicas, ni su aprovechamiento industrial o comercial (artículo 7o. de la Decisión 351 de 1993).

“QUINCHÍA:
Memoria Viva”

Agradecimientos:

Diego Andrés Fabián Zárrate

José David Ibarra

Ricardo Vinasco M.

Jesús María López

Adriana largo

Fredy Patiño A.

Aidé Martínez Murillo

Omar González

Aracelly Guevara F.

Baltazar Emilio Trejos

Fotos casa de la cultura y amigos de facebook

Muchos amigos y amigas con quienes charle´.

DEDICATORIA

A mi pueblo de Quinchía, tierra de memoria, de historias y de silencios que aún hablan.

A los mayores que guardaron la palabra y la entregaron sin saber que estaban escribiendo historia.

A quienes caminaron estos caminos antes que nosotros, y a quienes vendrán después, para que no olviden de dónde vienen.

A mi familia, por ser raíz, compañía y motivo.

Y a todos aquellos que, sin saberlo, me confiaron sus recuerdos para que no se perdieran.

Porque este libro no es solo mío…
es de todos los que aún creen que la memoria también es una forma de permanecer.

PRÓLOGO

La memoria que camina con nosotros

Yo nací en una tierra donde el viento no solo sopla… también cuenta historias.

Crecí en Quinchía, entre cafetales verdes, caminos de herradura y silencios que hablan. Allí, donde la neblina se enreda en los árboles al amanecer y el frío baja desde los farallones como si trajera voces antiguas, aprendí que la memoria no está hecha de papel ni de tinta, sino de palabra viva: de lo que se dice, de lo que se repite, de lo que se siente.

En mi pueblo, las historias no se inventan… se heredan.

Se pasan de boca en boca como el tinto recién colado, como el consejo que dan las abuelas al oído, como el rezo que se dice en voz baja cuando el miedo se asoma. Son relatos que no necesitan libros para existir, porque viven en la gente, en los caminos, en las casas viejas y en los recuerdos que se niegan a morir.

Este libro no nace de la imaginación.

Nace del recuerdo.
De lo que escuché siendo niño, sentado junto al fogón.
De lo que viví en carne propia.
De lo que otros me confiaron, con esa condición silenciosa de que no se dejara perder.

Porque olvidar, en un pueblo como el nuestro, es una forma de desaparecer.

Aquí están los arrieros que abrieron caminos cuando no había mapas, guiándose por las estrellas y la intuición. Los guaqueros que escarbaron la tierra no solo en busca de oro, sino de respuestas. Las madres que curaban con rezos lo que la ciencia no alcanzaba a comprender. Los sobanderos que con sus manos devolvían el cuerpo a su lugar. Y también —porque sería mentira negarlo— los espantos.

Los que se sienten.
Los que se ven.
Los que se quedan.

Porque en Quinchía, la noche nunca ha estado completamente sola.

Aquí también está el miedo… pero no el miedo cobarde ni el miedo inventado. Es un miedo antiguo, casi sagrado. Un respeto profundo por el monte, por la oscuridad, por la muerte y por aquello que no tiene explicación pero que, aun así, se hace presente.

Es el miedo de no mirar atrás cuando lo llaman a uno por el nombre.
De no cruzar ciertos caminos después de cierta hora.
De no tocar lo que no debe tocarse… especialmente cuando el cuerpo está encendido.

Durante años he recogido estas historias como quien recoge granos de café: uno a uno, con paciencia, con cuidado, con respeto. Sabiendo que cada historia guarda una verdad, y que cada verdad pertenece a alguien que la vivió, la sufrió o la creyó.

Muchas me las contaron los viejos del pueblo, con esa forma pausada de hablar que obliga a escuchar.
Otras las vi de cerca.
Algunas me llegaron como llegan los secretos: en voz baja, sin testigos, con la advertencia de no contarlas a cualquiera.

No quise cambiarlas.
No quise adornarlas.
No quise suavizarlas.

Porque la memoria, cuando se acomoda, deja de ser memoria… y se vuelve cuento.

Y este libro no es un cuento.

Es un acto de resistencia.

Resistencia contra el olvido, contra el tiempo y contra la costumbre moderna de olvidar rápido. Porque hoy el mundo corre demasiado, y en esa prisa se están quedando atrás las historias, las creencias, los miedos y las formas de entender la vida que nos hicieron quienes somos.

Las nuevas generaciones ya no se sientan a escuchar.
Ya no preguntan por los caminos viejos.
Ya no creen en espantos.

Y tal vez no sea culpa de ellos… sino del silencio que hemos ido dejando.

Por eso escribo.

Para que estas historias no mueran conmigo.
Para que sigan caminando cuando yo ya no esté.
Para que alguien, en algún momento, abra este libro y sienta que no está leyendo… sino escuchando.

Escuchando un pueblo.
Escuchando una época.
Escuchando una forma de vivir.

Si al recorrer estas páginas usted siente un escalofrío, una risa inesperada, una nostalgia que aprieta o un silencio que pesa… entonces este libro habrá cumplido su propósito.

Porque estas no son solo historias.

Son huellas.
Son memoria.
Son vida.

Son la voz de un pueblo que se niega a desaparecer.

Jorge Alberto Uribe Flórez

INTRODUCCIÓN

Donde la memoria sigue respirando

Este no es un libro que se abre…
es un libro al que se entra.

Y al entrar, no se hace en silencio.

Se escucha primero el viento bajando desde las montañas, golpeando suave los cafetales, arrastrando voces que no se han ido. Se siente el olor a tierra húmeda, a leña encendida, a camino recién pisado. Se oyen pasos lejanos, risas de niños, murmullos de mayores que todavía conversan como si el tiempo no existiera.

Eso es Quinchía.

Un lugar donde la memoria no está guardada en archivos, sino viva en la palabra, en la costumbre, en lo que se repite sin darse cuenta porque siempre ha estado ahí.

Este libro nace de esa memoria.

No de la que se inventa, sino de la que se escucha.
No de la que se adorna, sino de la que se respeta.

Aquí cada relato tiene raíz.

Raíz en la infancia que corría libre por calles de polvo, donde jugar era una forma de aprender la vida.
Raíz en la escuela donde no había tantas herramientas, pero sí disciplina, carácter y respeto.
Raíz en las tradiciones donde la enfermedad se enfrentaba con saberes heredados, con manos que curaban y palabras que protegían.
Raíz en los espantos que no eran cuentos para asustar, sino advertencias del mundo invisible que siempre ha caminado junto al hombre.
Raíz en los hechos reales, duros, que marcaron generaciones y que aún hoy resuenan en la memoria colectiva.
Y raíz, también, en la historia de un pueblo que ha resistido, que ha sufrido, que ha cambiado… pero que no ha dejado de ser.

Este no es un libro lineal.

Es un tejido.

Un tejido de voces, de tiempos y de experiencias que se cruzan, se repiten, se contradicen y, al final, se sostienen unas a otras. Aquí conviven el miedo y la risa, la nostalgia y la crudeza, la tradición y el cambio.

Hay páginas que invitan a sonreír.
Otras que incomodan.
Algunas que hacen recordar.
Y otras que obligan a guardar silencio.

Porque la memoria no siempre es dulce.

Pero siempre es necesaria.

En estas páginas también está el paso del tiempo.

Está el antes y el ahora.
Está lo que se fue quedando atrás sin que nos diéramos cuenta.
Está la transformación de la familia, de la juventud, de la educación, de la vida misma.
Y está, sobre todo, la pregunta que atraviesa todo el libro:

¿Qué estamos dejando de ser?

Este libro no pretende juzgar.

Pretende mostrar.

Mostrar cómo se vivía, cómo se creía, cómo se sentía. Mostrar lo que se ha perdido, pero también lo que permanece. Mostrar que, a pesar del cambio, hay algo que sigue intacto: la esencia de un pueblo que se reconoce en su historia.

Porque un pueblo no se define solo por lo que tiene…
sino por lo que recuerda.

Y hoy, cuando el mundo avanza rápido, cuando las nuevas generaciones crecen sin escuchar muchas de estas historias, el riesgo no es solo cambiar.

El riesgo es olvidar.

Por eso este libro es, ante todo, un acto de resistencia.

Resistencia contra el olvido.
Contra el silencio.
Contra la idea de que lo vivido no importa.

Cada relato aquí escrito fue, en algún momento, una voz.
Una conversación.
Un recuerdo compartido al borde de una cocina, en una caminata, en una noche larga.

Hoy esas voces encuentran en estas páginas una forma de quedarse.

De seguir caminando.

De seguir diciendo quiénes fuimos… y quiénes somos.

Quien abra este libro no solo encontrará historias.

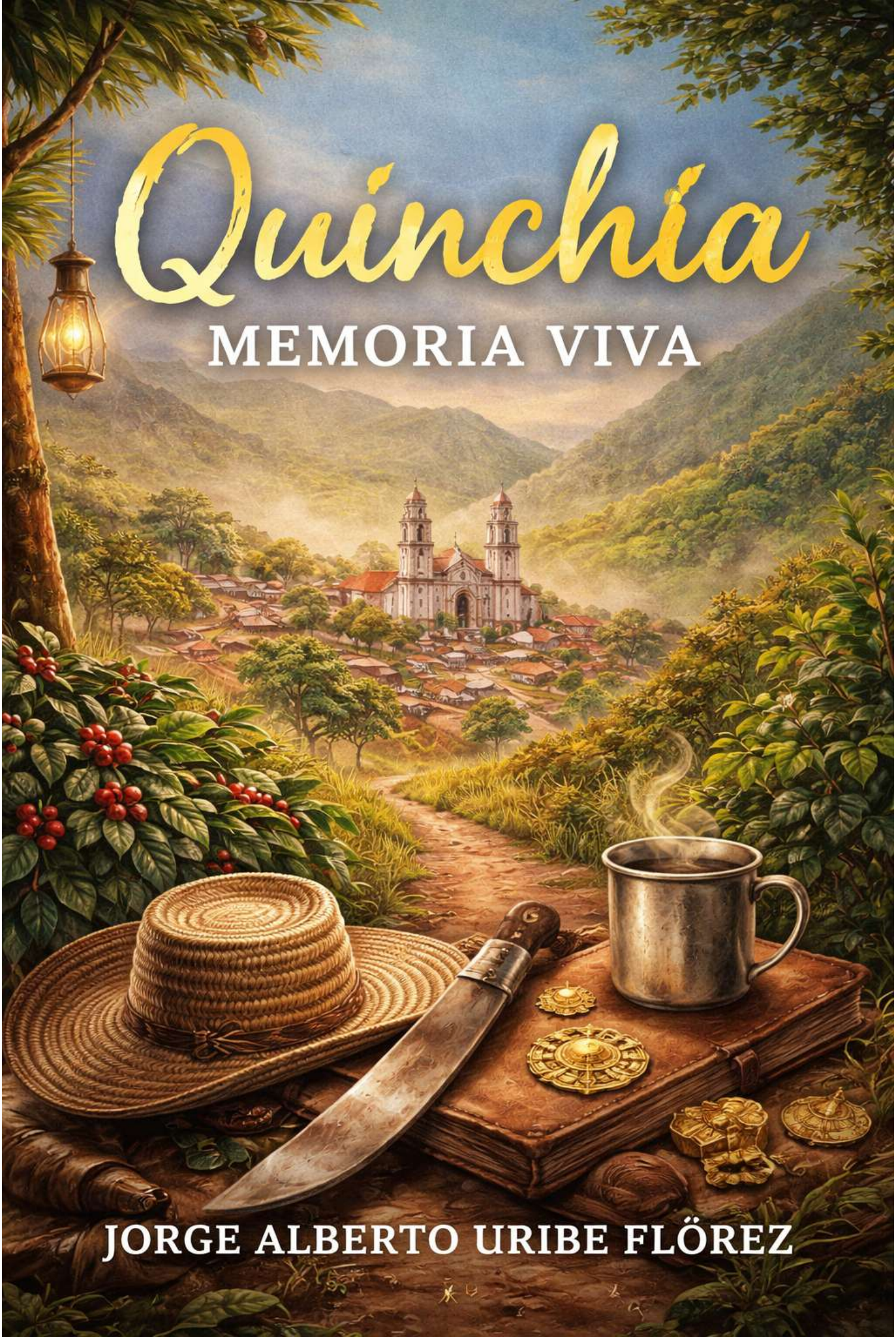
Encontrará un territorio.
Un tiempo.
Una forma de ver la vida.

Y si al avanzar por estas páginas siente que algo se le mueve por dentro, si una palabra le recuerda a alguien, si una historia le parece conocida, si un silencio le pesa… entonces habrá entendido lo esencial:

Que la memoria no está atrás.

La memoria camina con nosotros.

Y este libro…
es una forma de no dejarla morir.


Quinchía
MEMORIA VIVA
JORGE ALBERTO URIBE FLÓREZ

PARTE I: MEMORIA DE LA VIDA COTIDIANA

Quinchía: La Tierra Donde la Música No Muere

“¡No jodás, Jorge, si eso sí era beber!”
El río que nos llamaba”. Paseo al rio itálica.

El Amor de los Amigos No Lo Separa Nadie

Un día que quedó en la historia de Quinchía

La Noche del Fuego en el Puente Liberal

El Pacto de Leyton: Brujería, plomo y sombras en Quinchía

“Jugar era vivir: la infancia entre trompos, canicas y candelas”

La tarde que no debimos ir.

Cómo se consiguieron las casas en Quinchía en tiempos de violencia

La Tempestad de Gobia: El Lunes en que los Dioses Despertaron

Salvador Villada: el que soplaba el alma… y el susto
Así Eran las Redes Sociales Hace Muchísimos Años

Las Noches de Tulia Becerra: "La Cucaracha"

Crónica de un diciembre trágico en Quinchía

Crónica Jocosa de las Fiestas de la Villa de los Cerros 2025 — Edición Pa’ La Historia

La leyenda de Reinerio Zuluaga, el Gigante de Quinchía

De Antioquia a Quinchía: El Ánimo Moreta.

En honor a nuestro amigo: Fernando Uribe.

La Leyenda de los Cazadores de Imágenes

Leyenda de los Arrieros del Camino Viejo

Cuando la Calle Era Nuestra

Los Cucuyos de Quinchía

“Cuando hablar por teléfono era todo un espectáculo”
La Escuela Urbana de Niños: piso de madera y vida compartida
Crónica de una época dorada en Quinchía

PARTE II: TRADICIONES Y SABERES POPULARES

La Última Mirada de Don Cristóbal

El Secreto de las Ventosas de Doña Natividad

La Leyenda de las Orejas Calientes… y lo que me pasó esta semana

Las Parteras: manos que Dios besó y el pueblo nunca olvidó

Los Males Ocultos

El hielo del cementerio y otras creencias.

El Matadero: Donde la Sangre Sabía a Pueblo

La Noche de las Velas en el Cementerio San Andrés

Tradiciones Funerarias de Quinchía y sus Veredas

La Leyenda deshacer los pasos.

La Marcha de las Aves del Más Allá

El Festival de la Tapetusa, las Guitarreadas y los Niños en el Salón

“Lo que me contó mi abuelo Moisés en Juantapado y junto al trapiche”

Entre Lamentos, Mierda y Quebradas: Crónica de Gobia

El Duende del Pensil, la Marrana Fantasma y la Guaca de Doña Heroína.

La Guaduera Celosa

Carlos y la noche que lo marcó

La Quebrada Gobia

La Leyenda de la Muchacha de la Tienda y el Muerto Acusador

La veta que pide alma

PARTE III: LEYENDAS Y ESPANTOS

Leyenda del Camillero Invisible y los Caminos de Esperanza

La leyenda del muerto que nadie quiso cargar

El Arriero sin Cabeza

Relato de un viejo arriero de vereda

La noche que rumbaron las candelas

Óscar y la Noche de los Espantos

Leyenda del Cerro Batero (Cerro Carambá) y los Guardianes del Valle

La Cumbre y el Cacique de Oro.

El Enfrentamiento de la Montaña: La Pata del Diablo y los Dioses Antiguos. Otros la llaman: " la huella de Xixaraca ".

La Leyenda de las Rocas del Susurro Eterno

La Leyenda de la Piedra de Agua

La Leyenda de Opirama, los Tamaracas y el Tesoro del Cacique Ensenillal.

La Leyenda de Quinchía: El Pacto de los Dioses

La leyenda de las Lágrimas de Xixaraca

Los Ecos Subterráneos de la Fe – La gran leyenda del Templo San Andrés de Quinchía

La Maldición de los Mellizos de Chamburruca

La Viuda Alegre y los Secretos de Naranjal

La Maldición de Opirama y los Ecos de Guadualejo

PARTE IV: HISTORIAS REALES QUE PARECEN LEYENDA

A que ya no era de este mundo
Una leyenda del recodo en Quinchía

La Iglesia de los Espíritus del Fuego

La Luz del Cerro de Ginebra

La Guaca de las Palmas Ardientes -Leyenda de los cerros de Quinchía

La Maldición de la Antigua Alcaldía de Quinchía

La Llorona del Coliseo de Quinchía

La Serpiente de Oro de La Ciénaga

El Árbitro Sin Cabeza del Estadio Municipal

Las Risas del Bosque del Acueducto

La Leyenda del Niño del Puente de Pomesía

Relato del Celador del Matadero

La Viuda de Aguasclaras

La Casa Sobre la Piedra de Mápura

La Aparición del Perro Negro de Mápura

La Risotada de Sausagua

La Niña del Coliseo Municipal

La Ouija en Moreta

Los Guaduales Malditos de Quinchía

Juan Tranquilo y la Casa de las Tranquilas

Leyendas de las Voces del Colegio Nuestra señora de los Dolores.

Las Sombras del Hospital Nazareth

La Leyenda de Noé de Jesús y la Carmelona

Las Posesiones del Capitán Venganza y Leyton: Espíritus que no descansan en Quinchía

La bruja del techo de Irra y los fantasmas del voltiadero

La Leyenda del Entierro de Don Florentino Soto

El Viento de Santa Elena

“¿Por qué el niño no juega?”

Cuentos de la Vereda Insambrá

La Mujer Perfumada

Las Cruces del Cementerio Católico de Quinchía

El Carro Fantasma

La Última Ruta de Don Ovidio

El Charco de las Almas en Mápura

La leyenda de la niña de la quebrada bendita

Leyenda de Juan Tapao: El Minero Ambicioso de Quinchía.

Las Brujas del Yarumo y las Noches de Quinchía.

La Moto con Peso Atrás

PARTE V: HISTORIA Y VIOLENCIA DEL PUEBLO

El grito de dignidad cafetera de Jesús Antonio Guevara

Los Nombres Que No Se Borran

CUANDO LA MUERTE APRENDIÓ LOS CAMINOS DE QUINCHÍA

La tarde en que ser campesino organizado fue delito

PARTE VI: RELATOS DEL TERRITORIO

La Leyenda del Comandante del Lindero.

Cosas que pasaron en la política de Quinchía.

Otras Cosas que pasaron en la política de Quinchía.

Cosas que pasaron en la política de Quinchía

Las Voces de la Rebeldía (1972)

La Rebelión de los Ladrillos, las Trincheras de Carnicería y el Árbol del Granadillo (1978)

La Rebelión de las Rodillas y los Ojos Abiertos

La Señora de Moreta y la Pintada Fantasma

Cosas que pasaron en la política de Quinchía

El susto que le bajó la parranda a mi papá Jorge Alberto

Cuando el Partido Mandaba y la Ley se Llevaba al Cinto

Cuando los pájaros no eran aves y la tierra aprendió a resistir.

CAPITULO VII: Tiempos que cambiaron

Cuando el silencio reemplazó la palabra

Cuando aprender era cosa seria

Cuando la juventud tenía calle y palabra

Cuando el matrimonio era para toda la vida

PARTE I: MEMORIA DE LA VIDA COTIDIANA

Quinchía: La Tierra Donde la Música No Muere

Sentados en la banca del parque, como si el tiempo no tuviera afán, Ricardo Vinasco y yo nos pusimos a recordar la vida. La brisa traía el olor del café recién tostado y, entre sorbo y sorbo de conversa, empezaron a brotar las historias de nuestro Quinchía querido. Historias de música, de parrandas, de aquellos músicos que no necesitaban escenario para ser leyenda. Porque en Quinchía, la vida se canta, y los recuerdos siempre vienen con acordes de guitarra y tiple.

—Jorge, vos siempre me has dicho que los mejores momentos de tu Quinchía fueron en los años setenta… y te entiendo, porque no era para menos.

Aquellas reuniones familiares en Buenavista eran otra cosa. Se juntaban no por plata, sino por amistad, por el sancocho, por el aguardientico. Joaquín Castro les metía el alma a las canciones de Lucho Bowen, y Manuel, su hermano, era el que prefería las de Olimpo Cárdenas.

—Y Fernando, el primo, el más romántico —acotás vos, con esa sonrisa de quien recuerda con el alma—. Ese hombre con la guitarra era puro sentimiento, Ricardo.

Y tenés razón. Fernando le sacaba el alma a cada bolero, sobre todo a los de Julio Jaramillo y Óscar Agudelo. Pero el que les daba el toque especial a esas parrandas era Orlando Henao, el requintista de El Porvenir. Después se fue a Pereira y allá se convirtió en uno de los grandes del Páramo.

—Orlando sí logró lo que muchos buscaban —agregás—. Se metió entre los mejores serenateros de su tiempo.

Pero no todo fueron alegrías. Cómo olvidar la historia de Pompilio Melchor, ese amigo tuyo que perdió la vida por culpa de la ignorancia. Fue a llevar una serenata y los de la casa, creyendo que eran ladrones, le dispararon. Pompilio era de los grandes, exclusivo de Ondas Culturales, con su programa los sábados.

—Esa herida sigue abierta, Ricardo.

En la Cumbre había otro personaje: un violinista mocho de una mano, pero que apenas empezaba a tocar, hacía que todo el mundo se levantara a bailar. Porque en Quinchía, el violín era para la parranda, no para las salas de conciertos.

—Luisito Calvo, Milio Suárez, Ciro “Violín” de La Primavera —enumerás con orgullo—. Ellos sabían cómo hacer vibrar a la gente.

A este comentario creo que faltaron “Los Curveros” de Naranjal, quienes amenizaban festivales interpretando canciones de los Corraleros de Majagual, e

incluso se presentaban en las recordadas fiestas del carbón. Y los hijos de doña María Suárez, que vivían encima de la vereda de Las Cruces: Ricardo, Ancízar y sus hermanos. También don Juan Mapura, de la vereda La Loma.

Y en el requinto también teníamos a los grandes: Luis Ángel Tapasco, Gabriel Ladino, Salvador Ortiz, Ociel Vinasco… los que acompañaban a Joaquín y Manuel en las mejores serenatas.

El dueto La Rosa, don Arcesio y su esposa, eran más románticos, pero cuando se unían a Luisito Calvo, Milio en el tiple, David Trejos en la guitarra y don Carlos Restrepo en la lira, la fiesta se volvía inolvidable.

—En mi casa muchas veces se reunieron. Eso era otra cosa, Ricardo.

Y no podemos olvidar a Jorge Hernández, otro de esos músicos de antaño, que les metía el alma a las canciones del Caballero Gaucho. Cuando sonaban esas guitarras de Jorge, era imposible no sentir la nostalgia.

Y seguimos recordando: Pastor Bermúdez, Protasio Vinasco, Carlos Bernal con su bandola, Alcides Piedrahita en el tiple, William Morales en la guitarra. El “pasillo voliao” era su especialidad, porque no dejaban a nadie sentado.

—Y mi tío Ramón Marín, Blanca en la guitarra, Mario en el tiple, Asdrúbal en las maracas… en casa de don Neuridio las fiestas parecían carnavales —añadís.

De esa gallada, solo quedó Arley Blandón, que, aunque arrancó en la música, terminó de locutor en la emisora porque allá sí había salario.

—Los Guevara en La Primavera, los Manzo y los Suárez en Naranjal… todos de casta musical —me contás.

Faltó Humberto Molina, que con su hijo interpretan como dioses esos instrumentos. Lástima que en Quinchía no haya fotos de Luisito Calvo, ni de su hijo Alberto, que lleva tantos años tocando viento y cuerdas. Y cómo olvidar al mejor requinto de otrora, hoy postrado en una cama: Miguel Ladino, quien acompañó a Rodolfo Aicardi. Me le quito el sombrero.

Y en Juantapado, viviste de cerca todo el proceso de los Castro: Joaquín, Manuel, Fernando, junto a tus tíos William y Jorge Aníbal, que eran los que animaban las fiestas y llevaban serenatas.

—Ricardo, eso fue mi escuela. Verlos salir a tocar era como asistir a una misa quinchieña de verdad.

Hoy la tradición sigue. Luisito Vinasco con Argenis y Tuzarma mantienen vivas las serenatas, Gustavo Díaz con “Los Alegres Sensitivos” sigue alegrando veredas, y el hijo de Omar Batero de Súmera lidera su orquesta parrandera.

La Banda Sinfónica de Quinchía sigue siendo un semillero de talentos, de donde han salido artistas como Daniel Andrés Espinosa, uno de los mejores saxofonistas de la región, y Maira Mancera, quien hoy es orgullo internacional. Ella es una de las grandes representantes que nacieron de esa cantera musical y es reconocida como una de las mejores trompetistas de Colombia.

_ Otra gran exponente: Lina María Ibarra Cano, Intérpretes de Música Colombiana

—Y también está Marta Lucía Trejos, Ricardo. Una artista quinchieña que le ha dado identidad a nuestra música popular. No salió de la Banda Sinfónica, pero lleva la música de Quinchía en el alma.

—Y no podemos olvidar al artista de más talla que ha dado este pueblo, Ricardo: Luisito Muñoz, salido de las entrañas de Buenavista. Un exponente grande de la música popular, de esos que nacen con la música en la piel y se van al mundo a dejar en alto el nombre del pueblo.

En Naranjal, la Orquesta Los Suárez mantiene viva la herencia de sus ancestros. Herederos de esos músicos fundadores del corregimiento, siguen llevando la fiesta donde los llamen, sin perder la esencia.

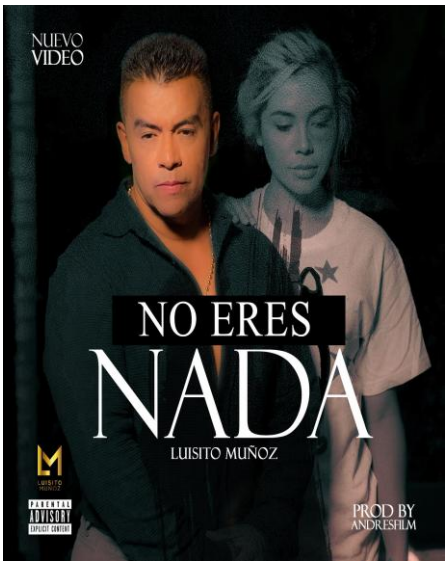
—Ricardo, Quinchía tiene música en la sangre. Aquí ser músico no es aprender, es heredar —rematás.

Y vos lo sabés, Jorge, porque lo has vivido desde niño. La música en Quinchía es como el aire, como el café… siempre ha estado y siempre estará.

—Mientras haya quien agarre un tiple o un violín en una esquina, Quinchía no morirá —me decís, cerrando los ojos como quien dicta sentencia con el corazón.

La tarde seguía cayendo, pero esa charla parecía no tener final. Porque cuando uno empieza a hablar de la música de Quinchía, el tiempo se vuelve puro recuerdo.

La mejor trompetista de Colombia es de Quinchia , el pueblo más lindo de Risaralda , con los mejores sitios turísticos y su raza llena de sangre musical .
Ella es Maira Alejandra Mancera Cárdenas.
Compartamos esta publicación para que sea vista por el mundo entero.



37 Años

QUINCHIA RISARALDA

UNID@S
¡Somos Más!
ABSALÓN TREJOS ARIAS - ALCALDE MUNICIPAL
CASA DE LA CULTURA
MUNICIPIO DE QUINCHÍA

QUINCHÍA
134 AÑOS

QUINCHÍA

QUINCHÍA
134 AÑOS
UNID@S
¡Somos Más!

DE EDAD. 29% VOL.

QUINCHÍA
134 AÑOS

ALCALDE MUNICIPAL

“¡No jodás, Jorge, si eso sí era beber!”
Crónica del trago en Quinchía contada por un viejo amigo

—Mire, Jorge, ahora la gente se asusta porque en Quinchía se toma trago… ¡pero eso no es nuevo!
Eso viene de atrás, cuando el diablo todavía tenía cola.

En los años setenta, cuando yo ya llevaba buen camino andado y usted apenas estaba empezando —en el año 72, allá en la cantina donde “Cocho”—, le digo con toda certeza: había más cantinas que tiendas. ¡Y todas llenas!

La primera que abría era la de don Salomón Muñoz, *“La chimbada del amigo”*, porque además de trago vendía un tinto pintadito con buñuelos que eran la gloria. Después se despabilaban el Café La Montaña de Ramón Marín, El Gallo de Oro de Lizardo Monsalve, el Café Luz de Gilberto Cano, y una que no podía faltar: **La Caleñita de Julio Melán**, famosa por el olor a café y madera nueva, las risas fuertes y mesas donde cabían hasta las penas.
“Barriga llena y trago en mano, el alma no pide más”, decía don Ramón entre risas.

A eso de las diez ya empezaban a vender aguardiente con naranja y Bretaña en copas culonas. ¡Eso era una ceremonia diaria! Y ahí sí comenzaban a abrir las cantinas de la galería, que usted mismo conoció bien, Jorge… algunas porque fue cliente, y otras porque trabajó como mesero o administrador.
¿Se acuerda?
• La de don Aníbal Guevara
• La de Cocho (donde usted empezó)
• La de Rodrigo Morales, que hoy es tienda de Miró
• La de Silvio Ibarra, cerquita de La Galicia
• La de don Gildardo Ocampo, frente a la Fiscalía
• La de Omar Manzo, frente a donde hoy es Aruba
• La de Ismael Calvo, donde ahora está Eutimio
• La de Chucho Ibarra, padre de Euclides, donde hoy es Apuestas
• La de Manuel Calvo
• La de Mapura, inconfundible
• Y, claro, La Caleñita de Julio Melán, donde hasta los callados terminaban hablando
• **La cantina La 40**, en la esquina donde hoy es Comfamiliar
• **La cantina de Guarumo**, en los bajos de la casa de don Elías Osorio, frente al colegio San Andrés

“Cantina abierta, corazón contento”, decía uno de esos viejos, porque apenas cerraba una, abría otra.

Después de mediodía venían las “pesadas”:
• El Taboga de Luis Sánchez

• El Candil de Nando Ríos —que quedaba donde hoy están los billares, en la antigua casa y almacén de don Aníbal Uribe—
• El Venecia
• El Virrey
• El Galerón del amigo Manzano
• El Dorado de Carlos Meza
• El Furatena de Barner Restrepo
• La Tropicana, donde iban los que se creían finos… pero como decía mi tío: "Con tragos en la cabeza, todos somos iguales".

Y cuando ya estaban echando a la gente, comenzaba lo bueno:
—¿Dónde seguimos? —preguntaban los más necios.

Ahí era donde uno decidía si seguirla… o portarse bien. Pero usted, Jorge, que era calmado pero curioso, sabe que muchos nos íbamos para el **Lavapié, donde Estela**. Allá sí se armaban buenas parrandas, y se encontraba uno con los Ibarra, los Tapasco de Quinchiaviejo, Jorge López, y gente seria de todas las veredas.

Otros más bravos se metían al **Recodo de doña María**, con personajes pesados como los Ocampo de Gonzalo, los Heredia de Insambrá, los Restrepo de Santa Cecilia, los Batero de Sumera y Omar Manzo de La Primavera.

Por la zona de tolerancia estaban los clásicos:
• Donde Tulia Becerra
• Donde Gazapera

Y por los lados de Junín se encontraban amanecederos como:
• Donde Gilabad (atendido por Rosita)
• Donde Anaora, abuela de los Saldarriaga
• Más adelante: "Palmer" y Edila, y "Marlen Bar"

En esa misma cuadra estaba la cantina de Diosdado López, el cuartico azul de Chalo Bustamante, **La Nevera de las Negritas**, y más arribita, en Galán, el bar de Alirio Giraldo, la **Casa Verde de doña María Quintero**, y el famoso **bar El Incendio**, de Marcos García.

¡El Incendio!... qué bien puesto el nombre, porque allá más de uno salió quemado… y no precisamente por el trago.

"Cuando el aguardiente habla, la razón se calla."

Las mesas se llenaban de licor, aguardiente y cerveza, y ¡ay del mesero que se pusiera a recoger las botellas antes de tiempo! Se perdía la platica, porque cuando iban a pagar, la cuenta se hacía contando lo que había en la mesa. Lo que se iba consumiendo, ahí debía quedarse —como testigo fiel de la parranda—, hasta que se sacara la cuenta.

Y curiosamente, como ahora, **las que más bebían eran las mujeres**, que no se quedaban atrás ni en copas ni en ánimo.

Eso sí, las peleas eran el pan de cada día, y ahí sí tocaba andar piloso, porque era el momento de rescatar los envases, antes de que volaran por los aires.

Y el **cuadre de los meseros**, Jorge, no era por propinas, que eso casi no se usaba. El cuadre eran los sobrados de la cerveza, porque la gente dejaba las botellas casi llenas. Eso sí, uno tenía que andar con ojo vivo, porque entre borrachos también se daban bromas pesadas. A veces, alguno se orinaba en una botella a medio llenar y la dejaban en la mesa, dizque para que el mesero la "reaprovechara".
¡Y qué problema cuando uno, sin saber, la volvía a vender! Eso era pleito seguro y vergüenza ajena. Por eso, más de uno aprendió a oler antes de servir, y si olía raro, **al suelo con esa botella antes de ganarse una trompada o una humillación**.

Ni qué hablar de diciembre… ¡eso se prendía desde el 23 y no paraba hasta el 2 o 3 de enero! Se le echaba aserrín al piso para aguantar el traqueteo de la bailadera, y al techo se le colgaban guirnaldas y faroles. Las calles también se adornaban con cintas y bombillitos de colores, y eso era una sola fiesta de noche y de día.

Pero había una regla de oro que todo cantinero conocía: **faltando cinco para las doce, las cuentas debían estar saldadas**, porque a esa hora todo el mundo se iba en estampida… y el que se quedaba, se hacía el loco para no pagar.

Y así fue como muchos de los que usted y yo conocimos, Jorge, terminaron mal: asesinados, por bravos, por orgullosos, o por andar donde no era.

Hace poco me decía un amigo que otro todavía está vivo porque pagó muchos años de cárcel… y no le tocó esa muerte que sí se llevó a tantos.
Y se me quedó mirando serio, y me soltó:
—¿Y Richi por qué estará vivo, si desde tan joven se metía en todos esos chóchales?

Yo me reí y le contesté con un refrán de los viejos:
"Dios cuida a los bobos, a los borrachos… y a los que saben cuándo irse."

2.000

El río que nos llamaba". Paseo al rio itálica.

Memoria viva del Churimo, el río Itálica y el Quinchía

Nace en mi ranchito un río que lleva consigo más que agua: lleva historias, juegos, amores, risas y también silencios profundos. Más abajo lo conocen como el río Itálica, y más abajo está la planta y el salto del burro. Luego, cuando sigue su curso serpenteando la montaña, se transforma en río Quinchía, pasa por Quinchía Viejo, Mapura, y finalmente se entrega, humilde y gastado, al abrazo del gran río Cauca.

Ese río fue testigo de los paseos de olla más auténticos que haya tenido Quinchía. En tiempos donde el reloj no mandaba y el camino se andaba con gusto, la gente salía caminando desde el pueblo hasta itálica. Era tan cerca que nadie se quejaba: el viaje era parte de la fiesta. Costal al hombro, olla al brazo, el plátano amarrado con cabuya y la ilusión colgando del pecho.

Se llegaba a la vereda itálica, a su rio y se hace un recorrido hasta el Churimo o al Salto del Burro ya en Quinchia viejo, como también le dicen. Allí el río abría sus brazos con una piedra en el centro y una calma que engañaba. Porque en medio de su belleza, también se escondían remolinos peligrosos y charcos traicioneros donde algunos, lamentablemente, se quedaron para siempre. Hay familias que aún guardan el dolor de esas ausencias, porque el río, como la vida, puede ser generoso y cruel al mismo tiempo.

Pero los días soleados no tenían miedo. La gente se reunía en grupo: familias enteras, estudiantes con sus compañeros, y más de uno que se volaba de clases para ir con su amor o sus amigos. No faltaba el que llegaba sin permiso, pero con ganas de sancocho. Sobre las piedras calientes se regaban cobijas, toallas, calzado desordenado, termos, radios de pilas y risas que se mezclaban con el canto del agua.

Los muchachos se lanzaban desde las peñas más altas, las niñas chapoteaban en las orillas y los mayores revolvían el sancocho en una olla negra, colocada sobre piedras y alimentada con leña recogida del monte. Todo olía a monte fresco, a leña viva, a vida compartida.

Y cómo olvidar los centavos cívicos de la escuela, aquellos lunes donde cada estudiante llevaba lo que podía, con la esperanza de que su grupo ganara. El premio no era otra cosa que un paseo al río. Bastaban unas monedas para soñar con una tarde entre amigos, zambullidas y cuentos que se repetían año tras año.

Ese río era grande, generoso, bullicioso. Hoy, solo crece en invierno, y aun así no alcanza el caudal de antaño. La deforestación, la toma del agua para acueductos, y el avance de ciertas plantaciones lo han ido secando. Ya no ruge, ya no brilla

como antes. Pero sigue ahí, silencioso, como si recordara con nostalgia los días en que el pueblo entero le hacía fiesta.

Aun así, si uno se detiene junto a sus orillas y cierra los ojos, puede escuchar los ecos de esa época. El chapoteo de los niños, el vapor del sancocho, los chistes de los abuelos, las promesas de los novios y la voz de algún maestro que gritaba desde la orilla: “¡Ya es hora de irnos!”.

El río que nos llamaba sigue ahí. Tal vez herido, tal vez cansado, pero con la memoria intacta de todo lo que fuimos. Y en su lecho, entre piedra y corriente, guarda nuestros secretos, nuestras carcajadas y las lágrimas que también supo recibir.

Porque ese río no fue solo agua: fue la infancia de un pueblo, el recreo de una comunidad y el alma líquida de Quinchía.

El Amor de los Amigos No Lo Separa Nadie

En Quinchía, como en todo pueblo bueno, siempre hay personajes que se vuelven leyenda, no por haber hecho grandes hazañas, sino por la forma de vivir la vida, de echar chanza y de irse ganando el aprecio —y a veces el veto— de la gente.

Uno de esos era Jairo Quintero, más conocido como “Careguante”, un tipo alegre, de lengua suelta, picaflor de cantina y dicharachero como él solo. Decían las viejas que era “más peligroso que burro en misa” y que donde Careguante aparecía, seguro había trago, risa y algún enredo.

Su alma gemela de andanzas era Héctor Palacio, buen muchacho, pero débil pa' las tentaciones. Era de esos a los que “les pegaban el vicio como calcomanía en cuaderno viejo”. Y claro, la familia Palacio, que era de respeto y misa los domingos, no veía con buenos ojos esa amistad. Les parecía que Careguante era “el diablo con sombrero”, y como quien dice, le prohibieron a Héctor andar con él.

Cierta tarde de esas que el sol pega duro y hasta las gallinas buscan sombra, Héctor se llenó de valor y se le confesó a su amigo:

—Jairo, hermano… no puedo seguir andando con usted… mi familia me lo prohibió.

Careguante lo miró con cara de “no me vengas con cuentos”, se rascó la cabeza y con la misma frescura de siempre, le contestó:

—Pues mijo, eso no es problema, no nos volvamos a juntar…

Pero como buen paisa que no se queda callado, antes de que Héctor soltara la lágrima, Jairo soltó otra de sus frases célebres:

—Aunque, le digo una cosa… se está perdiendo usted del mejor brindis de su vida.

Y como todo en este pueblo pasa entre picardía y cariño, Héctor no aguantó, lo miró de reojo y le soltó:

—No, Jairo, eso no es lo que yo quiero… por eso le propongo que nos sigamos viendo… pero al escondido.

Se sonrieron, se chocaron las manos y se juraron amistad eterna, así fuera en la trastienda de la cantina, detrás de la iglesia o en la mitad de la quebrada, porque como decía doña Isabel, la abuela de la esquina:

—“Lo que el amor de los amigos une, ni Dios Padre ni la suegra lo separan.”

Desde ese día, la historia de Héctor y Careguante quedó como leyenda de parranda y camaradería en las cantinas de Quinchía, y todavía los viejos la cuentan entre tragos de tapita blanca y partidas de billar:

—Vea, mijo, cuide sus amistades, pero eso sí, no deje de tomarse un guaro con el que le hace reír el alma, así le toque al escondido.

Un día que quedó en la historia de Quinchía

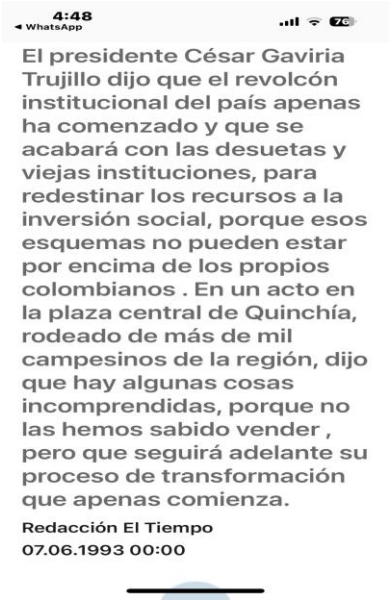
El 7 de junio de 1993, en pleno Día del Campesino, tuvimos el honor de recibir al presidente César Gaviria Trujillo en nuestro querido municipio. Ese día, bajo la administración del alcalde Mario Antonio Ibarra Arias y con el acompañamiento de líderes, campesinos y comitiva presidencial, vivimos una jornada inolvidable.

Yo tuve el privilegio de estar al frente de la logística desde el IMCREDE: entregamos refrigerios, se instaló por primera vez un sistema de sonido para actos públicos (con el apoyo de Alfonso Bermúdez desde Tesorería) y logramos emitir en directo desde nuestro canal local de televisión por primera vez, el camarógrafo fue Don Alberto López, operario del teatro municipal. La comisión presidencial llegó 15 días antes para coordinar todo, incluso construimos un kiosko en la plazuela que luego desmontamos.

Esa misma jornada se inauguraron el Centro de Acopio y la Casa Campesina, y realizamos un colorido desfile desde el estadio hasta el parque central. En la foto que conservo con aprecio, se ve al presidente, al alcalde Ibarra, a Ana Milena Muñoz Gómez, y una niña —hija de mi amigo Ricardo Vinasco— entregándole un obsequio al mandatario.

Entre otras inversiones, Ese día, como cosa curiosa trajeron 3 tractores, pero eran para la Virginia y se quedó 1, allá está en deshuesado en la empresa vial.

¡Una página viva de nuestra historia que merece ser recordada y compartida!



En la foto: Mario A Ibarra A, alcalde municipal; Luis Enrique Abad, Contralor Municipal; Consuelo Obando y la niña es la hija de Ricardo Vinasco.

La Noche del Fuego en el Puente Liberal

En los montes viejos de Quinchía y Anserma, cuando el viento sopla entre las hojas secas y el olor a caña quemada flota en el aire, hay quienes aseguran escuchar lamentos que cruzan el río Opiramá. Son las voces de los hombres que cayeron en una batalla no escrita, una guerra de machetes, palos y brasas, liderada por el legendario Capitán Venganza.

Corría el año de mil novecientos cincuenta y tantos, y la Violencia tenía las veredas calcinadas de miedo. Los conservadores de Anserma, con sus chulavitas, venían decididos a incendiar el caserío de Santa Elena. La orden era clara: “Borrar del mapa todo lo liberal.” Iban armados de rifles, machetes y odio.

Pero en estas tierras de hombres tercos y montañas traicioneras, había un nombre que resonaba más fuerte que el eco en los cañones: Medardo Trejos, el Capitán Venganza. Cuando le avisaron que los azules avanzaban por el sendero de Opiramá, reunió a sus hombres. Campesinos curtidos, jornaleros con las manos reventadas por el café y mineros que conocían las entrañas de la tierra. No tenían armas de fuego, pero sí machetes filosos, peinillas brillantes y el coraje de quien defiende su casa.

Sabían que pelear de frente era un suicidio, así que Medardo trazó su plan.

A la entrada del caserío, sobre el río, había un viejo puente de tablas, conocido como Puente Liberal, porque por allí solo pasaban liberales o valientes. Más allá, un cañaduzal seco, alto y espeso, servía de paso obligado antes de entrar a Santa Elena. Allí esperaron.

Cuando el enemigo llegó, cansado y confiado, los dejaron cruzar el puente. Los conservadores, creyéndose ya dueños de la vereda, se internaron en el cañaduzal. Fue entonces cuando Medardo, con su sombrero ancho y machete al cinto, dio la orden. Las teas encendidas volaron entre los tallos, y en segundos el fuego devoró la caña como si la misma tierra reclamara justicia.

Los gritos de los soldados azules se mezclaron con el crepitar de las llamas. Los gallinazos sobrevolaban anticipando su festín. Algunos intentaron salir, pero las cuadrillas de Medardo los esperaban en los claros, y allí, a filo de machete, terminó la avanzada conservadora.

Esa noche, el viento llevó el humo hasta Anserma, y cuentan que desde las ventanas se veía la brasa viva iluminando las montañas.

Ningún periódico narró aquella victoria. Ningún acta de guerra registró los nombres de los muertos. Solo los abuelos que vivieron para contarlo repiten que el Capitán Venganza salvó Santa Elena y su gente a punta de fuego y machete.

Desde entonces, dicen que cuando hay sequía y el viento del sur sopla, se siente un aroma a caña quemada en la quebrada El Salto, y que, en la madrugada, a

veces, se oye el machete de Medardo cortando el aire, recordando a los vivos que esa tierra se defiende con el alma.

Así se cuentan las cosas en Quinchía, tierra de memoria terca y fantasmas de guerra. Donde la historia oficial se olvida, pero la voz del monte nunca calla.

El Pacto de Leyton: Brujería, plomo y sombras en Quinchía

En los años oscuros de la violencia guerrillera que azotó la zona de Quinchía y los pueblos vecinos, había un nombre que se murmuraba con miedo en las cantinas, en los cafetales y en los rincones de las veredas: Jesús Berlahín Chiquito Becerra, mejor conocido como 'Leyton'. Era un comandante del EPL, curtido en monte, astuto y letal. Pero no solo lo temían por su capacidad militar, sino por algo más… algo que ni el plomo caliente ni los operativos nocturnos podían explicar.

Decían los viejos que Leyton tenía pacto con el Diablo. Que en Mistrató, unos indígenas le habían confeccionado un amuleto especial: una pequeña figura de madera negra, trenzada con pelo de animal y atada a un cordón de fique. Se la colgaba al cuello y aseguraba que, si aquel amuleto se calentaba sin razón, era porque la muerte rondaba cerca y era mejor salir de allí sin mirar atrás.

Más de un lugarteniente suyo lo corroboró después, cuando cayeron presos y contaron, en medio de celdas húmedas y noches de cárcel, cómo aquel hombre se les había escapado más de una vez transformado en animal. Unas veces en perro negro, otras en chucha o incluso en una enorme lechuza que cruzaba en la oscuridad cuando las balas zumbaban. Se decía que en Riosucio había un brujo al que Leyton iba a consultar cada vez que sentía que la soga se le estaba cerrando. Y esa versión no era solo cuento de cantina.

En un consejo de seguridad en 2006, con los jefes de Gaula Risaralda, Ejército y Policía sentados alrededor de una mesa de madera, alguien se atrevió a preguntarle al vidente que colaboraba con la fuerza pública si era cierto que Leyton se estaba protegiendo con brujería. El hombre, sin pestañear, dijo que sí, y que lo había visto hacía poco. Que, en su última visita, le había advertido:

— *"Tus días están contados, Leyton… y no hay diablo que te salve de lo que viene".*

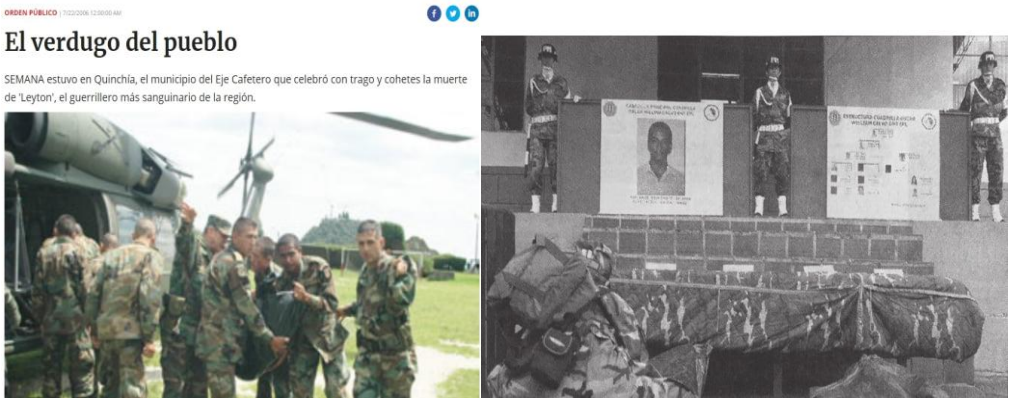
Y así fue. En uno de los últimos operativos que le montaron cerca a la vereda Morro, una información anónima —enviada en aquel entonces por fax al despacho del Fiscal de Quinchía— indicaba el sitio exacto donde Leyton pasaba la noche. Era un cambuche bien armado, con provisiones y una vieja hamaca colgada entre dos palos de guadua.

El Gaula llegó sigiloso, con la orden de acabar con él. Pero, como si el mismísimo diablo le hubiera avisado, Leyton había salido cinco minutos antes. Solo quedaron las huellas frescas en la tierra húmeda y el café caliente en una lata vieja.

No pasó mucho para que su destino se cumpliera. En otro operativo de seguimiento, efectivos del Gaula Risaralda lo abatieron en combate junto a otro de sus hombres. Dicen que, cuando lo requisaron, aún llevaba al cuello su amuleto.

Hoy, en los cafetales viejos y en los caminos polvorientos de Quinchía, todavía se murmura la historia del guerrillero brujo que desafiaba la muerte y a las balas, hasta que su hora llegó. Porque por más pacto o amuleto que se lleve, en este mundo nadie se escapa de su final.

Así son los relatos de mi tierra: medio verdad, medio misterio… pero todos con algo de cierto.



ORDEN PÚBLICO

El verdugo del pueblo

SEMANA estuvo en Quinchía, el municipio del Eje Cafetero que celebró con trago y cohetes la muerte de 'Leyton', el guerrillero más sanguinario de la región.

“Jugar era vivir: la infancia entre trompos, canicas y candelas”

“Valorar la propia cultura es la base del mejoramiento de la vida de una sociedad”. No es una frase de adorno: es la verdad de quienes fuimos niños cuando la tecnología no existía, cuando la calle era la consola y los amigos, el mejor videojuego.

Desde nuestros primeros pasos sentimos la necesidad de jugar, de integrarnos. Y lo hicimos con lo que teníamos: un palo de escoba, una media vieja, un tarro de café, una cuerda o simplemente el cuerpo y la risa. El juego no era solo entretenimiento, era aprendizaje, descarga emocional, ejercicio físico, socialización y expresión. Era escuela y familia al mismo tiempo.

Después de las tareas —porque primero era el cuaderno y luego la calle— nos lanzábamos con alma de exploradores a conquistar las aceras, los callejones y los solares. Éramos niños y niñas juntos, sin mayores reglas, mezclando inocencia y picardía, escondiéndonos con la niña que nos gustaba o desquitándonos con una “ponchada” del que nos caía mal.

Las calles eran verdaderas canchas de fútbol improvisado. En cada esquina alguien giraba su trompo, otro retaba con el yoyo, más allá un grupo saltaba la cuerda mientras otros jugaban al “stop”, al “pañuelo” o se ponían zancos con tarros. Los que teníamos suerte teníamos una cometa en agosto o una rueda colgando de un árbol a modo de columpio. Si alguien se torcía un tobillo, lo llevaban donde el sobandero, que con manos de hierro y rezos lo dejaba “como nuevo” ... aunque uno viera el diablo mientras lo sobaban.

Jugábamos a “la mamá y el papá”, a la visita, al té con tacitas de plástico o latas de sardina. Las niñas disfrazadas con tacones de la mamá y los niños cabalgando en su “caballito de palo” galopaban por el patio como si fueran jinetes. Había guerras de barrios con ganzúas hechas de pertrechos, y dolía cuando pegaban. Corríamos por todo el pueblo o jugábamos a “tocar y correr”. Las penitencias eran una forma lúdica de corregir errores, una pedagogía del juego: si perdías, te tocaba cantar, bailar o pedir permiso antes de sentarte.

Los juegos de aguinaldos en diciembre eran una fiesta entre empanadas, natilla y pesebres. Apostábamos una mogolla, una revista, una media. Y lo más serio era “dar la mano” y entrelazar los meñiques para hacer la apuesta válida. Aquel que perdía, debía oír el grito triunfal del otro: “¡Mis aguinaldos!”

Los domingos eran para ir a misa, como mandaba la tradición. Y entre semana, las escuelas organizaban romerías, con rosario, canto en latín y una solemnidad que hoy es rara. Por la noche, jugábamos a los espantos y escuchábamos historias de aparecidos a la luz de la caperuza, mientras las sombras bailaban en las paredes de bareque.

Jugábamos a todo. A “la lleva”, a “congelados”, al “pollito inglés”, a “el lobo está”, a “gallinita ciega”, al “gato y el ratón”, al “puente está quebrado”. Había que correr, esconderse, saltar, resistir. Con las chapas hacíamos carreras de ciclismo o partidos de fútbol, con fotos pegadas debajo para personalizarlas. Con canicas (o bolas de cristal) hacíamos hoyos en la tierra. Si jugábamos “yermis”, era una guerra a tapas, bates y ponchadas.

¿Y qué decir de los carros de balineras? Armados a pulso, madera y rodamientos, nos lanzábamos desde la parte alta del pueblo hasta la plazuela o la pesebrera de “Nando Díaz”. Éramos dueños del viento y la adrenalina.

¿Tecnología? No. Nuestra infancia era artesanal. El yaz, el triqui, el cubo mágico o el Hula-Hula eran los “juguetes sofisticados” de entonces. Si queríamos besos, no era por app, era con la botella besucona, girándola con nervios y risas. Y si queríamos adrenalina, subíamos a la cucaña, esa guadua enjabonada donde el que lograba el premio en la cima se convertía en héroe de la jornada.

Hoy los niños tienen pantallas. Nosotros tuvimos polvo, risa, raspaduras, cuentos, calle y complicidad. Jugábamos integrados, como familia, sin importar el apellido ni el estrato. Y aunque la nostalgia es “muy puñetera”, como dice un amigo, lo vivido nadie nos lo quita.

El día empezaba con una ronda o una cantinela:
—¡Arroz con leche me quiero casar…!
O con el reto cantado:
—¿Está el lobo? —No está. —¿Y a qué hora viene? —A las cinco y diez...
Y ahí salía el lobo a perseguirnos con la lengua afuera y los zapatos rotos.

Jugábamos al cucli cucli, donde uno quedaba como gallina sin plumas cuando no atinaba a esconderse bien. Con el uno, dos, tres pollitos ingleses, el que se movía quedaba “pillado como ladrón de gallinas”. En el gato y el ratón, todos corríamos como si la mamá fuera a repartir rejo.

Las niñas lideraban los juegos de golosa (o pata sola) con una piedrita, equilibrio de artista y brincos de gacela. Si uno metía el pie fuera del cuadro, gritaban: “¡patas chuecas, no sirve pa’ modelo!”. También eran maestras en el hula hula, moviendo la cintura como si tuvieran música por dentro, mientras los niños jugábamos trompo o apostábamos con canicas y tapas, dejando los nudillos pelados.

El que no tuvo su trompo bien encerado, que tire la primera piedra. Se le hacía punta con machete y cera de vela, y al lanzarlo había que decir: “¡ahí va la ruina!”. Las cajetillas eran como el casino de cartón de la calle: se ganaban o perdían con el viento y la puntería.

La pirinola giraba diciendo “toma uno, pon dos” y ahí se armaba la pelea: “¡cómo así que se llevó todo! —Es que así salió”. En los recreos, entre triquis, penitencias

y yermis, más de uno se iba castigado por pegar muy duro o por perder jugando a sacar arracachas… ese donde terminabas en el suelo como “trapo de cocina viejo”.

El juego del pañuelo era de velocidad y orgullo: si te ganaban, gritaban: “¡te gané como a bobo con fríO!” Y ni se diga del stop, donde uno tenía que decir países, frutas o colores al ritmo de gritos y empujones. El que se equivocaba, perdía punto y dignidad.

En fiestas del pueblo se armaban las carreras de encostalados, donde uno se caía antes de arrancar. O las de cucharas con huevo, que terminaban con la yema en el ombligo. En el juego de halar el lazo, dos equipos jalaban hasta quedar colorados, y el que soltaba primero era “más flojo que sopa de paquete”.

En veredas o calle arriba jugábamos al dar y no recibir (golpes en las manos, con cara de valiente) y al de hablar y no contestar, donde si respondías te sacaban como chivo expiatorio. Ni hablar de pajita en boca: si no la veías, te daban “palo verbal” por bobo.

Había días de fono mímica, donde agarrábamos el cepillo del pelo como micrófono y hacíamos de cuenta que éramos Leo Dan o Pastor López. También estaban los aguinaldos navideños como “sí y no”, “dar y recibir”, o “el beso robado”, donde más de uno sudaba frío.

Gallinas y zorros, el gato y el ratón, el puente está quebrado, pasa el rey, la candela o la silla… todos tenían su momento. Y en las tardes de sombra, la imaginación volaba con zancos de tarros, aros de bicicleta con alambre, carros de balineras, o simplemente jugando a ser lo que soñábamos ser.

Y si no había nada más, nos inventábamos un juego nuevo… porque en esa época no había plata, pero sí tiempo, calle, mañas, alegría… y mucha infancia.

Yo nací en los años 60. Y me siento afortunado. Porque fui de una generación que jugó con el cuerpo, el alma y el corazón.

JUEGOS INFANTILES TRADICIONALES

La tarde que no debimos ir.

Corría el año 2003 y estábamos sentados en la entrada de la vieja sede de la Alcaldía de Quinchía. Éramos varios amigos, conversando sobre todo y nada. Yo, para entonces, era Secretario de Gobierno y planeábamos hacer un recorrido desde El Callao hasta Aguasclaras, entregando material didáctico a las escuelas de las veredas.

En medio del plan, Arlex Ocampo, con la mirada seria, nos dijo que no iría. Según contó, un amigo clarividente le había advertido que ese viaje traía peligro. —*Si usted le cree, no vaya* —le respondimos, sin imaginar cuánta razón tenía. Arlex se subió a su camioneta roja y partió para Pereira. Nosotros, tercos y confiados, seguimos con el plan en la camioneta de la Umata, una Ford roja que habíamos conseguido a través de la oficina de estupefacientes.

El recorrido parecía tranquilo. Pasamos por El Callao, Irra, entregamos en Aguasalada y los últimos en Aguasclaras. Ya de regreso, subiendo hacia la vereda Santa María, cerca de los tanques del agua de los Mosquera, nos salió al paso un grupo armado.

Mi compañero Rusbel Hernández, a quien todos llamábamos Pirata, venía atrás de mí.
—*Eso es el Ejército* —me alcanzó a decir.
Pero al mirar bien, lo que vimos fueron los brazaletes del Bloque Central Bolívar de las Autodefensas.
Había motos, camionetas y hombres con fusiles al hombro. Nos rodearon y nos hicieron parar justo en el centro, mientras otros vehículos quedaban estacionados a un lado de la vía.

Pidieron documentos y empezaron a revisar un listado largo, escrito a mano. De nuestra camioneta, bajaron a Pirata. Uno de los armados nos soltó seco: —*Si lo sacaron… es por algo.*

A mí me requisaron y me quitaron un Handy pequeño, de esos primeros celulares rudimentarios que andábamos entonces. Nos ordenaron seguir la carretera muy despacio, con treinta hombres armados custodiándonos a lado y lado. El miedo nos calaba hasta los huesos, y lo peor eran los gritos, lamentos y golpes que escuchábamos a lo lejos. A Pirata lo tenían en algún lado… y sabíamos que nada podíamos hacer.

Al llegar al Corregimiento de Naranjal, junto a la panadería, vimos desde lejos cómo a Pirata y a otro señor —que trabajaba en la compra de café y que había caído también en manos de ellos— los tenían sentados en el suelo. Un amigo de la zona nos miró desde la esquina, con los ojos llenos de angustia. Minutos después, se escuchó la ráfaga seca de los fusiles. Los masacraron ahí mismo, sentados, sin darles tiempo de nada.

Era casi las seis de la tarde y aquella escena nos dejó helados. El ambiente era pesado, espeso, y solo queríamos salir vivos de allí.

Luego, entre los armados, alguien preguntó:
—*¿Quién era el del celular?*
Era yo. Me llamaron, me devolvieron a empujones y nos devolvieron el Handy.
Entonces nos insultaron y nos dejaron ir, advirtiendo: “Aquí no han visto nada”.

Cuando por fin los tipos se dispersaron, nos acercamos al lugar donde habían caído Pirata y el otro señor. Contra toda esperanza, Pirata aún tenía pulso. Lo subimos como pudimos a la camioneta y salimos disparados para el hospital, rezando, llorando, maldiciendo.

Pero ya era tarde. Tenía el cráneo abierto, los sesos expuestos, y aunque lo descargamos con vida en la puerta del hospital, no hubo nada que hacer. Murió ahí, entre nosotros, antes de que alguien pudiera atenderlo.

Tiempo después supimos que uno de los tipos que se había montado a nuestra camioneta era de ellos. Que por poco y termina de rematarnos en el camino. No lo hizo, no sé por qué.

Aquella tarde no debimos ir.

Unos días después, fui donde el clarividente. Y lo que me dijo me dejó más frío de lo que ya estaba, porque todo… absolutamente todo… salió siendo 100% cierto.

Y esta historia… continúa, pero es mejor contarla con un buen café o un tequilita en la mano.

Cómo se consiguieron las casas en Quinchía en tiempos de violencia

A principios del siglo XX, Quinchía era un municipio con alma anticlerical, rebelde contra los sermones de la iglesia que desde el púlpito le declaraban guerra al liberalismo. Fue también un territorio que se resistió a la colonización paisa, conservando su identidad caucana, esa que aún sobrevive en apellidos como Tapasco, Ladino, Guapacha y Vinasco.

En medio de ese ambiente de tensiones políticas, surgió la figura de Medardo Trejos Ladino, conocido como “Venganza”. Fue líder liberal, organizador de comandos en Naranjal, Irra y Buena Vista, y quien en su tiempo definía quién entraba y quién salía del poder local. Su nombre era respetado y temido por igual.

Cuando estalló la violencia política entre liberales y conservadores, en Quinchía los conservadores eran dueños de almacenes, comercios y poder económico, mientras los liberales eran jornaleros y campesinos que se organizaron en guerrillas para defender su territorio.
Y fue ahí cuando empezaron a aparecer, debajo de las puertas de las casas conservadoras, boletas de amenaza:
"Tiene plazo de tantos días para desocupar este pueblo."

Ante esa intimidación, muchas familias conservadoras se vieron obligadas a vender sus casas de afán para poder huir. Y ahí es donde entra la familia Tobón, quienes según me contaron desde que era niño, aprovecharon ese desespero para comprar propiedades a precios irrisorios. Los afectados, sabiendo que sus vidas estaban en riesgo, solo preguntaban:
— *¿Cuánto me da por esta casita?*

Cualquier plata servía para escapar, y así, la familia Tobón llegó a reunir más de 30 casas en el pueblo, muchas de ellas ubicadas en zonas importantes del centro. Fueron más de 30 familias desplazadas por amenazas políticas en aquellos años.

También contaban que otros vecinos ambiciosos aprovecharon para quedarse con lotes y casas usando amenazas disfrazadas de lealtad política.
El pueblo se fue vaciando de un sector y llenando de otro. Quinchía se transformó en fortín liberal, con guerrillas campesinas, sistemas de alerta con cachos y tacos para avisar de forasteros. Nadie dormía tranquilo. En las noches, decían los viejos, había vigilancia en todos los caminos porque se rumoraba que a Quinchía lo iban a quemar.

Esa parte de la historia nunca quedó escrita, pero me la contaron muchos mayores, entre tertulias y parrandas. Así se cambiaron las manos de las casas y los lotes, no con escrituras, sino con miedo y amenazas. Y aunque hoy poco se hable de ello, esa fue también una de las maneras en que se repartió la tierra y las propiedades en este pueblo.

Los personajes que hicieron historia en Quinchía

Los pueblos se recuerdan por sus montañas, sus fiestas y su gente. Pero hay un grupo de personas que van más allá de lo común: personajes inolvidables que marcan y marcaron generaciones enteras con sus ocurrencias, frases, gestos o formas de ser. Quinchía está lleno de esos recuerdos. Sus nombres se pronuncian con una sonrisa, una anécdota o, a veces, con un poco de temor por las travesuras y "sustos" que nos daban.

"Pata" y "Toca Toca"

El más recordado quizá sea Libardo Tapasco, mejor conocido como "Pata", inseparable de su hermano "Toca Toca". "Pata" tenía frases que se volvieron parte de la jerga popular: *"culo va piche"*, *"puta, puta"*, *"jueputa regalaculo"*, *"pucho a puta pucho"*. La frase de pata con la que asustaba al forastero que era godo fueputa

Me acuerdo cuando se escondía detrás de la madre Verónica para levantarle el manto… ¡eso sí era mucha risa! Pocas se salvaron de que les dijera "linda chu chu". Era el encargado de prender las luces del alumbrado público después de las seis de la tarde y también de quitar la publicidad del teatro de las películas, junto a "Toca Toca", para ganarse la moneda del pucho.

Si pasabas por su lado, podía escupirte o tirarte excremento porque su mano vivía acostumbrada a la parte trasera de su cuerpo. *"¡Puta, bobo!"*, eran de sus frases más comunes.

Era infaltable en los entierros: lo mismo acompañaba a familiares cercanos que a personas que apenas conocía. El cementerio fue casi su segundo hogar. Muchos guardan una historia difícil de olvidar: un día, en pleno parque, soltó un puño que casi les saca los pulmones… ¡qué oso pasaron! Otros recuerdan que "Pata" les tiró piedras o los "cagó" varias veces; una de esas me ocurrió un domingo mientras esperaba a la novia. Lo hizo en mi mano y el olor casi no se me quita.

Lelo y la loca Bimbo

Lelo solía meterse a las carnicerías para comer carne cruda, y si uno lo sorprendía, podía salir corriendo detrás con un cuchillo o un hueso en la mano.

La loca Bimbo, venida de Riosucio, tenía sus temporadas en las que nadie podía pasar cerca porque les tiraba piedras. Todos le corríamos. Era terrible y nos hacía huir como si la vida dependiera de ello. Cuando estaba tranquila, podía pasarse horas sentada en el parque mirando a la gente.

Cachona y Carmelita

Andrés Avelino Escobar, o simplemente “Cachona”, vivía con Carmelita en una pequeña casa cerca del hospital, en la curva. Carmelita era conocida por su frase: *“¡Ay mi nigüita!”*, mientras Cachona, con los años, se fue volviendo cada vez más bravo.

Las muchachas de entonces cruzaban de calle para no encontrárselo. Su temperamento explosivo, sus vulgaridades y sus insultos lo convirtieron en un personaje temido. Dicen que cuando se enojaba podía voltear mesas en cualquier negocio o hacer correr a los muchachos a punta de piedras.

Toño Verde y Rapidol

Otro nombre que no se olvida es el de Antonio Arce, a quien todos llamábamos “Toño Verde”. Su sola presencia era sinónimo de historias por contar.

Rapidol era conocido por andar siempre con un zurriago (látigo) en la mano. Tenía la manía de pegarle a cualquiera que se cruzara en su camino. Los más pequeños huían de él a toda velocidad… y no solo ellos, ¡todos nosotros!

Otros inolvidables

En la memoria también están, algunos todavía vivos: Chispún, Chispas, Chivomé, Misifú, Olimpo y Tuvino.

Uno de los gritos más recordados de nuestra infancia era el de Nando, el hijo de Luis Sánchez: *“¡Se murió Mirella!”*. Lo gritaba a todo pulmón y lograba que medio pueblo volteara a mirar.

Pedrito es de esos personajes que todos reconocemos a lo lejos, ya fuera por su forma de hablar o por sus anécdotas chistosas.

Pilatos, a quien siempre veíamos en la esquina vendiendo sus confites, era parte del paisaje diario.

Pinilla

Un ser especial que hacía mandados para Iván Vinasco, la Bruja y otras personas. Pinilla sufría ataques epilépticos, se lastimaba demasiado y nos daba miedo y tristeza. Los sustos que pegaba eran tremendos: se paraba sigilosamente detrás de uno y soltaba una carcajada que helaba la sangre. Pinilla, que en paz descanse, le descalabró la cabeza a más de uno.

Machetazo: Era bueno para tirar piedra, al igual que Cachona. Tenía fama de bravo y pocos se atrevían a enfrentarlo.

Lolito, por su parte, era inconfundible: todos sabían quién era y qué hacía en cada esquina.

La lista sigue con Florelba, Forcha y Pajita, cada uno con su manera particular de hacerse notar. Algunos eran más bromistas, otros más reservados, pero todos dejaron su sello en el pueblo.

Otros nombres de nuestra memoria

Julio “Mi Rey”, gran personaje, buen bebedor y “garitero”, se mantenía donde Caneco compartiendo juegos de azar con los amigos.

Natilla (Luis Aníbal Ibarra), conocido por ser enamorado.

Norato, personaje de buen caminado.

Tobías y Pereira, bien conocidos por su trato con la gente.

Mincho y el “Alcalde (Itálica)”, quien todavía vive, eran parte del paisaje humano.

Patrullo, siempre con su cachucha; si uno lo saludaba con un “¿Qué hubo, Patrulla?”, se ponía firme como un militar.

Pereira.

Omar el loco.

Toño Marín.

Pedro Popo.

Escalofrío, el “escolta” personal de la profe Nery Julio, hacía mandados, iba a misa y saludaba a todos.

Japonés, con su estilo exótico, cambiaba de peluca y recorría las calles con su música a todo volumen.

Rocío, que vive en Ensenillal y recibe lo que la gente le quiera dar.

Los Momos, inseparables en las cantinas de Goteras, llegaban a pie desde los medios.

Chavilo, que se mantenía en todos los negocios; la gente lo embriagaba y se hacía respetar como hincha del América.

Fátima, de Pomesía, que se mantiene por la alcaldía y deambula por el parque.

Roque, de la vieja guardia, bravo y de ruana, se decía que fue guardaespaldas del Capitán Venganza.

Pompilio, buen bebedor y goterero, muchas veces lo sacaban de los negocios.

Diablito, que recorría el pueblo en bicicleta de un extremo a otro.

Manubrio, en muletas, pedía cerveza y si no se la daban se enojaba.

Arturito, que antes se mantenía en una moto destartalada y ahora anda en bicicleta contando historias. También muy vuelo para tirar piedra.

Cacao, siempre lo recordamos cargando un costal con todo tipo de cosas.

Mango Biche, bravo como él solo, famoso por su frase: de ahí salió la frase: *“¡Adentro, Mango Biche!”*.

La Tata, canosa y greñuda, pedía más de lo que recibía.

Matamaleza, el carretillero incansable.

Rubiel, otro de los recordados, se mantenía en las calles buscando la manera de sobrevivir.

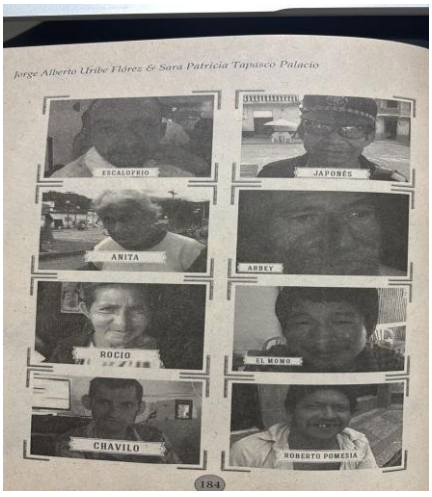
Un pueblo lleno de vida

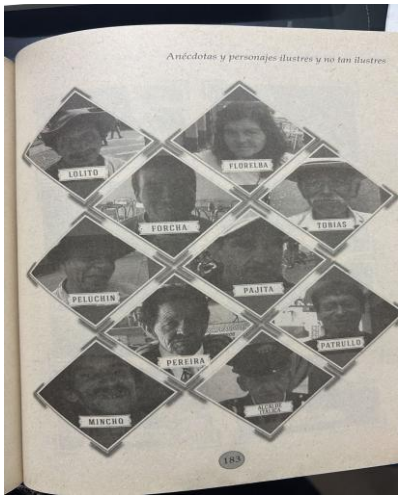
Las calles empedradas de Quinchía fueron el escenario de todos ellos. Algunos nos hicieron correr de miedo, otros nos sacaron carcajadas y más de uno nos regaló frases y recuerdos que hoy seguimos repitiendo.

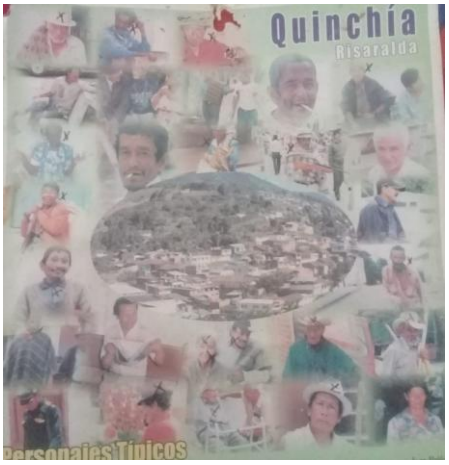
Quinchía ya no es el mismo, pero cada vez que recordamos a “Cachona”, a “Patacagada” o a cualquiera de estos nombres, sentimos que el pueblo sigue vivo en nuestras memorias. Porque un pueblo se construye con su gente, y estos personajes, con sus virtudes y defectos, le dieron identidad a nuestro terruño.

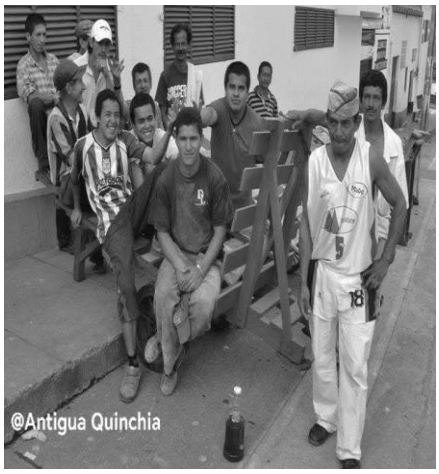
De esta lista de personajes inolvidables, algunos todavía caminan por las calles de Quinchía y nos saludan con la misma energía de siempre. Otros, lamentablemente, ya partieron, pero viven en el corazón del pueblo.

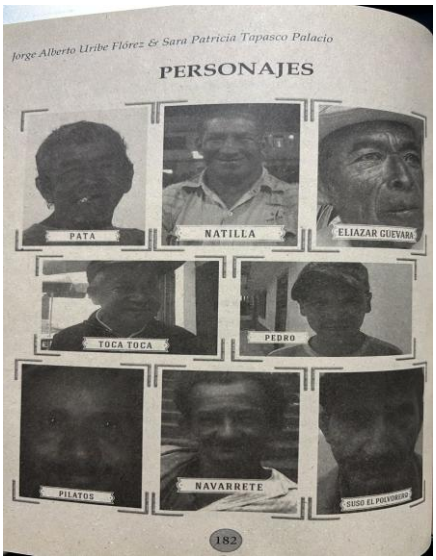
Esta crónica es un homenaje a todos ellos: a quienes siguen con nosotros y a quienes, desde el cielo, continúan siendo parte de nuestra historia.






Quinchía
Risaralda
Personajes Típicos


@Antigua Quinchia


Jorge Alberto Uribe Flórez & Sara Patricia Tapasco Palacio
PERSONAJES
PATA
NATILLA
ELIAZAR GUEVARA
TOCA TOCA
PEDRO
PILATOS
NAVARRETE
SUSO EL POLVORERO
182

Pilsen

La Tempestad de Gobia: El Lunes en que los Dioses Despertaron

Lunes festivo, 1° de mayo de 1989.

Ese día Quinchía amaneció con ambiente de fiesta. Como era costumbre en los festivos de pueblo, las familias se reunían, los amigos planeaban aventuras y las motos ya rugían desde temprano. Nos citamos en el parque principal, donde se armó un desfile improvisado. Entre los que salimos estaban Martica Tinoco, Iván Cano, Mirranga, Bola Roja, Tiberio Obando y otros amigos de toda la vida.

El plan: subir las motos hasta la cima del Cerro Gobia. Una locura que, para nosotros, era solo una muestra de valentía y pasión. Nadie imaginó entonces que ese lunes no terminaría como cualquier otro festivo.

Partimos entre risas, motores encendidos y gritos de ánimo. El cerro, silencioso, parecía observarnos. Al llegar a la falda de Gobia, comenzaron los intentos de trepar aquella mole de piedra y barro. Motores forzados, empujones, caídas y terquedad pura. Pero entonces, el ambiente cambió.

El cielo se oscureció. No era una simple nube gris de lluvia. Era una mancha negra que cubrió la montaña entera. El aire se volvió pesado, las hojas se agitaban sin viento. Cuando Iván Cano, temerario como pocos, logró meter su moto hasta la misma cima, un rayo cruzó el cielo y un trueno retumbó en todo Quinchía.

Y ahí empezó todo. Rayos y centellas bajaban a tierra, chisporroteando entre las ramas, y una granizada brutal cayó sin aviso. Las piedras de hielo golpeaban como si el cielo disparara con furia, y la lluvia se vino en baldados tan fuertes que formaron ríos improvisados cuesta abajo, arrastrando gente, piedras y motos.

Muchos recordamos cómo alguien arrancó una vieja cruz de madera que había en la cima, usándola como palanca. Se dice que fue en ese instante que los dioses de Gobia despertaron y desataron su ira. El cerro no quiso que su cima fuera profanada por motores ni soberbia.

Aquello no fue una tormenta cualquiera. Fue una batalla de rayos, centellas, truenos y granizo. La montaña tembló. Los rayos chisporroteaban a nuestros pies, los truenos parecían explotar en el pecho. Era como estar atrapado en un campo de batalla entre cielo y tierra.

Desde aquel lunes festivo, esa historia quedó marcada en la memoria de quienes estuvimos allí. Los viejos del pueblo dicen que no se debe desafiar a Gobia. Que hay lugares que se deben respetar y días en que la naturaleza cobra su tributo.

A los que vivimos aquella tempestad inolvidable, honor eterno. Y a los nuevos, respeto al cerro que aún guarda su memoria.

Salvador Villada: el que soplaba el alma… y el susto

En un rincón de Quinchía, cuando el gallo cantaba sin afán y las noches olían a leña y monte, vivía un hombre que no era del todo brujo, ni del todo santo…
pero que tenía poder sobre el cuerpo, la música y el alma.

Su nombre era Salvador Villada, aunque el pueblo entero lo conocía con una sola frase:

"¡Sople, Salvador!"

Y es que con su clarinete, sus yerbas, sus rezos y su aguardiente, soplaba vida, cura o espanto, según lo que se necesitara.

Curandero, brujo y soplador de espíritus

No era médico de bata, pero curaba con eficacia de monte.
Sabía del mal de ojo, del susto atravesado, del aire cruzado, de la tristeza enraizada y de esas cosas que no salen en los libros… pero sí en la piel.

Preparaba emplastos, brebajes y bebedizos con hojas recogidas cuando la luna estaba "gorda y callada".
Tenía una pieza oscura, donde vivía solo, llena de plantas colgadas del techo, amuletos, frascos con líquidos turbios, velones, calaveras de barro y telas con rezos escritos a mano.
Esa pieza, decían, olía a monte, a misterio y a aguardiente añejo.

Dicen que si alguien entraba allí con malas intenciones, salía hablando en lenguas o sin saber por dónde había llegado.

Milagros y maleficios

A Salvador lo buscaban para curar… pero también para amarrar, para despojar, y para "hacer justicia" cuando la justicia oficial no funcionaba.

Una vez curó a un niño que no hablaba desde hacía meses. Le dio tres tragos de aguardiente con ruda, escoba amarga y oraciones en latín, y el niño habló tanto que no lo callaron más.

Pero también, si alguien le pagaba con engaño o hablaba mal de él, le hacía un trabajito:
Un muñeco de cera, un alfiler, tierra de cementerio, una vela negra y un espejo al revés…

y el infortunado quedaba más perdido que turista sin sombrero en feria de pueblo.

La chirimía hechizada

Salvador no estaba solo. Tenía su grupo musical, una chirimía única, le decíamos :“ Salvador y sus muchachos “ y entre ellos, un personaje inolvidable: Cascarita.

Entre redoblantes, clarinetes y tiple, eran los dueños del ambiente, aunque también del aguardiente.

“Para tomar, eran cosa dura. Caneca sin fondo, uno tras otro, y nunca se caían.”

Cuando hacían los pregones de fiesta, el pueblo aportaba con cariño. Pero la verdad era que casi todo lo recaudado se les iba en trago.

“Era mejor darles la plata que el aguardiente. Así por lo menos alcanzaba pa’ pagar la pólvora.”

Pero cuando sonaban…
¡Ay, cuando sonaban!
Hasta el Santo Patrón parecía bajar de su nicho a bailarles.

Fútbol, fiesta y fe.

Y cuando jugaba la Selección Quinchía, con el estadio lleno hasta los árboles, y el partido en su punto más vibrante, Salvador aparecía.
No había altoparlante, ni corneta que emocionara más que su clarinete.

“¡Sople, Salvador!”, gritaba la tribuna.

Y él soplaba…
y con su música metía más goles que los delanteros.

Su muerte entre sombras

Pero el poder, cuando no se entiende, se teme.
Y la envidia, cuando se esconde, mata.

Una noche sin luna, cuando hasta los perros callaban, lo mataron por robarle el clarinete encantado.
Nadie supo quién. Nadie dijo nada.
Solo apareció su sombrero, su pieza cerrada… y un silencio extraño que envolvió al pueblo.

Desde entonces, el aire de Quinchía no volvió a sonar igual.

Lo que quedó de él…

Dicen que si caminas por la plaza y sientes una melodía lejana sin saber de dónde viene,
si te eriza la piel o se te revuelve el estómago sin motivo…

Es Salvador, que todavía anda soplando almas, curando penas… o asustando incrédulos.

Y cuidado con burlarse de él, porque quienes lo han hecho se les cae el pelo, se les corta el habla, o sueñan con gallinas negras por siete noches.

Yo también fui su paciente

Yo mismo —y no lo cuento por chisme, sino por memoria— una vez fui víctima de una migraña brava.
Nada me servía. Hasta el médico me dijo que era estrés, , me aplicaron hasta morfina, me acostaba con una almohada encima y no soportaba ni que tocaran la puerta y nada me servía.

Y mi tía Olga me soltó el consejo:
— ¡Voy donde Salvador! Si no se lo quita él, es porque ya se lo llevó el diablo.

El vino a mi casa de familia
Me miró con su ojo agudo, me olfateó el alma y me dijo:

— Estos emplastos son fuertes… le quitan el dolor, pero se le va a caer el pelo.

Me los puse.

Y me cumplió las dos.
Se fue el dolor… y también el pelo.

Desde entonces, cada vez que me miro al espejo, me río y digo:

— Esto no es calvicie. Esto es receta de Salvador.

El que no se fue

A Salvador uno no lo olvida.

Porque su alma está en cada chirimía, en cada pregón de fiesta, en cada susto inexplicable, y en cada cuento contado al atardecer.

No murió.
Se volvió viento.
Se volvió sombra.
Se volvió leyenda.

Y aún hoy…
cura, asusta… o enamora,
según lo que necesite el alma.

“Comparte, por favor… que esta leyenda no se borre jamás de la memoria.”

Así Eran las Redes Sociales Hace Muchísimos Años

Dicen los abuelos de Quinchía —y quien no lo crea, que pregunte— que hubo una noche tan oscura y temida que el viento se escondió entre los cafetales y ni los perros se atrevieron a ladrar.

Era un Viernes Santo de 1950, cuando la luna se negó a salir y las montañas se cubrieron de una bruma espesa. Desde Anserma, Guática y Riosucio, bajaban conservadores armados de machete, carabina y sed de sangre. Venían a borrar del mapa al pueblo liberal de Quinchía.

Un mozo, hijo de vereda, oyó los planes en Guática y montó a pelo una mula asustada. Cabalgó toda la noche entre trochas y quebradas, y cuando llegó al filo del cerro Gobia, sin aliento, pegó un grito que hizo temblar las hojas:

—¡Liberales de Quinchía, despierten! ¡La muerte viene bajando por Súmera, ¡El Tabor, Risaraldita y por El Cauca!

El eco repitió su llamado como un lamento.

Desde Sausaguá hasta Mápura, desde Moreta hasta Miracampos, los niños soltaron sus trompos y corrieron descalzos de rancho en rancho, gritando entre lágrimas:

—¡Que vienen machete en mano! ¡Que cuiden a los niños!

Las madres apagaron los fogones, escondieron a sus hijos bajo los catres, y los hombres buscaron los viejos machetes oxidados colgados tras las puertas.

En la escuela del caserío, don Fabián, el maestro, rompió el silencio de la Semana Santa tocando la campana de alarma.
Cada tañido se sentía como un golpe en el pecho.

Entonces apareció Aurelio “El Pregonero”, un viejo con sombrero de paño y voz de trueno, que solía anunciar las leyes y muertes en tiempos de calma. Esa noche, al escuchar el tañido, tomó su campana de mano, la hizo sonar con fuerza en la plaza, y a grito pelado repitió:

—¡A las armas, liberales! ¡Que no queden dormidos! ¡El enemigo viene bajando por El Tabor y Risaraldita!

Al mismo tiempo, en la loma de Batero, alguien hizo sonar un cuerno largo de toro, que solo se usaba para emergencias. Su sonido grave y prolongado retumbó por los cafetales, alertando hasta a los más rezagados. Aquel bramido antiguo era la señal que avisaba en las veredas que la desgracia andaba cerca.

Pero no fue lo único.

Desde la torre de la alcaldía, alguien soltó dos palomas mensajeras, entrenadas en Quinchía desde hacía años. Una voló hacia Irra y la otra hacia Santa Elena, con pequeños papeles atados a sus patas donde decían:

"El pueblo resiste. Envíen ayuda o adviertan a los otros caminos."

Eran las últimas palomas mensajeras vivas del pueblo, las mismas que en tiempos de feria avisaban nacimientos, victorias de cuadrillas y llegadas de forasteros. Aquella noche, cruzaron la neblina como dos sombras aladas llevando el clamor de un pueblo que se negaba a morir.

En la emisora local, cerrada a esa hora, don Edgardo Monroy llegó sudando y con voz quebrada abrió el micrófono:

—Atención pueblo de Quinchía… se acercan hombres armados… protejan a los suyos… que los hombres acudan a la plaza… machete y valor en mano…

Desde lo alto de la iglesia San Andrés, el altavoz viejo de la alcaldía, que chirriaba como alma en pena, lanzó un mensaje que heló la sangre de quien lo escuchó:

—No huyan. Defiendan su tierra. Las mujeres y los niños a resguardo. Los hombres al frente. Que la tierra de Quinchía no se manche con cobardía.

En Telecom, a las once y media, el telégrafo golpeó sin que nadie lo tocara. El operador, temblando, leyó el mensaje:

"Tres columnas armadas. Resístanse o desaparezcan."

La plaza se llenó de hombres con machete envainado en la cintura y antorchas encendidas. Las veredas respondieron con fogatas, gritos desde los filos, el sonido del cuerno, la campana de la escuela, y el vuelo de las palomas. Se podían ver las luces de las antorchas bajando por los caminos, como ojos de fuego.

Y entonces ocurrió.

Dicen que una niebla espesa, más densa que nunca, bajó de los altos del cerro Batero, cubrió la plaza y los caminos. Los conservadores se extraviaron en la oscuridad. Las mulas relinchaban, los perros aullaban, y los atacantes, desorientados, dieron la vuelta antes de llegar a Quinchía.

Al amanecer, solo quedaron las huellas frescas en los caminos de barro, las antorchas apagadas, el eco de los gritos de aquella noche, la campana colgando, el cuerno silenciado, y una paloma que regresó herida al campanario, con un papel mojado en su pata.

Desde entonces, se dice que en Quinchía nadie dormía tranquilo si suenan las campanas de noche, si un altavoz se enciende sin aviso, si un cuerno resuena entre la montaña o si desde el filo baja un grito atravesando la niebla. Porque esa fue la noche en que las voces, los niños corriendo, los pregoneros, el cuerno, las

palomas y los viejos machetes oxidados fueron la única red social que salvó al pueblo de desaparecer.

Así eran nuestras redes sociales hace muchísimos años.
Y quien no lo crea… que pregunte.

Las Noches de Tulia Becerra: "La Cucaracha"

Por los años cincuenta, sesenta y hasta bien entrados los ochenta, cuando Quinchía era más cafetal que cemento y las mulas valían más que un carro, había un sitio que todo el mundo conocía, pero del que nadie hablaba en voz alta: el negocio de Tulia Becerra, mejor conocida en el pueblo como “La Cucaracha”.

Decían que le habían puesto así porque nadie sabía cómo, pero siempre salía bien librada de los enredos, peleas y problemas que armaban en su negocio, y porque decían que *“así la pisaran, volvía y se paraba”*. Su negocio quedaba allá por La Unión, bajando por la polvorienta callejuela con casas viejas de bahareque y puertas de madera apolillada.

Era un lugar de faroles de carburo, paredes de tapia y un letrero improvisado que decía *“Aquí se vende trago”*. Pero todos sabían que allí se vendía algo más que aguardiente. Como decía la gente del pueblo: *“Donde hay trago, hay lengua suelta, y donde hay lengua suelta, hay mujer alegre”*.

A ese sitio llegaban pobres y ricos, arrieros que venían de Irra, comerciantes de Naranjal, mineros de Santa Elena, y hasta los señores encorbatados de la alcaldía que decían que *“iban de inspección”*. Era un lugar donde el partido político se quedaba colgado en la puerta y mandaba el aguardiente.

Pero lo curioso no era solo quiénes llegaban, sino quiénes terminaban allí. Se contaba en los corredores que muchas mujeres jóvenes, de buena familia o de apellido conocido, al cometer un desliz o quedar embarazadas sin matrimonio, eran sacadas de sus casas con la excusa de ir a servir a Manizales o Pereira. Pero no todas alcanzaban a irse tan lejos. A más de una, la familia la entregaba de una vez a negocios como el de Tulia, y a los pocos días ya estaba trabajando entre trago, música de vitrola y hombres alegres. Se decía en voz baja: *“A esa la sacaron pa’ tapar la vergüenza”*.

Así se llenaban las casas de lenocinio, no solo con mujeres pobres, sino también con muchachas que caían en desgracia ante una sociedad de doble moral. Como decía la vieja Martina, que vendía arepas en la plaza: *“Aquí el pecado lo pagan las hijas, no los hombres”*.

En el negocio de La Cucaracha, las noches se armaban de música de vitrola, copas de aguardiente y risas que se perdían en la madrugada. Allí se hacían tratos de ganado, se acordaban negocios de café, se cerraban peleas políticas y se tejían amores prohibidos. Era, como decían los arrieros: *“La oficina sin paredes”*.

Y había una cosa que nadie olvidaba de ese lugar: allá todo el mundo era *“mijo”*. No importaba si uno era forastero, liberal, conservador, arriero o gamonal. Al llegar, las muchachas le sonreían con picardía y soltaban sin reparo:

—¿Qué va a tomar, mijo?
—Siéntese aquí, mijo, que está muy callado.
—Venga pa'cá, mijo, que la noche está buena pa'l trago y la conversa.

Y uno, por bravo o tímido que fuera, terminaba sintiéndose dueño del mundo. Como decía un viejo cafetero: *"Allá sí era donde a uno le decían mijo sin conocerlo, y lo trataban como si fuera patrón sin tener ni cinco en el bolsillo"*.

Pero había otro secreto que pocos se atrevieron a contar en voz alta. Dicen que Tulia Becerra no solo administraba el negocio más famoso del pueblo, sino que también era espía de un grupo clandestino conocido como *"Venganza"*. Cuando Carlos Alberto Gartner Tobón, perseguido por sus ideas políticas, tuvo que refugiarse en Quinchía tras salir de Santa Rosa, formó una célula comunista. Allí estaban La Cucaracha, Suso el embolador, Lalo el domador de caballos, Gersain Betancur y otros más que, según contaban, salían a marchar cada 1° de mayo, bien armados de consignas y aguardiente.

Dicen los abuelos que muchas reuniones políticas clandestinas no se hicieron en el monte, sino en la misma cantina de La Cucaracha, entre copa y copa, mientras afuera la policía creía que solo había fiesta y trago.

Las malas lenguas contaban que hasta los inspectores de policía hacían allí sus visitas de rutina, y que cuando había destierros o ley de fuga, las noticias llegaban primero a la cantina de La Cucaracha que al despacho del alcalde.

Aquel sitio fue refugio de hombres solos, lugar de castigo para las muchachas señaladas y escenario de secretos que nunca se escribieron en los libros, pero que aún sobreviven en las cocinas campesinas cuando los viejos cuentan:

"Ese murió tomando en lo de La Cucaracha",
"A esa la sacaron por andar de visita en La Unión",o
"Ahí se arreglaban las peleas de liberales y conservadores con trago, mujer y 'mijos' pa' arriba y pa' abajo".

Hoy, ya no queda nada de aquel negocio. Solo las historias de los abuelos y algún bebedor veterano que, al tercer trago, se anima a decir: *"Yo alcancé a conocer a La Cucaracha, y no ha vuelto a haber otra igual"*.

Porque en los pueblos de antes, la ley se aplicaba en la alcaldía, pero la política, los pecados y las tristezas se resolvían en las casas de cita, donde a todo el mundo lo llamaban *'mijo'* y nadie preguntaba el apellido.

462 Tv. 2
Quinchia, Risaralda

Hector Fabio Vasquez Tapasco

Crónica de un diciembre trágico en Quinchía

El parque de Quinchía, más pequeño que en otros pueblos cercanos, era en los años 70 el epicentro de la vida social y comercial del municipio. Allí mismo, sobre sus esquinas tradicionales, se alzaba el Club La Tropicana, uno de los sitios más recordados por quienes vivieron aquellos tiempos de aguardiente y música vieja. Este club quedaba enseguida de lo que hoy es el almacén Inés; más exactamente enseguida del almacén de Soffy Vanegas y sus hermanas Bertha, Inés y Julia. En ese sector se tejían las anécdotas y se armaban las tertulias que hacían del parque y sus alrededores el corazón palpitante de Quinchía.

Muchos años atrás, Quinchía era un pueblo empedrado, de mercado en el parque principal, donde los carniceros Rodas y Escuderos llegaban desde Anserma para surtir las carnicerías, donde la notaría funcionaba en la casa verde bajo la responsabilidad de don Delfín Quintero, donde La Caleñita se llenaba con buena melodía, y donde el Café Luz se desbordaba de música vieja, tangos, aguardiente y leyendas de esquina.

Los Cañabravos y los Arroyave eran de los pocos capaces de llenar las calles con gente y cargamentos en bestias, trayendo comida para el pueblo, cuando la tierra se trabajaba con sudor, las manos curtidas y el café se recogía grano a grano, sin renegar del trabajo duro. Los cafetales se llenaban de recolectores de manos endurecidas y en el parque se cerraban los negocios con un apretón de manos, sin letra firmada ni notario de por medio.

Diciembre era otra cosa. Se esperaba con ansias la llegada del 24 de diciembre, día que en ese año 1975 cayó en miércoles. Era la noche en que las familias se reunían para celebrar el nacimiento del Niño Dios. Los negocios venían en plena actividad desde días antes y no paraban sino hasta inicios del año siguiente. Los bares, grilles y cantinas eran de amanecida continua, las calles se iluminaban con faroles de vela y las casas se adornaban con guirnaldas de papel de colores. La música de parranda sonaba desde temprano y las cocinas de leña se llenaban de natilla, buñuelos y aguardiente. La entrega de regalos, las novenas y las misas de gallo se vivían con fervor, y por todo el pueblo se respiraba un aire de fiesta y alegría campesina.

Y fue precisamente en medio de ese ambiente de celebración y esperanza, que ocurrió una de las tragedias más sentidas por todo Quinchía.

Aquel miércoles 24 de diciembre de 1975, Aicardo Taborda Toro, conocido por todos como “Manzano”, viajaba en el carro de Los Cano, descendiendo por la peligrosa vía que conecta Supía con La Felisa. Lo acompañaban Gloria y su novio, que era el conductor. En una curva maldita —donde ya muchas vidas se habían perdido— se encontraron de frente con un camión cargado de azufre.

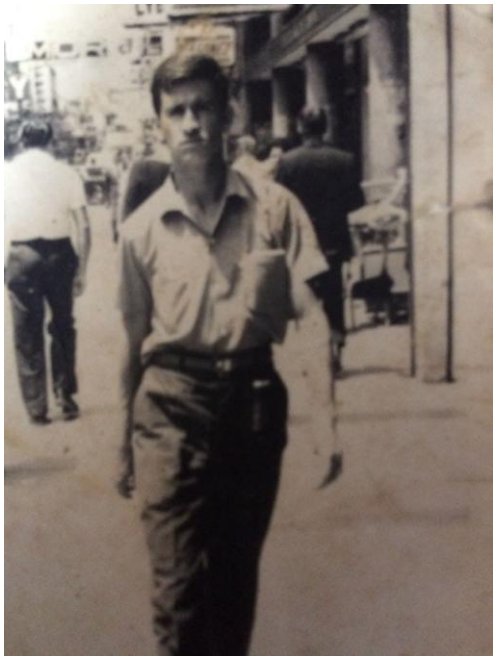
El choque fue brutal. El camión, repleto de ese material inflamable, estalló en llamas. En el acto murieron calcinados Gloria y el conductor. Aicardo, en un acto desesperado y valiente, intentó rescatarlos de entre las llamas. En medio de ese esfuerzo heroico, sufrió graves quemaduras en gran parte de su cuerpo.

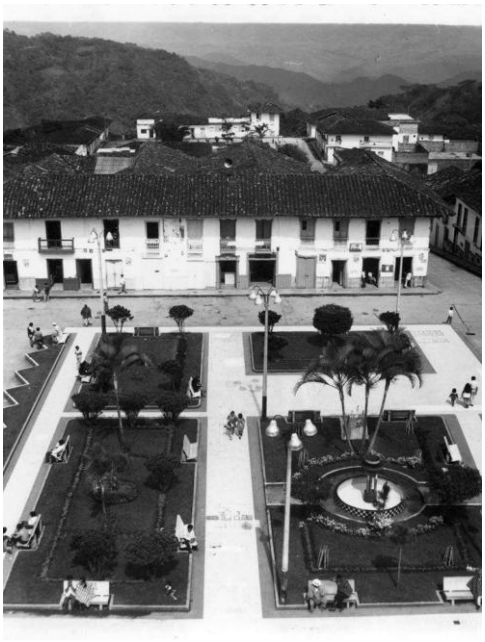
Aunque sobrevivió al accidente inicial, las heridas terminaron por doblegarlo. Falleció días después, el 10 de enero de 1976.

Aicardo Taborda “Manzano” no era solo un comerciante. Había sido dueño de varios de los negocios más representativos de Quinchía: su local Siboney junto a La Caleñita, cerca de donde hoy funciona Bacatá; el restaurante donde tiempo después operó El Furatena —hoy Planeta, cercano al negocio de Wilmer González— y además fue propietario de El Galerón, una de las discotecas más emblemáticas y recordadas de la historia del pueblo, referente obligado de fiestas, encuentros de amigos y buena música.

La noticia de la tragedia corrió de boca en boca y entristeció el corazón del pueblo en plena Nochebuena, empañando la entrega de regalos y dejando en el aire una sensación de luto colectivo.

Esta historia, como tantas otras, es parte viva de Quinchía. Porque no son los monumentos ni las placas oficiales las que conservan el alma de los pueblos, sino las voces de quienes recuerdan y cuentan, como esta, que no merece ser olvidada.





Crónica Jocosa de las Fiestas de la Villa de los Cerros 2025 — Edición Pa' La Historia

En Quinchía decimos que, en feria de pueblo, el que no se emborracha, pelea o se enamora… es porque no fue. Y estas Fiestas de la Villa de los Cerros 2025, que arrancaron el jueves pasado y cierran mañana, dejaron más cuentos que botellas de aguardiente destapadas.

Desde la primera noche, la cosa empezó buena. Todos esperaban la pólvora y la noche de luces y colores… pero esta no llegó. Eso sí, menos mal por los animalitos que descansaron de eso. Como dice el dicho: "No hay mal que por bien no venga." Apenas sonaron los primeros corridos, ya había uno que juraba:

—"Bueno pues, yo ya me voy pa' la casa."

Lo vimos dar un paso pa'lante y tres pa'tras, en plena calle, y a los cinco minutos estaba otra vez brindando como si nada, bailando *El Rey* con una señora que decía ser prima de la reina de belleza, pero a nadie le cuadró la historia. Como dicen por ahí: "Mentira tiene patas cortas, y a esa ni piernas le vimos."

Este año demasiada gente visitó nuestro municipio. Decenas de motos, camperos, chiveros y hasta buses completos llegaron desde pueblos vecinos y veredas lejanas. Y la cabalgata, que el año pasado había tenido el problema de que los caballistas fuertes no quisieron entrar porque las autoridades los sacaron cuando pasaron de noche por el parque, este año sí decidieron llegar con toda. Se lucieron con buenos caballos, buena música, buen trago y buena venta de comida por toda la avenida. Eso sí, se vieron buenos carros, buenos jinetes y caballos de alzada, de esos que hacen parar a la gente en la acera. Como dicen en el pueblo: "Donde hay plata, hay caballo bonito."

En la cabalgata, un tipo de esos que se creen vaqueros sin tener caballo se trepó en un animal ajeno. Duró tres minutos. El caballo lo llevó derechito hasta una fonda y terminó tumbándolo en plena entrada. Eso sí, el sombrero quedó colgado en la rama de un guayabo y hasta foto le tomaron. Como dice el viejo refrán: "Al que no sabe montar, el caballo lo sienta."

Una página que promueve lo mejor de nuestro municipio fue retirada de la tarima de manera arbitraria, diciéndole que no podía grabar por cuestiones de logística y que, al final de todo, "la tarima es mía". Como dice el dicho: "Donde manda capitán, no gobierna marinero."

En el karaoke no podía faltar el personaje clásico que, con dos aguardientes, ya se cree Yeison Jiménez. Se subió a la tarima, desafinó como si estuviera espantando demonios, y se quedó con el micrófono toda la noche… hasta que la Policía lo bajó. Más tarde, otro pidió *El hijo ausente* veinte veces seguidas, llorando, brindando y abrazando a cuanto desconocido encontraba. Como dicen en el pueblo: "Aguardiente y despecho, mala combinación."

Pasó también el organizador de eventos que, durante todo el año, trabajó con sus compañeros, pero en las fiestas se creyó todopoderoso. Trató a medio mundo como si fueran empleados suyos y, a la hora del evento, apareció sin sillas, sin vino, sin luces… y culpando a los demás. Tocó pedir canoa para conseguir las cosas y hacer el acto cívico como se pudo. “Más bulla que cabuya”, como dicen en el campo.

El portero de las fiestas se volvió célebre. No dejaba entrar ni a sus propios compañeros al camerino, todo para controlar e impedir ingresos con el artista principal. Y ahí estaba, todo orgulloso, no dejando pasar, pero se encontró con compañeras de temple que lo hicieron a un lado. Ellas sí entraron y terminaron mostrando la firma y la foto como si fuera testamento. “Donde hay mujeres decididas, no hay candado que sirva.”

No faltó el borracho generoso, que pagó la cuenta tres veces sin darse cuenta, ni el que dio cinco vueltas al parque y terminó preguntando:

—“Hermano… ¿cómo hago pa’ llegar al parque?”

Tampoco aquel que en la tarde decía que una muchacha era más fea que un susto en Semana Santa, y a las 2 a.m. le juraba amor eterno:

—“Usted es una diosa campesina, una obra de arte de Dios.”

Y otros, que se perdieron de la borrachera y aparecieron miados, cagados, dormidos abrazados a las graderías, diciendo que “solo iban a sentarse un ratico”. Como dice el viejo refrán: “El que mucha toma, poco se acuerda.”

Y como ya es tradición en las ferias, todo el que se pierde el sábado, aparece el lunes. Y este año no fue la excepción. No podía faltar la historia que todo el mundo comentó y hasta publicaron en redes: la de aquella muchacha que llegó a parrandear y, en su borrachera, cogió un taxi en Transbatero para La Ceiba. Se durmió en el carro y, estando allá, se despertó diciendo que esperaba a alguien para irse a Riosucio. Pasó una hora, se antojó de volver a Quinchía, pagó el pasaje, regresó a Transbatero y, apenas bajó, pidió otra vez que la llevaran a La Ceiba. Así estuvo, como loca en calzón ajeno, hasta que en una moto se la llevaron para Riosucio a ver si se le pasaba la pea.

Dicen que al otro día apareció como si nada, lista para seguir bebiendo, y con más cuentos que memoria. “Más perdida que turco en la neblina”, pero contenta y sin vergüenza. Como sentenció una vieja sabia en la fonda: “En feria de pueblo, el que no se desubica, es porque no bebió bien.”

Los andenes de las casas por la casa cural, que por estos días se volvieron un miadero y cagadero en la entrada. Los dueños saben quiénes fueron, pero no los quisieron boletear en redes.

Aunque en los negocios era tanda pedida, tanda pagada, no faltó el colachón que se fuera sin pagar. Y para rematar, cosas extrañas se vieron. Se rumora que en algunos sectores andaban pasando drogas raras o tragos adulterados, porque por momentos Sodoma y Gomorra fue poco. Como dice el dicho: “Cuando el río suena, piedras lleva.”

Y para completar, los de siempre: esos que prefieren dejar la moto en la calle por no pagar parqueadero. Pero este año se la cobraron caro: el parqueo estaba a diez mil pesos la dejada, y así chillaran, patalearan y rezongaran, si querían quedarse en la fiesta, tenían que pagar. “Fiesta es fiesta y la cuenta se paga.”

Lo cierto es que gente hubo mucha, noviazgos y matrimonios se dañaron… o se arreglaron. Muchos quedaron sin plata pa' devolverse y con el fin de semana sin mercado. Eso sí, la mayoría se gastó la plática que tenía, disfrutó, parrandeó y los dueños de locales hicieron su buena ganancia. Aunque se comenta que las fiestas dejaron poca utilidad, ese es siempre el decir. Los organizadores andan buscando plata de donde no hay para pagar las actividades y, al final, como siempre, unos quedaron contentos con las fiestas… y otros que no los llena nadie. “Nunca falta el que ni come ni deja comer.” Y ya empezaron a decir: “¿Y por qué no arreglan mejor las vías en vez de tanta fiesta?”

Y en medio de todo este alboroto, se vio también a los que hace años vendieron su casita en Quinchía, unos por necesidad y otros sin ella. Hoy, en estas épocas de feria, más de uno se lamenta no haber dejado su tierrita, aunque fuera un ranchito, para volver en diciembre o en fiestas de mitad de año. Porque buscar hotelería o dónde quedarse con amigos o familiares no es tan fácil. Como dice el refrán: “Casa prestada no queda en buen lado.” Y muchos, con la nostalgia a flor de piel, recordaron que no hay como tener su pedazo de tierra en su pueblo, aunque sea pa’ venir a pasar las fiestas, un diciembre o a morir en su tierra.

Se destaca que hubo buenas orquestas, excelente actividad deportiva en fútbol y ciclismo, un encuentro folclórico digno, programación para el adulto mayor, actividades recreativas, muy buena agenda artística y cultural, con apoyo total de la Policía Nacional y el alto compromiso de la junta organizadora que, a pesar de los tropiezos, sacó adelante la programación.

Y no se pueden dejar por fuera los verdaderos héroes invisibles de toda fiesta: los trabajadores y trabajadoras del aseo, hombres y mujeres que mientras todos parrandeaban, les tocó limpiar calles, recoger basura, levantar botellas, vasos y papeles para que el pueblo amaneciera presentable. Como dice el dicho: *“Después de la parranda, alguien tiene que recoger el reguero.”* Para ellos, mil gracias y aplausos, porque fiesta sin aseo se vuelve basurero.

Remato con esta historia de ficción —que vi en Facebook adaptada a Quinchía… o quién sabe si fue verdad. La historia más sonada fue la de Chucho, el hombre que se perdió en el cerro Gobia. Salió a comprar trago y no volvió. Los amigos,

asustados, llamaron a Policía, Bomberos, Cruz Roja y Defensa Civil. Armaron operativo con linternas y todo.

Y el mismo Chucho, más prendido que un fogón de finca, se le unió a la búsqueda.

—"¿A quién buscan?" —preguntó.

—"A un tal Chucho que se perdió."

Y ahí iba el hombre, gritando:

—"¡Chuchoooo! ¡Chuchoooo!"

A las dos horas alguien le preguntó el nombre y él respondió:

—"¡Chucho pues, hermano!"

Se escuchó la carcajada hasta en La Floresta.

Así fueron estas fiestas: de historias, cuentos, guayabos y anécdotas que solo en Quinchía pasan, donde hasta la estatua de Bolívar parece reírse al ver tanto personaje suelto. Por hoy terminan oficialmente las fiestas… pero como esto es Quinchía, aquí siguen martes y miércoles. Porque como dice el dicho: "Fiesta de pueblo no se acaba, se aplaza."

Y en diciembre, cuando el parque vuelva a oler a natilla y a sonar la música, se volverán a repetir… con nuevos borrachos, nuevos enamorados, nuevos influencers regañados, otro Chucho perdido en Gobia, algún colachón vivo, motos parqueadas a diez mil… y el aseador barriendo.

Porque en Quinchía, las fiestas se viven, se beben… y se cuentan.

¡Salud por la Villa de los Cerros y su gente buena pa'l trago, pa'l cuento, pa' la fiesta… y pa'l aseo también!

Aqui , esperando a que abran el gimnasio

Los de la tarima viendo a los influencer del pueblo
SOUND ON!

HOMBRE BORRACHO DADO POR DESAPARECIDO PASA HORAS BUSCÁNDOSE A SÍ MISMO

Quinchia
Yo toda inalcanzable llegando al pueblo

La leyenda de Reinerio Zuluaga, el Gigante de Quinchía

Yo lo alcancé a conocer. Reinerio Zuluaga no era un cuento, no era invención de abuelos ni leyenda de fogón: era un hombre de carne y hueso, enorme y tranquilo, con manos como palas y un caminar pausado que parecía sacudir la tierra. Vivía en la casa amarilla, en la esquina de la finca La Unión, y cualquiera que haya pasado por allí lo recuerda.

Medía dos metros con cinco centímetros exactos, y en Quinchía eso era casi milagroso. Aquí la gente es menuda, de huesos recios y espalda ancha, pero nadie como Reinerio. Por eso, en el pueblo se tejieron historias a su alrededor. Le decían "Pie Grande", y había un viejo dicho que, cuando las gallinas se ponían ariscas y no querían poner, las viejas advertían en broma:

—O ponen o llamamos a Reinerio pa' que las tiente… y parece que surtía efecto.

Decían que parecía una torre caminando, y más de uno soltaba: “Ese no nació, sino que lo sembraron y lo cosecharon con guadaña.” Todo lo suyo debía ser hecho a medida. Don Gonzaga, en Mistrató, fue quien le confeccionó los zapatos talla 52, y los pantalones, sombreros y camisas salían de manos artesanas que ya sabían de memoria sus medidas imposibles. Nunca cupo en un carro, y cuando la edad le pesó, lo movilizaban cuatro hombres con ayuda de un riel casero, como una especie de santo laico que el pueblo cuidaba y respetaba.

Y es que, como decían los viejos de antes:

“Dios da el frío según la cobija, pero a este sí se la quedaron debiendo.”

Tenía además su propia iglesia pentecostal, en los bajos de su casa. Allí, cada domingo, se reunía con su familia y vecinos a orar, cantar alabanzas y leer la palabra, en medio de aquel ambiente sencillo, pero muy respetado. Su familia era numerosa: entre hombres y mujeres, uno podía contar varios nombres que aún resuenan en la memoria del pueblo. Joimer, un muchacho alto y muy acuerpado, casi con la estampa de su padre; José Reinerio, que heredó su nombre y parte de su carácter. Entre las mujeres, estaban Senaida, Elisabeth, Reinelda y otras más que completaban aquel hogar donde se hacía —y se obedecía— lo que don Reinerio decía y nada más.

Era un gran señor, amable, pero de carácter fuerte, sobre todo con sus hijos, a quienes educó con mano firme y palabra recta. Se respetaba su palabra como decreto en esa casa, y como decía un viejo vecino: “Don Reinerio mandaba más que el cura y el alcalde juntos.”

Lo más curioso —y de eso fui testigo— es que Reinerio mandó hacer su ataúd muchos años antes de morir. Un cajón de cedro que ocupaba media pieza, al lado de dos camas donde dormían otros miembros de su familia sin ningún temor. Era tan natural en esa casa, que uno entraba y veía el ataúd allí, como si fuera parte

del mobiliario. Cuando alguien preguntaba por qué lo tenía listo, él decía con naturalidad:

—Pa' que no los coja la tarde, como quien deja la panela picada y el café listo pa' la mañana.

Y cuando alguno se atrevía a hacerle chanza por el cajón a destiempo, él soltaba:

—Pa' qué esperar a que lo agarren a uno a la carrera, mijo, mejor tener todo amarrado con tiempo.

Decían que a más de un pelao agrandado le soltaba su frase preferida:

—Mucho tilín, tilín y nada de paletas.

Y cuando alguien venía con cuentos exagerados, él respondía entre risas:

—Eso es como querer amarrar un gallinazo con cabuya de humo.

El día que murió, Quinchía entera quedó en silencio. No hubo quien no llorara al Gigante Bueno. Cuando llevaron su ataúd al cementerio, parecía un féretro de leyenda, como los de los viejos caudillos que uno lee en los libros. Decían que pa' cargarlo tocó llamar a media vereda, porque con él sí aplicaba ese refrán:

"Si a ese lo entierran, toca juntarse medio pueblo pa' alzar la caja."

Desde entonces, dicen que, en las noches, cuando las gallinas no ponen o se oyen pasos pesados junto a los cafetales, es Reinerio que regresa a velar su tierra y a espantar a los pájaros ladrones de los sembrados.

Así quedó en la memoria del pueblo: no como una historia inventada, sino como un recuerdo real, que se volvió leyenda porque, como decían las abuelas:

"La gente buena se va, pero no se olvida, y la gente grande como él nunca se muere del todo."

De Antioquia a Quinchía: El Ánimo Moreta.

Cuentan los viejos de Moreta, esos que ya tienen la voz cascada y las manos curtidas por el machete y el café, que hubo una época en que las montañas de Quinchía no tenían caminos, sino trochas de lodo y guaduales. Por esos montes bajaron familias desde Antioquia, cargando no solo bultos de esperanza, sino documentos a mano alzada que decían “esta tierra es mía porque la trabajo yo y mis hijos la heredarán”.

Eran tiempos de leyenda, cuando Alonso de Moreta, aquel colono de botas embarradas y palabra firme, dejó su nombre sembrado en aquellas tierras. Dicen que, a falta de cura fijo, los muertos se velaban con velones de sebo y enramadas de guayabo, y que por las noches el mismísimo Merardo Rojas se disfrazaba de diablo y se trepaba a los árboles para espantar a los desprevenidos.

De esa época datan las historias de cómo nació el famoso grito de guerra: “¡Ánimo Moreta!”. Un día, cuando apenas estaban limpiando una loma para hacer la cancha, Ciro Jaramillo, un hombre de manos grandes y humor pesado, improvisó un balón hecho de cueros viejos, raído y torcido. Como no rodaba, no quedó de otra que lanzarlo al aire. Aquel que más alto lo elevara sería el campeón de la jornada. Desde entonces, cada vez que alguien levanta un balón por los aires sin control, en cualquier cancha de Risaralda se escucha el eco: “¡Ánimo Moreta!”, como un recuerdo burlón y cariñoso a ese momento.

Las romerías eran otro cuento. Cada vez que un cura subía hasta allá, la gente se preparaba como si viniera el mismo Papa. Mazamorras, frijoles, empanadas, aguardiente y hasta guarapo le ofrecían al padre. Dicen que uno, tras probar de todo, sintió que la sotana se le volvía plomo en plena misa. Sin encontrar letrina, se metió al cacaotal y, sin remedio, se limpió con su calzoncillo de lino. Lo peor no fue eso, sino que doña Baldomera, vieja sin pelos en la lengua, los recogió, los lavó, los planchó y se los devolvió en la próxima comunión: “Padre, se le olvidó este encargo en el cacao”.

Moreta, tierra de machete y futbolistas sin diploma, también fue famosa por sus bailes de radiola a pedal. Las mujeres cobraban por pieza y los hombres, medio borrachos y con machete al cinto, pagaban lo que fuera por sacar a bailar a la más bonita. Las tarifas eran crueles: 20 centavos si era agraciada, 10 si estaba regular y 5 si era la tía solterona. Pero no había quejas, porque en esos bailes se sudaba la vida entera.

Y qué decir de los partidos de fútbol. Las canchas eran potreros inclinados y el árbitro siempre era del equipo local. Si perdían los de casa, el machete hablaba. Las barras se trepaban en los barrancos y desde allá gritaban insultos creativos. Era tan bravo el ambiente que una vez a Julio Gaviria “Martillo” le tocó meter en el partido a un hombre de casi sesenta años solo porque no había quien completara los once.

De esos días quedan leyendas vivas: Jesús “Chucho” Guevara, defensor del agua, Oscar Gaviria, líder sin ojos, pero con visión, Merardo Rojas, el diablo nocturno, Baltazar Trejos, político de machete y palabra. Y así, nombre tras nombre, tejieron una vereda donde todo se resolvía a punta de machete, aguardiente y trabajo comunal.

Moreta es un pueblo con historia, con una escuela que se cayó, pero no se rindió, con canchas donde aún se grita “¡Ánimo Moreta!” y con un club de fútbol, el Sporting de Moreta, que fue campeón más por terquedad que por técnica. Aquí, la tierra la heredaron los que la pisaron primero y el recuerdo de los viejos se pasea aún en las tardes de sol, cuando los muchachos patean el balón torcido y alguien, desde lejos, grita:

—¡Ánimo Moreta, carajo!

Y todos entienden que no se trata solo de fútbol, sino de la forma de vivir.

En honor a nuestro amigo: Fernando Uribe.

Hijo de Bernardo Uribe y Mesalina Trejos. Nacido el 17 de marzo de 1947; desde pequeño comenzó a jugar en la casa copiando todo lo que veía y que tuviera que ver con cultural, religión y de los desfiles del pueblo. A los cinco años de edad hacía procesiones por las calles de la Plazuela en las horas de la noche con sus amiguitos y gritaba: ¡Que viva la Virgen María! cuando pasábamos por los sitios donde se reunían los evangélicos, un poco de intolerancia infantil. A finales del mes de noviembre le ayudaba a su abuela Ana Vélez de Uribe a organizar el pesebre que abarcaba toda la sala de la casa. Ella fue la primera que lo hizo en Quinchía. Su familia llegó en 1912 de Antioquia y compraron una casa por doce pesos, pagando cuotas de quince centavos cada mes; la casa estaba ubicada en la esquina de la Plazuela donde es hoy la casa de señor Luis Calvo; por ese entonces el parque la Plazuela se llamaba Naranjalito. Otro recuerdo que sume a Fernando Uribe en la nostalgia son las novenas de navidad iniciadas por el hermano José María Torti que eran de un lujo, desfilaban tocando puertas para pedir las famosas Posadas para San José y María, llegaban a donde estaba el pesebre, rezaban la novena y se hacían algunas presentaciones artísticas, cuando se fueron los misioneros de Burgos se empezaron a realizar las novenas en cada barrio, duraban hasta las dos de la mañana; se hacían comparsas navideñas, presentaciones artísticas y el pueblo quedaba vacío ya que toda la gente se iba a participar en ellas. En 1948 empezó la violencia que azotó a Colombia y sobre todo a Quinchía; todos los domingos lo llevaban al templo San Andrés a participar de la Santa Misa y uno de esos domingos cuando se terminó la misa salió para su casa y cuando llegó a la Plazuela, se encontró con una balacera por la calle que va hacia el Hospital. La esposa del señor Pedro Restrepo, a quién llamaban María Colorete porque fungía como adivina, fue una de las víctimas mortales de los eventos de ese día. Las primeras fiestas del carbón la organizaron en 1959 don Joel Trejos Batero, Gilberto Cano Bolívar, Zósimo Gómez, Bernardo Uribe, Rubén Uribe y Nora Gartner y otras importantes personalidades de la época. En repetidas ocasiones don Fernando fue director de Fomento y Turismo y quien tenía a cargo la organización y coordinación de las ferias del carbón, que se celebraban del 27 al 30 de noviembre en el marco del cumpleaños del municipio. Cada día era diferente, el primer día era el Carnaval con su reina, comparsas y con las orquestas del momento que tenían lugar en la caseta que quedaba donde actualmente es la sede del Concejo Municipal; el segundo día se hacían concursos musicales y en la noche la coronación de las reinas; el tercer día se dedicaba al deporte. La primera reina de las fiestas fue Amparo Garcés de la colonia de Cali. La violencia siguió creciendo y ante tanto peligro su familia se fue a vivir al municipio de Riosucio Caldas, pero cuenta que cuando se llegaban los carnavales del diablo retornaban a Quinchía, por el miedo que, como buenos católicos les infundía. Después de algunos años su familia regresó definitivamente a Quinchía, y habiendo terminado los años de primaria en Riosucio, Fernando Uribe se dispuso a viajar a la ciudad de Popayán para continuar con su

bachillerato en el colegio Nuestra Señora del Pilar. Allí estuvo dos años. Nuevamente retorno a Quinchía e ingreso al Instituto San Andrés donde permaneció por otro año, viéndose obligado a irse nuevamente y seguir estudiando en la Normal Superior de Varones en Manizales. Cuando volvió a Quinchía fue nombrado profesor del Instituto San Andrés, corría el año 1968 y era rector el hermano Narciso Martín, de los misioneros de Burgos. Desde que ingresó al colegio empezó a organizar la banda marcial asumiendo su dirección, tenía a su cargo, además, el grupo de danzas y teatro, y organizaba las veladas culturales en el aula máxima del colegio. Cada ocho días los jueves el Instituto San Andrés organizaba las tardes de recreación deportiva o caminata. En uno de esos días se hizo un paseo al río La Itálica que en ese entonces tenía buenos charcos y muchos remolinos. Unos seis estudiantes se separaron del grupo principal y bajaron a bañarse a un charco que tenía remolino, Fernando Uribe como profesor decidió acompañarlos, en su labor de vigilancia se ubicó en una piedra a la orilla del río donde se puso a cantar, uno de los estudiantes, el primero en tirarse, empezó a ahogarse, Fernando Uribe fue el primero en verlo y a los gritos llamo la atención de los otros muchachos que se apresuraron a alcanzar a su compañero, todo se convirtió en una lucha intensa dentro del remolino, ya que los otros estudiantes también estaban en peligro de sucumbir. Fernando Uribe decidido, y sin pensarlo mucho (pues no sabía nadar) se arrojó con todo y ropa al charco, logro alcanzar al primer muchacho y en un 198 199 Jorge Alberto Uribe Flórez & Sara Patricia Tapasco Palacio Historias de la región intenso forcejeo con las aguas lo acercó hasta la orilla, donde siguió gritando para atraer la atención de Rafael Trejos, esperando que este fuera en su auxilio. Triste respuesta recibió don Fernando cuando Rafael le contesto: ¡No soy capaz! Y entonces, las aguas los reclamaron de nuevo, el estudiante en su desespero se sujetó de una de las orejas de Fernando y ahí es donde empezó a ahogarse, cuando ya había tragado suficiente agua y ante tanto esfuerzo, don Fernando empezó a alucinar, viendo ante sus ojos no pasar su vida, sino el entierro de don Luis Sánchez, quién le cobraba un “dinerito” que le debía. Es una pena que alguien tan creyente en las misericordias de Dios no haya tenido una epifanía mejor. Mientras tanto uno de los pocos estudiantes que había salido del charco corrió a pedir ayuda, el profesor Gustavo se tiró al río inmediatamente y logro rescatar a don Fernando, quien ya había perdido el sentido. El padre Téllez, rector del colegio se puso a rezar con los estudiantes. Cuando Fernando recuperó el sentido unos instantes después, se encontraba golpeado, con la ropa gastada, sin zapatos y sangrando por una oreja. De un momento a otro renunció a su cargo como docente, decisión que tomó por sorpresa a muchos, estudiantes, compañeros y personas cercanas. Esto se debió a su sueño de trabajar en uno de los barcos de la Flota Mercante gran colombiana, pues uno de sus familiares era el segundo gerente en la entidad. Aunque pasó la entrevista le faltaron algunos exámenes y documentos para lograr el nombramiento. Ante este pequeño fracaso partió hacía Pelaya (Cesar), donde fue nombrado como profesor en un jardín infantil que había fundado el hermano

Torti. Así durante algún tiempo se entregó a la educación de los niños. Torti se iba para España y los padres de familia querían que fuera su reemplazo en el año siguiente. De allí don Fernando partió para Bogotá, donde empezó a trabajar en la farmacia de un familiar, poco tiempo después consiguió trabajo en FAVIDI (Fondo de Ahorros de Vivienda del Distrito) como visitador a los diferentes barrios. Entro a estudiar en las noches en la escuela Distrital de Bellas Artes. Después renunció al FAVIDI y organizó su propio el taller artístico y de artes plásticas, donde los trabajadores del taller eran Quinchieños. Fue el organizador de la primera colonia que arribó a unas fiestas del carbón. En 1969 fue el encargado de organizar las fiestas y en aquellos años, sin consciencia por el bienestar animal, se llevó a cabo la primera corrida de toros. Se hizo en una plaza de toros improvisada donde está el hoy Coliseo Municipal. Fue un éxito y en las corridas participaron toreros de la talla de Paco Córdoba, Joselito de Colombia, Fernando Vélez y El Indio de la Dorada. En 1983 se cumplieron los doscientos años del nacimiento de Bolívar, con motivo de la celebración el Departamento organizó para cada municipio un programa patriótico de festejo del bicentenario. Quinchía no contaba con monumento en honor al libertador, razón por la cual don Fernando emprendió la labor de buscar apoyo y lo logró. Contó con el apoyo del artista Yesid Correa con quien diseñaron y elaboraron el monumento en homenaje a los países Bolivarianos. El monumento fue elaborado como una urna donde se depositaron fotografías, billetes y los nombres de todas las personas que brindaron su apoyo y está a la espera de ser destapado en quince años. La celebración tuvo lugar el día 4 de junio, hubo desfile con la banda de guerra del batallón San Mateo y con la banda de la Policía Departamental. A pesar del entusiasmo de la celebración, la llegada de la fría y lluviosa noche le tenía una sorpresa reservada a Fernando Uribe. Justo cuando iba subiendo al tablado para ayudar a cubrir los equipos de sonido, resbaló, cayó de cabeza y el impacto lo dejó inconsciente por siete días, al cabo de los cuales despertó con amnesia, sin recordar, entre otros, los eventos de esa fatídica noche. El acompañamiento y la oración de muchas personas del pueblo, pues hasta misas oficiaron en su salud, fue muy importante en su recuperación. Le sobrevivió al bicentenario, uno de tantos que iban a seguir habiendo. Para el año 1987 trabajaba en la ciudad de Pereira como Promotor Cultural y Artesanal del Departamento, en unas vacaciones viajó hasta Quinchía para prestar sus servicios a la Casa de la Cultura, que para la época ya estaba construida pero aún no tenía director y el presidente de la junta de la Cultura era en ese entonces el señor Hernando Velásquez. Don Fernando como persona cívica le solicité a la junta y al Alcalde Municipal Orlando Vinasco que lo nombraran director encargado, a fin de garantizar que no se perdieran unos instrumentos musicales pues se estaba discutiendo si éstos eran entregados al municipio de La Virginia. Estos instrumentos habían sido donados por el Presidente Belisario Betancur con los cuales se esperaba se formarían las bandas en los diferentes municipios del Departamento de Risaralda. Don Fernando logró convencer al monolítico alcalde y llegados a un acuerdo empezó a trabajar,

aunque con las uñas viéndose en la penosa necesidad de pedir mesas, muebles, materos, máquina de escribir, teléfono y todo lo que la gente quisiera donar. Más adelante Marta Lucía Mosquera Monroy logró conseguir la donación de unos muebles que no usaban en la Gobernación, con esto la gente se entusiasmó y comenzaron a inscribirse como asociados. Con el empuje que lo caracterizaba don Fernando dio inicio a varios cursos artísticos, salía a las escuelas de las veredas a enseñar, organizó el primer encuentro de teatro a nivel Departamental, e hizo concursos de declamación, danzas folclóricas, de música campesina, y el encuentro de escritores Risaraldenses entre otras muchas actividades culturales. Como todo personaje cívico participó en innumerable cantidad de actividades y desempeño cargos en muchas de las principales instituciones del municipio. Fue bombero y más tarde capitán del cuerpo, y finalmente comandante, cargo que ocupó por once meses. De esto recuerda la inundación en el municipio de Mistrató a causa del rompimiento de una represa. También fue presidente de la Defensa Civil. En el 2003, Gildardo Trejos fungía como Alcalde Municipal y le ofreció de nuevo el nombramiento como director de la Casa de la Cultura. Cuando se venía para Quinchía con trasteo y todo, ocurrió la mal llamada operación libertad, que termino con la captura de más de 126 sindicados de rebelión, terrorismo y concierto para delinquir, entre ellos el alcalde y los candidatos a la Alcaldía (sí Jorge Uribe también). En su ir y venir artístico y cultural don Fernando Uribe ha pertenecido a la junta organizadora de las fiestas (algunas memorables y exitosas otras muchas no tanto), a múltiples organizaciones sociales, donde ha aportado su experiencia y conocimiento, siempre con la voluntad y compromiso que lo caracterizan. Hace unos pocos años, en el periodo en el cual Carlos Alberto Botero cumplía su segundo mandato como gobernador del departamento, se organizó un evento (mejor dicho, concurso de popularidad) llamado “el Ciudadano Ejemplar”. Los nominados por Quinchía fueron doña Rocío Palacio, el inolvidable Gilberto Cano y Fernando Uribe. En las votaciones, don Fernando Uribe recibió el principal reconocimiento. Para que después no digan que este gobernador no hizo nada en Quinchía. Hoy en día, Fernando Uribe sigue vinculado a la actividad cultural y artística del municipio, trabajando diariamente en el silencio acogedor de su pequeño taller.

La Leyenda de los Cazadores de Imágenes

Cuentan los abuelos de Quinchía que hubo un tiempo en que solo unos pocos hombres y mujeres poseían el arte de atrapar los instantes y guardarlos en pedacitos de papel. Eran los fotógrafos de pueblo, personajes de respeto y trago asegurado, que con sus cámaras al hombro y su eterno olor a revelador recorrían calles, veredas y cantinas inmortalizando rostros, borracheras, amores fugaces y comuniones de blanco impecable.

“Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente”, decían, y por eso, esos fotógrafos jamás paraban. Eran los primeros en llegar a las bodas y los últimos en salir de las fiestas patronales, porque sabían que mientras hubiera luz o licor, habría una historia por capturar.

Nombres como Tiberio Díaz, Onésimo Vinasco, Dídimo Bustamante, Berman García, Olga Lucía Carrillo, Miguel Carrillo, Robinson Trejos, William Rodas, Agustín Pérez —mejor conocido como Vikila—, Diocelina Peláez, Dairo, Miller Aricapa y Fabio de Jesús Obando eran leyendas vivas de los años en que el lente era el amo y señor de la memoria quinchieña.

Con sus cámaras Mamiya de 35 milímetros, Canon, Olympus Trip y telescopios exclusivos, salían como cazadores de imágenes, y el revelado era otro cuento: dos tarros con agua, uno con revelador y otro con fijador, y el tiempo de espera lo medían a punta de un cigarrillo Pielroja. “Cuando el humo le llegue al indio, saque el rollo o se vuelve chicharrón”, advertía Tiberio, mientras daba una calada y veía cómo el rostro de alguna niña de primera comunión empezaba a aparecer en la placa.

“Al que madruga, Dios le ayuda”, y por eso estos personajes se le adelantaban al amanecer para ganar la mejor toma del desfile o la foto más decente antes de que los novios se les emborracharan.

Dicen que en las fiestas de la Plazuela o en las comuniones del barrio Gobia, no había borrachera buena sin que Onésimo o Vikila estuvieran listos con su cámara, y como decía la abuela “más vale foto en mano que ciento volando”, porque las memorias de Quinchía no se guardaban en el corazón, sino en las cajitas de cartón, los álbumes y los portarretratos que adornaban las casas.

Pero como todo cambia —porque “no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista”—, el tiempo trajo consigo esos aparaticos modernos, primero las cámaras compactas y luego los celulares. Y cualquiera, con dos tragos encima y sin saber de luz ni de enfoque, se volvió fotógrafo. Y así, poco a poco, los antiguos maestros de la imagen fueron quedando como recuerdos en blanco y negro, en los rincones polvorientos de las casas o en las cajas de galletas donde las mamás guardaban las fotos viejas.

Hoy, ya no se revela con cigarrillo en mano, ni se esperan días para ver el resultado de una toma. “De lo bueno poco”, solía decir Don Dídimo, y tenía razón, porque en esta era digital se toman miles de fotos y al llenar la memoria, se borran sin piedad. Por eso, las imágenes de aquellos años valen oro, porque llevan la magia de lo irrepetible y el valor de lo genuino.

Quienes aún conservan una foto de comunión revelada por Foto Díaz o una instantánea del desfile del Corpus tomada por Foto Vinasco, tienen en sus manos no solo una imagen, sino una reliquia de un tiempo en que la vida se medía en fotos y no en likes.

Y así quedó en la memoria de Quinchía la leyenda de esos hombres y mujeres que cazaban instantes, y que en cada carrete dejado al humo de un Pielroja guardaron la historia de un pueblo que, aunque cambie, nunca olvida.

“Recordar es vivir”, decía mi abuela, y se le choco lateaban los ojos al ver esas fotos viejas donde estaba todo lo que alguna vez fuimos.

Leyenda de los Arrieros del Camino Viejo

Dicen los viejos de Quinchía que, por los caminos de herradura, donde hoy apenas quedan rastros de las trochas que alguna vez abrieron a punta de machete y bota, anduvieron hombres que no conocían el miedo ni el cansancio. Eran los arrieros, forjadores de progreso, que a lomo de mula cargaron desde huevos hasta motores, desde tabaco hasta mesas de billar, desafiando los abismos, las tormentas y los espantos.

Se cuenta que, en los días de cosecha, cuando el aroma a café maduro se desgranaba por las veredas de Miracampos, Juan Tapao y Naranjal, se escuchaba el bof, bof, bof de las mulas resoplando contra los vapores del tabaco, y los gritos de los arrieros que, entre maldiciones, rezos y refranes, intentaban que ninguna bestia se tirara al piso embriagada por el olor.

“Arrieros somos y en el camino nos encontramos”, decían cuando se cruzaban, con carriel al cinto y barbera en el bolsillo. En esos carrieles viajaban los secretos mejor guardados: cartas de la novia ingrata, un crespito atado con cinta rosada y perfumada para que “güeliera” a ella, dados para el tute, la estampita de la Virgen del Carmen y la uña de la Gran Bestia, de buen agüero contra toda desgracia.

Rodrigo Díaz, que empezó como sangrero a los doce, se sabía todos los amarres y remedios de monte. Si una mula amanecía coja, se decía: “O fue piedra, o fue chuzo, o fue herradura mal puesta”. Ahí entraba Darío Trejos, herrero y arriero, que, con su martillo, su clavo y su tiple de aguardiente, enderezaba lo que el camino torcía.

De Moreta a Bonafont, de Irra a Quinchía, viajaron cargas de café, tejas, abarrotes, revueltos de plátano y mineral de las minas del Cedral. Don Guillermo Arboleda, viejo sabio de la arriería, contaba cómo el plátano era traicionero: “Más jodido que una moza enojada, porque si lo apretáis mucho se daña, y si lo dejas flojo, se cae”.

Pero no todo era carga y soga. Por esos caminos viejos, las sombras parecían tener vida propia. Octavio Ladino, al que llamaban el Arriero de Tarasá, juraba que una noche, bajando por la vereda La Peña, escuchó cómo alguien lo llamaba por su nombre desde la quebrada, pero al alumbrar con la candela, no había alma viva. Solo un sombrero viejo, flotando contra la corriente. “Si respondés ese llamado —decía—, te lleva el duende del camino”.

Camilo Trejos, heredero de don Camilo el viejo, aseguraba que, en las noches de luna nueva, por la trocha de El Guamo a Tabor, se aparecía una mula negra sin jinete, con las herraduras al revés. La bestia se cruzaba en el camino y el que intentara seguirla, amanecía en lo profundo de una cañada, sin saber cómo llegó allí.

Y cuando llegaban al pueblo… aquello era un espectáculo. No había carro ni carretera, todo lo que se movía, se movía a lomo de mula o caballo. Cuentan que en días de mercado o de cosecha, entraban recua tras recua, a veces hasta cien bestias juntas, llenando la calle Real y la plaza, y que el pueblo entero olía a cagajón fresco, tanto, que las señoras barrían y echaban cal en la puerta pa' disimular.

Las mulas se guardaban en las pesebreras grandes que había en el casco urbano, como las de los Díaz y la famosa Tara Ramírez, que era la más buscada por los arrieros de lejos porque tenía sombra, buena agua y hasta un bebedero de guadua donde las mulas resoplaban felices. Los que no alcanzaban pesebrera las dejaban amarradas en los postes de la plaza, junto a la tienda, y el que no amarrara bien, encontraba su bestia en la fonda del vecino o en la quebrada.

Don Conejo, arriero de pura cepa, repetía: "No hay mula que no resista, ni mujer que no lo dé", pero contaba también que una vez, entre Irra y El Porvenir, vio pasar a una procesión de almas en pena. Llevaban velas encendidas, y al pasar, el viento se tornó helado y las mulas sudaron frío. Ningún arriero volvió a cargar por ese paso en Semana Santa.

Luis Arley Lema, de niño, se escapaba de la escuela pa' irse de sangrero, y aprendió que en ciertos caminos es mejor no hablar mucho. Decía su abuelo: "Cuando el monte se queda callado, es que algo malo ronda". Y que más de un arriero se había perdido en esos silencios, dejando solo la recua vagando por los caminos.

Edgar Quintero, que lloró una mula en el 2016, juraba que la vio después de muerta, pastando tranquila bajo una ceiba en el mismo punto donde se desplomó. Y que, desde entonces, cuando carga por ese camino, le deja una vela de sebo encendida.

La leyenda cuenta que, en noches de luna llena, cuando los caminos callan y las quebradas murmuran, se puede escuchar el eco lejano de los cascos de las mulas, el repiqueteo de las peinillas contra los peñascos y la voz de algún arriero muerto hace décadas que desde la otra vida sigue gritando:

— ¡Riiiiba mula hijue...ta, que la carga no espera!

Porque, aunque el asfalto haya tragado los caminos y los camiones lleven ahora el café, el maíz y el plátano, en Quinchía siempre habrá un arriero, un carriel, una mulera y una mula resoplando contra el viento de la montaña.

Así se vivía en Quinchía, cuando la vida era distinta

Cómo no recordar aquellos tiempos en los que la vida en Quinchía transcurría entre cafetales, leña humeante y tardes de tertulia a la luz de una caperuza. Era una época sencilla, pero llena de sentido. Las madres confeccionaban la ropa de sus hijos en las inseparables máquinas de pedal y planchaban con aquellas pesadas planchas de carbón, que se calentaban sobre las brasas y que, a falta de nevera, servían también para mantener a raya el frío de la mañana. Una mamá que se respetara tenía su máquina Singer y su plancha de hierro bien reluciente.

La infancia se vivía con respeto, y si uno se portaba mal, había chancleta voladora o correazo seguro. En la escuela, el castigo era con vara, y al llegar a la casa, en vez de compasión, encimaban la pela. No existía eso de “le voy a contar a mi mamá”; antes bien, los papás agradecían que en la escuela le corrigieran a uno las mañas.

El café, alma de la región, se despulpaba a mano, porque no había luz eléctrica, y se secaba al sol durante días. Era un oficio de familia: los abuelos, los padres y los muchachos se turnaban para mover las almádanas, vigilar los granos y asegurar una buena cosecha. De madrugada, el trabajo empezaba pilar maíz para las arepas del desayuno y ordeñar la vaca antes de que el ternero se la mamara. Todo era trabajo manual, y el valor del esfuerzo se enseñaba desde niños.

Cada semana se iba al trapiche, jalando las bestias para que molieran la caña y sacar el guarapo y la panela para el consumo familiar. Se cortaba pasto imperial para el cuido de los caballos y se recogía leña en el monte, que era el combustible de cada fogón. En el pueblo, se hacía fila cuando abrían la venta de petróleo, porque de ahí dependía la cocina de muchos hogares.

Los helados eran caseros, hechos en moldes de lata, y comprarlos era un premio. Los centavos escaseaban y los papás no soltaban un peso fácil. Los adultos se reunían en el Café Gallo de Oro, a tomarse su pintadito con parva, echar un trago y escuchar su canción favorita en la rockola, ese mueble grande donde, por una moneda, sonaba el bolero, el tango o la ranchera que el corazón pedía.

Para mercar, lo clásico era donde don Cesáreo Osorio. Allí se conseguía de todo: panela, jabón Rey, dulces de panela, fríjol y arroz a granel. El agua se recogía de manantiales o en pozos artesanales, aunque por fortuna, en Quinchía el agua ha sido generosa. Eso sí, en sequía, tocaba recurrir a los pozos malacates, sacando agua con baldes amarrados a lazo.

Cuando se puso de moda el chance, por todas las veredas había chanceros. Mi cuñado Iván Vinasco y Oscar “Niño” Rivera eran los de la movida. Todo se apuntaba a mano y al final del día se liquidaba y se enviaba el reporte. Hasta que las empresas grandes cogieron ese negocio y se acabó la rebusca para los amigos.

Las casas de campo no tenían nevera ni energía eléctrica. La comida se conservaba en sitios frescos, y las mudas de ropa eran pocas: dos para diario y una para las salidas al pueblo. Los zapatos, cuando quedaban apretados, se les cortaba la punta y seguían sirviendo. En diciembre, a falta de celular y mensajes de texto, la juventud salía minutos antes de las doce a repartir picos y “pistiar” a las muchachas que les gustaban.

Para ir a la escuela, los muchachos caminábamos media hora o más, cruzando cafetales y barrizales, llenándonos de niguas en los pies y gusanos en la cabeza, que quitaban con ambil o pasta de tabaco. Las necesidades se hacían en letrinas: huecos de diez metros de profundidad, donde el estruendo de lo que se botaba se escuchaba al rato.

Las tardes eran para escuchar radionovelas. Nos sentábamos alrededor de un radio de pilas, oyendo novelas de amor, misterio o leyendas, con sonidos que imitaban caballos, disparos y tormentas. Cuando se iba la luz, tocaba ir donde algún vecino con radio de baterías. Las radionovelas eran tan famosas que, al llegar de la escuela, lo primero era prender el radio para no perderse el capítulo.

Las noticias importantes se daban en el Extra de Todelar. Cuando sonaba ese "¡Atención Colombia!", el país entero se paralizaba. Los domingos eran de festival, músicos de la región, aguardiente en guadua y serenatas improvisadas. La vida era más dura, pero sabrosa.

El teléfono era un privilegio de unos pocos en el pueblo. Las llamadas se hacían en Telecom, en fila, donde todos terminaban oyendo la conversación. Los mensajes importantes llegaban en telegrama, y más adelante por radioteléfono a las fincas. La música se escuchaba en fonógrafo, después en gramófono y más adelante en tocadiscos. Los discos de acetato de 78, 45 y 33 revoluciones guardaban boleros, tangos y bambucos que hoy son joyas.

No había televisión y cuando llegó, solo algunos pudieron tenerla. Tocaba hacer amistad con quienes la tenían para poder ver las telenovelas, los noticieros y los partidos. Todo se escuchaba, se contaba o se cantaba. Y las historias pasaban de boca en boca, de generación en generación.

Era una época en la que no teníamos todo, pero tampoco lo necesitábamos. La felicidad se medía en arepas recién asadas, en un pilón de café bien hecho, en el sonido de la radionovela, en las tertulias de espantos y en las canciones que sonaban en la rockola.

Así era Quinchía. Así era nuestra vida.

Cuando la Calle Era Nuestra

Hubo un tiempo —y no hace tanto— en que las calles, las aceras y los potreros eran el verdadero escenario de la infancia. Allí crecimos, entre juegos sencillos, risas escandalosas y raspaduras en las rodillas que no se curaban con yodo ni con cremas importadas, sino con saliva de la abuela y el eterno “sople que eso sana”.

Después de estudiar las lecciones y terminar las tareas —porque antes el juego empezaba cuando ya se había cumplido con el deber— nos encontrábamos los de la cuadra, los del barrio o los del pueblo entero. Éramos una mezcla variopinta de muchachos y muchachas, todos con la misma ansiedad por aprovechar el día y la luz antes de que nuestra mamá nos llamara desde la puerta, a voz en cuello, para entrar a cenar.

Las calles eran canchas de fútbol improvisadas, donde las porterías se hacían con dos piedras y los árbitros éramos todos. Jugábamos a los congelados, al ponchado con la pelota de trapo o de fuchi, al trompo, a las escondidas y al inconfundible “uno, dos, tres, pollito inglés”. Y el que se moviera, perdía.

Había tardes de carreras de encostalados en los potreros, de caballitos de palo con una media vieja rellena en la punta de un palo de escoba y zancos hechos con tarros de leche Klim, atados con cuerdas de fique. La creatividad era nuestra mayor riqueza. No necesitábamos grandes cosas para pasarla bien.

Cuando llegaban las vacaciones de diciembre, se armaban las competencias de halar el lazo en los patios o en las calles, los carros de balineras bajaban a toda velocidad por las pendientes del pueblo y los juegos de aguinaldos le ponían picante a los días previos a Navidad. Se apostaban dulces, revistas y hasta promesas de favores. Y para sellar la apuesta, como se debía, se entrelazaban los meñiques y una tercera persona daba el golpecito que lo hacía oficial.

En las noches, sin luz eléctrica en muchos casos, los mayores contaban historias de espantos, de La Llorona, El Mohán y El Sombrerón. Jugábamos al fono mímico imitando a los vecinos o a los personajes del pueblo, a ver quién adivinaba primero.

En los días soleados, las cometas volaban alto, hechas con cañitas de guadua y papel de colores. A falta de ruedas, una vieja llanta colgada de una rama hacía de columpio, y el lago, el paseo a la planta o a Itálica eran el viaje soñado.

Recuerdo los juegos de mesa improvisados: el Triqui dibujado en una hoja de cuaderno, las carreras de tapas de gaseosa personalizadas con fotos de ciclistas, las canicas ganadas a punta de puntería y las penitencias para los que se equivocaban: cargar al más gordo, cantar una canción o bailar en una pata.

Y cómo olvidar las rondas infantiles que pasaron de generación en generación: *Arroz con leche*, *El puente está quebrado*, *La pájara pinta*. Se aprendían de boca en boca, y no había niño que no las cantara.

Cuando alguno se doblaba un tobillo, no se iba a urgencias, se iba donde el sobandero del barrio, que con sus manos de hierro le enderezaba a uno hasta el alma, mientras se escuchaba el quejido: "¡Ay, Dios mío bendito, qué dolor tan bravo!".

Aún hoy, cuando me cruzo con aquellos compañeros de infancia, nos detenemos a recordar esas tardes interminables, las carreras, las bromas, los juegos y las penas. Nos miramos con complicidad y entendemos que fuimos afortunados. Que crecimos libres, jugando y riendo, en una época en que no había pantallas que nos robaran la calle.

Y aunque es cierto que la nostalgia a veces es traicionera, también es sabia. Porque nos recuerda que, a pesar de todo, fuimos inmensamente felices con tan poco. Y que esos juegos, esos amigos y esas tardes sin reloj, valen más que cualquier cosa que pueda comprarse hoy.

Como decían los abuelos: *"Más vale un buen amigo que una bolsa llena de monedas"*. Y nosotros teníamos docenas.

Los Cucuyos de Quinchía

Antes de la llegada de la CHEC (Central Hidroeléctrica de Caldas) a Quinchía, hacia finales de los años 60 y 70, el alumbrado público del municipio dependía de una pequeña planta eléctrica artesanal, construida junto a la quebrada La Planta.

Por aquella época, el caudal del río Itálica y más abajo el de la quebrada La Planta eran generosos, especialmente en temporada de invierno. Eso permitía alimentar una turbina tipo Pelton, un sistema rudimentario pero efectivo, ideal para zonas rurales de montaña donde abundaban las caídas de agua.

La central eléctrica, ubicada en la salida del pueblo hacia Murrapal, al costado del cementerio católico, estaba destinada exclusivamente a suministrar energía para el alumbrado público. Las casas funcionaban con lámparas de petróleo y velas, ya que la cobertura de la planta no alcanzaba para más.

El agua era captada mediante una bocatoma de piedra y madera, desviada por canaletas hasta una tubería que dirigía el chorro a presión hacia la turbina Pelton. Esta, al girar por la fuerza del agua, movía un generador eléctrico que distribuía corriente limitada a las luminarias públicas del parque y las calles principales.

Los bombillos instalados en los postes de madera eran pequeños, de muy baja potencia, y su tenue luz amarillenta apenas lograba iluminar un círculo de luz bajo el poste. Por su brillo débil, similar al de las luciérnagas de campo, la gente empezó a llamarlos “los cucuyos”.

Se decía que, cuando se dañaba la planta —lo cual ocurría con frecuencia— o cuando el agua bajaba de caudal en temporada seca, el pueblo quedaba a oscuras por completo. Solo las lámparas de petróleo encendidas, las caperuzas y las velas en las casas combatían la penumbra. Sin embargo —y aquí nace la leyenda—, los cucuyos seguían titilando, incluso sin corriente, como si una fuerza extraña los mantuviera encendidos.

Contaban que los cucuyos guardaban el espíritu de los viejos operarios de la planta y que, en noches de difuntos, titilaban con fuerza extraña. Algunos cambiaban de color mientras las ánimas salían del cementerio, los perros aullaban y los rezos llenaban las calles oscuras.

Cuando finalmente llegó la interconexión eléctrica de la CHEC, con bombillos modernos y potentes, muchos decían que esas luces nuevas eran frías, sin alma, porque ya no titilaban en las noches de difuntos ni respondían a los rezos.

Hoy no queda nada; una administración la vendió. Solo permanecen los recuerdos de aquella planta, que durante años quedó enterrada entre maleza y piedras a orillas de la quebrada La Planta. Pero cada tanto, algún anciano en tertulia, o algún nieto curioso, revive la historia de los cucuyos de Quinchía, esas luciérnagas

eléctricas que una vez iluminaron con su tenue resplandor los pasos y las penas de un pueblo en las noches más oscuras.

“Cuando hablar por teléfono era todo un espectáculo”
Crónicas de Telecom (y algo de telégrafos) en Quinchía

En **Quinchía**, cuando uno decía *“voy a hacer una llamada”*, lo que realmente quería decir era: *“voy a ir a hacer fila, a sudar la gota gorda, a escuchar media telenovela ajena… y si hay suerte, hablaré cinco minutos.”*

Allá, donde hoy queda la **Alcaldía**, funcionaba **Telecom**. Las famosas cabinas, de **madera y vidrio**, parecían confesionarios. Uno entraba como quien va a pedirle perdón a Dios… pero afuera, en la sala de espera, **todo el mundo se enteraba de todo**.

“Donde hay fila, hay historia.”

Y es que hablar en Telecom no era hablar en privado. ¡No señor! Era como un programa en vivo:
—*“¡Mijo, mándeme la plata del arriendo!”*
—*“Yo no fui la que dijo eso, fue la vecina.”*
—*“No se le olvide traer las pastillas pa’l colon.”*
Uno no quería escuchar, pero el oído se le iba solito. Peor aun cuando **las líneas se cruzaban**. Marcabas pa’ Medellín y te salía una conversación de Anserma: dos primas peleando por un terreno. ¡Y uno ahí, callado, pero con el morbo a mil!

“El que tiene orejas grandes, escucha hasta lo que no debe.”

Las llamadas de larga distancia eran otro drama: **tocabas pedirlas a la operadora, colgar y esperar.** Algunos se iban al parque, otros a echar chisme… y más de uno regresaba al otro día porque *“nunca lo llamaron.”* Pero eso sí, cuando por fin gritaban:
—*“¡La llamada de Bogotá ya está!”*
uno salía disparado como si lo hubieran nombrado en una herencia.

Los teléfonos más viejos funcionaban con **manivela**. Uno la giraba como quien arranca una moto vieja. Luego vinieron los de **disco**, que, si te equivocabas en el último número, tocaba empezar de nuevo. Y después llegaron los de monedas. ¡Ay, la moneda de 20 centavos!

“Cada palabra costaba… y cada silencio también.”

Y **antes del teléfono, estaba el telégrafo**. Ese sí que era un arte. Un papelito, unas pocas palabras, y mucho ingenio. Uno dictaba:
“LLEGUE BIEN. ABUELA VIVA. SALUDOS. PUNTO.”
Porque cada palabra valía. Si uno se ponía muy romántico, el mensaje le costaba el doble:
“Amor con mucho punto, vacía el bolsillo.”

El telegrafista era casi poeta. Con cara seria y letra recta, escribía como doctor recetando nostalgia. Y a veces escuchaba confesiones más largas que un rosario:

—*“Dígale que lo amo. Que lo espero. Que lo perdono…”*
¡Y el telegrafista ahí, aguantándose la risa y escribiendo con solemnidad!

Pero si había un ritual especial, era el de **los domingos a las 8 de la noche**. Puntuales como misa, llegaban a esperar la llamada. Y entonces salía la voz inconfundible de **doña Ligelly**, con cigarro en la boca y voz ronca de autoridad:
—*“¡Rosalba, cabina número 5 tiene llamada de Medellín!”*
Uno entraba con respeto, casi con devoción, a hablar con las tías y la abuela. Esa llamada era el lazo que sostenía la familia. Y mientras tanto, en las otras cabinas, las historias se cocinaban igual que el sancocho del domingo.

Aquel servicio de Telecom fue grande. Y **Fabio Betancurth, el popular “Cocho”**, fue uno de sus impulsores. Dicen que aún existe el telegrama que le notificó su nombramiento como uno de los gestores de la llegada de Telecom a nuestro pueblo. Y cómo olvidar a **Rosalba Quintero**, que también trabajó como telefonista, haciendo milagros con cables y paciencia.

De allí mismo nació el dicho que quedó grabado en la memoria de Quinchía:
“¡Listo Medellín, cabina 8!”
Una frase que para muchos era esperanza, amor, noticias… o regaños de madre.

Hoy, con celulares hasta en los bultos de café, nadie se imagina lo que era ese espectáculo. Pero en esos tiempos de Telecom y telégrafo, **cada mensaje era un tesoro, cada llamada una emoción, y cada cabina… un pequeño teatro del alma.**

“En Quinchía, el teléfono era público… y el chisme, gratuito.”

SI A MIS NIETOS LE PLATICARA QUE SE HACIA COLAS PARA HABLAR POR TELÉFONO NO ME LO CREERIAN. PERO AQUÍ LES TRAIGO LA PRUEBA.

La Escuela Urbana de Niños: piso de madera y vida compartida
Crónica de una época dorada en Quinchía

En pleno centro de Quinchía, donde hoy se ubica el pabellón de carnes, existió una de las instituciones más queridas y memorables del municipio: la Escuela Urbana de Niños, que más adelante sería conocida también como “La Salle”. A pesar de su nombre, durante un tiempo funcionó como escuela mixta, acogiendo tanto a niñas como a niños. Luego, con el paso de los años, pasó a ser exclusivamente femenina, hasta su traslado definitivo.

Quienes estudiaron allí conservan recuerdos vivos de sus aulas de madera brillante, de la sede ubicada entre la calle 7 y la carrera 8, y del eco de los pasos al caminar sobre el entablado, de las campanas que marcaban el recreo y de una cotidianidad cargada de enseñanzas, juegos y pequeños desafíos. Tras el terremoto de 1979 —cuando se vino abajo la Escuela Niño Jesús—, las jornadas se dividieron y la vida escolar se reacomodó como pudo, demostrando la resiliencia de una comunidad que no renunciaba a educar. Fue allí donde también empezó la primera banda de guerra.

En esas aulas se formaron generaciones enteras, guiadas por maestras que dejaron huella: doña Nubiola Muriel, recordada por muchos como la profesora de primer año; Mariela Saldarriaga, Genoveva Grajales de Cruz, Teresa Espinosa, la hermana Miriam, Germanía Álvarez, Isabel Silva, Isabel Trejos, doña Lía Ríos, y Alicia Franco —que daba “madera” por todo—, entre otras. Mujeres con carácter, temple y verdadera vocación, que sabían enseñar, corregir y también querer.

En los años 70, las aulas olían a tiza, a cuadernos forrados en papel periódico y a madera vieja. El tablero verde dominaba el salón, y la autoridad del maestro era incuestionable: bastaba una mirada suya para imponer silencio. Se usaban pupitres de madera, rígidos, alineados con precisión militar. El himno se entonaba con solemnidad cada lunes, y el respeto era norma. No había pantallas ni tecnología, pero sí muchos reglazos, dictados interminables y cuadernos repletos de buena caligrafía. A pesar de todo, era una época de formación firme, de disciplina y de aprendizajes que aún resuenan.

Y claro, los castigos no eran únicamente palabras severas o copias interminables; uno de los más comunes —y en cierto modo pedagógico— era birutiar el piso. ¡Cómo olvidar aquellas jornadas de boliar el capacho de coco para sacarle brillo al entablado! Terminábamos con la espalda molida, llenos de polvo y sudor, pero con una sensación de orgullo que no se explica fácilmente: la escuela quedaba reluciente, y con ella también nuestra niñez. Las costaladas mientras brillábamos el piso eran parte del rito, entre risas y anécdotas, como un baile involuntario que quedaba grabado en la memoria y en los músculos.

Había travesuras, claro. Uno que otro curioso se metía debajo del piso de madera para intentar espiar a las profesoras, en una mezcla de picardía infantil e

ingenuidad que hoy provoca risa, pero que entonces formaba parte del folklore escolar.

La edificación tenía forma de L. La parte del frente tenía entrada exclusiva para las profesoras, con piso de madera que las estudiantes se encargaban de mantener brillante a punta de costales y cera. Debajo había un subterráneo polvoriento, oscuro y misterioso, al que no se les permitía entrar. Ese sector también tenía un aula y una pequeña cocina, donde se preparaba la leche con queso amarillo enviada desde Estados Unidos. Ese sabor tibio, algo salado, permanece intacto en la memoria de quienes crecieron allí.

Las escalas de esa parte del edificio cumplían múltiples funciones: allí se recitaba, se cantaba, se izaba la bandera… y también se subía para recibir los reglazos, que eran parte del régimen disciplinario de la época, pero también del aprendizaje.

Afuera, la vida también latía con fuerza. Justo al frente de la escuela quedaba el kiosco del padre de Faustino Arango, donde se vendía kumis, obleas, maní y chance. Faustino y sus hermanos se turnaban para ayudarle al viejo, atendiendo a estudiantes que llegaban con los bolsillos llenos de ilusión y unos pocos centavos.

La casetica de dulces que muchos recuerdan con cariño se llamaba “El Titanic”, atendida por un señor que decía haber combatido en la guerra de Corea, igual que el querido José “Caramelo” (Q.E.P.D). También hubo un kiosco de don Gustavo Zuleta, donde dejaban las botellas de leche, y eran conocidos en el entorno escolar don Joaquín Pérez y don Luis Sánchez, cuyo almacén quedaba justo al frente.

En los bajos del edificio estaban la cafetería de don Ricardo Vanegas y la cantina de don Salomón Muñoz “La Chimbada”, dos negocios típicos de la época que compartían espacio con los toldos del mercado, donde se ofrecía de todo un poco: ropa, cuadernos, útiles escolares, comida y hasta remedios caseros.

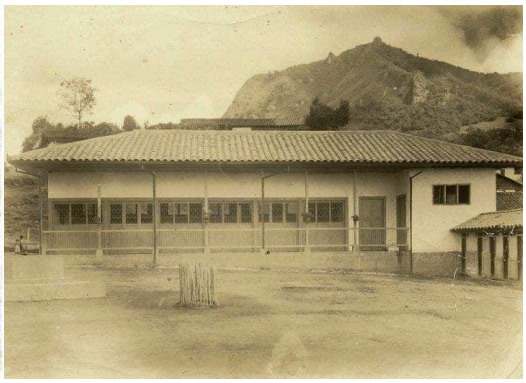
Los recreos eran toda una ceremonia: algunos corrían, otros jugaban a la golosa o al escondite, y muchos simplemente cruzaban la calle para una escapadita furtiva al kiosco. Los regresos a casa estaban marcados por el sonido de los zapatos sobre la madera, los gritos de los compañeros, el sol tibio de la tarde y la sensación de haber vivido un día más en el corazón del pueblo.

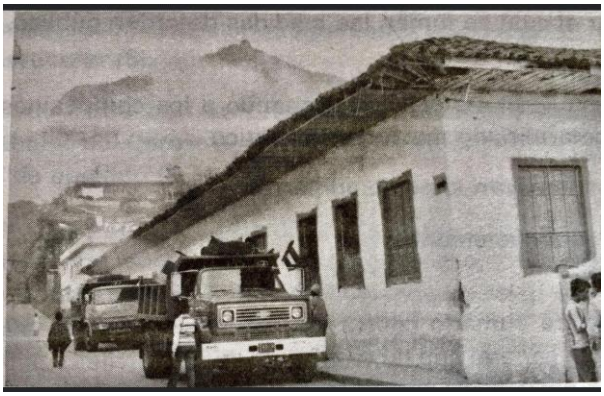
También hubo religiosas en esta escuela, provenientes de la misma comunidad del Colegio Niño Jesús. Muchos aún recuerdan con gratitud a la hermana Jackeline Manotas Torres, cuya presencia dejó huella en la formación espiritual y personal de las estudiantes.

Con los años, la institución pasó a ser conocida como la Escuela de Niñas “La Salle”, y aunque su actividad educativa se mantuvo por un tiempo, finalmente fue demolida. En su lugar se construyó lo que hoy conocemos como Telecom, y la escuela fue reubicada junto a la Institución Educativa Salvador Duque.

Aunque la estructura física ya no existe, la Escuela Urbana de Niños —con sus pisos brillantes, sus maestras exigentes, sus juegos, rezos, palmadas y kumis— sigue viva en la memoria colectiva de Quinchía. Aún se evoca el sonido del timbre, el olor a cuaderno nuevo, las carreras por el patio y los reglazos —de esos que hoy serían impensables— que imponían orden en los salones.

Fue una época dorada, en la que compartir con los compañeros, aprender de maestras con vocación y recorrer las calles del pueblo con el uniforme puesto era motivo de orgullo. Hoy, muchos recuerdan con cariño esa escuela, sus profesoras, sus pisos de madera, y todo lo que representó en su niñez: un lugar donde se forjaban no solo conocimientos, sino también valores, amistades y recuerdos que han durado toda la vida.





PARTE II: TRADICIONES Y SABERES POPULARES

La Última Mirada de Don Cristóbal

En Quinchía, ese pueblo que duerme bajo la sombra de cerros antiguos, la muerte no se apresura. Aquí se camina despacio, como si cada despedida fuera un acto sagrado. Cuando alguien muere, el aire se vuelve más quieto, y la gente baja la voz, porque la muerte —dicen— escucha todo.

El difunto es llevado a la casa o a la sala de velación. Lo arreglan con su mejor ropa, esa que se usa para las fiestas del pueblo, le cruzan un rosario entre los dedos y alrededor colocan velas blancas que titilan como almas pequeñas. Se reza el santo rosario una, dos o tres veces; depende del difunto y de sus pecados. El café empieza a circular, caliente, amargo, y entre sorbos se cuelan los murmullos: recuerdos, penas, historias a medio contar.

Pero lo que más se respeta en Quinchía es el tiempo. Nadie entierra el mismo día. Se espera uno o dos, porque los ancianos siempre advierten:

“Más vale esperar al vivo… que enterrar al dormido.”

Y no es chiste. Es historia.

En este pueblo hubo quienes despertaron en pleno velorio. Por eso, desde hace décadas, se repite la otra frase que espanta a los niños y pone serios a los adultos:

“Muerto que no huele… no se entierra.”

Nadie olvida aquel campesino que abrió los ojos hace más de sesenta años, tumbando el café y haciendo gritar a medio pueblo. Desde entonces, Quinchía le teme a la catalepsia, esa enfermedad que adormece el cuerpo y lo vuelve piedra, sin pulso, sin calor… pero con el alma aún adentro.

Y fue ese miedo silencioso el que hizo eterna la historia de don Cristóbal Ramírez, la más inquietante que se recuerda.

Lo que pasó con Don Cristóbal

Don Cristóbal era un hombre recio, de mirada dura y palabra medida. Vivía en una casita al borde del camino viejo, donde el viento golpeaba fuerte por las tardes. Una mañana lo encontraron caído junto al corral, sin pulso, sin movimiento. Lo declararon muerto. Su familia, llorando en silencio, cumplió cada paso de la tradición: lo vistieron con su ruana preferida, le pusieron el rosario entre los dedos y lo acomodaron en la sala.

El velorio avanzó tranquilo. Las velas ardían rectas, sin titilar, como si el aire también estuviera de luto. La gente rezaba con devoción, y todo parecía en

orden… hasta que, cerca de la medianoche, un detalle empezó a incomodar a los presentes.

Don Cristóbal no olía.
Nada.
Ni un rastro.

Pero era reciente la muerte, así que nadie dijo nada.

Fue la hija menor quien, al acercarse para acomodar una vela, sintió un escalofrío inexplicable. Juró que los ojos de su padre estaban… un poco abiertos. Apenas una línea, como si espiaran desde la sombra.

—Debe ser la luz —murmuró, aunque no lo creía.

Pasó una hora más. Y cuando todos recitaban el Credo, un sonido quebró el silencio: un leve golpe, como un suspiro atrapado dentro del pecho del difunto.

Las mujeres se miraron entre sí, inquietas. El sacristán tragó duro. Nadie se atrevía a acercarse.

Hasta que el mayor de los hermanos, temblando, tocó el brazo de su padre.
Estaba frío… pero no rígido.
Y entonces lo vio: un parpadeo sutil, casi imperceptible.

—¡Está vivo! —gritó.

El velorio estalló en gritos, sillas cayendo, café derramado. Todos corrieron hacia la puerta, algunos rezando, otros llorando de miedo. Don Cristóbal abrió los ojos por completo y trató de incorporarse, pero solo logró levantar la cabeza unos centímetros antes de desplomarse otra vez.

Lo llevaron de inmediato a la cama. Respiraba. Poco, pero respiraba. Había sido catalepsia.

La familia celebró el milagro. Le dieron agua, lo arroparon, le hablaron con ternura. Pero don Cristóbal no hablaba. No sonreía. No movía más que los ojos. Miraba fijo a todos, uno por uno, como si estuviera viendo algo que los demás no podían ver.

Esa noche, su hija menor, la misma que sintió el primer escalofrío, lo escuchó murmurar mientras ella dormía a su lado.

—No debieron traerme de vuelta… Ellos ya me habían llamado…
—¿Quiénes, papá? —preguntó temblando.
—Los del cerro… los que caminan sin sombra.

A la mañana siguiente, don Cristóbal estaba muerto otra vez. Esta vez, de verdad. Y esta vez sí olía.

Lo enterraron sin demora. Pero desde entonces, muchos aseguran haberlo visto deambular al anochecer por el camino viejo, con la ruana al viento y los ojos bien abiertos… como aquella noche en el velorio.

La tumba que nadie quiere

Desde aquel día, la bóveda quedó vacía, pero no en paz.

Nadie quiso volver a ocuparla. Los enterradores nuevos evitan pasar cerca.

Algunos afirman que en las noches se oyen golpes secos, o suspiros… otros juran que han visto una figura encapuchada, con sombrero, rondando la tapia del cementerio.

Dicen que cuando pasa, las velas del altar del Sagrado Corazón titilan sin viento.

Y que un perro negro, al que llaman El Centinela, aúlla tres veces cada vez que alguien nuevo muere sin velarse bien.

Y así, cada vez que alguien fallece, aún hoy, alguien en voz baja lo recuerda:

—Denle tiempo… no vaya a ser otro “Cristóbal”.

Porque en Quinchía, donde la montaña guarda secretos y el viento susurra verdades viejas, la muerte todavía se respeta.

Y, sobre todo, se espera.

Como dicen los mayores, sentados frente al fogón:

“Más vale llorar al vivo, que cargar con el alma de un muerto con rabia.”

El Secreto de las Ventosas de Doña Natividad

En Quinchía, cuando el viento baja arisco desde el tabor hasta Moreta y se descuelga por las quebradas trayendo el agua de la montaña, hay días en que el frío no se queda en la piel, sino que se mete despacio, como quien no quiere ser visto, hasta los huesos. Entonces la espalda se pone dura, la cabeza zumba, y el cuerpo entero parece no ser de uno.

Los abuelos no dudaban en nombrarlo:
—Eso es viento mal cruzado… o sereno traicionero —decían—, de ese que se le pega a uno como culebra mojada.

Y cuando eso pasaba, no había médico ni pastilla que valiera primero que una visita obligada donde Doña Natividad.

Vivía al final de la Calle Real, donde el camino se vuelve más angosto y el olor del cafetal de los Uribe se mezcla con la humedad de la tarde. Era una mujer de manos gruesas, curtidas por los años, y el cabello siempre recogido en un moño apretado, como si en él guardara todos los secretos que había heredado.

A su puerta llegaban doblados los hombres de campo, mujeres con la nuca agarrotada, muchachos con fiebre rara y mirada cansada.

Ella apenas los miraba y sentenciaba:
—Eso es viento mal cruzado, mijo. Y si no se lo saco hoy, mañana se le sube al pescuezo.

Entonces comenzaba el ritual.

Sacaba con cuidado un juego de vasos viejos, de esos que ya no se ven, heredados de su madre. Ponía sobre la mesa un trocito de vela, un algodón humedecido con alcohol de chirrinchi, y una moneda gastada de veinte centavos que, según decía, había pertenecido a su abuelo arriero, de los que conocían todos los caminos antes de que existieran las carreteras.

El enfermo se quitaba la camisa y se acostaba sobre una camilla de esterilla que crujía bajito, como si también recordara otros cuerpos y otros dolores.

La llama encendía el silencio.

Doña Natividad prendía la vela, acercaba el fuego al vaso con el algodón impregnado y, en un movimiento rápido y preciso, lo volteaba sobre la piel.

—Pop.

El sonido era breve, pero profundo. Como si algo invisible quedara atrapado ahí dentro.

La piel se levantaba dentro del vidrio, y ella, sin apuro, iba colocando uno tras otro, seis, siete vasos, dibujando en la espalda un mapa extraño donde el frío parecía rendirse.

—Entre más morado quede, más viento tenía —decían los viejos que sabían mirar esas marcas como quien lee un libro antiguo.

A veces el alivio llegaba de inmediato, como si le hubieran quitado un peso al cuerpo. Otras veces, el milagro amanecía al día siguiente: el dolor se iba sin despedirse, dejando apenas el recuerdo.

Pero Doña Natividad siempre advertía, con voz seria:
—No se me vaya a salir al sereno… porque el frío vuelve, y vuelve con rabia.

En las noches, cuando el pueblo se quedaba en silencio y solo se oía el rumor de la montaña, todavía había quienes encendían un tubito de periódico, lo ponían en el oído y juraban sentir cómo el viento salía en forma de humo tibio. Decían que aliviaba la cabeza, que despejaba el alma… aunque no todos confiaban en ese remedio, porque también se sabía que podía ser traicionero.

Con los años, esas prácticas se fueron quedando en la memoria más que en las manos. Llegaron otros tiempos, otros remedios, otras formas de nombrar el dolor. Pero en muchas casas de Quinchía, aún hoy, hay un rincón donde reposan los vasos de vidrio, junto a una botella de aguardiente y unas ramas secas de ruda, como esperando que alguien vuelva a necesitarlos.

Y cuando tumbaron la casa de Doña Natividad, cuentan que, en el patio, bajo la tierra húmeda, encontraron un frasco enterrado. Dentro había monedas antiguas, pedacitos de vela y un papel doblado con una letra temblorosa que decía:

“Para el que no le tema al viento ni al frío, y entienda que la tradición vale más que el olvido.”

Desde entonces, los mayores lo repiten como una verdad sencilla pero honda: que el cuerpo no solo se cansa… también se enfría de mundo, de montaña y de ausencia.
Y que hay vientos que no se ven, pero se sienten… y si no se sacan a tiempo, terminan por quedarse a vivir en uno.

La Leyenda de las Orejas Calientes… y lo que me pasó esta semana

No sé si ustedes han escuchado esa creencia popular que dice que cuando a uno se le calienta una oreja, es porque en algún lado están hablando de uno. Pues les cuento que sí existe, es una leyenda muy antigua que ha pasado de generación en generación en nuestros pueblos.

La creencia dice que, si se te calienta la oreja derecha, es porque están diciendo cosas buenas de ti, te están recordando con cariño, o te están echando flores. Pero si la que se pone roja y ardiendo es la izquierda, es porque hay habladuría mala, chisme o crítica.

En muchas familias de esta región, cuando eso pasa, se acostumbraba morderse un mechón de pelo para espantar la lengua malintencionada y hacer que quien estuviera rajando, se mordiera también la suya.

Pues les cuento que esta semana me pasó a mí. Sentí arder mi oreja izquierda varias veces en el día, y como buen supersticioso, pensé:
“¡Por ahí me están rajando!”

Comentando eso con un amigo, me soltó:
“Hermano, créalo, eso es cierto. Precisamente a esa misma hora estuve en una cafetería en el centro y había una barra… puros Uribistas rajando de usted. Lo volvieron ropa de trabajo.”

Y como si fuera poco, mi amigo les tomó una foto sin que se dieran cuenta… ahí la tengo guardada para el archivo, por si algún día me preguntan.

Lo duro para mí es que no pude morderme un mechón de pelo… porque no tengo Así que me tocó reírme y recordarme que, como dice el viejo refrán:
“Si hablan de uno es porque uno importa.”

Y como decía mi abuela:
“En este mundo, el que hace, dice o se mueve, siempre será tema de conversación.”

Así que ya saben, si sienten la oreja ardiendo sin razón… pilas, que por ahí su nombre anda rodando.

"Y si no creen… pregunten por la foto."

Las Parteras: manos que Dios besó y el pueblo nunca olvidó

Muchos de nosotros vinimos al mundo gracias a ellas: las parteras. Mujeres sabias, de manos benditas y corazón de oro, que sin títulos ni clínicas trajeron a la vida generaciones enteras en medio del campo, los cafetales y los caminos de herradura. *"Más sabe la partera por vieja que por partera"*, decía la gente, porque su ciencia era la experiencia, no los diplomas.

Cuentan los más viejos que, hace mucho tiempo, cuando en Quinchía las noches eran más largas y las estrellas parecían lámparas colgadas del cielo, Dios mismo bajó a los cafetales buscando a quién confiarle el secreto de traer la vida. Escogió a unas cuantas mujeres humildes y les sopló en las manos un aliento tibio. Desde entonces, esas manos quedaron bendecidas para recibir a los hijos de la tierra. *"Manos que no tiemblan, porque las sostuvo el mismo Dios"*, repetían las abuelas.

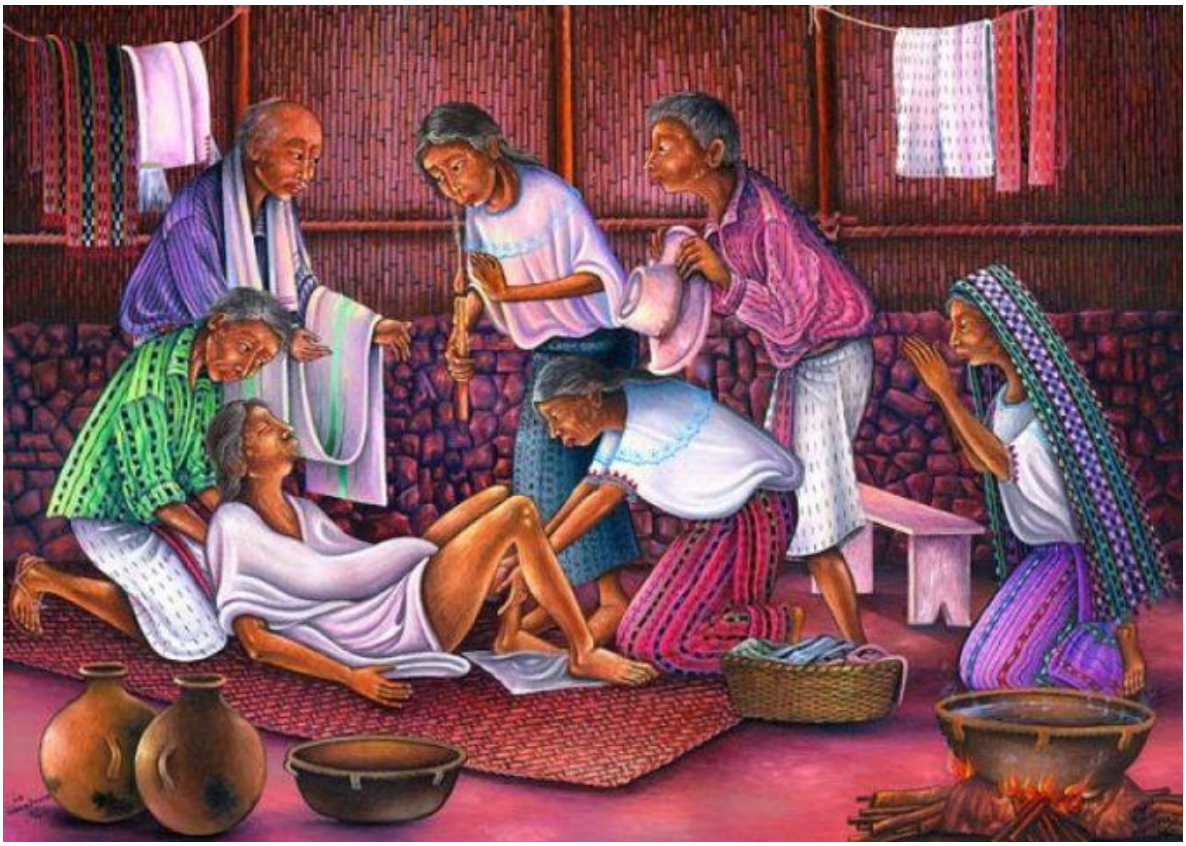
Antes eran muchas más, repartidas entre veredas y montañas. Eran necesarias, porque el hospital quedaba lejos, los caminos eran duros y la mula no siempre estaba lista. Cuando la necesidad llamaba, *"no había noche oscura ni camino malo que las detuviera"*.

Todo se preparaba con tiempo: toallas limpias, agua caliente, un trapito blanco, alguna vela encendida… y mucha fe. Porque, como decían, *"sin fe, ni la gallina pone"*.
Al nacer el bebé, la madre comenzaba su dieta rigurosa: cuarenta gallinas cocidas, caldos con yerbas, remedios caseros y silencio absoluto en la casa, *"para que ni la sombra espante al recién nacido"*.

No era fácil traer un hijo al mundo, pero ellas sabían cómo: con calma, experiencia y amor. Colocaban al bebé en la posición correcta y lo ayudaban a nacer como si fuera un arte sagrado. Sin gritos, sin máquinas… solo con valor y sabiduría popular. *"La partera que no se asusta, salva madre y salva criatura"*.

Dicen que la primera partera que recibió el don fue doña Melania, en la vereda más alta, donde hasta las nubes se recuestan a descansar. Contaba que, cuando un niño nacía, un turpial cantaba en la ventana, anunciando que el alma había llegado completa.

Hoy, con el paso del tiempo y los negocios de la salud, estas mujeres han ido desapareciendo. Pero su legado vive en nosotros, los que respiramos por primera vez guiados por sus manos, y en la memoria de nuestros pueblos, que todavía les deben los primeros latidos de miles de corazones.
Porque, como dicen los viejos, *"quien recibe la vida con manos buenas, la camina sin tropiezos"*.



Los Males Ocultos

Cuentan los viejos de mi tierra que en los tiempos en que el médico del pueblo era el doctor Arístides, un hombre de bigote tieso y carácter de sargento, hubo una temporada en que los niños enfermaban sin causa aparente. Unos lloraban sin parar, otros se secaban como hojas al sol, y no faltó el que amaneciera con la piel llena de ronchitas rojas que parecían culebras vivas trepando por su cuerpo.

Todo comenzó con el hijo del mismo doctor. El pequeño Emilito, un niño hermoso, cachetón y de ojos tan negros que parecían azabaches recién pulidos, empezó de un momento a otro con fiebre y orzuelos. El doctor, confiado en su ciencia, le dio jarabes, inyecciones y hasta le hizo sangrías, pero nada. La gente murmuraba en los corredores del Hospital Nazareth:

—Ese niño está ojeado, doctor.
—¡Vaya donde la curandera “Marcelina” antes de que sea tarde!

Pero Arístides no creía en brujerías ni en rezos, y les decía:
—Eso son patrañas de viejas perezosas. El mal se combate con medicina, no con ensalmos.

Pasaron los días y Emilito se agravó. Hasta que una madrugada, cuando el gallo ni había cantado, el niño murió en brazos de su madre. Esa misma noche cuentan que un azabache que la abuela había colgado en la cabecera del lecho apareció partido en dos, como advertencia de lo que se venía.

Desde entonces, toda madre primeriza en el pueblo no dejaba al niño sin su hilo rojo en la muñeca o en el tobillo.
“Por si las moscas —decían— no está de más, porque el ojo ajeno es más fuerte que el propio”.

El hielo del cementerio y otras creencias.

Dicen que, por esos días, un hombre llamado Cristóbal Saldarriaga, enterrador del cementerio viejo, fue a visitar a su sobrino recién nacido. Nadie se percató que venía de enterrar a un ahorcado. Cogió al bebé en sus brazos y al otro día el niño amaneció “helado” y con diarrea. La abuela Filomena, sabedora de estos males, exclamó:

—Ese pelado está helado, y si no lo despabilan, se nos va.

Lo desnudaron y lo bañaron con agua de manzanilla, ruda y altamisa. Para colmo, le hicieron rezos de deshielo con una vela de sebo. Desde entonces en los velorios decían:
“El que toque muerto, que no toque niño, porque el hielo se pasa por las manos”.

Del pujo y otras mañas

A ese mismo niño, al parecer, lo alzó una muchacha en sus días femeninos y el pelado se volvió pujón. Lloraba, se apretujaba y nadie lo calmaba. Como no hallaban virgen conocida, se tocó que la hija de Doña Evangelina, que decían era pura como el agua de quebrada, le hiciera la cruz de saliva en la frente. Y que así fue, porque el niño se alivió y el llanto se le fue como si lo hubieran cargado los ángeles.

El descuaje

Otra tarde, un muchachito cayó de la hamaca y desde ahí comenzó con diarrea que ni con agüita de guayabo se le quitaba. Una sobandera llamada La Chana, mujer de manos calientes y lengua sabia, lo midió con un cordón y exclamó:

—Este pelao está descuajado. Lo tengo que sobar y enderezar los huesos, porque cuando uno se cae así, se descuadra como carreta de bueyes en bajada.

Y a fuerza de sobadas y rezos, el niño mejoró.

El susto y la culebrilla

Y como si fuera poco, al compadre Pascual le salió una culebrilla en la espalda. Le dijeron que, si esa “culebra” cerraba el anillo, ahí mismo se moría. Lo curaron poniéndole una cuchara de plata calentada al candil, aceite de cocina y papel aluminio. El compadre Pascual decía:

—Si la culebra cierra el aro, me lleva el patasola.

Por fortuna, no lo cerró.

Y así es la vida en los pueblos de nuestra tierra, donde la ciencia del médico camina de la mano con la sabiduría de las abuelas, y donde cada mal tiene su remedio, ya sea en el hospital, en la cocina, o en la lengua rezandera de una curandera.

Porque como decía el viejo Silvestre:
“Lo que no curan las manos, lo curan las oraciones… y si no, que Dios nos coja confesados”.

El Mal de Ojo

(Otra creencia popular que no es cuento… y que sigue rondando en Quinchía y sus veredas)

Muchos se burlan, otros no creen, pero más de uno ha sentido en carne propia lo que es un buen mal de ojo. Lo cuenta —o mejor, lo confirma— un médico que trabajó hace varios años en el hospital Nazareth de Quinchía.

Resulta que su propio hijo se enfermó de la nada. Fiebre, inapetencia, llanto continuo y un decaimiento que ni él, con todo su conocimiento médico, lograba entender. Le recetó jarabes, antibióticos, inyecciones y cuanto medicamento tenía a mano. La gente del pueblo, las enfermeras, las vecinas y hasta las señoras que iban a pedir citas decían en voz baja:

—Ese niño está ojeado, doctor… llévelo donde una rezandera.

Pero él, hombre de ciencia, se negaba en rotundo. Decía que eso eran cuentos viejos, cosas de abuelas, creencias de campesinos ignorantes. Lo cierto es que, pese a todo lo que hizo, el niño murió. Y desde ese día, cuentan que el médico bajó la cabeza y admitió que hay cosas que la medicina no explica… y que el Mal de Ojo sí existe.

Esta creencia ha estado arraigada por siglos y no solo aquí. Se dice que hay personas que, sin querer o por pura envidia, con solo mirar de cierta forma a un niño bonito, saludable y simpático, le transmiten un mal invisible que se manifiesta en orzuelos, fiebres extrañas, desgano y hasta llanto sin consuelo.

Por eso, desde antaño, las mamás y abuelas en Quinchía acostumbraban a colgarle al recién nacido un collar de azabache en la manita o en el pie, o amarrarle un hilito rojo, para protegerlo del mal de ojo. Aunque ojo con esto: en los últimos años han ocurrido accidentes porque esas piedritas de azabache se pueden soltar y los bebés, que todo se lo llevan a la boca, podrían bronco aspirar y causarse un daño mayor.

Lo recomendable —dicen los que saben— es colocar esas protecciones en la cabecera de la cama, colgadas en la ventana o en algún rincón del cuarto, pero nunca pegadas al cuerpo del niño.

En nuestra familia creemos en esto. Claro que lo primero es llevar el niño al médico, pero quienes ya conocen los síntomas no se arriesgan y sin perder tiempo van donde la persona que sabe de esos asuntos, que lo pasa con un huevo, con

un ramo de altamisa o lo rezan con palabras antiguas que nunca se revelan en público.

Así es la cosa.

¿Cree usted o no?… el mal de ojo sí existe, y en Quinchía más de uno tiene la mirada pesada

El Matadero: Donde la Sangre Sabía a Pueblo

En Quinchía, antes de que las normas y los papeles llegaran a enderezar lo que nunca estuvo torcido, el matadero municipal era más que un sitio de sacrificio: era un punto de encuentro, una escuela de sabiduría popular y un altar donde el pueblo se alimentaba y se contaba la vida.

El matadero aún sigue donde siempre: más allá del barrio Galán, al lado del polideportivo, cerca del vivero municipal y rumbo a la salida de La Ceiba. Pero como dice la gente vieja, “una cosa es el cuero y otra el pellejo”, porque, aunque el lugar no se haya movido, ya no es el mismo.

En aquellos días, los matarifes eran hombres de apodo y de respeto. Estaban José Marrano, Jorge Aricapa Vanegas, Ramón Mica, José Trejos “La Liebre”, Los Curizos, Eduardo, Rodrigo macano y Narciso. Cada uno con su fama, su cuchillo bruñido y su manera de manejar la res. Y como decía mi abuelo, “a matarifes viejos, ni se les tuerce el pulso ni se les enfría la sangre”.

El matadero se dividía en dos: uno para los semovientes, como se le decía al ganado mayor, y otro para los cerros —los marranos. Desde veredas lejanas como Lago San José, Villa Rica, La Floresta y Buenavista bajaban los arrieros con sus bestias a pie, sudando sol y aguardiente, entre caminos de polvo y piedra, donde el más vivo era el que primero llegaba. Porque en este pueblo siempre se ha dicho que “el que madruga recoge la sangre caliente”.

A los cerdos los quemaban con helecho seco. El olor a pelo chamuscado y a carne abierta se mezclaba con el humo de leña y el bullicio de muchachos que se colaban a ver la faena, mientras las señoras, con ollas de peltre y totumas de guadua, esperaban su turno para recoger la sangre. Nadie se quedaba sin nada, porque aquí se sabía que “donde come uno, comen dos”, y más si era día de matanza.

La sangre del ganado se dividía en blanca y negra, según la raza, y se entregaba por una ventanita del matadero, donde también se vendía carne más barata que en las carnicerías de la plaza, porque como bien decía don Pascual, “la carne no se niega, ni a la mujer ni al compadre”.

Con esa sangre se preparaba la clara, plato de pobres y de vivos, revuelta con cebolla larga, cilantro cimarrón, ají picante y sal gruesa. Decían que “clara caliente quita susto y levanta muerto”, y no había resfriado ni anemia que se aguantara una totuma de eso.

Al lado del matadero había un comedor de fritanga de la familia peña, donde freían bofe, hígado, longaniza, chunchullo y arepas remojadas en manteca. Ahí se reunían los matarifes, los carniceros y los viejos de palabra larga, que, entre trago de chicha y cucharada de sancocho, decían que “matanza sin fritanga es entierro sin rezos”.

La carne se transportaba en la volqueta del municipio, esa que cargaba basura, material de río y, cuando tocaba, hasta muertos. Nadie se enfermaba por eso, porque como decía La Mica, “el que muere de limpio, ese sí es bobo”. Más adelante apareció el furgón de carnes, con su puerta de lata que sonaba como cencerro, pero la carne, juraban los viejos, ya no sabía igual.

Vale la pena recordar que, en tiempos aún más antiguos, la plaza de mercado no estaba donde hoy la conocemos, sino que se montaba en pleno parque principal, alrededor de la iglesia y la alcaldía vieja. Los arrieros y campesinos llegaban con sus productos a lomo de mula, y las mujeres acomodaban sus canastos sobre el empedrado. Y mucho antes de eso, cuando Quinchía y Guática eran apenas corregimientos, no quedaba otra que viajar hasta San Clemente, que era la cabecera principal, para registrar nacimientos, legalizar escrituras, conseguir aguardiente legal o vender ganado. Como decía don Tulio, “cuando Quinchía era potrero, San Clemente ya tenía campanario”.

Y aunque no hay certeza absoluta, cuentan algunos abuelos de memoria larga que el primer matadero o sitio de sacrificio estuvo donde hoy queda el barrio Primero de Mayo. Dicen que allá, a las orillas del caserío, bajo unos árboles grandes, se hacían las matanzas para surtir las fondas y las carnicerías del pueblo nuevo. Y como se acostumbra en tierra quinchieña, “si nadie desmiente, por algo será”.

Los años trajeron la modernización, y con ella, las normas. Se cerró la ventanita, se acabaron las fritangas al lado, se prohibió regalar sangre, papadas y patas. Todo por la salud, decían los técnicos de bata blanca. Pero los viejos, sentados en las esquinas y en las cantinas, todavía se preguntan:

“¿Y por qué antes nadie se moría por eso?”

Porque la carne de antes, la sangre en totuma, la papada guisada y la fritanga compartida sabían a pueblo, a leña y a palabra vieja. Y ese sabor no lo reemplaza ninguna norma ni ninguna planta de beneficio.

Y es que como decían los matarifes, “al pueblo no lo mató la sangre, lo mató el papel sellado”.

PLAZA DE MERCADO
Antigua Quinchia

La Noche de las Velas en el Cementerio San Andrés

En Quinchía, un pueblo abrazado por montañas y envuelto en leyendas, hay tradiciones que no mueren, que permanecen vivas en el corazón de su gente como un canto sagrado al pasado. Cada **Viernes Santo**, cuando el cielo comienza a vestirse de azul profundo y la brisa trae consigo el perfume de las flores silvestres, las familias se preparan para una de las costumbres más sentidas y antiguas de este territorio cafetero: **la visita nocturna al Cementerio San Andrés**.

Al caer la noche, el cementerio se convierte en un paisaje mágico. Cientos de velas se encienden una a una, iluminando las tumbas y osarios con una luz tibia y temblorosa que parece acariciar las lápidas y los nombres grabados en piedra. Es un acto de fe y de amor, donde cada llama representa la vida eterna de quienes partieron, y donde el silencio solo es interrumpido por el murmullo de los rezos y el crujir de las hojas secas bajo los pasos de los visitantes.

Las familias se reúnen, llevan flores frescas, rezan rosarios y elevan oraciones por el descanso de sus seres queridos. Es una noche de recogimiento, pero también de encuentro con la memoria, donde se cuentan anécdotas de quienes descansan allí, se recuerda su paso por la tierra y se agradece por las enseñanzas que dejaron.

Desde lo alto del Cementerio San Andrés, se divisa la cabecera municipal adornada con luces lejanas y, al fondo, la silueta solemne del Templo San Andrés, como testigo de siglos de fe. Esta tradición, transmitida de generación en generación, no solo es un acto religioso, sino una manifestación cultural que reafirma los lazos familiares y comunitarios, un **homenaje silencioso a la historia y a la dignidad de quienes forjaron este pueblo**.

En Quinchía, **la noche del Viernes Santo no es solo un momento de duelo**, sino una cita con la esperanza, una oportunidad de reconciliarse con la vida, con los recuerdos y con Dios. Así, año tras año, las almas y los vivos se encuentran bajo la luz tenue de las velas, en un ritual sencillo y hermoso que **mantiene viva la memoria de todo un pueblo**.

CEMENTERIO

Tradiciones Funerarias de Quinchía y sus Veredas

En Quinchía y sus veredas, las despedidas no son solo momentos de duelo, sino actos profundamente cargados de tradición, respeto y fe. Aquí, la muerte no separa, sino que une a la comunidad en torno a los rituales que se han transmitido de generación en generación.

Cuando alguien fallece, la noticia se riega pronto por los cafetales, las trochas y las calles del pueblo. En la casa del difunto, familiares, vecinos y amigos llegan con flores, velas y palabras de consuelo. Se coloca un vaso con agua bajo el féretro, para que el alma se refresque antes de partir, y los espejos se cubren con manteles o sábanas, evitando que el espíritu quede atrapado en su reflejo.

En la entrada de la vivienda se ubica una corona de flores o un lazo negro, como señal de luto. Desde esa misma noche comienza la novena de difunto, nueve días de oración por el descanso eterno del alma y de acompañamiento a la familia doliente.

En las veredas, es tradición que los vecinos carguen el féretro a hombros, recorriendo caminos de herradura y trochas hasta donde esperan chivas, camperos y motos, que llevan a familiares y amigos al pueblo. Cuando el cuerpo llega al casco urbano, la comunidad acompaña a pie desde la iglesia hasta el Cementerio San Andrés, como muestra de respeto y despedida.

Este acompañamiento es masivo y sentido. No solo van los familiares y allegados; mucha gente del pueblo sale a acompañar la procesión, y aprovechan la ocasión para visitar las tumbas de sus propios seres queridos, arreglarlas y encender una vela en su memoria.

En el cementerio, antes del entierro, se reza un último rosario o responso junto a la tumba, rodeados de flores frescas y símbolos religiosos. Es un momento de recogimiento donde la comunidad reafirma su respeto por los que partieron.

Durante los nueve días posteriores, los vecinos siguen visitando a la familia, llevándoles alimentos y palabras de fortaleza. Y al cumplirse un año del fallecimiento, se celebra el “cabo de año”, una misa especial donde se recuerda con cariño al difunto y se encomienda su alma a Dios.

Así ha sido y sigue siendo en Quinchía y sus veredas, porque aquí el respeto por los muertos es sagrado, y las despedidas se viven en comunidad, unidas por la fe y la tradición. Un legado cultural que mantiene vivo el sentido de hermandad y el amor por la memoria de quienes ya partieron.

La Leyenda deshacer los pasos.

En Quinchía, donde las montañas conversan con las nubes y las veredas guardan en sus piedras los relatos de los mayores, existe una creencia tan antigua como el pueblo mismo. Se dice que antes de morir, toda persona deshace sus pasos.

Este agüero, transmitido de abuelos a nietos en casas de bahareque y patios de tierra, cuenta que cuando alguien está próximo a dejar este mundo, su espíritu inquieto recorre por última vez los caminos y sitios donde fue feliz, sufrió o dejó parte de su alma. Lugares en los que la tierra conserva su huella y los árboles aún se estremecen al recordarlo.

En las veredas de Quinchía, por ejemplo, muchos aseguran haber escuchado en las noches golpecitos en las ventanas, pasos en los corredores, hamacas que se mecen solas o voces que pronuncian nombres entre susurros. Se sabe que esos son los pasos recogidos de quien está próximo a morir.

A veces, los familiares o amigos más allegados sienten una presencia, un frío repentino, un golpe leve en la puerta o un objeto que cae sin motivo aparente. Algunos cuentan que han visto la silueta del finado en un corredor, o han sentido que se sientan a su lado en la cama, y aunque intentan hablar, solo escuchan murmullos, palabras enredadas como traídas desde otro tiempo.

Y es entonces, cuando al día siguiente o a las pocas horas, la noticia llega: ha muerto Fulano. Y quienes recibieron esas señales, sin asombro, pero con respeto, pronuncian esa frase que ha sobrevivido en los labios de los quinchieños desde hace siglos:

— El finadito vino a despedirse y a deshacer sus pasos.

Los adultos mayores del pueblo recuerdan estas historias como parte de su vida. Las han escuchado desde niños, las han vivido en veladas y amaneceres, y las han contado en la cocina, junto al fogón, o en los velorios mientras el café humea y las velas alumbran las fotografías viejas.

Hoy, esta leyenda busca quedarse en la memoria de Quinchía, escrita en estas páginas para que las futuras generaciones no olviden que, en su tierra, antes de la muerte, el alma recorre sus caminos, y los pasos que un día anduvo, vuelven para despedirse.

Porque en Quinchía, los pasos nunca se van sin volver a casa.

El Festival de la Tapetusa, las Guitarreadas y los Niños en el Salón

Antes, en las veredas de Quinchía, la escuela era la única institución viva. No había presupuesto de alcaldía, ni gobernador que mandara nada —aunque todavía no hay y se gasta es en transporte de estudiantes—. Los útiles se compraban entre todos, y para reunir plata, se hacían festivales bailables que eran toda una ceremonia de pueblo.

El maestro, que vivía en una pieza contigua al salón de clases, organizaba todo: recogía el tapetusa, invitaba a los músicos —que no eran más que uno o dos guitarreros buenos— y corría la voz casa por casa.

Jaime Vinasco, uno de esos docentes toderos en la vereda Llanadas, armó un festival un sábado en la noche. Como ya le habían advertido que no lo hiciera en la escuela por las peleas, pidió el patio de Don Luis, que quedaba cerca. Pero el ritual era el mismo:
Primero, los hombres llegaban con sombrero y machete al cinto; las mujeres con niños en brazos y el antojo de escuchar las guitarras y ver bailar.

La música era a punta de guitarra y voz gruesa. Nada de parlantes, solo cuerdas viejas y palmas acompasadas. Cuando ya corría el tapetusa y la tarde se ponía oscura, acomodaban a los niños todos juntos en un salón contiguo, los acostaban en el suelo sobre cobijas, y ahí quedaban dormidos, mientras los adultos se enfiestaban. Y así ha seguido siendo en algunas veredas, donde aún hoy, a los niños los acuestan juntos en un salón y ellos se van a beber.

Todo iba bien hasta las once de la noche, cuando empezaban los primeros choques y los cuchicheos de problemas viejos. Los machetes tintineaban al salir de las vainas y, en cualquier momento, se armaba la gresca.

Aquel sábado, cuando faltaban siete minutos para la medianoche, Jaime oyó un golpeteo brutal en la puerta de la escuela.
“¡Profe, profe, abra que esto se puso feo!”

Traían tres heridos: un señor de edad con una cortada larga en el brazo, una señora con la mano desbaratada, y un indígena con una herida menor. Sin médico y sin puesto de salud cercano, Jaime se las arregló con cáñamo, una aguja capotera y un trapo hervido.

Al señor lo despacharon de urgencia en burro a Irra, la señora fue remendada en el salón, y el indígena, con un pañuelo apretado, volvió a la fiesta. Al día siguiente, todo el mundo sabía quién había peleado, quién lloró y quién se fue sin pagar la botella de tapetusa.

Así se sostenían las escuelas: a punta de festivales, guitarreadas, niños dormidos en los salones y machetazos de madrugada. Era peligroso, sí, pero era la única

forma de que los niños tuvieran cuadernos, escobas y, de paso, la comunidad se encontrara.

Hoy, mucho de eso se ha perdido. Los docentes ya no viven en la escuela, y los festivales y convites escasean. Sin embargo, en algunas veredas aún resisten esas fiestas populares, ahora organizadas por las Juntas de Acción Comunal, que luchan por mantener la costumbre y recoger fondos para las mejoras de la escuela, la cancha o la capilla. Y todavía, de vez en cuando, se escucha el rasgueo de una guitarra, el canto ronco y los niños acostados en un rincón, mientras la gente bebe y celebra bajo la luna.

Porque en Quinchía, la memoria se resiste a morir.

La Marcha de las Aves del Más Allá

Leyenda contada en velorios, trochas y amaneceres donde nadie se atreve a preguntar.

En lo alto de las montañas cafeteras, donde los caminos se llenan de neblina antes del amanecer y los árboles parecen escuchar, todavía se murmura una historia que pone la piel fría. No está en los libros, ni en la radio, ni la enseña la escuela. Se cuenta al oído, entre cafés cerreros, suspiros y miradas de reojo.

Es la historia de las aves del más allá, aquellas que no comen grano, ni anidan, ni migran… solo aparecen cuando la muerte camina cerca.

Quien las escucha, no vuelve a dormir igual.

Y quien las ve, mejor que rece.

El Tintín, el pájaro destripado.

Se escucha de día y de noche, pero nunca por gusto.

Su canto, un "tilín… tilín" metálico y hueco, se parece al tañido de una campana vieja enterrada bajo tierra.

Dicen que, si alguien lo ve con las tripas afuera, rojas y temblando como lombrices, esa persona no llega viva a la semana.

El Tintín no canta por cantar: canta cuando el ataúd ya está hecho.

"El que ve al Tintín abierto, ya lo están esperando con cirios y novena."

"Tilín de día, duelo a mediodía."

II. La mariposa negra, el alma visitante

Vuela despacio, con alas oscuras como la noche sin luna.

Aparece en casas humildes, en corredores viejos, en salas con altares.

No golpea. No hace ruido. Pero donde se posa, algo se quiebra.

Algunos dicen que es el alma de un difunto que viene a buscar a otro. Otros, que es un aviso que la Virgen ya soltó el rosario y prendió la vela.

"Donde se posa la mariposa, pronto se arranca una rosa."

"No es mariposa, es mensaje en sombra."

III. La tórtola del lamento: 'Se fue, se fue…'

Nadie la quiere escuchar en el silencio de la tarde, cuando el sol está bajando.

Porque su canto parece una voz triste:

“se fue… se fue…”

Y si te sigue, si revolotea detrás tuyo en el camino o en la plaza, prepárate.

Dicen que avisa la muerte de un pariente, un amigo cercano, alguien que amas.

Y si canta dos veces en un mismo día, ya no hay reversa.

“Tórtola que canta y no se calla, ya lleva luto en el ala.”

“Si te sigue, es porque el duelo ya salió a buscarte.”

IV. El pollo maligno – la voz sin cuerpo

No se ve. Nunca se ha visto.

Pero en la madrugada, entre las 2 y las 3, su canto atraviesa los techos y los huesos.

Parece un gallo, pero su voz es arrastrada, ronca, como si algo maldito quisiera imitar la vida.

Dicen que es un demonio disfrazado de animal, o un alma que no encontró paz.

Donde canta el pollo maligno, viene una tragedia: un incendio, una caída, un susto que deja marca.

“El pollo que canta en la oscuridad, abre la tierra sin pala.”

“Si lo escuchas, no le respondas. Porque si te responde, no verás la mañana.”

V. La güisa – el ave doble: bendición de día, maldición de noche

Por el día, es bien recibida.

Negra, nerviosa, se posa sobre mulas, caballos y vacas, comiéndoles las garrapatas y gusanos.

Dicen que protege a los semovientes.

Pero si canta después del anochecer, no trae alivio… trae sangre.

En la vereda La Loma, una güisa cantó en plena oscuridad, y al amanecer, una mula cayó de un barranco sin razón.

En otra parte, cantó tras la cocina y al otro día la niña se quebró el brazo dormida.

“La güisa es buena de día, pero si canta de noche, entierra lo que toca.”

“Si la güisa canta de espaldas, algo viene y no es visita.”

VI. El Crespín o “Tres pies”, el lamento eterno

Su canto no es trino, es grito:

“Cres-pín… Cres-pín…”

Y los que conocen su historia, bajan la cabeza.

Se dice que fue una mujer que abandonó a su marido enfermo por orgullo o cansancio.

Cuando quiso volver, ya lo habían enterrado.

Desesperada, lo buscó por los montes, llamándolo sin parar, y Dios, compadecido o castigándola, la convirtió en pájaro, para que su culpa nunca callara.

“El crespín no canta, reza su condena.”

“Donde grita el crespín, hay alma con deuda.”

Algunos lo llaman “Tres pies” porque cojea, porque arrastra su pena, porque no camina igual desde que pecó.

Cuando todas cantan: Dicen los viejos que, si en una misma semana alguien escucha al menos cuatro de estas voces, la muerte ya está rondando la casa.

Y si se oyen las cinco… o las seis, ni el médico, ni el padre, ni el curandero pueden con eso.

“No preguntes qué ave canta. Pregunta a quién vino a buscar.”

Y tú, que has leído hasta aquí,

si esta noche escuchas un canto agudo, o un “se fue” que no sabes de dónde viene,

si ves una mariposa negra rondar tu altar,

o si algo canta donde no hay nada…

No mires.

No llames.

Prende una vela.

Y reza.

“Lo que me contó mi abuelo Moisés en Juantapado y junto al trapiche”

Hay recuerdos que uno guarda como estampas vivas en el alma, y para mí, de los más bonitos, fueron las tardes en Juantapado, cuando la familia se reunía en la casa vieja a tomar café recién colado, o cuando íbamos al trapiche panelero de la finca a sacar la panelita pa’l gasto de la semana.

Era un trapiche de los de antes, de madera dura, con un palo largo que mi abuelo Moisés Flórez amarraba al caballo, y entre vueltas y vueltas, la caña se molía mientras nosotros, los pelaos, arriábamos el animal pa’ que no se detuviera. El jugo de caña caía en una batea y de ahí al fondo de la paila, donde hervía hasta volverse miel espesa.

Entre vuelta y vuelta del caballo, con el chirriar del palo y el olor dulce de la miel subiendo, mi abuelo aprovechaba pa’ contar historias y dar consejos, porque decía que no solo se alimenta uno de comida, sino de sabiduría.

—*Mijo*, —me decía— *aquí entre caña y panela es donde uno aprende lo que vale en la vida. Más sabe el diablo por viejo que por diablo.*

Y me repetía lo que ya me había dicho una noche en la casa de Juantapado, cuando todos estábamos reunidos:

—Nunca silbés de noche, ni dejando la miel enfriarse sola sin cruzarle una ramita de ruda encima, porque los malos espíritus se arriman. Donde suena un silbido en la oscuridad, una mala sombra se allega.

Y mientras el caballo daba otra vuelta, me advertía:

—Jamás dejés que te barran los pies, ni siquiera aquí en la finca. El que te barre los pies, te barre la suerte, y después ni panela podés sacar.

El sombrero de él nunca lo dejaba sobre la cama, ni en la cocina, siempre lo colgaba en un gancho en la pared del trapiche.

—Porque sombrero en la cama es muerto en la casa —decía con esa voz gruesa que parecía retumbar entre los guaduales.

Y si en la cocina de la finca quedaban platos sucios después de las moliendas, decía:

—Eso atrae a los espíritus carniceros, hambrientos de mala energía. Por eso las mujeres de antes lavaban de una vez. Cocina limpia, casa bendecida.

Entre cuento y cuento me enseñó sobre el arroz:

—Poné unos granos de arroz en la billetera, pa’ que nunca te falte. Y echá puñadito detrás de la puerta pa’ la abundancia. Aquí donde vos ves, el arroz es tan sagrado como la panela.

De la sal me advirtió que nunca se pasaba de mano en mano. Siempre se dejaba sobre la mesa.

—La sal no es pa’ andar de mano en mano porque se rompe la suerte, igual que barrer de afuera pa’ dentro, que trae las desgracias de la calle al corazón del rancho.

Y al escuchar un perro aullar en la noche, tanto en Juantapado como en la finca, me decía:

—Cuando los perros lloran, es porque el alma de alguien anda rondando o porque malas noticias se acercan. Los perros ven lo que uno no.

Me contó también, ahí junto al trapiche mientras arriábamos el caballo, que la comida que te ofrece quien te guarda mala intención puede llevar salaciones, que nunca hay que recoger cosas de la calle porque podrían estar cargadas de desgracia ajena, y que los espejos de noche son puertas abiertas.

Las abuelas, según él, ponían herraduras en las entradas de la finca y el trapiche, con las puntas pa’ arriba, pa’ recoger la buena suerte que el viento trae.

Y en la casa, nunca se decía *maldito, miseria, desgracia, peste, estúpido, idiota*, porque esas palabras eran cuchillos que se clavan en la suerte y en la vida de uno.

Antes de dormir, en Juantapado o en la finca, mi abuelo se lavaba las manos con café. Decía que así se quitaba las malas energías, el mal de ojo y las envidias del día.

Y lo último, casi como un secreto sagrado:

—Servíte un vaso de agua antes de salir, decile todo lo bueno que querés, y tomátelo. El agua escucha, mijo, y guarda palabra.

Desde esas tardes en la finca y esas noches en Juantapado, cada vez que voy a dormir o cuando escucho un perro llorar, me acuerdo de mi abuelo Moisés Flórez, de su trapiche, del caballo dando vueltas y de esas palabras que hoy siguen vivas en mí.

Porque como él decía: el que no oye consejo, no llega a viejo.

REDMI NOTE 8
AI QUAD CAMERA

REDMI NOTE 8
AI QUAD CAMERA

Entre Lamentos, Mierda y Quebradas: Crónica de Gobia

En Quinchía hay un barrio que guarda más historias que años. Se llama Gobia, y por sus calles han corrido niños, viejas, borrachos, brujas, lloronas, prostitutas, políticos, lavanderas, aparecidos, comerciantes, profesores, gente de bien y no tan bien, y de todo un poquito. En Gobia todo tiene nombre propio, y lo que no lo tiene, se lo inventan.

En la esquina, en la tienda de la "Grilla", de Toto Hernández y su familia, funcionaba una fábrica de velas. Dicen que allí los muertos se saludaban con los vivos. Y como se murmuraba en esos tiempos: *"Velas y aguardiente, negocio de gente decente"*, aunque más de un borracho pasaba a oscuras jurando que había visto al finado saludando en la puerta. *"Donde hubo fuego, cenizas quedan"*, y en esas esquinas todavía queda el eco de los cuentos de miedo, las bromas de borrachos y las historias que no caben en un solo fogón.

Por ahí había una calle que todo el mundo conocía como La Vuelta de la Mierda. Le decían así sin pena ni recato, porque en aquellos tiempos no había agua ni alcantarillado, y el que subía o bajaba por esa platanera no aguantaba las ganas y soltaba el chorro ahí mismo, detrás de un matojo o entre las guaduas. Como dice el dicho: *"Cuando la necesidad aprieta, no hay roca sagrada"*. Aquello olía a pura gloria de letrina vieja, sobre todo al mediodía, cuando el calor levantaba los vapores.

Era una platanera que cuidaba Carmen Ibarra, mujer de genio recio y machete a la cintura, y vivía cerca doña María Alzate, la modista de Quinchía, buena para el dedal, para la tertulia y para el rezo de los nueve días cuando alguien se moría.

Las casas eran de bareque y guadua, techadas con teja de barro o zinc, y con esas cocinas de humo bueno, de leña de guamo y sancocho humeante. A día de hoy, es la calle donde funciona un taller de carros y la casa de mi amigo, el profesor q. e. p. d. Luis Gonzaga Osorio, quien decía en vida: *"Al que madruga, Dios lo ayuda… y el que trasnocha, ni quien lo escuche"*.

Por allí cerca estaba también La Calle de los Lamentos, que no tenía pérdida porque los viejos que vivían ahí se mantenían lamentando por todo. Si tenían, lloraban porque era poquito; si no tenían, porque no había ni para el café. Hasta se decía en broma que, por esa calle, en vez de saludarse, la gente se daba el pésame. Uno pasaba y oía:

—¿Cómo amaneció, don Abelino?
—Pues aquí, mal como siempre… ¿y usted?
—De malas, como desde hace años.

Todavía su descendencia mantiene ese legado, porque como dice el pueblo: *"Hijo de tigre, sale pintado"*. Y los de por ahí son gente de palabra fácil, pero más para

el lamento que para el brindis. Si uno los escucha bien, todos los males del mundo se inventaron en esa cuadra.

Más arriba vivía Ramón Mica, con su mujer Teresita, dos personajes de otro tiempo, conocidos por ser buenos para el tiple y para la bebida. La vida les cambió cuando esa parte quedó declarada zona de riesgo, pero el recuerdo de ellos sigue vivo entre los vecinos de Gobia. Y como dice el refrán: *"El que tuvo, retuvo y guardó para la vejez"*, así que todavía algunos los recuerdan tocando guitarra en una tarde de diciembre.

Por la parte izquierda del camino, subiendo, pasa una quebrada que atraviesa hasta la vía al cementerio, justo al lado del viejo taller de bicicletas. Esa quebrada no solo cargó agua, sino chismes, cuentos, lavadas de ropa y hasta algún que otro pecado escondido. Allí bajaban las lavanderas con su batea, su jabón azul y las manos rojas del frío. Eran tiempos de lavar y conversar, donde se desahogaban penas, se armaban noviazgos y se pelaban los secretos de todo el barrio. Como decían las viejas: *"De la quebrada pa' arriba, nadie es santo"*.

Aún quedan las piedras planas, como bateas naturales, donde se acomodaban dos o tres mujeres a lavar y darle lengua. Ese sitio, que fue de tanto trajín y confidencias, hoy es zona de protección, gracias a José Ibarra, que un día sembró árboles donde antes solo había barro, basura y monte. Como aconsejaba mi abuelo Moisés: *"El que siembra un árbol, escribe su nombre en la tierra"*.

Gobia no solo son calles y casas viejas; es memoria viva, nombres propios y esquinas que aún cuentan. Como dice un dicho quinchieño: *"Pueblo que no recuerda su pasado, camina sin alma"*. Y para que no se pierda el refranero, otro pa' cerrar: *"La tierra no se olvida de quien la caminó descalzo"*.

Google

Cl. 12
Google

El Duende del Pensil, la Marrana Fantasma y la Guaca de Doña Heroína.

Leyenda viva entre la vereda El Pensil, el cerro Gobia y sus alrededores

En la vereda El Pensil, por donde suben los caminos hacia el mítico cerro Gobia, la tierra guarda secretos que no se ven, pero que se sienten. Cafetales, cañadas, potreros y casas viejas son el escenario de hechos que se repiten desde tiempos de los abuelos. Allí vive, según dicen, el duende embolatado, una presencia que no se limita a una sola finca, sino que merodea todo el cerro y sus alrededores.

Este no es un duende cualquiera. Tiene el poder de cambiar cosas de lugar, de esconder herramientas, de volver queso en mierda, pero, sobre todo, de imitar voces humanas. Se dice que llama a la gente por su nombre, con la voz exacta de la mamá, del compadre o de algún familiar fallecido. Y cuando uno voltea… ya es tarde.

"El que responde al llamado del duende, pierde el camino… o el juicio," decían los antiguos.

Una vez, el perro Mocho murió, y su compañero Chirinco quedó deambulando solo. Pero no por mucho. Varias personas aseguran haber visto a los dos perros caminando juntos por la cañada, uno vivo y otro muerto, como si la muerte no hubiera logrado separarlos.

Cuentan también que unos familiares intentaron robarse una marrana y dos pollos gigantes, pero el duende los embolató. No hallaban la salida, volvían al mismo sitio, como si el monte los tragara. Tuvieron que dejar todo tirado y regresar asustados.

Pero el caso más recordado fue en la casa de doña Heroína (Q.E.P.D.), mujer querida en la región. Su hija, Marleny, vive aún allí, y se dice que bajo esa tierra hay una guaca encantada. Una noche, dos amigos cuidaban la finca y vieron que la marrana pasó arrastrando el lazo por el patio. Salieron corriendo por la Pinera, la alcanzaron, pero la marrana se les devolvió con fuerza extraña. Al volver a la casa, la encontraron todavía amarrada, como si nunca se hubiera movido.

En esa casa, como en muchas de la zona, el duende hace de las suyas: cambia el queso por excremento, sube cosas al techo, apaga lámparas, ríe en la noche y llama por el nombre con voces familiares, buscando confundir al desprevenido.

Pero los hechos no se limitan a esa finca. La presencia del duende se extiende por todo el cerro Gobia y sus alrededores: desde la piedra Bolomba hasta las cañadas cercanas a la finca de Chaqueto, donde todavía se escucha el galope del caballo asesinado que corre de noche de esquina a esquina. También se han oído pasos, voces que imitan a los difuntos, y risas que vienen del monte cuando nadie está.

"Gobia tiene su guardián. No es santo, pero tampoco demonio. Es duende… y manda."

Quienes se han internado en esos montes de noche saben que algo los observa, que el camino cambia solo, que el machete se enreda en la maleza y que el susto camina sin patas.

Por eso, los campesinos no lo dudan: el duende del Pensil es solo un rostro del espíritu mayor que habita en Gobia. Una energía antigua que protege lo suyo, castiga a los ladrones, y prueba a los incrédulos.

“Donde el duende llama, no se responde.”

“Cuando el queso huele raro, mejor no probarlo.”

“En Gobia, el que entra sin permiso, sale sin alma.”

“El cerro tiene dueño… y se ríe cuando usted cree que va ganando.”

La Guaduera Celosa

Leyenda campesina de las veredas guadueras de Quinchía

En las veredas de Quinchía donde la guadua crece fuerte como hueso de tierra —La Palma, Murrapal, Riogrande, Naranjal, La Ceiba y muchas otras— se dice que la caña brava no es cualquier palo. La guadua, como la llaman con respeto, tiene carácter, alma y memoria. Y si la cortás mal, no lo olvida ni lo perdona.

Quien más sabía de eso era Don Tulio el Guaduero, un hombre de machete fino, sombrero firme y lengua de refranero. Llevaba más de treinta años entre guaduales, y enseñaba a los aprendices con dichos más certeros que los libros.

“La guadua buena se corta en menguante, en seco y sin pecado.

Después de mozo, no toque caña, porque la guadua lo siente.”

Un día llegó a su finca un joven forastero, Camilo, con brazo fuerte pero alma liviana. Quería aprender el oficio y ganar dinero rápido, pero no entendía que la guadua no se corta con fuerza, sino con sabiduría.

—¿Está listo pa’l corte? —le preguntó Don Tulio, mirándolo fijo.

—¡Más que listo! —dijo Camilo, inflando el pecho.

Don Tulio lo olfateó, como quien huele el monte después de la lluvia, y soltó sin rodeos:

—“El que entra al monte caliente, lo saca el susto frío.

Si estuvo de cama, no toque caña. La guadua es celosa.”

Camilo rió, pero no respondió. La noche anterior había bajado hasta la vereda La Clarita, donde lo esperaba Rosa Elena, una moza de cintura dulce y voz de río. Y aunque su cuerpo aún olía a leña y perfume, no pensaba dejar pasar el jornal.

Amaneció seco, sin lluvia ni bruma. La luna estaba en menguante, como manda la costumbre. El guadual crujía apenas con el viento. Don Tulio tomó su machete, se acercó a una caña opaca y gruesa, y puso la mano sobre el tallo. Cerró los ojos y murmuró:

—“Taita monte, no vengo a robarte, vengo a transformarte.

Dame permiso, que mi machete va limpio.”

“No se le niega el saludo al dueño del guadual”, solía decir, y así lo hizo siempre.

Camilo, sin oración ni espera, alzó su machete y lo hundió con fuerza en la primera caña. Entonces ocurrió: un grito seco y hueco brotó del corte. No fue eco ni animal. Fue un quejido de mujer, de esas que duelen.

El machete se le trabó, y una sombra se movió entre los tallos. Las hojas susurraban en voz de anciana: “sin respeto… sin respeto…”. El guadual se estremeció sin viento. Y de entre las cañas emergió una figura: alta, con ojos verdes y cuerpo hecho de ramas y bejucos.

Era La Guaduera, el espíritu del monte. La celosa.

Camilo cayó al suelo, temblando. Don Tulio lo protegió con el sombrero en la mano y el alma en la boca:

—“¡Perdónelo, señora del monte! No rezó. Vino con el cuerpo caliente y el espíritu sucio.”

La figura lo miró y desapareció con un suspiro de hojas.

Ese día, Camilo perdió el habla por una semana, y aunque sanó, nunca volvió a entrar a un guadual. Peor aún: toda la guadua que cortaron esa mañana se llenó de comején, se pudrió y se partió antes de tres meses.

Don Tulio lo advirtió después, con tono de profeta:

—“La guadua que no se respeta, cría comején y ruina.

Guadua en menguante dura un siglo; guadua en creciente dura un suspiro.”

Desde entonces, cada vez que se va a cortar guadua en las veredas de Quinchía, los mayores repiten los saberes sagrados entre sorbos de tinto y golpes de machete:

Refranes de sabiduría campesina:

- “Después de mozo, no toque caña.”
- “El que no pide permiso al monte, se lo cobra la tierra.”
- “Guadua mojada, casa agrietada.”
- “La guadua buena suena hueca y huele a seco.”
- “Antes que cante el gallo, entre al guadual. Después, ni Dios lo salva.”
- “Si el monte guarda silencio, es que está respirando hondo.”

Y por eso, cuando alguien nuevo va a cortar guadua, los viejos aún preguntan con malicia:

—¿Y usted, mijo… durmió solo anoche?

Porque todos saben que La Guaduera Celosa aún vigila los guaduales… y que el monte, cuando se siente irrespetado, siempre cobra su parte: ya sea con comején, con miedo… o con una historia que se cuenta por generaciones.

Carlos y la noche que lo marcó

Leyenda del corregimiento de Batero

Cuentan en Batero que, cuando el monte calla y la neblina se cuelga de los árboles, el viento todavía murmura el nombre de Carlos.
Dicen que fue hombre alegre y de buen hablar, trabajador como pocos, pero terco como mula sin rienda.
No creía en advertencias ni en rezos de mujeres viejas. “El cuerpo es mío —decía— y lo manda quien lo suda.”

Una noche sin luna, bajó al caserío a verse con Serafina, una mujer de mirada honda y manos frías, de esas que nadie ha visto en misa ni en velorio. Cuando él se fue, ella lo despidió con voz lenta, casi temblando: —“Abraham, no toqués nada hasta que el cuerpo se te enfríe, recuerda que tuvimos relaciones. No es bueno después de tener sexo”

Pero él se rió.
No sabía que en el campo, “cuerpo encendido” no es solo el del que acaba de amar, sino el del que aún arde con ese fuego por dentro: un calor que confunde al alma y que, si se toca algo con él, puede “dañar” lo vivo —el agua, el fuego, la tierra o un niño—.

De regreso a su rancho, quiso coser su camisa blanca. La aguja se le enterró, y una gota de sangre cayó justo donde late el corazón.
Fue a ordeñar la vaca, y la leche salió gris, con olor a hierro.
Se miró al espejo, y su reflejo le sonrió… pero con los ojos cerrados.
Y cuando dio la bendición a su ahijado dormido, el niño lloró con un sonido que parecía del monte.

Dicen que al amanecer lo hallaron sentado frente al fogón apagado, con la camisa rota, los dedos quemados y la mirada perdida.
Solo alcanzó a murmurar:

—“Toqué todo con el cuerpo encendido… y el monte me cobró.”

Desde entonces, en Batero repiten los dichos que dejó su desgracia:

- “Después del goce, viene el juicio.”
- “Cuerpo caliente no toca ni hijo, ni fuego, ni tierra.”
- “El que no enfría su alma, la prende el monte.”

Y cuando algún joven se levanta alborotado después de una noche larga, los viejos solo dicen:

—“No te mirés al espejo, ni ordeñés, ni toqués la tierra…
que podés despertar lo que durmió con Carlos.”

La Quebrada Gobia

En el corazón de nuestro pueblo, justo detrás de la caseta comunal, corre la quebrada de Gobia, un hilo de agua que en otros tiempos fue punto de encuentro obligado para las lavanderas del barrio. No existían lavadoras, ni acueducto en las casas, y las mujeres del pueblo, con sus bateas al hombro y las ropas enjabonadas, bajaban hasta allí a lavar, a contar cuentos y a compartir sus penas.

Una tarde cualquiera —cuando el sol ya estaba por ocultarse detrás de los cafetales—, cuentan las abuelas que mientras las mujeres restregaban la ropa y el agua fría les entumía las manos, se les apareció una mujer extraña. Vestía como gitana: con falda amplia, blusas de colores vivos y collares dorados que le brillaban al último rayo de luz.

La recién llegada se acercó mostrando unas joyas de oro, tentadoras y relucientes. Las lavanderas, entre curiosas y asombradas, se quedaron mirándola. Fue entonces cuando, al observarla mejor, notaron que a aquella mujer le comenzaban a brotar dos cachos en la frente.

Ella, sin inmutarse, les dijo con voz gruesa y desafiante:

—¡Miren que tengo otra cosa mejor!

Y levantando su falda, les mostró una larga cola negra que se agitaba como la de una culebra.

Dicen que era el mismo Diablo, disfrazado de mujer para tentar a las lavanderas. El espanto fue tan grande que soltaron la ropa, las bateas y corrieron gritando quebrada arriba y quebrada abajo. Desde ese día, por un buen tiempo, nadie se atrevió a volver a lavar a la quebrada Gobia. Pero como en ese entonces no había máquinas lavadoras, no quedó de otra que regresar con miedo y oración en la boca.

Y aunque esa fue la aparición más temida, cuentan también que, en más de una ocasión, de noche y en soledad, se escuchaba por ese mismo lugar el lamento lejano de La Llorona. Pero esa ya es otra historia.

La Leyenda de la Muchacha de la Tienda y el Muerto Acusador

Aunque muchos crean que estas son solo leyendas de camino viejo, este hecho ocurrió en Quinchía. Como este, han sido muchos los casos donde el remordimiento y el tormento han obligado a los culpables a confesar, perseguidos por las ánimas que no descansan. Así lo cuentan, así pasó y así se sigue creyendo en estas montañas cafeteras.

En Quinchía, donde las montañas vigilan en silencio y los caminos viejos susurran historias que nadie olvida, hay una tragedia que todavía se murmura en las cocinas, en las fondas y en las esquinas del parque.

Corría el año 2007. Una joven de muy buena familia, conocida porque su papá —ya fallecido— les había dejado una miscelánea de esas de pueblo, donde se consigue desde anzuelos hasta veladoras administrado por un hijo, ella atendía su propia tienda en la zona urbana. Ella bien presentada, trabajadora y seria.

Aquella noche, siendo como las ocho, un hombre, conocido en el pueblo porque era del sector de Galán, entró a la tienda con la intención de robar. Sin importar que allí estaba también el hijo de la muchacha, la atacó dentro del local y le propinó un chuzón en el cuello. La escena fue rápida, brutal y cobarde. El sujeto salió huyendo de inmediato, dejando el miedo y la muerte encerrados en aquel lugar.

La noticia no tardó en recorrer todo Quinchía. Desde la galería hasta las veredas, se decía lo mismo: “A esa muchacha la mataron dentro de su tienda, frente a su propio hijo.” Como suele decirse en el pueblo, *“cuando el río suena, piedras lleva”*, y esta vez, el rumor era cierto, desafortunadamente nadie sabía quién había cometido este atroz crimen.

En la sala de velación, el ambiente se llenó de lamentos y susurros. Las viejas del pueblo, que conocen rezos viejos y consejos que no se dicen frente al cura, recomendaron no dejar partir su alma sin antes hacer el amarre del muerto acusador.

Así fue. Una señora rezandera, de esas que han curado niños ojeados y almas de espanto, le amarró los dedos gordos de los pies, ojalá con cordones de zapatos negros que él haya utilizado. y le rezó la oración antigua:

“«En el nombre de Dios Todopoderoso y con el permiso de [nombre del difunto],*
amarro estos dedos con este hilo sagrado,
para que quien derramó su sangre no tenga paz ni perdón.

Que su conciencia lo atormente día y noche,
que no pueda dormir, comer ni descansar,
hasta que confiese su crimen o la justicia lo alcance.

Si fue hombre, que tiemble; si fue mujer, que llore;
si fue familiar, que su remordimiento lo delate.
Que el espíritu de [nombre del difunto] lo persiga
y lo arrastre ante la verdad.

¡Que así sea, por los poderes de la tierra,
del cielo y de la muerte!»*”

Esa noche, un perro viejo aulló hasta quedar ronco, y una de las velas se apagó sin viento. Nadie dijo nada, pero todos lo sintieron. Como dice la gente del pueblo, *“cuando el perro aúlla y la vela se apaga sola, el muerto está pidiendo justicia.”*

En los días siguientes, el asesino, que era de Galán, empezó a descomponerse. No dormía, no comía, y cuando intentaba almorzar, veía sangre en lugar de comida. Decía que al tomar agua sentía el sabor de hierro viejo y que al cerrar los ojos veía a la muchacha parada junto a su cama, inmóvil, sin decir palabra, pero con la mirada fija.

La conciencia y el miedo pueden más que la fuerza, y fue tanto el tormento que, al mes, el hombre se entregó solo a las autoridades. En un consejo de seguridad, el fiscal contó cómo había confesado, temblando y con el rostro descompuesto:

"Prefiero estar preso que seguir comiendo sangre y viendo esa mirada todas las noches."

Como decía un viejo del parque, *“cuando la conciencia aprieta, ni el más valiente aguanta.”*

Fue entonces cuando los familiares, al saber que el asesino había aceptado su crimen, fueron al cementerio y, en un acto lleno de respeto y solemnidad, desataron los dedos de la muchacha, permitiendo que su alma por fin pudiera descansar.

Y así algunos no crean, esto funciona y es muy utilizado en la región.

La veta que pide alma

En las montañas de Miraflores, donde la tierra guarda el oro como un secreto antiguo, los mineros dicen que no basta con trabajar duro para que la veta se abra.
Dicen que hay que saberle cumplir… porque la tierra no le entrega su riqueza a cualquiera.

Allá, entre socavones húmedos y oscuros, donde el aire se vuelve espeso y la luz apenas alcanza para ver las manos, y en los cúbicos —esos huecos profundos que se tragan al hombre sin aviso—, se aprende rápido que la vida pende de un hilo. Un mal paso, una piedra floja, un respiro de más… y el monte cobra.

Pero hay algo más.

Algo que no se ve… pero se siente.

Los viejos enseñaban una regla que no está escrita en ningún libro, pero que se repite en voz baja, entre trago y trago:

—"El oro no es del que lo encuentra… es del que sabe gastar."

Y no hablaban de comida ni de ropa.

Hablaban de beber… y de mujeres.

Porque en Miraflores se cree —y no por juego— que el oro es celoso. Que viene de la tierra como un préstamo, no como una propiedad. Y que, si el minero se lo guarda todo, si no celebra, si no suelta lo que saca… la veta se cierra.

O peor.

Se enoja.

Cuentan que hace muchos años hubo un hombre al que le decían Julián "El Seco". Trabajaba como nadie: madrugaba primero, salía de último, se metía solo a los socavones más hondos y bajaba a los cúbicos donde otros ni se atrevían.

Pero tenía una diferencia.

No bebía.
No gastaba.
No buscaba mujeres.

Guardaba cada gramo de oro como si la vida dependiera de eso.

—“Yo no vine a perder lo que me gano”, decía, con la terquedad de quien cree que puede más que la tierra.

Al principio, la mina le respondió bien.
Sacaba oro grueso, amarillo, de ese que brilla hasta con poca luz. Sus compañeros lo miraban con respeto… y con preocupación.

—“Ese hombre no está cumpliendo”, murmuraban.

Pero Julián no creía en cuentos.

Hasta que la tierra empezó a hablarle.

Primero fue el cambio en la roca.
Más dura. Más seca.
Luego el agua, que empezó a filtrarse por donde nunca lo hacía.
Después, el aire… frío, pesado, como si alguien respirara dentro del socavón.

Una noche, bajó solo.

El silencio era distinto.

No era el silencio normal de la mina.
Era un silencio vivo.

De esos que miran.

Sintió pasos detrás de él.

Se detuvo.

—“¿Quién va ahí?” —preguntó.

Nadie respondió.

Siguió caminando.

Entonces lo vio.

Al fondo del socavón, donde la luz apenas llega, había una figura parada. No era clara… pero tampoco sombra. Era como si la tierra misma hubiera tomado forma.

Un hombre.

Cubierto de barro.

Con los ojos brillando como oro recién sacado.

—“No todo lo que sacás es tuyo…” —le dijo la figura, sin mover la boca.

Julián sintió el frío subirle por la espalda.

—“Esto me lo he ganado trabajando”, respondió, tratando de sostener la voz.

La figura dio un paso.

El suelo crujió.

—“La tierra presta… pero también cobra.”

Dicen que en ese momento la lámpara empezó a titilar.

Y el socavón… a cerrarse.

Las paredes crujieron.
La tierra cayó.
El aire se volvió polvo.

Julián salió como pudo, raspado, sangrando, con los ojos llenos de miedo.

Esa noche no durmió.

Dicen que al cerrar los ojos veía al hombre de barro parado junto a su cama.

En los días siguientes, todo cambió.

Donde metía la batea, no salía nada.
Donde picaba, la roca se desmoronaba.
El oro… desapareció.

Y no solo eso.

Empezó a enfermar.

No comía.
No hablaba.
No salía.

Hasta que una noche, en medio de la desesperación, hizo lo que nunca había hecho.

Bajó al pueblo.

Pidió aguardiente.

Pagó música.

Se sentó con mujeres.

Gastó lo que tenía… como si quisiera devolverle algo a la vida.

Los viejos lo miraban en silencio.

—“Ya entendió”, dijeron.

Al día siguiente volvió a la mina.

Y la veta… estaba abierta otra vez.

Desde entonces, en Miraflores se respeta esa ley.

No escrita.
No explicada.
Pero cumplida.

Porque el que no gasta… no vuelve a encontrar.

Y no es solo creencia.

Porque en esos socavones todavía pasan cosas.

Hay mineros que juran haber escuchado voces dentro de la tierra.
Otros dicen que han visto luces donde no hay lámparas.
Algunos sienten que alguien los observa mientras trabajan.

Y en los cúbicos… en esos huecos profundos donde el hombre baja con miedo en el pecho…

dicen que a veces se escucha una respiración que no es humana.

Por eso, antes de entrar, muchos hacen la señal de la cruz.
Otros dejan un trago en la entrada.
Algunos murmuran palabras que nadie más entiende.

Y cuando salen con oro en el bolsillo, no todos lo guardan.

Porque en Miraflores lo saben bien:

—“El oro que no se mueve… se devuelve.”

Y como dicen los viejos del monte, con la voz baja y la mirada seria:

—“La tierra da… pero nunca regala.”

Cuando las piedras hablan:

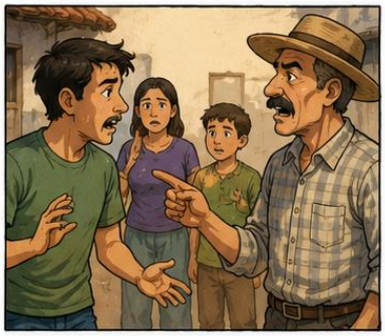
A un amigo le pasaba algo que comenzó como una simple molestia, pero terminó convirtiéndose en un verdadero problema. Cada vez que salía a caminar por los caminos del pueblo, varios perros se le pegaban detrás. Al principio no le dio importancia, pero con el tiempo la situación se salió de control.
Los perros no solo lo seguían: en el recorrido causaban daños, mataban gallinas, hacían destrozos en las casas y hasta mordían a algunas personas. Y como siempre lo veían a él acompañado de los animales, la culpa recaía injustamente sobre sus hombros. Más de una vez tuvo que explicar que esos perros no eran suyos.
Cansado de esa situación y sin querer hacerles daño, decidió buscar una solución. Fue entonces cuando alguien le dio un consejo sencillo, pero muy efectivo: recoger piedras.
No era para lanzarlas, sino para otra cosa. Él juntaba tantas piedras como perros lo estuvieran siguiendo. Si eran tres perros, tres piedras; si eran cuatro, entonces cuatro, y así sucesivamente. Luego hacía un pequeño tumulto con ellas en sus manos y comenzaba a tomar dos piedras y hacerlas sonar, golpeándolas entre sí de forma constante.
Ese sonido seco, repetitivo, empezó a incomodar a los perros. Poco a poco se detenían, dudaban y finalmente se iban alejando. Sin gritos, sin golpes, sin violencia.
Con el tiempo, los perros dejaron de seguirlo. Mi amigo volvió a caminar tranquilo, sin causar daño y sin tener que cargar con culpas que no eran suya.

Prueba si te pasa esto.

CUANDO LAS PIEDRAS HABLAN

1 A mi amigo, cada vez que salía a caminar por el pueblo, varios perros se le pegaban detrás.

2 Los perros causaban daños, mataban gallinas, hacían destrozos en las casas y hasta mordían a algunas personas.



3 Como siempre lo veían acompañado de los perros, la culpa recaía injustamente sobre sus hombros.

4 Cansado de esa situación y sin querer hacerles daño, decidió buscar una solución.

5 Alguien le dio un consejo sencillo, pero muy efectivo: recoger piedras.

6 Él juntaba tantas piedras como perros lo estuvieran siguiendo.

7 Si eran tres perros, tres piedras; si eran cuatro, cuatro piedras, y así sucesivamente.

8 Tomaba dos piedras y las hacía sonar entre sí de forma constante. Ese sonido seco e repetitivo incomodaba a los perros.

9 Con el tiempo, los perros dejaron de seguirlo. Mi amigo volvió a caminar tranquilo, sin culpas que no eran suya.

A VECES, LA SABIDURÍA MÁS SIMPLE ES LA MÁS PODEROSA.
PRUEBA SI TE PASA ESTO.

La quebrada Moja Huevos y los nicuros de Aguas Claras

Entre Aguas Claras, bajando por el caminito que serpentea entre cafetales y monte bravo, hay un punto donde varios churritos se juntan como si vinieran conversando desde lo alto. De esa unión nace una quebrada pequeña, pero mañosa, que con los años terminó cargando un nombre que nadie olvida: *la Moja Huevos*.

Y el nombre no es gratuito.

El que pasa por ahí, por muy prevenido que sea, casi siempre sale sorprendido. Las piedras son lisas, el agua es traicionera y fría como madrugón de jornalero. Basta un mal paso, un resbalón leve… y el agua sube justo hasta donde arranca la risa de los que miran. Por eso, entre cuentos y carcajadas, así quedó bautizada.

La quebrada sigue su camino atravesando los medios, como acompañando la vida del campo, hasta ir a entregarse finalmente a la quebrada Aguas Claras. No es grande, pero tampoco insignificante: tiene carácter, tiene historia.

En sus remansos claros, donde el agua descansa y se vuelve espejo, se ven moverse unos pescaditos pequeños, oscuros y rápidos: los *nicuros*. Pero en el lenguaje picaresco del campo, esos mismos nicuros también son conocidos como *lambeculos*. Nadie sabe a ciencia cierta de dónde salió el apodo, pero quedó pegado entre risas y malicia, como tantas otras palabras que nacen en la cotidianidad campesina.

Los muchachos se quedaban horas mirándolos, intentando atraparlos con las manos o con trampitas improvisadas, casi siempre sin éxito. Y más de uno, por quedarse entretenido en la pesca, terminaba descuidado… y otra vez la quebrada haciendo de las suyas.

Dicen los mayores que antes, cuando el camino era más transitado a pie o a lomo de mula, cruzar la Moja Huevos era casi un rito. El que lograba pasar sin mojarse ganaba respeto; el que no, ganaba historia… porque de inmediato quedaba bautizado entre risas.

Y así, entre el frío del agua, el brillo de los nicuros —o *lambeculos*, como les dicen en confianza— y la malicia del terreno, la quebrada Moja Huevos se volvió más que un lugar: se volvió memoria viva de Aguas Claras, de esas que no se escriben en libros, sino que se quedan andando en la palabra de la gente.

PARTE III: LEYENDAS Y ESPANTOS

Leyenda del Camillero Invisible y los Caminos de Esperanza

En Quinchía, donde los cerros observan sin parpadear y la neblina se adueña de los caminos, se sigue contando —con cuidado— una historia que no pertenece del todo al pasado. Porque aquí, cuando la urgencia aprieta y la vida se pone frágil, todavía se carga.

En las veredas, cuando alguien cae enfermo y el dolor no espera, no siempre hay paso posible. Las carreteras se quiebran, los caminos se vuelven barro, y la montaña decide quién entra y quién no. Entonces no se discute: la comunidad se levanta. Se bajan hamacas del corredor, se amarran entre dos palos firmes y así nace la camilla. El enfermo va envuelto en cobijas y oraciones, cruzando quebradas crecidas, resbalando por trochas donde ni el día se atreve a entrar completo.

Cuando el cuerpo lo permite, lo sientan en una silla de madera, asegurada con sábanas viejas y mecates duros a dos varas largas. Dos hombres toman la carga, uno adelante y otro atrás, caminando despacio, atentos al ritmo de una respiración ajena. A veces el único sonido es el del río Opiramá, otras veces el aleteo de un gallinazo que parece anunciar el camino.

Si hay una mula o un caballo manso, se presta sin condiciones. Costales doblados hacen de silla, una cobija protege del frío, y manos firmes sostienen para que no caiga. Pero hay días en que no hay bestia que suba ni baje. Entonces se carga en brazos o sobre la espalda, con el cuerpo vencido y la voluntad en pie. Aquí nadie pregunta cuánto falta: se sigue.

Y es justo en ese punto, cuando las fuerzas humanas empiezan a ceder, cuando ocurre lo que nadie explica del todo.

Los cargadores dicen que aparece un hombre callado. Ruana oscura, sombrero viejo, presencia firme. Nadie lo ve llegar. Simplemente está. Toma la camilla sin decir palabra y camina con un paso seguro, como si el peso no existiera. Acompaña el trayecto hasta que el pueblo asoma abajo… y entonces ya no está.

Nunca se sabe de qué vereda viene. Nunca se le ve irse.

Por eso lo llaman el Camillero Invisible.

Los mayores aseguran que deja huellas donde nadie pasó, que se oyen crujidos de madera cuando todos están quietos, que el peso se aligera sin razón. Dicen que no es un solo hombre, sino la memoria de todos los que alguna vez cargaron a otro por amor. Que aparece cuando la fuerza alcanza apenas para dar un paso más.

Hoy se intenta pedir ayuda, pero hay días en que no hay paso, ni señal, ni forma de llegar. Entonces se abren las casetas comunales, se buscan camillas guardadas, se improvisa con costales y varas, y el pueblo vuelve a caminar como siempre lo ha hecho.

Y si en medio de la urgencia alguien ayuda en silencio, sin pedir nombre ni agradecimiento, sin explicar de dónde salió… no conviene preguntar. Tal vez no sea un vecino. Tal vez sea el mismo de siempre, bajando otra vez desde los cerros.

Porque mientras existan caminos cerrados y vidas que no pueden esperar, el Camillero Invisible seguirá cargando.

En Quinchía, la vida no se deja morir en la vereda.
Se carga hoy, como ayer.
En hamaca, en silla, a hombros o en silencio.
Porque cuando el camino no deja pasar a nadie,
todavía queda el alma del pueblo…
y ese paso firme que nadie ve,
pero que siempre acompaña.

La leyenda del muerto que nadie quiso cargar

Relato popular de los que se cuentan a diario en Quinchía

En los caminos empedrados y las veredas de Quinchía, se escuchan historias que pasan de boca en boca, de abuela a nieto, de rezandera a carguero. Son relatos que, aunque muchos no los crean, siguen ocurriendo en silencio… como esta, que aún hoy se murmura en velorios y esquinas.

Dicen que, en una vereda de cerros altos y cafetales espesos, vivía un hombre llamado Jacinto Cardona —nombre inventado, como se hace en los cuentos—. Era un hombre fuerte, de palabra ruda, que jamás se dejaba ver en misa ni se le conocían favores a nadie. Algunos decían que tenía la mirada dura, otros que el alma más pesada que la mula vieja del vecino.

Cuando Jacinto murió, no fue mucha gente a su velorio, pero por respeto, como se acostumbra, varios vecinos se ofrecieron a cargarlo hasta el cementerio. Fue entonces cuando comenzaron los hechos que hoy forman parte de la leyenda.

Primero, el cuerpo no cabía en el ataúd. Aunque el carpintero había medido bien, parecía que el muerto se había estirado, o que el cajón se había encogido.

—Ese difunto no se deja encerrar —decían en voz baja—. Como no cabía en el mundo, ahora no cabe ni en la caja.

Después de varios intentos, lo cerraron a la fuerza. Pero cuando los cargueros trataron de levantarlo, no hubo manera. Pesaba como si dentro llevara no un alma, sino una piedra de molino. Algunos se persignaban, otros decían que “eso es por los pecados que pesan más que la carne”.

Uno a uno los cargueros iban cayendo, con calambres, sudores fríos y hasta mareos.

—¡Qué raro! —decía un joven—. ¡Yo he cargado muertos más grandes que este y nunca sentí tanto peso!

Cuando por fin llegaron al cementerio, vino el último misterio: el cajón no entraba en la bóveda. Se trababa, rebotaba, se resistía.

—Es como si no quisiera ser enterrado —dijo una mujer con voz temblorosa—. O como si la tierra no lo quisiera recibir.

Al final, lo enterraron en tierra común, rezando más por los vivos que por el muerto.

Desde entonces, estas historias siguen repitiéndose: que el muerto que pesa más, que el que no cabe, que aquel que nadie puede cargar. Y aunque todo parezca cuento, en Quinchía cada quien conoce a alguien que vivió algo parecido. Por eso,

en los velorios, siempre hay quien mire de reojo el ataúd, no sea que el peso no sea solo del cuerpo…

El Arriero sin Cabeza

Dicen los abuelos que, en estas montañas de cafetales, guaduales y vetas de oro escondidas, no es bueno andar nombrando a los aparecidos ni a las ánimas penantes. Porque quien llama al muerto, termina caminando con él.

Desde los tiempos de los primeros colonos que bajaron desde Antioquia y Manizales, cuando las tierras de Quinchía, Irra y Marmato eran baldíos llenos de guacas, minas y caminos de herradura, se cuenta una historia que todavía hiela la sangre de los caminantes.

Por la vieja trocha que une Irra con Quinchía, en las madrugadas de niebla cerrada, algo vaga sin descanso. Los viejos mineros aseguraban que no era animal ni persona, sino un espíritu condenado, penando por una deuda de oro y sangre.

Dicen que hace muchos años, un arriero de mala fama, negociante de oro y tramposo en las cantinas, se hizo enemigo de mineros, colonos y comerciantes. En una noche oscura, mientras bajaba solo con su recua, cargada con lingotes y pepitas recogidas en los lavaderos del río Cauca, lo sorprendieron en un recodo de la trocha. Al amanecer, los peones encontraron las mulas sueltas y el cuerpo del arriero tirado junto al camino… sin cabeza. Nadie habló, porque en ese tiempo el oro se pagaba con sangre.

Desde entonces, cuentan que, en las noches de luna llena, o cuando la neblina se cuelga baja entre los guaduales, se escucha el galope de cascos pesados y el tintineo de cadenas y monedas. Los viejos aseguraban que una mula negra, huesuda y de ojos como brasas, aparece en la trocha, montada por un jinete sin cabeza, cubierto con una ruana vieja, manchada de barro y sangre.

Donde debería estar su cabeza, solo hay una nube oscura y densa, de la que brotan quejidos y susurros que nombran mineros muertos y vetas malditas. Y es que se dice que el espíritu busca a quienes se atreven a cargar oro sin permiso de las ánimas de los caminos.

Aquel que se atreva a mirarlo de frente recibe monedas antiguas, brillantes como oro puro. Pero cuidado: esas monedas están malditas. Si se guardan hasta el amanecer, traen desgracia y muerte a quien las conserve. Dicen que hasta las bestias enferman y las vetas se secan.

Relato de un viejo arriero de vereda

"Eso fue una noche de San Juan, hará ya más de cuarenta años. Venía yo con mi recua desde Irra, subiendo por la trocha vieja, cuando la niebla bajó de golpe, tan espesa que no se le veía ni la punta al machete. Los perros que me acompañaban se echaron a llorar y las mulas, firmes como eran, empezaron a corcovear como si vieran al mismo demonio."

"De pronto, sentí los cascos… tac… tac… y luego el galope, como si una bestia desbocada bajara la loma. Me pegué contra el barranco, y lo vi… Una mula negra, flaca y maldita, con los ojos encendidos, y encima un cuerpo sin cabeza, cubierto con una ruana vieja, chorreada de sangre. Donde debía estar la cabeza, solo había una nube espesa que se quejaba como un moribundo llamando a su madre."

"Cuando pasó junto a mí, el aire se volvió frío, el monte se quedó mudo y olía a podrido. Antes de perderse en la niebla, dejó caer un puñado de monedas brillantes. No las toqué. Mi abuelo decía: 'Moneda que cae en trocha vieja, trae muerte en la casa nueva'."

"Al otro día, cuando volví con los muchachos, no quedaba ni rastro de las monedas, pero sí la tierra negra, como quemada, y las hojas secas, como si las hubiera lamido una brasa."

Desde entonces, todo aquel que pasa por esa trocha se persigna tres veces y no vuelve la vista atrás si escucha cascos o monedas tintinear en la niebla. Porque nombrarlo es invocarlo… y el que se cruce de frente con el Arriero sin Cabeza, no verá el amanecer.

Y quien ose recoger sus monedas, carga una maldición que ni misas, ni rezanderas, ni los santos patronos de los mineros podrán levantar.

Así, entre cafetales, guaduales torcidos y minas olvidadas, la muerte cabalga aún por esas montañas, buscando saldar una deuda de oro y pecado que jamás encontró descanso.

La noche que rumbaron las candelas

Cuentan los viejos de Sausaguá que hay noches en que el monte parece guardar sus propios secretos, y el viento sopla como si viniera cargado de presagios. Esa fue una de esas noches.

Doña Consuelo, mujer de ojos claros y trenzas canosas, estaba sola en su rancho de tapia, preparando la cena cuando, de repente, el fogón de leña empezó a rumbar la candela. Las brasas chasqueaban como si alguien las soplara desde adentro, y las chispas saltaban al techo de bareque.

—Ajá, se viene visita —murmuró la vieja, acomodándose el rebozo. En el campo eso siempre ha sido señal segura. Cuando la candela rumba, es porque un alma viva o de las otras va a llegar.

Salió a mirar al camino, pero no vio a nadie. Solo el eco lejano de un sapo en la quebrada. Se regresó a la cocina, y en eso, por entre la rendija de la puerta, se metió un grillo verde. Se subió al marco de la ventana y empezó a cantar.

—Bendito sea Dios —dijo—, esto sí es buena suerte. Cuando canta un grillo verde en la casa, es porque algo bueno viene en camino.

Pero antes de terminar de decirlo, una mariposa negra grande como una mano revoloteó en círculos sobre el fogón y luego se posó en la repisa donde estaba el retrato viejo de don Ernesto, su compadre muerto hacía tres años.

El corazón de Consuelo se le hizo un puño. En Sausaguá siempre se ha sabido: cuando una mariposa negra entra a una casa, es porque la muerte ronda. Ella alzó la mano, pero no se atrevió a matarla. Solo rezó un padrenuestro y la espantó hacia afuera.

Minutos después, sin aviso, llegó corriendo el muchacho de la vereda, Ezequiel, con la cara desencajada.

—Doña Consuelo… el tío Alfredo se cayó al río Quinchía. Se nos fue…

La vieja bajó la cabeza, y el grillo verde dejó de cantar. La candela se calmó, y la mariposa ya no estaba.

Desde entonces, en Sausaguá, cada vez que la candela rumba, un grillo verde canta y una mariposa negra aparece, la gente sabe que la montaña está hablando… y hay que escucharla.

Óscar y la Noche de los Espantos

En la vereda Sausaguá, donde los cañaduzales huelen a dulce quemado y el canto de los grillos anuncia la noche, vivía Óscar, un hombre trabajador, de machete en mano y lengua afilada, que se burlaba de los cuentos de los viejos.

Decía él:
—¡Eso de la Patasola y la Madre Monte son cuentos pa' meter miedo a los muchachos!

Una tarde de viernes, después de ayudar en un trapiche bajando panelas, se le hizo noche en la cantina del compadre Elías. Cuando por fin decidió regresar, el monte ya estaba oscuro y el camino viejo solo lo alumbraba la luna.

De pronto, una tórtola comenzó a cantar triste en la rama de un yarumo. El canto sonaba como lamento de viuda.

Óscar recordó de golpe lo que decía su abuela:
—Cuando canta la tórtola, es porque la muerte anda cerca.

Pero el guaro le tenía el pecho agrandado y siguió caminando.

Apenas dobló la curva del cañaduzal, se escuchó el Tintín… un campanilleo frío, lejano y sin campana alguna cerca.
Óscar sintió un escalofrío que ni el trago pudo atajar.

Y entonces, entre los bejucos, se le apareció el Duende Alegre. Pequeño, de sombrero chato, ojos brillantes y risotadas traviesas.

—¡Óscar, te estaba esperando! Tomate este traguito —le dijo, sacudiendo un tutumito.

El hombre intentó agarrarlo, pero el duende se le escabulló entre las cañas, soltando carcajadas.

Más adelante, junto al paso del riachuelo, una mujer de pelo suelto y sólo una pierna, le hizo señas desde la sombra.

Era la Patasola, con sus ojos grandes y su voz dulzona.

—Vení, Óscar… vení…

El hombre se espantó y echó a correr. Pero en la otra curva del camino, sentada en una piedra, estaba la Viuda Alegre, con su vestido negro y labios rojos como sangre fresca.

—¿Pa' dónde tan de prisa, muchacho bonito? —le dijo, extendiéndole los brazos.

Óscar tropezó de susto y entonces salió de entre los cañales El Caballo de la Noche, negro, de ojos como brasas encendidas, relinchando con furia.

El caballo le pasó rozando y tras él, tres bolas de candela cruzaron el cielo: las brujas en vuelo, buscando quién sabe qué.

Cuando quiso correr al monte, una figura enorme lo detuvo. Era la Madre Monte, con su cuerpo cubierto de musgo y bejucos, y un olor a barro de quebrada recién crecida.

—Pa' que respete el monte que le da la vida, Óscar —le dijo con voz grave.

Quiso escapar, pero un jinete sin cabeza, El Hombre sin Cabeza, le cerró el paso, llevando su propio cráneo bajo el brazo.

Al fondo, La Dama Nocturna, blanca como la cal, se acercaba llorando.

Y lo peor: El Hombre Gigante, con su barba espesa y manos como bateas, apareció entre las cañas, sacudiendo la tierra con sus pasos.

—¿A dónde cree que va, compadre? —rugió.

Cuando el gallo cantó a lo lejos, los espantos se desvanecieron como humo, y Óscar apareció tirado en una zanja, con la camisa hecha girones y la cara llena de tierra.

Desde entonces, nunca más volvió a burlarse de los cuentos del monte, y a quien le preguntaba decía:

—Créame, primo… en Sausaguá, cuando la tórtola canta, el Tintín suena y las candelas vuelan… hay que meterse a la casa y dejar que el monte haga lo suyo.

Leyenda del Cerro Batero (Cerro Carambá) y los Guardianes del Valle

Sobre la altiva Serranía de Guarguará, que como un muro de viejos gigantes separa las tierras de Riosucio y Quinchía, se levanta el Cerro Batero, un peñasco imponente que guarda secretos tan antiguos como la misma montaña. Allí, donde la neblina abraza las piedras y el viento silba como ánima en pena, cuentan las crónicas de los abuelos que el bien y el mal libraron eternas batallas, y que aún hoy, al caer la tarde, se sienten sus ecos.

En ese cerro sagrado habitaba Xixaraca, el gran protector de los ansermas. Los españoles, temerosos de su presencia, lo llamaron demonio, porque no entendían que aquello que no se explica con rezos se respeta con silencio. Xixaraca, dicen, regía el paso del sol y de la luna, gobernaba el vuelo de las aves y protegía a los suyos de los Tamaracas, espíritus oscuros que se disfrazaban de langosta, de enfermedad y de granizo.

A su lado estaba la diosa Michua, señora de la guerra, del trueno y de los relámpagos. Cuando los extraños invadían el territorio sagrado, Michua lanzaba rayos desde las peñas y convertía el agua de los manantiales en sangre. Aún hoy, cuentan los viejos que cuando el aguacero arrecia y los truenos estremecen el Batero, es Michua defendiendo su tierra.

Fue en ese mismo cerro donde, según recuerdan los campesinos, una tarde mientras los Trejos levantaban la base de la gran cruz en la cima, el cielo se oscureció, el viento aulló como perro perdido y los rayos desgarraban los flancos de la montaña. Pero, milagrosamente, en la pequeña explanada donde ellos trabajaban el sol seguía brillando y ni una gota de agua cayó. “Eso no es sino cosa de los de antes”, decían los viejos que lo vieron.

Pero el Batero no guarda solo dioses y Tamaracas. No señor. También ronda un duende travieso, que, según las historias de los campesinos, se aparece en forma de niño pequeño con sombrero grande, y que gusta de espantar borrachos, perder caminantes y asustar a las muchachas en los guaduales.

Años después, en una excursión de escuela, una profesora y sus alumnos juraron ver una mujer de vestido blanco en lo alto del Batero. Era la diosa Michua, que se apareció envuelta en niebla, y al cabo de un instante desapareció entre los bejucos. Desde entonces, cerca de la antigua escuela, la gente ve bultos que caminan solos, espantos que se esfuman en la madrugada y unas escaleras de piedra que conducen a cuevas donde, según la leyenda, se esconde un tesoro antiguo. Pero cuidado, porque quien se atreve a volver jamás las encuentra, y quienes han intentado buscar las guacas rezadas o malditas han perdido hasta el habla del susto.

Se dice que, en Semana Santa, especialmente jueves y viernes, hay quienes suben a ver dónde alumbra, pues “donde alumbra hay entierro”, pero deben ir en

número impar y sin codicia, porque como dice el dicho: “El ambicioso sale corriendo y al que no le toca ni las huellas le deja el espanto”.

Los ancianos aún cuentan que, en las madrugadas frías, si se guarda silencio, se oye retumbar la tierra como si Xixaraca golpeara su bastón contra la roca, recordando a los vivos que no olviden a los antiguos. Y cuando llueve sin nubes y cae un relámpago seco, es Michua avisando que esa tierra sigue siendo sagrada.

Por eso, cuando alguien pasa cerca del Batero, lo hace con respeto, se persigna y dice bajito:

“Dios me guarde y Xixaraca me ampare, que en este cerro hasta las piedras hablan y la tierra sabe quién la pisa”.

Así se conserva viva la leyenda, como un eco antiguo que se niega a morir entre las quebradas, los guaduales y las peñas de nuestro querido Quinchía.

La Cumbre y el Cacique de Oro.

Cuentan los mayores de Quinchía que en lo alto del Cerro La Cumbre, una inmensa piedra guarda los secretos de los antiguos dioses y caciques que gobernaron estas tierras antes de que llegara el hombre blanco. Esa piedra, dicen, tiene una entrada oculta entre los bejucos y las enredaderas, y conduce a una cueva profunda con varios salones, donde aún se respira el aliento de los espíritus de antaño.

Unos valientes guaqueros lograron adentrarse en la cueva y alcanzaron llegar hasta el tercer salón, donde, según los abuelos, ya nadie se atrevía a llegar, porque seguían más salones y más laberintos para recorrer. También una joven de la vereda subió al cerro y allí, en medio de la penumbra y el olor a tierra vieja, se le apareció un cacique diminuto, como un duende, cubierto de argollas doradas que relucían con la luz de su mechón de vela. El pequeño cacique la miró con unos ojos antiguos, que parecían conocer todos los secretos de la tierra y de la gente. Ella, presa del espanto, salió corriendo de la cueva y juró nunca más volver, aunque sus familiares le manifestaron que lo único que tenía que haber hecho era tocarlo y se le quitaría el encanto.

Por esos días, la guerrilla rondaba los caminos del cerro y pocos se atrevían a internarse en sus laderas. Sin embargo, algunos guaqueros aseguraban que allí yacían enterradas las guacas de los caciques, protegidas por encantamientos que sólo se podían romper llevando una bendición especial desde el Señor de los Milagros de Buga.

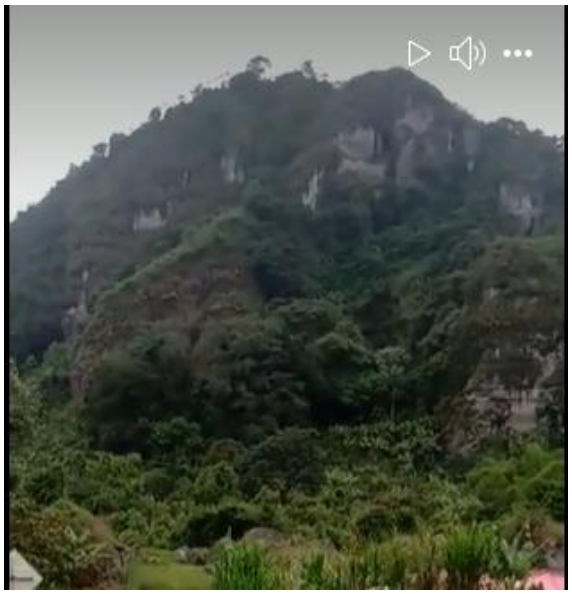
Don Marco Tulio Manso, un viejo conocido del pueblo, contaba que una tarde subió a cortar un bejuco para amarrar su cafetal. Al llegar a la cumbre, vio ante sus ojos un poblado indígena: chozas de paja, niños jugando, mujeres cocinando y guerreros danzando alrededor del fuego. Todo parecía tan real que hasta el humo de las cocinas se le metió en los ojos. Pero cuando bajó a contar la historia y regresó con otros hombres, el caserío había desaparecido como si nunca hubiese existido. Fue —dijo— como una visión arrancada de los tiempos antiguos.

Otra vez, en medio de una noche callada, se escucharon tambores que subían desde las entrañas de la montaña. Los pobladores de la cumbre creyeron que era la banda de músicos de Naranjal ensayando, pero cuando fueron a buscar, nadie estaba tocando, además era imposible escucharlos por la distancia. El retumbar de los tambores seguía, pero nacía del cerro mismo, como si los antiguos caciques siguieran celebrando sus rituales en un mundo escondido.

Se dice que en la parte baja del cerro existen tres salidas de la cueva, y que en cada una de ellas hay una olla grande, siempre llena de agua. Los que han intentado apoderarse de las riquezas ocultas cuentan que el oro está vivo, que se oculta y se transforma, y que nadie puede sacarlo sin antes romper el encantamiento.

Y así sigue La Cumbre, guardando en su entraña las memorias viejas de un pueblo que no se deja morir. Los tambores, las visiones y las guacas esperan a quien tenga el valor —y la bendición— de entrar al corazón de la montaña.

Porque en Quinchía, donde la tierra susurra, nada se ha perdido. Solo duerme.



El Enfrentamiento de la Montaña: La Pata del Diablo y los Dioses Antiguos. Otros la llaman: " la huella de Xixaraca ".

La ubicación es: N 05,18, 264 W 075, 40, 447.

Las Huellas del Diablo en Quinchía

En las montañas de Quinchía, donde el viento habla entre los guaduales y el río canta su eterna melodía, se cuenta desde tiempos antiguos la historia de las huellas del Diablo, marcadas para siempre en las piedras de este territorio sagrado.

Dicen los abuelos que una noche oscura y silenciosa, Lucifer en persona llegó a estas tierras, atraído por el poder de los antiguos dioses indígenas y las almas guerreras que protegían los cerros y quebradas. Buscaba apoderarse de sus espíritus y borrar la memoria de sus dioses tutelares.

Fue entonces cuando puso una de sus patas en la cima de Batero, otra en Mápura y una más en San Bartolo Caldas, formando un triángulo tenebroso que pretendía encerrar a las almas buenas de la región. Lo extraño, y lo que aún se murmura en fogones y veredas, es que las huellas de Batero y Mapura vienen en un sentido, y la de San Bartolo en sentido contrario, como si algo —o alguien— lo hubiera hecho retroceder en su intento de unirlas.

Algunos aseguran que esa noche, los antiguos dioses Xixaraca y Michua, protectores de estas tierras, salieron de su santuario en el cerro Batero y se enfrentaron al Diablo mismo. La batalla fue feroz: la tierra tembló, los árboles sangraron y los ríos crecieron con furia. Fue tal la resistencia de los espíritus tutelares que Lucifer no pudo juntar sus huellas ni cerrar su triángulo de poder, y tuvo que huir dejando estampadas sus patas deformes en las piedras de la región.

Hoy, los moradores de Mápura afirman que aún pueden verse esas huellas sobre las rocas, como marcas profundas con forma grotesca, ni de animal ni de humano. En Batero, los sabedores antiguos dicen que, en noches de luna nueva, cuando la neblina desciende hasta tocar la tierra, se escuchan lamentos y pisadas que hacen crujir la piedra.

Y en San Bartolo, los mayores cuentan que cuando uno camina por ciertos parajes solitarios, siente una presencia que lo sigue y un frío que se mete en los huesos. Se cree que es el Diablo intentando, una vez más, completar el recorrido que le fue impedido aquella noche por los dioses ancestrales.

Advertencia para quien ose ir:

Las huellas existen. Aún están allí, y son visitadas especialmente durante la Semana Santa por curiosos y forasteros. Pero los sabios de las veredas advierten que estos lugares son sagrados y deben ser respetados. No se debe gritar, ni ofender, ni burlarse, ni arrancar plantas, ni mover piedras de esos sitios, porque

quien no guarde respeto corre el riesgo de despertar la ira de las almas antiguas o del mismo Diablo, quedando maldito con la pena de escuchar durante las noches el resonar de pisadas pesadas detrás de sí y sentir un escalofrío helado en la nuca hasta su último día.

Por eso, los caminantes prudentes y los abuelos respetuosos aconsejan hacer una oración, dejar una ofrenda de hojas o flores silvestres y retirarse en silencio, dejando que las montañas sigan custodiando sus misterios, porque en Quinchía, la tierra guarda memoria, y los antiguos aún vigilan sus dominios.

La Leyenda de las Rocas del Susurro Eterno

En lo más alto de la vereda Ciénaga, en el sector conocido como Paramillo, existe un lugar sagrado donde las piedras hablan y el viento cuenta historias que sólo los corazones limpios pueden escuchar. Allí, entre árboles antiguos y quebradas que murmuran nombres olvidados, descansan unas rocas talladas cuyo origen no pertenece al tiempo moderno, sino a los días en que los hombres y los dioses compartían la misma tierra.

Sus coordenadas exactas — N 05°18'056", W 075°41'539" — guardan la ubicación de estas piedras, que no fueron esculpidas por la mano ciega de la naturaleza, sino por los ancestros de la comunidad indígena Embera, quienes dejaron allí mensajes eternos que aún no han sido descifrados.

Se dice que, bajo la luz de la luna llena, los ancianos reunían a los niños en ese sitio sagrado para contarles cómo nació el universo, cómo los ríos eran las venas de la madre tierra y las estrellas los espíritus de aquellos que se habían ido, pero jamás se perdían. Allí se veneraba la sabiduría, la palabra, y la vida en armonía con la naturaleza.

El respeto sagrado.

Quien se atreva a ingresar a este sitio debe hacerlo con absoluto respeto:

Sin levantar la voz.

Sin pisotear los montículos de piedra ni mover una hoja sin permiso de la tierra.

Sin burlarse ni pronunciar palabras necias.

Debe pedir permiso en voz baja a los espíritus del lugar, ofrendando una piedra, una flor o incluso un simple pensamiento de gratitud.

Los ancianos cuentan que todo aquel que entre a las Rocas del Susurro Eterno sin respeto, quedará marcado por una maldición ancestral:

Su alma perderá el camino en la niebla de la montaña y jamás encontrará paz en su corazón. Escuchará por las noches el lamento de los sabios olvidados y sus sueños se llenarán de sombras que lo guiarán de vuelta al sitio, obligándolo a pedir perdón.

Muchos afirman haber sentido una extraña pesadez al caminar por Paramillo, un frío súbito en la nuca o voces en lenguas antiguas flotando entre los árboles. Algunos nunca volvieron a ser los mismos después de profanar aquel lugar sagrado.

Las Rocas del Susurro Eterno existen. Puedes visitarlas, pero recuerda: no vas a un sitio turístico. Entras a una tierra viva, sagrada, donde aún habitan los espíritus de los ancestros. Respétalos, porque ellos jamás te olvidarán.

La Leyenda de la Piedra de Agua

En la vereda La Loma, entre el canto de los pájaros y el susurro de las quebradas, existe un lugar sagrado que desde tiempos inmemoriales ha guardado un misterio que pocos logran comprender. Los antiguos lo llamaron la Piedra de Agua, porque en invierno o en verano, con sequía o con lluvia, esa piedra siempre mana agua fresca y pura. La han querido sacar, romper, enterrar… pero el agua siempre regresa, como si la tierra misma la reclamara.

Cuentan los abuelos que este sitio fue creado por Caragabí, la figura suprema de la mitología Embera, creador del mundo, la tierra, los humanos y los animales. Allí, bajo la sombra de los árboles, se realizaban bautizos, ceremonias sagradas y danzas que no eran bailes de fiesta, sino ritos para honrar a los espíritus de la naturaleza y pedir la armonía de los días.

A este lugar no se puede llegar de cualquier manera. Quien se acerque debe hacerlo con respeto, sin enfermedades, sin ebriedad, con el corazón limpio y en paz. Nadie debe ir manivacío. Siempre se debe llevar una ofrenda: un saumerio, una planta, un trozo de alimento, lo que dicte el corazón. Y antes de comer allí, los sabedores enseñaron a dejar un pedacito para las hormigas, los gusanos y los espíritus pequeños que habitan los rincones invisibles de la tierra. Es un tributo a la vida y a los antepasados.

Dicen que en aquellos tiempos no se comía con sal. La sal, que con los años trajo otros sabores y enfermedades, no estaba en la mesa de los ancestros. Se alimentaban de pira (pescado de río), frutas, raíces y plantas silvestres. Por eso vivían más de cien años y conservaban su fuerza. Cada generación, sin embargo, se fue alejando de esas costumbres, y el tiempo empezó a acortar los años de vida.

La Piedra de Agua era un lugar de sanaciones. Allí se curaban enfermedades, se alejaban las pestes de los cultivos y se sanaban los animales. Los sabedores acudían a pedir permiso a los espíritus para usar su medicina. Al sitio no podían entrar mujeres con su ciclo menstrual, ni hombres ebrios, pues se creía que quien profanara ese espacio traería desgracia a su familia y sembraría discordia entre los suyos.

Cuando alguien se acerca sin respeto o sin preparación, los antiguos sienten tristeza, porque sus aposentos son atropellados. Por las noches, se escuchan los llantos de los niños que alguna vez fueron llevados allí para sanar. Otros, al acercarse, sienten una paz tan profunda que pareciera que el viento les hablara.

Antes, no se rezaba con palabras aprendidas, sino que se danzaba, se cantaba y se hacían ofrendas. Era el atributo a la madre tierra, al creador, a los abuelos. Hoy, muchos de esos saberes se han perdido, las comunidades fueron dispersadas y los sitios sagrados olvidados o profanados.

Por eso, esta leyenda persiste como un llamado a recordar. La Piedra de Agua no es solo una roca con agua; es el corazón vivo de una memoria que se niega a secarse. Aún hoy, si alguien se acerca con fe y respeto, la madre tierra ofrece su agua con fortaleza, porque esos lugares sagrados no nos pertenecen: son de los antepasados, y nosotros somos apenas sus intermediarios.

Que quien escuche esta historia, la guarde en su pecho y la repita al caminar por los caminos antiguos, para que nunca se apague el misterio de la Piedra de Agua.

La Leyenda de Opirama, los Tamaracas y el Tesoro del Cacique Ensenillal.

Cuenta la leyenda…

Que hace mucho, mucho tiempo, cuando estas montañas eran puro monte cerrado y los caminos se abrían a punta de machete y canto, las tierras de Quinchía estaban habitadas por guerreros valientes y espíritus antiguos que cuidaban la selva y las quebradas. Por aquellos días, los hombres de metal y barba larga —que decían venir de más allá del mar— subieron por las orillas ardientes del río Cauca, siguiendo la ambición de encontrar oro y tesoros enterrados.

El cronista Pedro Cieza de León dejó escrito en sus relatos que, al llegar a unas tierras de neblina espesa, los rostros de los hombres se desdibujaban y las cosas parecían fantasmas. Allí habitaban los Guaqueramaes y los Tapascos, pueblos Caribe que defendían su tierra con lanzas y cerbatanas envenenadas.

En medio de ese territorio, llegaron a un sitio llamado Tapasco de Chiricha, donde se alzaban cercos de guadua que se agitaban con el viento. En la punta de cada guadua colgaba un cráneo humano blanqueado por el sol y el tiempo. A esos cercos los conquistadores los llamaron "Quinchos", nombre que después, dicen, se quedó como Quinchía.

Pero lo que no contaron las crónicas, lo guardó la voz del monte.

Muy cerca de allí, se alzaba el cerro sagrado de Opirama, lugar de refugio de los Tamaracas, espíritus de doble rostro que podían ser bondadosos o temibles, y que protegían los secretos más antiguos de la tierra. En la cima del cerro Carambá, velaba Xixaraca, un ser cubierto de niebla que dominaba los vientos y hablaba con la montaña.

Cuando los conquistadores rompieron los cercos y la guerra se desató en la selva, los Tamaracas se escondieron en la base del cerro Opirama. Allí juraron cuidar los saberes y los tesoros de su pueblo.

Se dice también —y pocos se atreven a negarlo— que el gran cacique de Opirama, al ver la muerte venir, reunió sus riquezas: collares de cuentas de río, máscaras de piedra, cofres de oro y lanzas ceremoniales, y partió con sus guerreros más fieles hacia un sitio oculto llamado Ensenillal.

Allí, bajo la luz de la luna nueva, cavaron una cueva y, antes de ser alcanzados por los hombres de metal, el cacique se enterró vivo junto a sus tesoros. Algunos cuentan que antes de morir pronunció una maldición: “Quien toque lo que no le pertenece, llevará consigo el peso de mi espíritu hasta el fin de sus días”.

Desde entonces, los abuelos dicen que, en las madrugadas frías, cuando la neblina baja y los perros aúllan sin razón, se escucha un tambor lejano y un susurro entre las guaduas. Que en Ensenillal, en las noches sin luna, hay destellos

dorados entre la maleza, y en Opirama, los Tamaracas aún custodian lo que queda de su pueblo.

Que no se atreva el forastero a buscar lo que no le pertenece, porque en esta tierra, las leyendas no son cuentos… son advertencias.

La Leyenda de Quinchía: El Pacto de los Dioses

Mucho antes de que los hombres soñaran con caminar sobre la Tierra, cuando las estrellas aún no tenían nombre y los vientos vagaban sin rumbo por el vacío, en los vastos salones de cristal del Gran Consejo Celestial se reunieron los dioses eternos. En medio de luces estelares y criaturas de galaxias lejanas, el Gran Creador anunció su deseo: forjar un reino sagrado donde la magia, la naturaleza y el espíritu humano pudieran convivir en armonía.

Ese lugar sería Quinchía, una tierra de montañas vivas, aguas sabias y vientos que susurran secretos.

Para esta empresa divina, el Gran Creador llamó a Karambó, dios del fuego eterno. Con sus manos de magma ardiente, Karambó golpeó el corazón de la tierra dormida. De sus golpes nació el Cerro Karambá, una montaña que brillaba como mil soles al amanecer. En sus entrañas se guardaban gemas y metales que latían al ritmo del corazón del mundo.

Luego, convocó a Gobia, diosa de los vientos etéreos. Ella desplegó sus alas transparentes y con un solo suspiro, el aire se tornó un remolino de colores. Allí, sobre la recién nacida Quinchía, se alzó el Cerro Gobia, cubierto por nieblas que danzaban eternamente, escondiendo los secretos de los dioses. Se dice que quien logre subir hasta su cima, bajo el canto de los vientos, escuchará los designios del destino.

El Gran Creador, complacido, llamó entonces a Michua, dios de las aguas misteriosas. De su cuerpo nacieron los ríos. El Río Cauca, una serpiente de plata, brotó de su esencia, llevando en sus aguas los cantos del pasado y los susurros del porvenir. Dicen que quien beba de sus aguas y tenga el alma pura, alcanzará la inmortalidad.

Pero fue al ver la belleza de aquella nueva tierra que Michua lloró de emoción, y de sus lágrimas nació el Río Opirama. Más pequeño, pero lleno de poder. Sus aguas podían sanar cualquier herida, aunque bajo la luna llena, podían también despertar los recuerdos más oscuros en quien se atreviera a nadar en ellas.

Cuando todo estuvo hecho, los dioses sellaron un pacto eterno: Quinchía sería un santuario para dioses y mortales, donde las montañas hablarían, los vientos contarían historias y los ríos guardarían los secretos del tiempo.

Desde entonces, en las noches cuando el viento ruge y las aguas del Opiramá brillan como espejos rotos, se dice que los dioses vuelven a recorrer la tierra que forjaron, cuidando el pacto y recordando que allí, en las montañas y quebradas de Quinchía, habita la memoria sagrada del universo.

La leyenda de las Lágrimas de Xixaraca

Por los lados de Batero, antes de entrar a la montaña, los mayores siempre han advertido que hay que pedir permiso. Es tierra vieja, de espíritus antiguos, y no es cualquier sendero.

Cuentan que en la cascada de las Lágrimas de Xixaraca, donde las aguas caen entre piedras cubiertas de musgo, vive un duende guardián. Los arrieros y caminantes solían dejar hojas de laurel o un rezo antes de pasar, porque sabían que, sin permiso, el monte no perdona.

Un día, un muchacho del pueblo, encariñado con una joven, decidió llevarla a conocer la cascada. Él ya conocía bien el camino, había ido varias veces con amigos y nunca le había pasado nada. Pero esa tarde, tal vez por confiado o por no respetar la costumbre, no pidió permiso.

Cuando iban llegando al salto, cuentan que una neblina espesa cubrió de repente el lugar. Los pájaros callaron y el agua empezó a sonar diferente, como si hablara. En medio de la confusión, el muchacho se apartó de la joven por un instante… y se perdió.

Ella lo buscó durante horas, llamándolo, pero sólo respondían el eco y el rumor del agua. Los amigos y la gente del pueblo subieron después en su búsqueda. Cuando lo hallaron, estaba a pocos metros de la cascada, desorientado, con la ropa mojada y los ojos vidriosos, señalando hacia un rincón del bosque.

Decía haber visto una figura pequeña, de sombrero y bastón, que lo había guiado por caminos enredados, haciéndole perder la noción del tiempo. Juró que escuchaba risas y que cada vez que intentaba salir, los caminos se cerraban.

Desde entonces, nadie sube a las Lágrimas de Xixaraca sin pedir permiso, mucho menos si lleva compañía. Porque dicen que el duende no permite que nadie enamorado se lleve su calma sin antes saludarlo. Y quien se olvida de eso, paga el precio perdiéndose en la espesura.

Los Ecos Subterráneos de la Fe – La gran leyenda del Templo San Andrés de Quinchía

Basada en hechos reales y contada por las voces que aún susurran entre sus muros.

En el pueblo de Quinchía, abrazado por los cerros que velan como ancianos sabios, existe un templo que ha sido testigo de milagros, despedidas y silencios. A los ojos de los forasteros, es solo una construcción de fe, pero para quienes conocen su historia, su alma guarda un misterio que, aunque enterrado, nunca ha muerto del todo.

Antiguamente, bajo sus muros de piedra y sus vitrales que filtraban la luz como oraciones, se extendía una red de túneles secretos. Nadie sabe con certeza quién los construyó ni en qué año. Algunos dicen que fueron obra de los primeros curas; otros aseguran que se cavaron en tiempos de violencia partidista, cuando la iglesia era más que un lugar sagrado: era refugio, trinchera y confesor de secretos que no podían llegar al oído de nadie más.

No se olvida que este templo fue epicentro de conflictos políticos durante la violencia, debido a la implicación de algunos sacerdotes en acusaciones desde el púlpito contra la ideología del partido contrario. Desde allí se dictaban sentencias disfrazadas de sermones.

Los túneles se descendían por una escalera en espiral, que conducía a un salón grande, cubierto de telarañas. Conectaban el templo con una casona ubicada justo al frente, más exactamente donde estuvo el Almacén MAS de la familia Puerta. Se decía que esos pasadizos habían sido obra de antiguos religiosos o construidos durante la Colonia, y que por allí se aparecía un monje. Según las leyendas, pasaban sacerdotes perseguidos, heridos ocultos, mensajes prohibidos y hasta tesoros espirituales que debían resguardarse del caos. Eran oscuros, húmedos, y se contaba que quien los recorría por primera vez debía rezar en cada esquina para no perderse en sus giros invisibles.

Y entre esos relatos, una voz vieja como el eco narraba que debajo del templo, oculto en lo más profundo de sus entrañas, se escondía una gran cantidad de oro. Algunos aseguraban que eran las riquezas de antiguos curas y familias pudientes que, temerosas de los asaltos y los cambios de poder, enterraron sus tesoros allí, lejos de manos ajenas. Otros decían que era oro de mineros perseguidos, escondido en tiempos de violencia, o incluso proveniente de los días coloniales, cuando los templos servían también de cajas fuertes del alma… y del bolsillo.

Pero no era solo el subsuelo el que guardaba misterios. En lo alto del Templo San Andrés, en un segundo nivel que pocos conocieron, existía una pequeña habitación olvidada. Allí había una escalera angosta, de madera añeja, que crujía

como si protestara con cada paso. Subir por ella era como internarse en otro tiempo.

En esa habitación vivía un piano. No era grande ni brillante; era viejo, de teclas amarillentas, afinado con devoción y reverencia. Este instrumento no era adorno: era el corazón sonoro de las ceremonias más solemnes, protagonista de las antiguas misas en latín, cuando los fieles asistían vestidos de negro y los rezos se alzaban en lengua sagrada: *Requiem aeternam dona eis, Domine. Et lux perpetua luceat eis.* Sus notas acompañaban los cánticos del *Kyrie eleison*, del *Sanctus*, del *Agnus Dei*, elevando plegarias que parecían romper el techo y buscar el cielo.

Se decía que las manos del organista —hombre discreto y piadoso— tocaban el piano como quien acaricia un secreto divino. Sin embargo, durante los años oscuros de paros, asonadas y violencia partidista, aquel recinto fue tomado por policías y miembros del ejército. Desde allí, resguardados por la altura y el sigilo, vigilaban al pueblo. Algunos improvisaban serenatas tristes en las teclas amarillentas; otros lo usaban para anunciar su presencia o amedrentar a quienes osaban salir a la calle después del *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*. Hubo noches en que las melodías sagradas se mezclaron con disparos y gritos ahogados.

Junto al piano descansaba una vieja corneta metálica, manejada desde la alcaldía, que anunciaba al pueblo los mensajes más importantes: una misa de difunto, un incendio, una muerte, una boda. Su sonido era tan particular que parecía arrastrar consigo las emociones de quien la hacía sonar.

Desde ese mismo nivel se accedía al campanario, un espacio alto y estrecho desde donde las campanas se lanzaban al viento como plegarias de bronce. Pero también desde allí, en los años más turbios, se apostaron francotiradores. Vigilaban al pueblo. Algunos protegían, otros sembraban terror. La torre sagrada se convirtió, en aquellos días, en un nido de sombras armadas. Más de un joven cayó sin saber quién apretó el gatillo. Algunos aún recuerdan haber visto bultos moverse entre las campanas y desaparecer cuando alguien se acercaba.

Pasaron los años. La iglesia fue reconstruida. Las paredes nuevas taparon los túneles. El piano fue sacado sin explicación, al igual que la corneta. La escalera desapareció con los escombros. Nadie sabe quién decidió borrar esa parte de la historia, ni por qué. Como si alguien hubiera querido silenciar lo que allí sucedió.

Pero los secretos, como las raíces viejas, nunca mueren. Solo esperan.

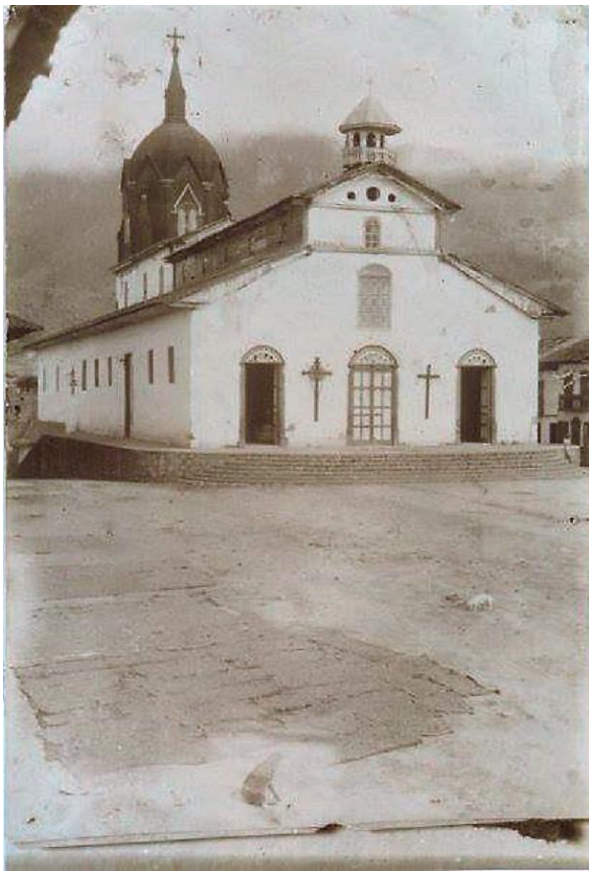
Hoy, quienes caminan cerca del Templo San Andrés por las noches dicen sentir un frío particular en el suelo, justo donde se encontraba la entrada al túnel. Otros aseguran que, a ciertas horas, suena una nota aislada de piano… o el eco de una corneta que ya no existe. Algunos niños han dicho ver una sombra que sube por una escalera invisible y se pierde entre las campanas. Y en las madrugadas más

silenciosas, cuando Quinchía duerme profundo, hay quienes juran que la torre vuelve a mirar.

Y no solo afuera ocurren cosas. Dentro del Templo San Andrés también se han visto presencias que asustan. En las últimas bancas, algunos aseguran sentir miradas desde rincones vacíos. Se han visto sombras que cruzan de altar a altar cuando las luces parpadean. Los monaguillos más antiguos recuerdan cómo, al cerrar las puertas en las vigilias, escuchaban pasos que no eran de nadie y oraciones susurradas en latín junto al altar mayor: *Ora pro nobis… miserere nobis…*

Hay quienes cuentan que, durante ciertas misas de tormenta, una figura oscura se detiene junto al confesionario, como si esperara turno para hablar. Otros han jurado que, en plena madrugada, suenan tres campanadas tenues cuando nadie las ha tocado.

Tal vez los túneles ya no estén. Tal vez el piano y la corneta fueron llevados lejos. Tal vez el oro aún duerma oculto bajo las piedras sagradas. Pero el alma del Templo San Andrés aún recuerda. Y en Quinchía, donde cada piedra tiene historia, los ecos subterráneos de la fe siguen hablando… y algunas noches, se dejan ver.



La Maldición de los Mellizos de Chamburruca

Dicen los abuelos Karambá que, mucho antes de que los españoles trajeran su cruz, su pólvora y su lengua envenenada, había un pueblo inmenso y poderoso al que llamaban Chamburruca. Sus casas de palma y barro se extendían desde la quebrada del Agua Salada hasta donde ahora está Taparcal, y entre veredas y montañas llegaron a vivir allí más de 30.000 almas.

Cuentan que sus hombres y mujeres sabían hablar con los árboles, con las piedras y hasta con el viento. Se entendían con las bestias del monte y, cuando la luna llena alumbraba, hacían bailes y cantos alrededor del fuego que hacían temblar los cafetales. En medio del pueblo estaba la fuente de agua salada, un ojo de agua sagrado donde se hacían baños para curar enfermedades, para bendecir las cosechas y para lavar las culpas.

Pero lo que muy pocos saben es que la fuente guardaba un secreto. Allí vivía la Madre del Agua, una mujer de cabellos largos como la noche y con un vientre que crecía y crecía, porque llevaba en su interior a dos mellizos. Se decía que uno nacería con el don de la vida y el otro con el poder de destruirlo todo. Los sabios decían que cuando vinieran al mundo, la tierra misma habría de sacudirse.

El cacique de Chamburruca se llamaba Opiramá, y su esposa también esperaba un hijo. Los ancianos sabían que, si esos tres niños nacían bajo la misma luna, la desgracia caería sobre el pueblo. Por eso, los viejos chamanes rezaban al pie de una piedra grande, allá junto a la fuente, donde hoy todavía se alcanzan a ver los petroglifos que cuentan esa historia: la madre embarazada, los mellizos abrazados, el cacique cargando a su mujer, un animal sobre una rama y una orquídea florecida que anunciaba la vida o la muerte.

Pero no todo sería paz. Desde las montañas del norte bajaron hombres de cara pálida, con lanzas de fuego y hambre de oro. Querían las salinas, los collares de cuentas y las piedras marcadas. Los Karambá pelearon, pero los hombres blancos traían consigo no solo armas, sino también enfermedades y traición.

Entonces Opiramá supo que era tiempo de pedir ayuda a la Madre del Agua. Subió a la fuente y, bajo un cielo negro y sin estrellas, clavó su bastón en la tierra. Le pidió que protegiera a su gente y que escondiera el pueblo en las entrañas de la montaña.

Esa noche, cuentan, la Madre del Agua parió a sus mellizos. Uno con piel clara como la espuma de los ríos y otro oscuro como la noche sin luna. Al mismo tiempo, la esposa de Opiramá dio a luz a su hijo. Al primer llanto de esos niños, la tierra tembló. Las lagunas se desbordaron y los árboles se doblaron como juncos.

En medio del bosque sagrado, se alzaba el Jenené, un árbol tan grande que dos lagunas reposaban en su tronco. Allí, los peces nadaban entre raíces de oro, y

sentado en una rama, Bibidí Gomía, un ser extraño con cara de hombre, patas de animal y colmillos de diablo, se relamía los labios, esperando su momento.

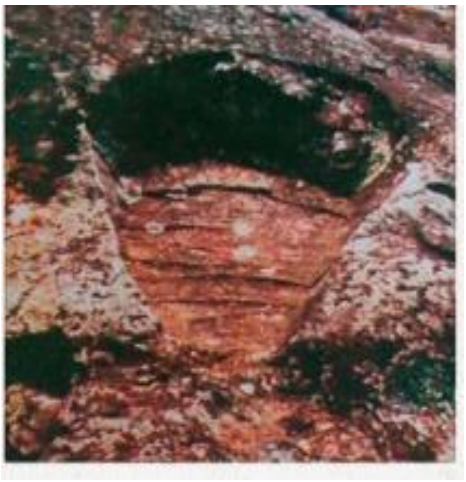
Los abuelos dicen que cuando los mellizos lloraron juntos, Bibidí Gomía liberó la desgracia. El agua salada brotó furiosa, tragó las chozas, las piedras y las huertas, y Chamburruca desapareció bajo un rugido de tierra y agua. El pueblo quedó enterrado para siempre.

Desde entonces, en las noches sin luna, si uno se acerca a la fuente y guarda silencio, se oyen tambores viejos y cantos en lengua antigua. A veces se ven luces danzantes sobre el agua salada, y cuentan que las sombras de los niños siguen buscando a sus madres bajo la maleza.

Los viejos Karambá juran que todo Quinchía es sagrado, porque cada palma, cada piedra y cada quebrada guarda el alma de esos pueblos antiguos. Los petroglifos que hay por Taparcal, El Higo y el Pensil son las escrituras que dejaron sus ancestros para que nunca se olvide. Por eso, dicen que quien se atreva a profanar esos lugares sin permiso de los espíritus será perseguido por la Madre del Agua y Bibidí Gomía.

Los que saben, cuando pasan cerca, dejan un puñado de sal o una moneda en el agua y se encomiendan. Porque, aunque Chamburruca esté escondida, sus muertos aún vigilan.

Y así termina la historia que aún cuentan los abuelos Karambá, entre la humareda de la cocina de leña y los cafetales mojados por la niebla.



La Viuda Alegre y los Secretos de Naranjal

Cuentan los viejos de Naranjal —los pocos que aún conservan la lengua templada de los abuelos— que hace mucho tiempo, cuando el corregimiento no era más que una mancha de casas de caña brava y techos de iraca desperdigadas entre los guaduales, se aparecía una mujer de belleza descomunal. Le decían La Viuda Alegre, aunque también la nombraban como Madre Monte, porque decían que era hija del monte mismo, parida de la maleza y la oscuridad.

Era alta, de cabello rubio y largo que se le desparramaba como hilos de oro viejo sobre los hombros, vestida siempre de negro y con los ojos como brasas encendidas. Se aparecía a los hombres desprevenidos que venían de los caminos, sobre todo a los que regresaban de los guarapales y de las casas de chicha, cuando la noche ya había cerrado los ojos del pueblo.

Dicen que primero les sonreía, les coqueteaba y les pedía candela. Pero apenas el hombre encendía el fósforo, la cara de la mujer se volvía calavera, puro hueso, y los ojos se le hundían hasta el fondo de las cuencas. Si el hombre no lograba huir, caía privado allí mismo, a la orilla del camino o entre los cañaduzales.

Los antiguos contaban que eso pasaba porque fuerzas oscuras andaban sueltas en el aire, sobre todo cuando alguien había muerto de mala manera, en riñas, por truenos o por maleficios. Y en Naranjal, por esos años, la gente vivía con el alma en vilo porque las brujas, los duendes y los aparecidos rondaban sin permiso. Por eso nadie quería forasteros trayendo ideas nuevas, ni extraños preguntando cosas.

Las casas de entonces se armaban con caña brava, amarradas con bejuco y techadas con hojas de caña. Por las noches se cerraban con portales de esterilla y las personas dormían arriba, sobre un entablado de caña, para esquivar los ofidios y las fieras. Abajo, los animales domésticos y las gallinas picoteaban la tierra.

Los hombres, curtidos de sol, vestían pantalones de dril y camisas de la misma tela. Usaban mulero, cotizas y una ruana doblada en el hombro. Las mujeres, según su edad, vestían largas faldas de colores o de negro riguroso, blusas de boleros, peinaban su cabello en trenzas largas y caminaban descalzas sobre la tierra tibia.

El guarapo y la chicha alegraban los días de trabajo y, con el tapetusa que sacaban de la caña, se entonaban las lenguas para hablar de las guacas escondidas, de los tesoros ocultos bajo las ceibas y de los muertos que aún vagaban por el monte.

Cuando moría alguien, los rezos duraban nueve días y las novenas se acompañaban con bollos, gallinas guisadas, fríjoles en leña y tazas de chicha. Si el muerto era un niño, se hacían rondas, se jugaba la alpargata y se cantaban coplas para alegrar el alma.

De la montaña sacaban sal de Aguas Claras y Agua Salada, carbón de los hornos de leña y oro de las guacas. Y se vivía del trueque: cambiaban la sal, el oro, las ardillas y los guatines por maíz, yuca y panela con los de Anserma y Quinchía. Poco a poco llegaron los antioqueños, con sus costumbres de trabajo duro, fiesta dominguera y miedo a los castigos divinos.

En el año 1889 abrieron el cementerio, donde a los muertos se les marcaba con una penca en vez de cruz. Después vino la iglesia en 1948, primero como un templete y luego como capilla hecha por manos de los propios naranjaleños, bajo la guía del padre Jesús Rodríguez, un misionero valiente que llegó a purificar estas tierras violentas.

Dicen que todavía, en las noches sin luna, la Viuda Alegre se pasea por los caminos polvorientos. Que cuando alguien muere en forma repentina, vuelve a rondar, buscando a quien pedirle candela. Y que en el viento callado se oyen rezos viejos, el chirriar de una plancha de carbón y el tintineo de las piedras tupas en los fogones de tierra.

Porque Naranjal, aunque hoy tenga escuelas, iglesias y casitas de cemento, no ha olvidado que nació del monte, del trueque, de las leyendas y de las guacas. Y que debajo de cada piedra y en la sombra de cada árbol, todavía habita el misterio.

La Maldición de Opirama y los Ecos de Guadualejo

Cuentan los abuelos de Santa Elena —cuando el viento sopla por las quebradas de Buenavista y las guaduas se estremecen como si conversaran entre ellas— que bajo esas tierras duerme una historia antigua, más vieja que los caminos de herradura y más antigua que la misma palabra Quinchía.

Antes de que este rincón se llamara Santa Elena y mucho antes de que los mestizos levantaran casas de bahareque y caña, este lugar era dominio de los Ansermas, gente de maíz y algodón, señores de las salinas y conocedores de los secretos de la montaña.

Los pueblos que habitaron aquí se llamaban Opirama, Mapura, Acochare, Pirsa, Ypa, Santa María, Andica y Mayma. Cada tribu tenía su cacique y su símbolo sagrado. Por ejemplo, Aytamara era el hermano del señor de Mapura, y Don Francisco gobernaba en Pirsa. Guatica, señor de Santa María, era conocido por sus guerreros de lanza corta y cerbatana envenenada. Y Ocupirama, cacique del "Pueblo de la Sal", controlaba las minas donde brotaba el agua espesa, blanca y amarga, fuente de vida y riqueza.

La más temida era Tazca, una hechicera de los Opirama, mujer de cabellos largos como los bejucos de los cafetales y ojos verdes como las hojas tiernas. Se decía que podía invocar a Guayacán, espíritu de la montaña, para defender su pueblo. Tazca era la guardiana del pozo sagrado, donde brotaba el oro de los dioses, y donde solo los dignos podían beber del agua dorada.

Cuando los españoles llegaron con Jorge Robledo al frente, vinieron con enfermedades que marchitaron los pueblos, cadenas que amarraron caciques y espadas que rompieron los altares. Lázaro Martyn, encomendero de Opirama, exigía tributos de mantas, cabuya, maíz y aves. Los caciques resistieron, pero la rebelión de 1557, liderada por los guerreros Panches del Tolima y los Quimbayas, encendió la chispa.

Cuando el capitán Luis de Guevara se enteró del alzamiento, ordenó apresar a los caciques. Los nombres quedaron escritos en pergaminos viejos:

Aytamara, hermano del cacique de Mapura.

Atucifra, señor de Mayma.

Don Francisco, de Acochare.

Guatica, de Santa María.

Ocupirama, del Pueblo de la Sal.

Opirama, heredero de la señora Andica.

Tuzacurara, hermano de Acochare.

Utayca, señor de Ypa.

Dicen que antes de ser llevados al presidio, Tazca les entregó un collar de semillas negras a cada uno y pronunció una maldición: *«Ningún forastero se llevará estas tierras sin pagar con su sangre, y ningún cobarde sembrará maíz en Opirama sin que sus huesos retumben bajo la tierra.»*

En 1627, cuando el Oidor Lesmes de Espinosa y Saravia llegó a revisar las encomiendas, encontró ruinas, indios muertos o huidos y las minas desoladas. Ordenó quemar los ranchos de Opirama y destruir la capilla indígena. Pero cuentan los viejos que esa noche el cielo se cubrió de relámpagos, y en las guaduas se oyeron lamentos de los antiguos caciques.

Durante la Colonia, las minas de oro en la quebrada Buenavista siguieron sacando metal, pero nadie osó explorar la cueva del pozo dorado, pues quienes lo intentaron, como Gaspar Lozano, murieron tragados por las aguas negras o hallados tiesos en las orillas, con los ojos abiertos mirando al cielo.

Por eso, cuando a finales del siglo XIX llegaron los primeros repobladores: Bisael Antonio Chiquito, Rafael Aricapa, Juan Esteban Ortiz, Santos Ladino y Ángel Gañán, levantaron sus casas de bareque y guadua, pero jamás se atrevieron a dormir cerca de las fuentes saladas. El sitio seguía maldito. Los emberá-chamí que llegaron después decían que allí habitaban los *“airas”* —espíritus antiguos que protegían los nacederos— y por eso levantaron su Tambo lejos de las aguas viejas.

Durante la Violencia, cuando Medardo Trejos, apodado “Capitán Venganza”, enfrentó a los “pájaros” de Guática y Anserma en El Corozo, los campesinos aseguraron que en medio del combate vieron una mujer vestida de negro y cabellos largos —Tazca— que cruzó el cañaduzal en llamas, y que los gritos de los guerreros recordaban palabras en lengua Anserma, como si los muertos de Opirama volvieran a cobrar venganza.

Hasta hoy, los abuelos de Santa Elena aconsejan a los muchachos no bañarse en las quebradas cuando hay luna nueva, no cortar guaduas sin pedir permiso y jamás encender un fósforo a una mujer desconocida en los caminos solitarios. Porque tal vez sea Tazca, que aún ronda buscando quien le dé candela para mostrar su verdadero rostro: una calavera cubierta de oro fundido.

Y por las noches, cuando las guaduas susurran y los perros aúllan hacia la montaña, no faltará un abuelo que diga en voz baja:
—Ahí pasan los viejos caciques de Opirama… y no descansarán hasta que se devuelva la sal y el oro a los suyos.

PARTE IV: HISTORIAS REALES QUE PARECEN LEYENDA

A que ya no era de este mundo
Una leyenda del recodo en Quinchía

En Quinchía, entre la vía pavimentada que va del pueblo al cementerio, hay un lugar conocido como *el recodo*. No es solo una curva solitaria: también es, durante años, un sitio de lenocinio, donde muchos hombres buscaban compañía y otros tantos evitaban pasar, por vergüenza o por temor.

Una tarde, doña Virgelina venía del centro, caminando por esa ruta, cuando una mujer desconocida apareció a su lado.

—*Vamos juntas, doña* —le dijo, con una voz dulce.

Ella aceptó, algo sorprendida por la confianza, pero sin sospechar nada. Caminaron conversando, como si fueran amigas de toda la vida. Y así llegaron frente a la casa de don Arnoldo, justo más abajo de pasar el cementerio.

Fue allí donde doña Virgelina le preguntó, casi en broma:

—*¿Y no le da miedo pasar por aquí, con ese cementerio tan cerca?*

La mujer la miró fijamente y le respondió con calma:

—*Cuando yo era de este mundo, sí me daba miedo… pero ahora ya no.*

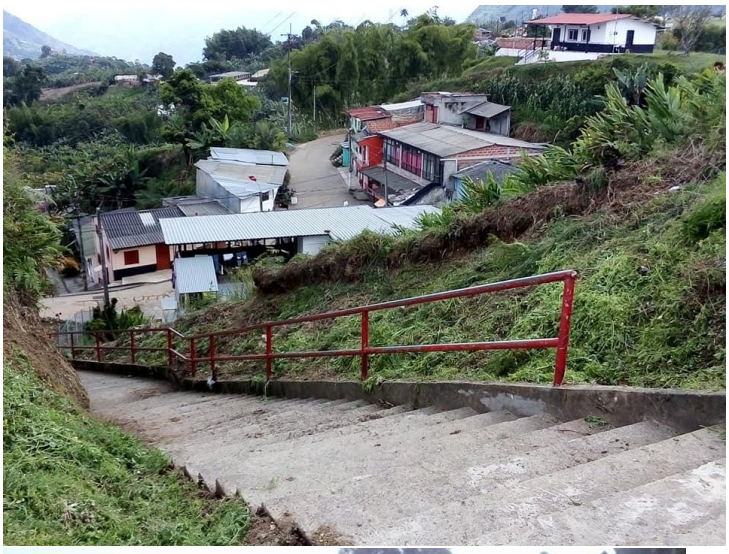
Dicen que, al mirarla de nuevo, doña Virgelina ya no vio a una mujer… sino a una calavera envuelta en un velo negro. Sintió que las piernas no le respondían, soltó un grito y corrió sin mirar atrás.

Desde aquel día, se enfermó. Hablaba sola, se levantaba en la madrugada con los ojos desorbitados, decía que alguien la llamaba. Duró dos meses en cama, sin mejorar. Los vecinos aseguraban que un ánima la había seguido: quizás una de aquellas que vivieron o murieron en ese lugar de pecado, y que aún penaban por allí.

Pero no fue la única. Con el tiempo, se supo de otros caminantes que, al cruzar por ese mismo tramo, sintieron pasos a sus espaldas, voces que susurraban sus nombres o ráfagas heladas que les ponían la piel de gallina. Algunos decían haber visto sombras que se desvanecían al borde de la carretera; otros, como doña Virgelina, hablaban de presencias que los acompañaban… y que no eran de este mundo.

Por eso, desde entonces, las abuelas advierten:

“Por el recodo ni se charla ni se mira atrás… que por ahí caminan almas que ya no son de este mundo.”



La Iglesia de los Espíritus del Fuego

Leyenda de Quinchía — La Villa de los Cerros

Cuentan los abuelos…
Que donde hoy se alza el templo de San Andrés, en el municipio de Quinchía, antes solo había cerros cubiertos de neblina y silencio.

En aquellos tiempos antiguos, los indígenas adoraban al sol y a los espíritus de la montaña. Era un lugar sagrado, donde los chamanes interpretaban los susurros del viento… y leían las señales del fuego.

Con la llegada de los evangelizadores, se levantó una pequeña capilla en ese mismo sitio, sin saber que allí se cruzaban fuerzas ancestrales… celestiales y terrenales. Aquella tierra ya tenía dueño espiritual.

A principios del año mil ochocientos ochenta y dos, ante la urgencia de trasladar la cabecera urbana a un lugar con mejores aguas y cerca del camino real que llevaba al convento de Anserma, los pobladores —en su mayoría indígenas— no lograban ponerse de acuerdo.

Unos proponían la vereda de Naranjal. Otros, el llano de la quebrada Barrigona, junto al cerro Gobia.
Sin resolver sus diferencias… decidieron dejar la decisión en manos de la Virgen Inmaculada.

Y fue entonces que los sacerdotes Simón Herrera y Domingo Sánchez salieron desde Quinchía Viejo, llevando consigo la imagen sagrada.
Tras recorrer trochas y atajos, uno de los cargueros resbaló… y la Virgen cayó de bruces.

Ese fue el sitio elegido.
Sin apoyo ni permiso del gobierno caucano, allí se levantó la nueva iglesia y el caserío que sería Quinchía.

Desde su origen, aquel templo tuvo una atmósfera distinta.
Los feligreses decían que en las madrugadas, al encender las velas del altar, se sentía un aliento cálido.
Que los antiguos espíritus de la montaña… seguían allí.

Así, entre bautizos, bodas, procesiones y letanías… también se contaban historias: velas que se apagaban solas, cantos sin coristas… y puertas que se abrían sin viento.

Todo continuó hasta la fatídica madrugada del dieciséis de diciembre de dos mil dieciséis, a las once y veintidós de la noche.

La tierra retumbó con un crujido seco.
Las llamas se alzaron como lenguas furiosas, devorando paredes, bancas y altar.

El cielo se tiñó de rojo… y el humo ascendía como queriendo abrazar las campanas.

Fue entonces cuando el pueblo entero corrió a la plaza.
Entre lágrimas, baldes de agua y oraciones… empezaron a ver figuras extrañas en el fuego.

Uno gritó:
— ¡Una calavera! ¡Mírenla! ¡En el humo se ve una calavera con ojos encendidos!

La figura estaba allí… con sus cuencas en tono naranja, unas marcas que parecían fosas nasales, y otra que se dibujaba como una boca de la que caían chorros de fuego.

Otro, pálido, señaló al cielo:
— ¡Un ángel! ¡Un ángel de alas abiertas llorando sobre la torre!

Una mujer se llevó las manos al pecho:
— ¡La Virgen! ¡Está entre las brasas, como protegiéndonos!

Y un niño, con los ojos abiertos, apuntó al campanario:
— ¡Mamá, hay un dragón de fuego volando en la torre!

Al instante, otro vecino exclamó:
— ¡Vi un avión en medio de las llamas!

Muchas de esas imágenes quedaron registradas en los celulares de los presentes y se compartieron en redes sociales y noticieros.
La gente veía calaveras, un ángel, un avión… y un dragón.

Pero no solo eso.
La tragedia se acompañó de hechos inexplicables.

El carro de bomberos de Anserma, inexplicablemente, perdió las luces antes de entrar a Quinchía. En La Reforma, se le pinchó una llanta. Al cruzar sin frenar un reductor frente al Transbatero, el camión se apagó y casi no logran encenderlo de nuevo. En la Plazoleta de La Paz, se detuvo por completo y no volvió a prender.

Algo similar le ocurrió al carro de bomberos de Riosucio.
Y hasta el sacerdote de Anserma, nacido en Quinchía y que venía en auxilio… se pasó de largo hasta El Tabor, sin advertir la entrada al pueblo.

Cuentan también que, curiosamente, un año antes de aquella madrugada trágica, en la misma fecha y durante la misa de la noche, ocurrió un hecho que muchos recuerdan.

Un sacerdote expulsó a una señora que acostumbraba alimentar los perros de la calle. Aquella noche, dos perritas se colaron al interior de la iglesia, y el cura, molesto, las echó de mala manera. La mujer permaneció firme en su sitio y, al

finalizar la misa, frente al Santísimo, le recordó al sacerdote sus propios pecados y que aquellas criaturas también eran obra de Dios.

Se dice que los animales son sagrados… y que quizás los antiguos espíritus de la montaña se enojaron al presenciar semejante desprecio en suelo bendito.

Y, como si fuera poco, en la misa del domingo anterior, el sermón dejó caer palabras pesadas contra las autoridades. Al salir de misa, hubo palabras cruzadas y miradas tensas. El aire quedó denso… como si algo se hubiera roto.

La casualidad —o el destino— quiso que justo un año después, en la misma fecha y casi a la misma hora… las llamas devoraran el templo.

Pero entre tanta desgracia… ocurrió lo milagroso.

Se salvaron del fuego la imagen de la Virgen Inmaculada, intacta entre las brasas. También el sagrario, los dos confesionarios de madera tallada… y varias bancas que resistieron las llamas.

Y sobre todo…
el Cristo del altar mayor, sobreviviente de las llamas.
Hoy conocido como el Cristo que renació entre las cenizas, símbolo de la fe viva de los quinchieños.

Ese Cristo sigue allí… como testigo de que, aunque el fuego lo devoró casi todo, la fe y el espíritu de Quinchía jamás se apagan.

Desde entonces, se dice que aquel templo no solo era de piedra y madera, sino también de espíritus antiguos, de santos, de almas errantes… y de misterios que aún caminan por esas calles.

La iglesia se viene reconstruyendo.
Pero quienes vieron las figuras en el fuego saben que aquella noche, el cielo y el infierno se asomaron juntos a Quinchía.

Y que entre cenizas y llamas…
los espíritus de la montaña, los ángeles y las sombras… bailaron su danza final.

La Luz del Cerro de Ginebra

Antes de que este lugar se llamara Quinchía, las tribus de los Guaqueramaes, Tapascos e Irras poblaban estas tierras fértiles conocidas como Guacuma. Eran artesanos que mezclaban oro y cobre para crear tumbagas sagradas, mujeres de porte fino y guerreros que defendían su suelo con fuego y lanza. Construían casas de guadua, separadas unas de otras, con grandes patios donde enterraban a sus muertos junto a piedras talladas y objetos rituales.

En la parte alta del Cerro de Ginebra, levantaron un cementerio sagrado, un lugar que no podía pisarse sin permiso de los Tamaracas, sabios y curanderos capaces de invocar enfermedades, langostas y tormentas para proteger a su pueblo.

Todo cambió cuando, en 1539, llegó Vadillo, cruzando la serranía de Guarguará con arcabuces, ballestas y soldados sedientos de oro. El cacique Chiricha y sus guerreros resistieron con valentía, pero no pudieron contra las armas de pólvora ni contra la violencia sin límite. Las defensas de guadua coronadas con calaveras que ululaban con el viento no bastaron. Los españoles arrasaron los quinchos y profanaron los cementerios, buscando desesperados las guacas y los tesoros escondidos.

Los ancianos Umbras, viendo que todo estaba perdido, enterraron a los suyos en lo más alto del cerro junto a sus dioses de piedra, su sal sagrada y las tumbagas de sus artesanos. Cuentan que esa noche, antes de morir, los Tamaracas pronunciaron una maldición: que quien perturbara ese suelo sagrado sufriría la condena de los ancestros.

Desde entonces, cada Semana Santa, cuando el silencio cubre la montaña y las veredas se recogen en la oscuridad, aparece una luz amarilla flotando entre la niebla en lo alto del cerro. No es una linterna ni una estrella. Es el espíritu de Yaku, último de los Tamaracas, que aún protege las guacas y vigila a quienes osen mancillar las tumbas de su gente.

Los antiguos decían que quien se atreviera a escarbar esas tierras pagaba caro. Se hablaba de guaqueros que amanecían colgados de los árboles, con la lengua negra y los ojos abiertos, y de quienes regresaban delirando, diciendo haber escuchado lamentos de niños, llantos de mujeres y voces que susurraban nombres olvidados por todos… menos por la montaña.

Hoy en día, muchos suben al cerro, guaquidean y bajan sin que aparentemente les pase nada. Algunos se burlan de las historias, otros cargan piedras, sal antigua o fragmentos de cerámica. Pero los abuelos de Quinchía advierten que la montaña tiene memoria, y que no todo se paga de inmediato. Hay deudas antiguas que la tierra cobra a su tiempo.

Por eso, cuando la luz amarilla aparece en la madrugada del Viernes Santo, los que saben prefieren quedarse en sus casas, cerrar puertas y ventanas, y mirar hacia otro lado.

Este lugar no es solo un monte ni un terreno olvidado. Es un cementerio sagrado, memoria viva de un pueblo que amó y defendió su tierra. Por respeto a los que aquí vivieron, murieron y aún esperan su descanso, se pide a todo aquel que suba al Cerro de Ginebra que lo haga con respeto, que no profane sus tumbas ni sus guacas, y que entienda que hay cosas que no pertenecen a los vivos.

Porque, aunque el oro pueda tentar a los ambiciosos, el verdadero tesoro de este cerro es su historia… y las voces de quienes aún caminan entre la niebla.

La Guaca de las Palmas Ardientes -Leyenda de los cerros de Quinchía

Entre los pliegues secretos que se tienden entre La Loma y Mápura, serpentea un viejo sendero que atraviesa el río Quinchía y una quebrada que murmura historias antiguas. Allí, donde la montaña comienza a erguirse con firmeza, y un vagón oxidado se pudre en silencio entre la maleza, brotan unas palmas delgadas y altísimas que parecen mirar al cielo desde hace siglos.

En ciertas noches —las más calladas, las más hondas— una llama azulada y amarilla danza sobre aquellas palmas. No hay humo, ni crujido de rama, ni olor de leña. Solo fuego que arde sin quemar, luz que parece brotar de otra dimensión. Quien lo ha visto, no lo olvida. Y quien lo ha oído contar, no deja de soñarlo.

Los ancianos dicen que allí yace una guaca enterrada por los antiguos: oro, piedras, y secretos guardados por los indígenas que, al ser perseguidos por los conquistadores, prefirieron fundirse con la tierra antes que entregar su legado.

Pero el tesoro no se deja tomar con facilidad. Tiene sus reglas. Es un tesoro encantado.

Solo los que se atreven a buscarlo deben ir en número impar: uno, tres, cinco… nunca en pares.

Porque quienes van en número par, se pierden. La montaña se les enrosca, el camino se vuelve otro, los árboles se multiplican, y el día no llega. Algunos regresan tras días vagando sin rumbo. Otros, jamás encuentran la salida.

Peor aún es el destino de aquellos que van con el alma envenenada de codicia. Dicen que el guardián del tesoro —un espíritu sin nombre, tal vez un ancestro, tal vez el cerro mismo— le susurra al oído, les hiela la espalda, les muestra el fuego… y luego se los traga.

Porque la guaca no se entrega al ambicioso, sino al puro de espíritu, al que se acerca con respeto y sin ansias de posesión.

Un hombre solitario, cuentan, llegó un Viernes Santo. Había oído hablar del fuego. Subió sin armas, sin compañía, solo con una vela encendida y una oración en los labios. Vio la llama. El suelo tembló. El monte se abrió como una boca vieja y le mostró una tinaja brillante.

Pero no tocó nada. Cerró los ojos, dio media vuelta… y bajó en silencio.

La Maldición de la Antigua Alcaldía de Quinchía

Cuentan los mayores y los empleados más antiguos del municipio, que donde hoy se levanta la moderna sede de la Alcaldía de Quinchía, existió por décadas una construcción de corredores de madera, con techos bajos, puertas anchas y pisos que crujían como si tuvieran vida propia. Allí funcionaban, bajo un mismo techo, el comando de Policía, la cárcel municipal, los juzgados, los despachos de la Alcaldía y el Concejo Municipal. Todo en un solo sitio… y tal vez por eso, quedaron atrapadas muchas almas.

Una madrugada de los años noventa, un incendio se desató en una de las oficinas, alcanzando parte de las casas vecinas. La tienda de don Amely Tejada quedó reducida a cenizas, y desde entonces los pobladores decían que algo oscuro quedó suelto esa noche. Pero lo más macabro fue el asesinato de un inspector de policía en su despacho. Lo encontraron con la mirada desencajada, como si hubiera visto algo imposible de contar.

Pasaron los años y, uno a uno, varios alcaldes murieron en circunstancias extrañas: algunos de vejez, otros en accidentes, y uno fue asesinado a la salida de su casa. Lo más inquietante es que varios inspectores de policía y de sanidad que trabajaron allí también terminaron muertos, como si el cargo llevara consigo una condena.

Cuando en el año 2006 derribaron la vieja estructura para construir la sede actual, el maestro de obra juró que una noche, mientras revisaba los planos, vio pasar a un hombre de uniforme antiguo, con la mirada vacía y la piel cenicienta, que se perdió entre las ruinas sin dejar rastro.

Desde entonces, las historias no cesan. Las secretarias se niegan a quedarse después de las seis de la tarde. Dicen que a esa hora se empiezan a escuchar sillas arrastrándose, pasos apresurados en los corredores y puertas que se cierran de golpe, sin que haya viento que las empuje. Más de una ha sentido una respiración helada en la nuca, y al voltear solo encuentran una puerta balanceándose suavemente.

Los vigilantes aseguran que a las 3:00 de la mañana, en los monitores de las cámaras aparece la figura de un hombre que camina por la oficina de inspección de policía… pero cuando van a revisar, no hay nadie. Los más antiguos juran que son las almas de los asesinados, atrapadas en ese lugar sin poder descansar.

En 2016, las luces quedaron encendidas en el despacho de la alcaldía. Un funcionario entró a apagarlas y, al accionar el interruptor, sintió un corrientazo seco que le recorrió el cuerpo. Se timbró y salió en reversa, pálido del susto.

De Hacienda a Turismo, más de uno ha visto la silueta de una mujer que desaparece justo al llegar a la vieja columna que quedó de la construcción anterior.

Algunos concejales afirman haber escuchado su nombre susurrado al oído mientras trabajan tarde, y otros empleados cuentan haber sentido una mano invisible sobre su hombro, justo antes de que una puerta se cierre violentamente a sus espaldas.

Desde entonces, en Quinchía se murmura que la vieja maldición de la Alcaldía sigue viva. Que cada vez que alguien ocupa el cargo de inspector, o se atreve a desafiar el silencio de sus oficinas al caer la noche, despierta las sombras que allí quedaron atrapadas.

Y que quien escuche las sillas arrastrarse solas…
mejor que no voltee.
Porque en la Alcaldía de Quinchía…
los muertos aún tienen la llave.

La Llorona del Coliseo de Quinchía

En Quinchía, entre las calles empinadas y los ecos del viento que baja de las montañas, hay un relato que, generación tras generación, ha sobrevivido al paso del tiempo. Una historia que no se ha perdido, aunque hoy esas calles ya estén pavimentadas y rodeadas de viviendas nuevas. Ocurre en la vía que va del Coliseo Municipal hacia el Hospital Nazareth, justo por ese sector que a cualquier hora parece tranquilo, pero que en la madrugada guarda secretos antiguos.

Dicen los vecinos más antiguos que en medio de la oscuridad y el silencio, cuando la brisa sacude las ramas de los guayacanes, se escucha un lamento lejano. Un quejido agudo, triste y prolongado, como el de una mujer que llora por sus hijos o por alguna pena que no la deja descansar. A veces parece venir desde la calle de abajo, otras desde la cancha del coliseo, o desde los árboles que aún sobreviven en los solares.

Lo aterrador no es solo ese lamento que se arrastra con el viento, sino que cuando uno menos piensa… la encuentra de frente. De repente, sin previo aviso, aparece una mujer vestida de blanco, con los cabellos largos y enmarañados cubriéndole el rostro. No se le escuchan pasos, porque no pisa el suelo. Flota apenas unos centímetros sobre el pavimento, con una presencia fría y pesada que pone los vellos de punta.

Su rostro es pálido, casi traslúcido, y sus ojos son como dos huecos vacíos, de donde parecen brotar lágrimas eternas. Quienes se la han cruzado cuentan que verla es un espanto difícil de olvidar. Solo se escucha su lamento a lo lejos… y cuando menos se piensa, sin darte cuenta cómo ni cuándo, la tienes de frente.

En Quinchía, aunque esa zona esté pavimentada y poblada, nadie se confía. Los viejos recomiendan que si alguna vez, pasada la medianoche, escuchas ese lamento, no te detengas, no trates de averiguar de dónde viene y sigue tu camino sin voltear, porque quizá en ese instante… ya la tienes delante de ti.

La Serpiente de Oro de La Ciénaga

Cuentan los mayores que hace muchos años, cuando apenas empezaban a abrir la trocha entre La Ciénaga y La Palma, una cuadrilla de maquinaria de la Gobernación trabajaba abriendo camino entre monte cerrado y pantano. Era una vía difícil, llena de charcos hondos, bejucos y tierra movediza.

Uno de los maquinistas, mientras manejaba un buldócer, detuvo la máquina para bajarse a orinar. Sin darse cuenta, lo hizo sobre una serpiente que dormía enrollada entre unas hojas secas.

De inmediato, aquella serpiente empezó a cambiar de color, tornándose dorada, hasta quedar convertida en una serpiente de oro macizo, brillante como el mismo sol.

El hombre, asombrado, no salió corriendo. Al contrario, la recogió con ambas manos, deslumbrado por su brillo. Desde ese día, dejó la máquina abandonada y nadie volvió a verlo por esos lados.

Años después, cuentan que lo encontraron tapado en plata. Nadie supo de dónde había sacado tanta riqueza, pero los viejos dicen que fue la serpiente de oro la que se la dio.

Desde entonces, los arrieros y motociclistas que pasan por esa vía de noche aseguran ver una luz dorada que se mueve como culebra entre los matorrales… y más de uno se baja a buscar, por si acaso, con la esperanza de encontrarse otra igual.

El Árbitro Sin Cabeza del Estadio Municipal

Cuentan los más antiguos y los celadores de turno que, a altas horas de la noche, cuando el pueblo duerme y solo se escucha el canto de los grillos, en el Estadio Municipal de Quinchía sucede algo que hiela la sangre.

Dicen que, de un momento a otro, se empiezan a escuchar los sonidos de un partido de fútbol. Se oyen los pitos sonar, los gritos de jugadores reclamando una falta, los aplausos de una tribuna imaginaria y hasta el eco de un gol celebrado. Pero cuando los curiosos se acercan para ver qué está pasando, el escenario está totalmente vacío… salvo por una figura en medio de la gramilla.

Allí, parado bajo la tenue luz de los reflectores, aparece un árbitro vestido de negro… pero sin cabeza. Solo su cuerpo permanece, moviéndose lentamente por el campo, como si todavía estuviera dirigiendo un partido invisible.

Los que se han atrevido a acercarse más aseguran que de la camiseta cuelga un número borroso y que el silbato suena sin que nadie lo sople. Algunos dicen que tal vez son las almas de tantos árbitros que han dirigido partidos en ese estadio y que hoy ya no están, pues más de uno perdió la vida en hechos violentos o de manera trágica, y que en las madrugadas regresan al lugar donde tantas veces pitaron.

Por eso, desde entonces, cuando el reloj marca las 2 o 3 de la mañana y suena aquel pitido fantasmal, se recomienda no asomarse ni acercarse, porque nadie sabe a quién están esperando o a quién podrían estar marcando fuera de lugar… para siempre.

Las Risas del Bosque del Acueducto

Cuentan los más antiguos de Quinchía, que en el bosque que rodea los tanques del acueducto de las Empresas Públicas —ese que queda allá, donde el monte se hace espeso y el viento susurra entre los guaduales— hay unos arbolitos que guardan un secreto.

Los martes y los viernes, justo después de que la mayoría de la gente recoge y la noche empieza a echarse encima, se escuchan unas risas extrañas. No son carcajadas humanas, pero tampoco son las risas agudas de las lechuzas. Es un sonido más fuerte, como una mezcla de silbidos y voces burlonas que se alzan entre las ramas, rebotando entre los árboles.

Dicen que quienes las han oído han sentido un escalofrío recorrerles la espalda. Las risas empiezan como un murmullo y, en cuestión de segundos, se convierten en una algarabía que hace temblar las hojas.

Lo más curioso es que, tras las risas, se ven unas siluetas pequeñas y oscuras salir volando desde los arbolitos, como sombras ligeras que se escurren por el aire. Unas toman camino hacia Gobia y otras vuelan rumbo al centro del pueblo, perdiéndose entre los tejados y las calles empedradas.

Sea lo que sea, los abuelos recomiendan no pasar por ahí ni los martes ni los viernes después de medianoche. Porque quienes las han seguido con la mirada, cuentan que esas sombras a veces se posan en los techos, y desde ahí dejan caer risotadas que hielan hasta el alma.

Y hasta hoy, nadie ha podido explicar qué son ni de dónde salen esas criaturas burlonas que cuidan el bosque del acueducto.

La Leyenda del Niño del Puente de Pomesía

Por los lados del viejo puente de Pomesía, cuando el río baja claro y el sol se va escondiendo detrás del monte, dicen que se siente un silencio raro, como si el agua guardara recuerdos que no quiere soltar.

Una tarde de verano, un pescador se fue con su anzuelo y su atarraya a probar suerte. Estaba tranquilo, echando lance, cuando sintió que alguien lo miraba. Al voltear, vio a un niño parado junto al río, mojado hasta los huesos, con la ropa pegada al cuerpo y el pelo goteando.

—¿Me deja acompañarlo a pescar? —le dijo el niño, con una voz tan suave que apenas se oía entre el ruido del agua.

El pescador, sin malicia, le dijo que sí. Caminaron río arriba, buscando los buenos charcos, esos donde el pescado se esconde debajo de las piedras. El niño casi no hablaba; solo miraba el agua y de vez en cuando murmuraba palabras que el hombre no entendía, como si le hablara al río mismo.

Cuando llegaron cerca de la planta de energía, el pescador se agachó a desenredar una cuerda. Fue un momentico apenas... pero cuando levantó la cabeza, el niño ya no estaba.

Lo llamó varias veces, buscó entre los matorrales, miró para todos lados… y nada. Solo alcanzó a ver una huellita pequeña sobre la arena húmeda, que se fue borrando solita, como si el río la chupara desde abajo.

Desde ese día, cuentan que el niño sigue apareciendo por esos lados. Siempre pide lo mismo: “¿Me deja acompañarlo a pescar?”. Algunos aseguran que, si uno lo mira de frente, el reflejo del agua muestra su cara verdadera: pálida, con algas enredadas al cuello y los ojos abiertos, como los de quien ha pasado mucho tiempo en el fondo del río.

Otros dicen que no es un ánima mala, sino un espíritu que cuida el agua y se enoja con los que pescan de más o botan basura al río.

Pero lo cierto es que, cuando cae la tarde y el viento sopla entre los árboles, los pescadores ya no se quedan solos por esos lados. Y si alguien les habla, sobre todo si es un niño desconocido… prefieren no contestar.
Porque el que acepta la compañía del Niño del Puente de Pomesía… puede que no vuelva a ver el amanecer.

Relato del Celador del Matadero

Eso me lo contó un amigo, celador de esos sitios antiguos donde todavía se siente el miedo colgado en las paredes. Me dijo que, en el matadero viejo, hoy remodelado al lado de la estación de gasolina, se escuchaban hachas en la madrugada y como si estuvieran sacrificando reses… *¡y no había nadie!* Que hasta el mismo diablo se dejaba ver.

Una noche, mientras él cuidaba el vivero, se le arrimó un señor vestido de café. Paró un carro viejo, se bajó despacio y se paró en la puerta. Mi amigo, como buen celador, echó mano al revólver y se le arrimó. El tipo, sin miedo, le preguntó:

—¿Usted fuma?

Mi amigo le dijo que sí, y cuando el hombre le pasó un cigarrillo, le tocó la mano… helada como la muerte. Entonces el tipo le soltó:

—Me voy para un viaje… y no sé cuándo vuelva.

Mi amigo, por puro reflejo, le dijo:

—Que el Señor lo acompañe.

Y fue decir eso… y el tipo salió volando. Mi amigo quedó más frío que una paleta, y el lugar se llenó de un olor a azufre tan fuerte que tuvo que salir de ahí. Del susto, mejor se fue para la casa, así se quedara eso sin cuidar.

En ese tiempo, cuando era la bomba, se hacía acompañar del difunto apodado *El Cubano*, que esporádicamente ayudaba en la celaduría. Le había hecho un cambuche para pasar las noches y, en las madrugadas, se hacían una merienda, tibian huevos.

Una de esas noches, escucharon algo raro arriba, donde era la finca de los Escobar. Se asomaron con linterna y, de carambola, vieron un perro negro, grandísimo, de ojos rojos como brasas encendidas. El animal se metió donde ellos estaban, y no hubo poder humano que los hiciera entrar de nuevo al cambuche.

Y en el vivero también pasaban cosas. Ahí no se podía llevar parche, ni mujeres, ni marihuanita, porque había una bruja que le tiraba a uno agua o piedras. A mi amigo le tocaba dejarla quieta, irse para el matadero y esperarla a que se calmara. Una noche, estaba con una dama y, de repente, les cayó una olla de agua fría encima, sin que hubiera nadie. El celador decía que él sabía quién era.

Así son las cosas que pasan en las madrugadas de Quinchía, donde el diablo, los perros negros y las brujas todavía caminan.

La Viuda de Aguasclaras

Por el camino que sube de Aguasclaras hacia Veracruz, siguiendo las huellas marcadas en la tierra, cuentan los mineros viejos y los trasnochadores empedernidos que por las noches se aparece un alma en pena. Dicen que sobre todo a los mineros perniciosos, jugadores y mujeriegos, cuando suben en moto después de la media noche, les ocurre algo extraño: sienten de repente un peso inmenso en la parte trasera de la moto, como si alguien muy pesado se montara sin permiso.

Algunos, dominados por la curiosidad o el susto, se atreven a mirar por el retrovisor o voltean la cabeza… y allí la ven: una mujer vestida de negro, como la Viuda Alegre de los antiguos cuentos, con el rostro cubierto por un velo y los ojos que brillan como brasas en la oscuridad.

Cuentan que más de uno del susto ha terminado botado en la cuneta, la moto destrozada y ellos desmayados. Los pocos que alcanzan a resistir y logran volarse, llegan pálidos a la fonda o al campamento, jurando no volver a pasar por ahí a esas horas.

Dicen los viejos que esa alma en pena fue una mujer traicionada por un minero de la zona, que murió de pena y rabia esperando su regreso, y desde entonces vaga buscando con quién desquitarse. Por eso, si algún día le toca cruzar esa trocha de noche, más le vale ir con la conciencia limpia… o no mirar atrás.

La Casa Sobre la Piedra de Mápura

En mis correrías por Mápura, tierra de cafetales espesos y caminos que parecen llevar al tiempo antiguo, me contaron una historia que aún retumba en las noches calladas.

Dicen que llegando al trapiche de Mápura, por la vía que conduce a Sausaguá, hay una vieja casa levantada justo sobre una enorme piedra escondida entre la tierra y el olvido. Una tarde, mientras descansaba a la sombra de un guayabo, una señora del lugar se me acercó y, bajando la voz como quien teme que la escuchen, me dijo que estaba muy aburrida y asustada, porque en esa casa aparecía un duende.

Lo inquietante es que la niña pequeña de la familia había empezado a verlo también. Lo describía como un hombrecito pequeño, con sombrero grande y ojos que parecían brasas. Decía la niña que a veces lo veía parado en la cocina o asomado detrás de la puerta del fogón de leña, y que sonreía sin mostrar los dientes.

Pero no era solo eso. Por las noches se escuchaban estruendos, como si cayeran piedras pesadas sobre el techo, o como si arrastraran cadenas bajo la tierra. En la madrugada, cosas de la casa aparecían pérdidas o cambiadas de lugar: los machetes amanecían en el solar, las ollas volteadas, y las gallinas asustadas.

La señora contaba que la casa había sido construida hace muchos años sobre una enorme piedra, y que desde tiempos antiguos se decía que debajo de ella había un tesoro enterrado. Oro viejo, quizá de arrieros o de algún capataz de minas que quiso esconder su fortuna. Muchos hombres del pueblo, tentados por la historia, habían intentado escarbar, pero al poco tiempo desistían, pues decían que el duende los espantaba, les apagaba las linternas y le susurraba cosas al oído en medio de la oscuridad.

La gente de Mápura asegura que en las noches de luna llena se alcanza a ver una pequeña luz que sale desde donde está la piedra, como si el tesoro intentara mostrarse, pero nadie ha sido capaz de llegar hasta él. Algunos aseguran que ese duende cuida el entierro y que solo se dejará encontrar el día que alguien de alma limpia, sin codicia ni malas intenciones, lo descubra.

Desde entonces, cada vez que paso por esa vía, no puedo evitar mirar de reojo hacia esa casa y pensar que, en efecto, hay lugares donde la tierra guarda sus secretos y los vigila con criaturas antiguas.

La Aparición del Perro Negro de Mápura

Cuentan los abuelos de la vereda Mápura, que, en las madrugadas oscuras y silenciosas, por el viejo puente militar que comunica con el caserío —pasando por el trapiche y una tienda muy conocida, donde venden mecato, comidas y trago— suelen suceder cosas que nadie se explica.

Una noche, un señor que venía desde Irra en su moto, después de visitar varios bares y tomarse sus tragos, se atrevió a cruzar ese camino. Cuando iba pasando por el puente, notó a un perrito negro chiquito acostado en la pata del puente, como pidiendo lástima.

El motociclista, algo mareado, pensó en recogerlo, pero en ese momento la moto comenzó a fallar. Se le apagaba y se le prendía, se quedaba sin fuerzas, y parecía como si algo la jalara hacia atrás.

Al mirar hacia atrás, lo que antes era un perrito pequeño, ahora era un perro negro grande, peludo, con los ojos rojos como ascuas vivas. Lo miraba fijo, inmóvil, con una presencia tan pesada que le heló los huesos.

Dicen que aquel hombre, lleno de terror, logró como pudo encender la moto y acelerar. Apenas tocó el caserío, la moto se compuso como si nada hubiera pasado. Lo curioso fue que, junto con la moto, también se le quitó la borrachera de golpe.

Desde entonces, en Mápura nadie se atreve a pasar solo por ese puente militar a altas horas de la noche. Los viejos aseguran que es el duende de la Piedra del Duende, que toma forma de perro negro para espantar a los borrachos y trasnochadores que andan de camino en la madrugada.

Y cuidado, porque dicen que quien no crea en esta historia, es al primero que el perro negro se le aparece.

La Risotada de Sausagua

Cuentan los mayores de Sausagua, que una noche de carnavales en Riosucio —cuando casi todo el pueblo se había ido a bailar, tomar aguardiente y ver las cuadrillas—, las calles del caserío quedaron solas, apenas con el viento meneando los guaduales y algún perro callejero husmeando entre las aceras.

Algunos vecinos, precavidos, le dejaron encargado al celador del colegio la vigilancia de sus casas, porque ya se sabía que, en los carnavales, mientras la gente baila, los amigos de lo ajeno hacen de las suyas.

Esa noche, pasada la media noche, el celador, hombre de bigote espeso y machete al cinto, estaba terminando de darle la última ronda al colegio cuando de pronto escuchó una risotada extraña. Venía del lado de la cancha de fútbol, por donde pasa una quebradita entre las piedras grandes que abundan en ese lugar. Era una carcajada ronca, como si varias mujeres se rieran a la vez, pero con un tono burlesco y pesado.

El celador se extrañó. *"¿Quién andará por allá a estas horas, si el pueblo se fue pa' Riosucio?"*, pensó, con un escalofrío trepándole por la espalda.

Cerró con candado la entrada del colegio y, de sapo, se fue a revisar qué era aquello. Mientras más se acercaba, más sentía que las carcajadas lo envolvían. Se escondió tras una piedra grande y, al asomarse, pudo ver sombras extrañas danzando alrededor de una fogata diminuta. Los perros no ladraban. El aire estaba helado y la quebrada parecía no correr. En ese punto, decían los viejos, desde tiempos de los abuelos, se reunían las brujas del monte a hacer alabanzas al demonio, a convocar fuerzas oscuras y a planear sus males para el año.

El celador sintió que las piernas no le respondían, y sin pensarlo dos veces, hizo la señal de la cruz, dio media vuelta y no volvió a pasar por ese camino ni de día. Desde entonces, los más ancianos aseguran que, en las noches de carnaval, cuando el pueblo queda vacío, las brujas regresan a ese sitio a celebrar a su manera, entre risotadas que solo escuchan los que no deberían andar de curioso.

La Niña del Coliseo Municipal

Hace muchos años, cuando aún había un potrero en medio y se atravesaba un camino de calle a calle —donde era una cancha de fútbol y también el sitio donde funcionaban los circos—, hoy el Coliseo Municipal de Quinchía guarda una historia que hasta hoy da escalofríos a quienes la escuchan.

Cuentan los más viejos que una niña murió en ese lugar. Algunos dicen que fue asesinada en una de esas noches oscuras, cuando no había alumbrado y todo era monte y soledad. Otros aseguran que era una niña que se mantenía jugando en el coliseo, corriendo de un lado a otro, y que un día murió cerca de ese sitio, sin que nadie supiera exactamente cómo.

Lo cierto es que, desde entonces, se aparece. Dicen que viste un vestido blanco y que, a veces, sale de una piecita pequeña que hay junto a la gradería, cerca del gimnasio. Ese cuartico lo usan de tienda durante los partidos y eventos. Muchos afirman haberla visto salir de ahí y meterse a los baños.

Hay historias de todo tipo. Una vez, una niña estuvo jugando con ella sin saber quién era. Solo después, cuando la describió, se dieron cuenta de que se trataba de la misma niña que se aparece. En otra ocasión, un muchacho entró al baño, se miró al espejo y la vio parada detrás de él. El pobre cayó al suelo desmayado como un pollo, y tuvieron que sacarlo cargado.

Incluso un celador que trabajaba en el coliseo, mientras apagaba las luces desde los tacos, alcanzó a verla pasar, por un lado. Él cuenta que el frío que sintió esa noche no se le ha olvidado jamás.

Desde entonces, cuando cae la noche y el coliseo queda solo, más de uno ha preferido no pasar cerca de los baños ni de la piecita junto a la gradería, porque dicen que la niña de blanco sigue allí, como esperando con quién volver a jugar.

La Ouija en Moreta

Hace pocos años, un grupo de estudiantes de La Floresta se atrevió a desafiar lo que las abuelas siempre habían advertido: *“Lo que está del otro lado, que se quede allá”*. Pero la curiosidad, como dicen, es mala consejera.

Era una tarde gris, con neblina bajando por los potreros y un silencio espeso en los cafetales. Los muchachos, creyéndose valientes, consiguieron una tabla Ouija y la armaron en la casa de uno de ellos.

Colocaron las manos sobre la pequeña planchette y comenzaron a preguntar quién estaba allí, quién quería hablar.

Dicen que apenas pasaron unos minutos antes de que el puntero se moviera solo. Se deletrearon nombres que nadie había mencionado y palabras que ningún niño se hubiera atrevido a pronunciar. De la nada, las luces titilaron y un frío extraño recorrió el lugar. Algunos sintieron que algo los miraba desde la ventana, y otros, que una sombra sin cuerpo rondaba detrás de ellos.

Los niños y niñas participantes empezaron a gritar sin razón. Sus ojos se pusieron vidriosos y hablaban cosas que nadie entendía. La noticia corrió por la vereda como pólvora mojada. Las profesoras llegaron, los vecinos también, y hasta las autoridades tuvieron que intervenir. Esto duró algunos días —y no se sabe si todavía. Apagaron la vela, guardaron la tabla y rezaron en voz alta para espantar lo que hubieran llamado.

Pero cuentan los abuelos que **no solo fue en La Floresta**. En otras veredas y caseríos de Quinchía se han escuchado historias parecidas. Jóvenes que, por pura valentía o por probarse ante los demás, intentaron usar la Ouija. Y aunque algunos no quisieron contar lo que vivieron, todos coinciden en algo: **nunca más se atrevieron a hacerlo**.

Desde entonces, en las aulas y en las reuniones comunales se recuerda este caso como advertencia para las nuevas generaciones. No porque se pretenda infundir miedo, sino porque es necesario comprender que **lo desconocido no siempre es terreno seguro para la curiosidad infantil o adolescente**.

Hoy, cuando la tarde se pone pesada y los perros aúllan sin razón, se recuerda aquella historia para advertir a los nuevos: *“Aquí no se juega con lo que no se entiende. Lo que está del otro lado, que allá se quede”*.

Los Guaduales Malditos de Quinchía

En Quinchía, cuando el sol se esconde tras las montañas y la neblina empieza a bajar como un manto pesado, los guaduales se transforman. De día son solo cañaverales altos, verdes y apacibles, pero de noche, se convierten en corredores oscuros donde las almas en pena caminan y las sombras cobran vida.

Cuentan los más viejos que por todas las vías rurales del pueblo —y son muchas— los guaduales se vuelven refugio de espíritus errantes, de almas sin descanso que vagan en busca de compañía. Cuando la noche se cierra y no queda más luz que la de la luna, se siente un frío repentino, un viento helado que brota de entre las cañas, aunque no sople en ningún otro lado.

Lo más escalofriante es que en la época de La Violencia, entre los años 40 y 50, muchos de esos guaduales fueron escenario de homicidios brutales, ajusticiamientos y emboscadas sangrientas. Los cuerpos sin vida se perdían entre las cañas, y las ánimas de aquellos que no recibieron cristiana sepultura aún vagan por allí. Como decían los abuelos:
“Guadual que guarda muerto, nunca queda en silencio”.

A esa hora, nadie con buen juicio se atreve a cruzar esos tramos a pie. Los arrieros antiguos contaban que en las madrugadas oscuras se escuchaban lamentos, pasos, y el crujir de guaduas como si alguien las abriera al pasar. Los viajeros afirmaban sentir cómo el ambiente se volvía espeso, pesado, y un escalofrío les recorría la espalda.

Hasta hoy, los que van en moto o carro aceleran sin mirar hacia los lados al pasar junto a esos guaduales, porque muchos han jurado escuchar su nombre susurrado desde adentro, y algunos aseguran haber visto pequeñas luces flotando entre las cañas.

Entre los más temidos están:

El de Murrapal, donde aseguran que se ven sombras flotando y se oyen voces que llaman a quien se atreve a pasar. Como bien dicen en el pueblo: “Guadual oscuro no se atraviesa ni con perro bravo”.

El de la vía Huisana-Quinchía, donde a veces aparece una mujer de blanco al borde de la carretera, y al detenerse, desaparece sin dejar rastro entre las cañas. “Donde llora la mujer de blanco, seguro hay muerto escondido”, dicen los más antiguos.

Y el de La Reforma, donde pasos invisibles acompañan a los caminantes de madrugada, los animales se niegan a cruzar y los perros aúllan sin motivo aparente.

Pero no son los únicos. Por todas las carreteras rurales y caminos de herradura de Quinchía hay guaduales embrujados. Nadie sabe cuántos, pero todos saben que, de noche, esos sitios no están solos.

Dicen que después de las diez de la noche, las almas en pena vagan en busca de quien se atreva a pasar, y que, si escuchas tu nombre en medio de las cañas o ves una luz flotar, no debes mirar ni responder. Porque si lo haces, una sombra saldrá del guadual y te llevará con ella.

Como decían los abuelos:
“El que camina por guadual de noche, lleva la muerte detrás”.

Así que, si vas por las carreteras de Quinchía en la noche, y ves un guadual al borde del camino, acelera, reza lo que sepas y no mires hacia adentro, porque lo que habita allí no es de este mundo… y siempre está esperando en la oscuridad.

Juan Tranquilo y la Casa de las Tranquilas

Por allá en la vereda Huisana, cuando el monte se metía hasta las cocinas y las casas se armaban con bahareque, guadua y ganas, vivía Juan, a quien todo el mundo conocía como Juan Tranquilo. Era carnicero de oficio, criador de caballos y de hijos ajenos, porque a ese hombre le decían más papás que a un hospital de maternidad.

Su mujer, Virgelina Yepes, había parido más de quince pelaos. Muchos murieron pequeñitos, como era costumbre en esas épocas donde más podía el tétano que la medicina. Pero aún le quedaban cuatro niños chiquitos, los únicos que llenaban de bulla esa casa vieja de dos plantas que, a decir verdad, se sostenía más por las oraciones de la abuela que por las guaduas que Juan le metía a la carrera.

Los amigos le advertían:
—Juan de Dios Vélez le decía: *"Organice esa casa, vea que eso está que se viene abajo."*
Pero Juan, más terco que mula mañosa, contestaba:
—*"Casa vieja no se bota, se cuña"*.

Y así fue. Un día cualquiera, cuando menos se pensaba, la casa se rindió. Los palos crujieron como huesos de gallina vieja y ¡zuás! Se vino abajo. Mató a tres de los pelaos y a Virgelina casi le cae la vida encima. El marco de la ventana voló en medio del desastre y fue a dar al lado de su cama. Y como el destino a veces se juega sus cartas raras, una de las niñas, Nubia Vélez, se salvó porque la ventana de su pieza estaba abierta y el marco pasó derecho, sin toparla. Si no es por eso, allí mismo se queda también.

Como dicen en el campo: *"Cuando no es el día, no es el día"*, y Nubia sigue viva hasta hoy para contar la historia. Los otros tres niños no corrieron con la misma suerte y murieron bajo los escombros.

El llanto se regó por la vereda como agua de acequia rota. Todos llegaron a ver el desastre, a lamentar la tragedia. Entre el polvo y los palos, Virgelina mandó a Ana y a Matilde, las hijas mayores, a ensillar los caballos para ir al pueblo por los ataúdes y buscar a Juan, que había salido dizque a conseguirlos desde temprano.

Se fueron monte abajo, con el corazón arrugado, y al llegar al pueblo, nada que daban con él. Hasta que alguien les sopló:
—*"Está en la cantina de los Ibarra, bien entonadito"*.

Fueron a ver y ahí estaba Juan, con la tranquilidad de una vaca echada a la sombra, riéndose con los amigos, con tres ataúdes debajo de la mesa, como si fueran costales de panela.

Matilde, con la cara roja de la rabia, lo encaró:
—*“Papá, allá mi mamá llorando, los muertos oliendo feo y usted aquí tomando guaro… ¿no le da vergüenza?”*

Y Juan, sin inmutarse, soltó el refrán:
—*“Dejen así, mijitas, que el muerto al hoyo y el vivo al bollo”*.
Y remató con esa frase que quedó pa’ la historia:
—*“Ya se murieron… ¿qué se le va a hacer? La máquina está buena pa’ hacer más. Maquinaria es lo que hay”*.

Las hijas se llevaron los ataúdes en las bestias, mientras Juan siguió bebiendo como si nada. No apareció por días, ni a levantar una teja, ni a sembrar una cruz. Algunos dicen que llegó al entierro, otros que se dejó ver solo en la última novena. De lo que sí quedó constancia fue del apodo. Desde ese día, la familia quedó marcada como Las Tranquilas.
Y ojo, porque en Huisana hay Tranquilas originales y las otras Tranquilas, como las de la casa roja con blanco que ya se volvió leyenda.

De esa historia se sacó otro dicho en la región:
“Más tranquilo que Juan con los muertos en casa”.

Y así quedó ese cuento en la memoria de los viejos. Porque en el campo dicen que: *“De lo perdido, lo que aparezca… y de lo muerto, el recuerdo”*. Y esa, amigo, es la historia verdadera de Juan Tranquilo, Nubia Vélez, y la casa vieja que un día decidió rendirse.

Leyendas de las Voces del Colegio Nuestra señora de los Dolores.

Cuentan en La Villa de los Cerros, un pueblo cafetero, minero y sufrido, que entre sus calles viejas —hoy pavimentadas a medias— todavía habitan cosas que no se ven, pero se sienten. Un lugar de montañas altas y nieblas densas, donde el pasado se niega a morir del todo.

Dicen los más viejos que, en lo alto del pueblo, está el Colegio Nuestra Señora de los Dolores. Antiguamente fue manejado por monjas, con un convento donde algunas niñas ingresaban por vocación… y otras, porque la familia no hallaba qué hacer con ellas. Aquel edificio, con corredores de madera, pisos que crujían y una capilla pequeña, fue testigo de rezos, castigos y secretos. Con los años lo reemplazaron por una construcción más moderna, de salones estrechos y una cancha diminuta para tantos estudiantes. Pero, aunque cambiaron las paredes, *las presencias se quedaron*.

Desde hace décadas, vigilantes, maestras y estudiantes aseguran que allí, en las madrugadas, se escuchan pasos suaves, murmullos de oraciones viejas y portazos que hacen temblar los ventanales. Dicen que los que regresan no siempre son de este mundo.

Hay un sitio dentro del colegio que nadie cruza con tranquilidad: el pasadizo junto al laboratorio. A cualquier hora, se siente un frío raro, como un viento helado que no proviene de ninguna parte. Algunos dicen que al pasar por ahí se les encoge el cuerpo, sienten escalofríos. Quienes lo conocen afirman que es uno de los lugares donde más se manifiestan las almas que quedaron atadas a esos muros.

Uno de los que más sabe de esto es Diego, celador veterano que ya ni miedo tiene. Él cuenta que una noche, subiendo la rampa hacia los baños, escuchó cómo tiraron una puerta con fuerza. De inmediato, el sonido de unas sandalias huyendo resonó por el pasillo. Cuando se devolvió, todo estaba atrancado. Nadie. Solo el eco de sus propios pasos.

Y no fue la única vez. Cerca de la coordinación, sintió una voz infantil que le dijo: —Buenas.

Se volteó rápido y no había nadie. A pesar de su cabeza calva, sintió cómo se le erizaba la piel. Una mano fría se posó en su cabeza, y al girar… el pasillo vacío.

También cuentan que la profesora de sociales, escuchó una tarde cómo un balón de baloncesto rebotaba en el salón del sótano. Bajó de inmediato, pero allí no había niño, ni balón, ni alma alguna. Solo un silencio espeso, de esos que pesan en el pecho.

Y hay más. Otro celador, don Ernesto, conocido por ser de los más valientes, tuvo que pedir traslado. Una madrugada lo encontraron sentado en el andén, pálido y temblando, sin ganas de volver a entrar. Cuando logró hablar, contó que había

visto la silueta de una monja subir por las escaleras hacia el segundo piso, con su hábito negro y su velo arrastrando. Tras ese susto, no quiso volver a hacer ronda en el colegio.

Dicen también que una noche, vísperas de las bodas de oro del colegio, estaban pintando uno de los salones hasta tarde. Eran cerca de las once de la noche cuando uno de los pintores, entre ojos cansados y con el olor de la pintura fresca, alcanzó a ver claramente una silueta negra que se deslizaba desde la rampa de los salones hacia la puerta principal. De inmediato sacó la linterna, alumbró todo el corredor… y no había nadie. Solo el aire helado que a esa hora parece tener vida propia.

Y no se queda ahí. En otra ocasión, otro celador, escuchó que por los bafles llamaban a los estudiantes por sus nombres, como en los recreos o a la hora de la formación. Creyó que era en el Colegio San Andrés, que está más abajo, pero no. El sonido venía desde la parte trasera, en los salones de abajo junto a la cancha. Fue hasta allá, linterna en mano, y cuando llegó, encontró todo en silencio… y los bafles estaban completamente apagados. Nadie había tocado nada. Solo otro susto para su lista.

Los ancianos del pueblo dicen que esas almas son de monjas desterradas, alumnas que murieron sin despedirse y niñas que vivieron su encierro entre rezos y soledad. Dicen que, en las madrugadas, cuando el reloj marca las tres en punto, se escucha un coro de mujeres entonando salves olvidadas, como un canto que los vivos ya no recuerdan.

Por eso, en La Villa de los Cerros, quien pasa de noche cerca de ese colegio sabe que no debe silbar, ni pronunciar nombres antiguos, ni detenerse si siente un escalofrío en la nuca. Y si debe cruzar por el pasadizo junto al laboratorio, es mejor hacerlo rezando. Porque en este pueblo… *no todos los que caminan en la oscuridad pertenecen a este mundo*.

Las Sombras del Hospital Nazareth

En Quinchía, tierra de cafetales, quebradas rumorosas y casas cargadas de leyendas, hay un lugar donde el miedo camina de noche y los viejos empleados prefieren callar. Se trata del Hospital Nazareth. Aunque hoy es una moderna construcción, quienes conocieron su antigua sede saben que sus pasillos guardaban más de un secreto.

Antes de su traslado, cuando el hospital funcionaba en la vieja edificación cerca de la quebrada, los turnos nocturnos eran los más temidos. Los vigilantes decían escuchar llantos de niños en las habitaciones desocupadas y pasos de enfermeras que nunca aparecían. Más de una vez, la campana del pequeño oratorio sonaba sin que nadie la tocara, y las puertas se abrían como empujadas por manos invisibles.

Uno de esos vigilantes, al que llamaremos Ernesto para proteger su nombre, juraba haber visto una monja vestida de blanco recorrer los corredores, siempre con un rosario en la mano y la mirada baja. Cruzaba lentamente el pasillo hasta perderse en la oscuridad. Nadie supo nunca quién era, pero todos sentían un aire helado al pasar junto al oratorio.

También los empleados administrativos fueron testigos de cosas que no se explican. "Don Jaime", encargado de las labores de archivo en la madrugada, se encontraba una noche revisando documentos cuando alzó la vista hacia un espejo y vio claramente la figura de un hombre parado detrás de él. Se volteó de inmediato… y no había nadie. Desde entonces, "Jaime" dejó de mirar los espejos de noche.

Las oficinas se volvían inquietantes al caer la tarde. Se escuchaban pasos sin dueño, sillas que se movían solas y murmullos que venían de los pasillos vacíos. En la cocina, doña "Margarita", auxiliar de cocina, juraba que las ollas y cucharones cambiaban de lugar, y que más de una vez, sintió una mano helada rozarle la espalda.

Quizá el relato más estremecedor lo contó "Luis", un contratista que una noche instalaba un software en las oficinas administrativas. Desde que llegó, sintió que algo no estaba bien. Las sillas se arrastraban solas, las carpetas caían de los escritorios y las sombras cruzaban frente a él. El miedo fue tal que, sin saber cómo, terminó amaneciendo en la calle, sentado en la acera frente al hospital, sin recordar cómo había salido.

Lo más inquietante de todo eran las sombras. Todos los que trabajaron allí de madrugada coinciden: se ven pasar figuras rápidas, esquivas, como personas que cruzan los corredores… pero cuando se busca, no hay nadie. Y quienes las han sentido aseguran que no hay duda: se sienten cuando pasan.

Y tal vez no sea casual. En el hospital trabajaron durante años monjitas que fueron muy queridas por la comunidad. Eran Hermanas de la Caridad Dominicas de la Presentación, una congregación que llegó a Colombia el 21 de junio de 1873, tras un viaje de siete semanas desde Tours, Francia. Su presencia fue tan bien recibida por el pueblo colombiano que pronto se multiplicaron por todo el país.

En Quinchía, estas religiosas dejaron una profunda huella por su entrega y cariño con los enfermos. Sin embargo, con el tiempo fueron retiradas y sus puestos fueron asumidos por otros profesionales. ¡Y qué falta hacen! Muchos aún recuerdan con afecto su trato humano, su fe inquebrantable y esa presencia que parecía calmar no solo los dolores del cuerpo, sino también los del alma.

Los abuelos cuentan que en ese hospital quedaron atrapadas almas entre la vida y la muerte, y que la monja de blanco aún recorre los pasillos, fiel a su promesa de no abandonar jamás a los enfermos.

Así es Quinchía, un pueblo donde las leyendas no se inventan… se viven.

La Leyenda de Noé de Jesús y la Carmelona

Cuentan los más viejos del río, que cuando la luna llena se posa sobre las aguas del Cauca y los durmientes podridos crujen bajo los pasos del olvido, se escucha el quejido de un hombre que vaga llamando a una mujer que nadie ha vuelto a ver.

Se llamaba Noé de Jesús Montoya, un hombre rubio y delgado, nacido entre los helechales de Santa Rosa de Osos. Una mañana abandonó su tierra llevando sólo una maleta de cuero y una pena escondida. El destino lo llevó hasta Cañafístula, por donde serpenteaban los rieles del Ferrocarril de Occidente, y donde los hombres sudaban su vida entre la pólvora, el aguardiente y las mulatas.

Allí conoció a La Carmelona, una mujer de mirada oscura, labios de promesa y andar de tormenta. Se amaron como se ama en tierra caliente: con sudor, sin juramentos y a espaldas de Dios. Pero un día, La Carmelona se marchó con el maquinista del tren que silbó largo y lento rumbo a la lejanía. Dicen que antes de irse, susurró: *"Hagamos un silencio a nuestra historia de amores"*.

Noé de Jesús perdió la razón. La buscó entre cantinas, estaciones y trochas. Preguntó a los arrieros, a las mujeres de la ribera y a los carrileros de túneles. Nadie sabía. Nadie la volvió a ver. Solo quedó su nombre flotando entre las aguas y los susurros nocturnos.

Desesperado, se internó en Irra, el campamento de los hombres sin patria y de mujeres sin historia. Allí conoció a Emilia "La Soberana", mujer morena, de machete al cinto y lengua de víbora. Y una noche de baile y machetes desenfundados, cuando un tal Carrasquilla quiso llevársela a la fuerza, Noé de Jesús se batió con él hasta la orilla del Cauca. El combate fue furioso, y bajo la luz de los cocuyos y el canto de los grillos, Carrasquilla cayó al río, arrastrado por los remolinos teñidos de sangre.

Desde entonces, dicen, Noé de Jesús se volvió sombra. Vagaba de cantina en cantina buscando en los rostros de las mujeres el perfume de la Carmelona. Se emborrachaba, llamaba su nombre por las trochas y amanecía en los playones con los ojos hinchados de aguardiente y llanto.

El tiempo pasó. El tren dejó de silbar en Irra. Los durmientes se pudrieron, las casonas cayeron y el olvido cubrió los caminos. La Soberana se esfumó como un mal sueño y Noé de Jesús se perdió para siempre.

Pero hay quienes dicen que, en las noches en que la luna se refleja entera en las aguas del Cauca, se escucha un silbido antiguo, como de tren fantasmal, y un hombre pálido aparece en las paradas de bus o en la vieja estación de Irra, llamando suavemente:

—*Carmelona...*

Los pescadores aseguran que, en los remolinos, se pueden ver dos sombras abrazadas, y los carrileros fantasmas se saludan con machete al cinto, esperando la pelea de una vieja deuda de sangre.

Por eso, los abuelos advierten a los forasteros:
no mencione ese nombre cerca al río ni camine solo por la vieja vía del tren,
porque el alma de Noé de Jesús aún busca a su Carmelona, y a quien se cruce en su camino… se lo lleva el agua.

Las Posesiones del Capitán Venganza y Leyton: Espíritus que no descansan en Quinchía

En Quinchía, tierra de cafetales, quebradas escondidas y leyendas viejas, siempre se ha dicho que los muertos no descansan fácil, y menos los que dejaron cuentas pendientes en estas montañas.

Antes de los años 70, en la vereda El Higo, vivía una niña estudiante que de un día para otro comenzó a comportarse como si no fuera ella. Los ojos se le perdían, insultaba a los mayores, hablaba en lenguas extrañas y tenía una fuerza imposible para su edad. Lo aterrador era que, en medio de sus crisis, con una voz ronca y desconocida, gritaba:

— *¡Soy el Capitán Venganza y he vuelto a este pueblo!*

Los viejos se miraban asustados. Sabían bien quién había sido ese personaje, un líder liberal temido y respetado que había marcado los días de La Violencia en las veredas de Quinchía. Decían que había muerto, pero su espíritu seguía rondando los cafetales y las trochas viejas.

La familia, desesperada, la llevó al hospital, pero allí poco pudieron hacer. Entonces acudieron al cura del pueblo y a una rezandera reconocida de la región. Dicen que, durante los rezos, la niña se retorcía, gritaba con fuerza de adulto y veía la sombra de un hombre con sombrero de ala ancha y machete al cinto.

Mi abuelo —que fue guaquero y se sabía todas las historias de las minas y los espantos— nos contaba que en Quinchía los espíritus no se van del todo, y que los caminos guardan las voces de los muertos que pelearon por este pueblo.

Pero no fue la única vez.

En los últimos años, en la vereda San Juan, ocurrió otro caso que estremeció al pueblo. Una niña estudiante empezó a comportarse de forma violenta, decía cosas incomprensibles y hablaba con una voz gruesa, afirmando estar poseída por el espíritu de Leyton, un hombre que en vida había sido abatido en combates con el ejército y que, según cuentan, aún rondaba en pena por la región.

La familia la trajo al pueblo y, ante la gravedad de su estado, la llevaron al hospital, pero allí tampoco lograron atenderla bien y regresó a casa. Por temor a que la situación empeorara, la llevaron a la casa de una pariente en un barrio cercano al estadio. Fue en un momento de crisis que la familia llamó a los bomberos en busca de auxilio.

El personal del cuerpo de bomberos acudió de inmediato y la encontraron tendida en el piso, con el rostro sudoroso, el cabello alborotado y una mirada desbordada de rabia. Les lanzaba objetos, insultaba y les gritaba con una voz demoníaca que debían marcharse, que pagarían con dolor lo que estaban haciendo. Intentaron calmarla, pero su fuerza descomunal obligó a sujetarla con cuerdas de rescate y

asegurarla en una camilla. Solo así lograron trasladarla a la unidad de emergencia.

Durante el trayecto, la joven se calmaba por momentos, pero al poco tiempo volvía a gritar amenazas con una voz imposible de atribuir a su frágil cuerpo. La llevaron nuevamente al hospital para que fuera sedada, mientras la comunidad decía que ahí no había médico ni medicamento que curara eso, que eso solo se sacaba con rezo viejo, agua bendita y sabiduría de los mayores.

Y así, como estas, han sucedido muchas otras historias en Quinchía. Casos de personas que de repente cambian, hablan con voces desconocidas, tienen fuerza sobrehumana y afirman estar poseídas por viejos espíritus de guerrilleros, bandoleros y almas en pena que aún no encuentran descanso. Porque en este municipio ancestral, los mitos y leyendas no son solo cuentos… son herencia viva que ronda en cada cafetal, en cada trocha y en cada noche de luna llena.

La bruja del techo de Irra y los fantasmas del voltiadero

Cuentan los viejos de Irra que hace años, cuando las chivas apenas llegaban hasta el voltiadero —por donde estaba Marta la Tamalera con sus canastos llenos de tamales y empanadas recién hechos—, las noches eran distintas y los sobrenombres tan famosos como las personas.

Por esos días, el primer colegio funcionó en lo que era la casa cural, luego lo pasaron a donde fue Telecom y, con el tiempo, a la caseta comunal. Los más antiguos recuerdan también que la primera escuela fue en la casa de Teresita, al frente. No había carretera para Chuscal, y la gente de esas veredas llegaba a mercar por donde los Flórez, y a la botica comunitaria de don Luis Ladino, que vendía conmel y aceite de almendras.

Los muchachos estudiaban animados por la colada de bienestarina, las bolsas de leche y las harinas para las torticas que preparaba una señora en la casa cural, donde también funcionaba el restaurante escolar. Allí servían en platicos de varias divisiones arroz café, coladas espesas y un almuerzo campesino que sabía a pueblo.

Pero se comenzó a rumorar que la señora que cocinaba tenía trato con cosas oscuras. Que en la noche batía chocolate y salía volando por el techo. La curiosidad pudo más que el miedo, y una noche, ocho pelaos —entre ellos quien cuenta esto— se fueron a espiar a las diez. Escucharon clarito el batido del chocolate, y entre las tejas, una figura oscura voló hacia la noche, dejando un aire frío que les erizó la piel. Salieron corriendo como alma que lleva el diablo y juraron no volver de noche a la casa cural.

Por ese entonces, en Irra nadie se llamaba por su nombre completo. Estaba Boque Pato, el zapatero que murió solo en su rancho con la boca abierta. Chaba Rucia, a quien hallaron sin vida en una quebrada con una piedra encima. Emilia la Soberana, la de su chongo de mujeres que mandaba en el pueblo. Y Rafael Angarilla, bebedor de trago largo y cuentos viejos.

Una noche, en el voltiadero, cuando ya se había ido la última chiva y Marta la Tamalera vendía los últimos tamales y empanadas, un borracho conocido se animó a seguir a una mujer vestida de negro. Los presentes le gritaron:

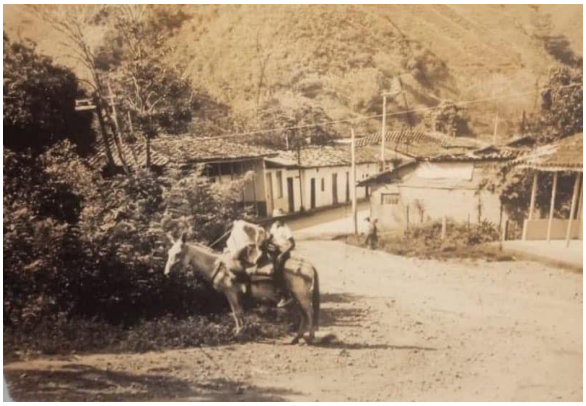
—¡No sea bruto, no la siga!

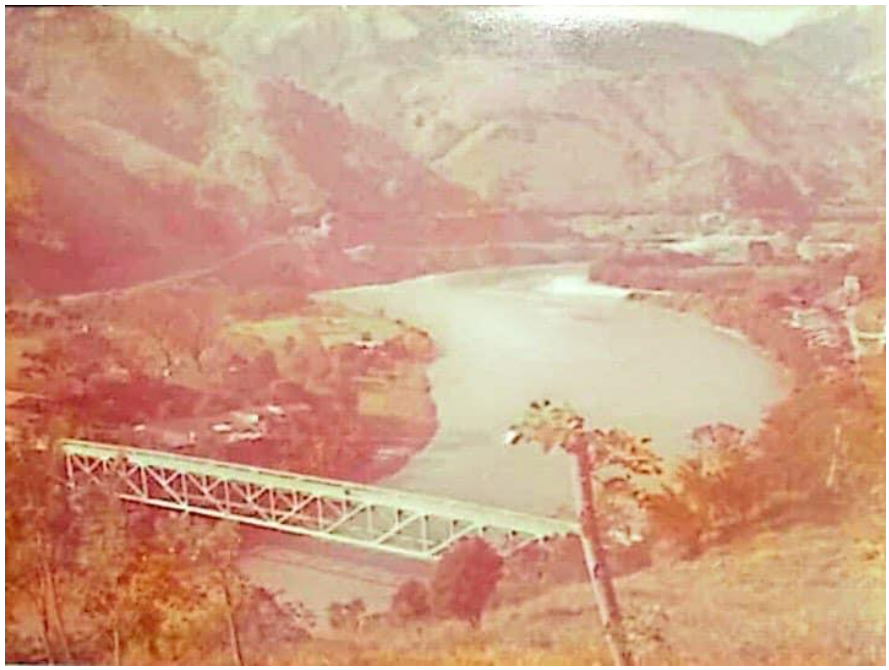
Pero pudo más la rasca que el juicio. Se fue tras ella y nunca la alcanzó. Cuando regresó, venía pálido, temblando y con el susto metido en el cuerpo.

Decían que las brujas rondaban los techos en forma de lechuza o guajolote, y que las víctimas favoritas eran los recién nacidos no bautizados, a quienes les chupaban la sangre. Para espantarlas, las abuelas ponían tijeras abiertas en cruz bajo la almohada, semillas de mostaza en el techo, sal en los rincones y rociaban

agua bendita por toda la casa. Y si uno era valiente, podía rezar las Doce Verdades del Mundo con un cordón en la mano para atraparla antes que huyera.

Lo cierto es que no era una sola. En Irra había muchas brujas… y si uno pone cuidado, todavía ... Porque en este pueblo las cosas viejas no se van, solo se esconden detrás de la niebla o de un buen trago de aguardiente.





La Leyenda del Entierro de Don Florentino Soto

Dicen los viejos de Quinchía, sentados al calor del fogón o a la sombra de un yarumo, que hace muchísimos años vivió un hombre llamado Don Florentino Soto. Guaquero de oficio y comprador de oro de los mineros que bajaban de las quebradas, hombre de sombrero ancho y machete al cinto, de esos que sabían en qué piedra brillaba el oro y en cuál no.

En esos tiempos no corría plata de papel ni monedas como hoy, todo era en pepitas, granos y láminas de oro, y se hacían los trueques y negocios al calor de un trago de guaro en las cantinas del pueblo. Dicen que Don Florentino guardó su fortuna en una macana hueca de manzanillo, bien envuelta y escondida. Por encima de esa guaca, acomodó tres libros: uno del Monje Negro, otro de Magia y otro de Medicina —nadie sabe cuál— y antes de morir soltó una frase que desde entonces retumba en las cocinas viejas:

"El que lo encuentre puede comprar lo que quiera… pero sólo por un año, porque después vengo por lo mío."

Así se quedó la historia, rodando de boca en boca, hasta que un día Don Ricardo Melchor, exconcejal del pueblo, hombre de buen sombrero, palabra firme y manos callosas, se le puso al corte a la leyenda. Como todo buen cazador de tesoros, fue a buscar consejo hasta el Chocó, donde le dijeron que allá había una sabia. Llegó a dar con una anciana morena, de ojos chispeantes, que al escucharlo le soltó:

"Allá hay una cosa muy grande y está encantada."

Pero como buen quinchieño, Don Ricardo no se dejó desencantar y siguió su camino, esta vez hasta Viterbo, Caldas, donde otro conocedor le aclaró:

"Hay tres señas allá… tres palmas reales de más de ciento y pico de metros."

El hombre no quiso ir a Quinchía, pero le dejó el dato. Con esa pista, Don Ricardo regresó y buscó un espiritista, quien le pidió, para el trabajo, unas cosas de la parroquia de Quinchía. Después de mucho rogárselo, logró que el padre Néstor Gutiérrez le prestara una sotana vieja y otros enseres sagrados.

Ya listo, el espiritista no se animó a subir, pero le consiguió un moreno alto y recio que le dijo:

"Vamos a trabajar por mitades."

Esa misma noche, se fueron para el sitio señalado. El moreno se adelantó, pero dio un paso en falso y estuvo a punto de irse por un barranco. Si no es porque Don Ricardo le echa mano, el hombre se va barranco abajo. Dicen que quedó pálido, helado como difunto y salió corriendo sin volver la vista atrás.

Desde entonces, ese tesoro sigue enterrado, esperando a un valiente que logre sacarlo y le dure un año la fortuna antes que Don Florentino se le aparezca a cobrarle.

Pero como Don Ricardo no era hombre de achicopalarse, siguió tras otras historias de guacas y entierros. Por uno de los agregados de su finca supo de una mina inundada, donde ya se habían ahogado dos, y para no dejar perder el cuento, organizó cuadrilla y se fueron monte adentro. Encontraron una laguna honda y turbia, que decían tenía más de cinco metros de profundidad.

Dicen que no faltó el buzo, valiente, que se tiró sin pensarlo y al poco rato emergió diciendo:

"Encontré un hueco, pero el aire no me dio."

Otro se animó y duró más. Al salir confirmó:

"Ahí está el hueco, con rocas a los lados."

Don Ricardo, prudente como buen guaquero veterano, dejó la faena para otro día, pues esos mozos no tenían el pecho ni la calma de los de antes. Volvieron semanas después, y lograron sacar cositas —según palabras de Don Ricardo—, piedritas talladas y colgantes de oro viejo. Pero los derrumbes y el miedo de que la montaña tragara a otro los hizo dejar la labor inconclusa.

A la fecha, cuentan que ese entierro de Don Florentino Soto sigue donde mismo. Y quien ose buscarlo, que sepa que, si lo encuentra, la fortuna será suya… pero que recuerde bien el dicho:

"Oro mal hallado, dueño reclama al año."

Quien se anime, que busque a Don Ricardo Melchor en la vereda Miracampos, si es que todavía no ha encontrado otra historia por seguir.

El Viento de Santa Elena

Cuentan en Santa Elena, corregimiento de Quinchía, que hace muchos años ocurrió una historia que a la fecha aún estremece a los más viejos del lugar.

Una joven, por miedo y vergüenza, ocultó su embarazo a su familia y a todo el pueblo. Nadie supo nada. Ni su madre, ni las vecinas, ni el cura. Solo ella cargó ese secreto, hasta que un día, en soledad, dio a luz a su criatura. Dicen que en su desesperación, cometió una desgracia: al niño recién nacido, lo hirió con chuzos y lo dejó abandonado entre el monte.

Pasaron los días y fue un hombre del pueblo quien, al pasar por un camino solitario cerca de una quebrada, sintió algo extraño. Era como si la tierra lo llamara. Movió unas ramas y allí, oculto entre hojas secas, encontró el cuerpecito del niño. El pueblo entero quedó conmovido por la tragedia.

Al niño lo recogieron con respeto, lo llevaron a la capilla del corregimiento y organizaron el velorio. La madre, aún viva, estaba allí, con el rostro cubierto y el corazón cargado de pena. La comunidad entera acudió a la misa para despedir al pequeño y pedir por su alma.

Lo más extraño ocurrió en medio de la ceremonia. Cuando el sacerdote estaba a punto de elevar la hostia y pronunciar la bendición final, un viento recio —como el que levantan los helicópteros al despegar— sacudió la capilla. Las velas se apagaron de golpe, las cortinas se agitaron con furia y todos los presentes sintieron un escalofrío que les recorrió la espalda.

Los mayores dicen que ese viento no era normal, que era el alma del niño que se despedía, o tal vez, que Dios mismo había bajado por él. Desde aquel día, cada vez que sopla un viento fuerte en Santa Elena, los viejos murmuran: *"Ahí va el viento del niño… el que nunca debió morir así."*

Y aunque los años han pasado, la historia sigue viva en la memoria de quienes la escucharon de primera mano. Porque en los pueblos, las penas viejas no se olvidan… se cuentan

“¿Por qué el niño no juega?”

En cierta ocasión, me senté con Juan Bautista Mápura, antes de que empezara con sus canciones y coplas viejas. Se acomodó el sombrero, se aclaró la garganta y me soltó:

"Le voy a contar una cosa, mijo, que ya casi nadie recuerda… pero que en su tiempo era tan común como tomar café tinto en totuma."

Me dijo que entre los años 40 y principios de los 60, cuando se moría un niño, no se le velaba como a los grandes. A los angelitos se les vestía de reyes. Les ponían una coronita de flores blancas, una copita que representaba la sangre de Jesús, y se les tendía sobre un altar bien bonito. Pero lo curioso era que, en vez de rosarios y llanto, se armaba era fiesta.

Sí, mijo. Había tamales, empanadas, café cerrero y hasta su trago pa’ los mayores. Y se jugaba, vea usted, a La Sortija. Se hacía un corro alrededor del angelito y se pasaba de mano en mano una sortija o una moneda. Uno iba diciendo:
"Guárdame esta sortijita en el baúl de tu abuelita…"

El reto era adivinar quién la tenía escondida. Y si uno fallaba, le tocaba hacer penitencia.

Don Juan Bautista me confesó que una noche, en un velorio de esos, le tocó salir a señalar. Él, seguro de que la tenía Doña Amelia —que era famosa por tramposa— falló. Como penitencia, le mandaron cantar. Y él, que de vergüenza nada, entonó una canción de Los Cuyos que decía: *“Como se adora el sol”*.

Pero aquí, mijo, es donde se pone buena la cosa.

Me dijo que mientras cantaba, volteó a mirar al angelito… y juraba que el niño estaba sonriendo. Se le heló la sangre, pero no dejó de cantar. Y antes de terminar la copla, una viejita de las que estaban ahí preguntó en voz bajita:

"¿Y por qué el niño no juega?"

Se hizo un silencio espeso. Los tamales quedaron a medio comer, las copas quietas, y las velas titilaron como asustadas. En ese instante, la vela junto al angelito chisporroteó y se apagó solita, como si alguien invisible le hubiera soplado.

Una señora se persignó. Otra dijo que eso pasaba cuando el alma del niño quería jugar y no lo dejaban. Que, si no se jugaba bien, el angelito quedaba rondando por las casas, jalando trenzas, tumbando ollas o haciendo ladrar los perros a medianoche.

Desde entonces, contaba don Juan Bautista, en cada velorio de niño, por respeto y por precaución, se aseguraban de jugar bien a la sortija, de cantar y de reír, porque nadie quería que el angelito se quedara rondando.

Y me remató diciéndome:

"Así que, mijo, si una noche siente que le jalan la cobija o le susurran el nombre, no se asuste. Solo diga: 'Juegue pues, angelito, juegue, pero déjeme dormir'."

Porque en Quinchía, hasta los muertos tienen derecho a un último juego.

Y así me la contó esa tarde, antes de que se metiera la bruma y sonara su guitarra en la esquina del parque. Y yo, que creo en las cosas que cuentan los abuelos, se las comparto. Porque mientras alguien pregunte "¿por qué el niño no juega?", esta historia seguirá viva.

Cuentos de la Vereda Insambrá

Anochecía en Insambrá, y la brisa fresca venía bajando de la montaña, agitando las ramas de los guayacanes y haciendo silbar las hojas de los cafetales. En la casa vieja de bahareque, bajo el techo de zinc que cantaba con el viento, don Jacinto, el abuelo de todos, se sentó junto al fogón de leña. Los nietos lo rodearon, acomodándose en banquitos de madera y costales viejos.

—A ver, muchachos, —dijo don Jacinto, limpiándose la garganta con un sorbo de aguapanela— esta tierra donde ustedes corren y juegan no siempre fue como la ven ahora. Aquí, mucho antes de que llegaran los arrieros y se sembrara el café, vivían unos guerreros bravísimos llamados los Opiramaes y los Guaqueramanes. Esa gente era más fuerte que un toro y más ágil que un venado.

Dicen los antiguos que esos guerreros, cuando ganaban una pelea, hacían rituales raros. Se comían al enemigo más valiente, porque creían que así se volvían más fuertes, como si el valor se pasara de un cuerpo al otro.

Y aquí, en esta misma vereda, había un árbol enorme, más alto que el campanario de la iglesia de Quinchía. Le decían Palogrande, y contaban que de sus ramas colgaban las estrellas en las noches más claras. Ese árbol nació del bastón de mando de un gran cacique que le hablaba al viento y a la quebrada. Y era tan viejo, tan sabio, que bajo su sombra los guerreros descansaban y los niños aprendían los secretos de la selva.

Pero un día, cayó una tormenta brava, de esas que quiebran los troncos como si fueran ramas secas. Palogrande se vino abajo con un estruendo que retumbó hasta en Irra. Los ancianos dijeron que aquello era señal de cambio, y desde entonces, se empezaron a escuchar cosas raras en el monte.

Por ejemplo, por allá en la quebrada El Tigre, cuando cae la noche y el viento arrastra las hojas secas, aparece una mujer vestida de blanco, llorando por su hijo. Los abuelos le dicen La Llorona, y aseguran que busca al muchachito que tiró al agua hace muchos años. Nadie la ha visto de frente, pero cuando ella pasa, el aire se pone helado y las ramas se estremecen como si alguien invisible las tocara.

Y ni se diga del perro negro, muchachos. En los caminos de Insambrá, cuando hay luna nueva, aparece un animal enorme, negro como la noche, que echa fuego por la boca y los ojos le brillan como brasas. Eso no es un perro común, sino el alma de un brujo indígena que traicionó a los suyos y quedó condenado a vagar por siempre, cuidando los tesoros enterrados en estas tierras.

Y aún hay más —continuó don Jacinto bajando la voz—. En los ríos, se cuentan historias de serpientes gigantes que brillan como el oro y de hombres con patas de rana que custodian los secretos de las quebradas. Quien los ve, no vuelve a ser el mismo, porque esas criaturas se llevan un pedazo del alma.

Así que ya saben, pelaos —dijo el abuelo apagando su tabaco—. Cuando caminen por los cafetales o bajen a la quebrada, pídanle permiso a la tierra y saluden al monte, porque en Insambrá no se camina solo. Siempre hay ojos antiguos mirándonos desde la espesura.

Los muchachos se miraron entre sí, con un escalofrío recorriéndoles la espalda, y aunque ninguno dijo nada, esa noche todos durmieron con la cobija hasta la cabeza.

Foto: Diego A Bernal.

La Mujer Perfumada

Dicen los abuelos —y cuando los abuelos dicen, es porque algo saben—, que hay cosas en este mundo que no se ven, pero se sienten… y cuando se sienten, mejor es no quedarse averiguando mucho, porque el que busca espantos, termina encontrándolos.

En uno de esos convites quinchieños, de esos que se hacían con pala, machete y botella de chicha pa' espantar el cansancio, salimos desde la vereda Sausaguá rumbo a Risaraldita, a darle mano a la carretera que la lluvia había dejado como rastrojo de bestia brava. Ya en la tarde, cuando el sol se va bajando despacito como perro con hambre, la conversación se empezó a poner buena, porque usted sabe que después del trabajo y un trago encima, salen a relucir las historias que erizan la piel.

Fue entonces cuando don Edmundo Cruz, un amigo curtido por el sol y la vida, dijo con voz ronca:

—“Muchachos, les voy a contar algo que no es pa’ cobardes… por la parte alta de la vereda, allá donde está la finca El Socorro, de la familia de Gilberto Salazar (que en paz descanse), sale una mujer más linda que un amanecer sin invierno… pero esa belleza no es de este mundo.”

Todos se quedaron callados, porque cuando un viejo habla así, hasta los grillos respetan. Contó que la mujer se aparece al caer la tarde, cuando las guaduas empiezan a silbar con el viento y las sombras caminan más rápido que uno. Sale de entre las matas de guadua, con un vestido blanco que brilla como plata mojada bajo la luna, y no toca el suelo, sino que levita, dejando un olor a perfume tan fuerte, que dicen que al que lo huele, le queda impregnado hasta en el alma.

Los más veteranos de la zona juran que la han visto. Uno que otro ha intentado hablarle o seguirle el paso, pero cuentan que cuando menos lo piensan, la mujer se esfuma como humo de vela. Y claro —como dicen por ahí— el que no sabe, es como el que no ve, pero en ese rincón de Quinchía nadie se atreve a desafiarla, porque donde manda el miedo, no gobierna la valentía.

Lo más curioso, y aquí es donde la cosa se pone peliaguda, es que en estos tiempos de celulares con cámara y gente grabando hasta cuando se tropieza, nadie ha logrado tomarle una foto. Más de uno ha intentado, pero o se les descarga el celular, o les queda la pantalla en negro, o el video muestra puro monte y sombra. Como decía la abuela Eulalia: “Más raro que un burro en moto”.

Y claro, siempre hay uno que dice que son cuentos pa’ asustar muchachos, pero el que ha sentido ese perfume espeso y dulzón en medio del monte, sabe que esa mujer existe. Por algo en esas fincas, cuando la tarde se va poniendo oscura y el zancudo empieza a cantar, nadie se queda solo. Como decía don Aniceto: “Uno

podrá ser muy verraco pa’ los negocios y pa’ los tragos, pero con los espantos mejor no se mete.”

Así es nuestra Quinchía, tierra de café, minas, historias viejas y leyendas que se cuelan entre los guaduales como el viento, y que todavía, cuando la noche se calla y hasta el perro se esconde debajo de la cama, hacen que hasta el más incrédulo se persigne antes de dormir.

Las Cruces del Cementerio Católico de Quinchía

Cuentan las páginas del libro Relatos de Mi Pueblo, ese que guarda las memorias de Quinchía y sus gentes, que hace muchos años un cura párroco, cansado del abandono del cementerio, lanzó una advertencia severa en plena misa dominical:

—El cementerio está olvidado, las tumbas llenas de maleza y las cruces por el suelo. Si esta semana no vienen a visitarlos y a limpiar, mando a quitar todas las cruces. Así lo digo y así será.

Los feligreses escucharon, murmuraron, pero el lunes amaneció igual de callado que el domingo. Nadie se asomó al camposanto.

Fiel a su palabra, el cura ordenó al sepulturero que quitara una a una las cruces del cementerio. La tarea la hizo una tarde gris, mientras el viento silbaba entre los árboles y un puñado de cuervos rondaba el lugar.

Pero la historia no terminó ahí.

Al amanecer del día siguiente, cuando el pueblo apenas desperezaba, tres hombres vestidos de negro, con sombreros anchos y el rostro cubierto, golpearon la puerta del sepulturero.

—Señor —dijo uno con voz helada—, venimos a pedirle que coloque nuevamente las cruces.

El sepulturero, extrañado, preguntó:

—¿Y ustedes quiénes son?

La respuesta fue escalofriante:

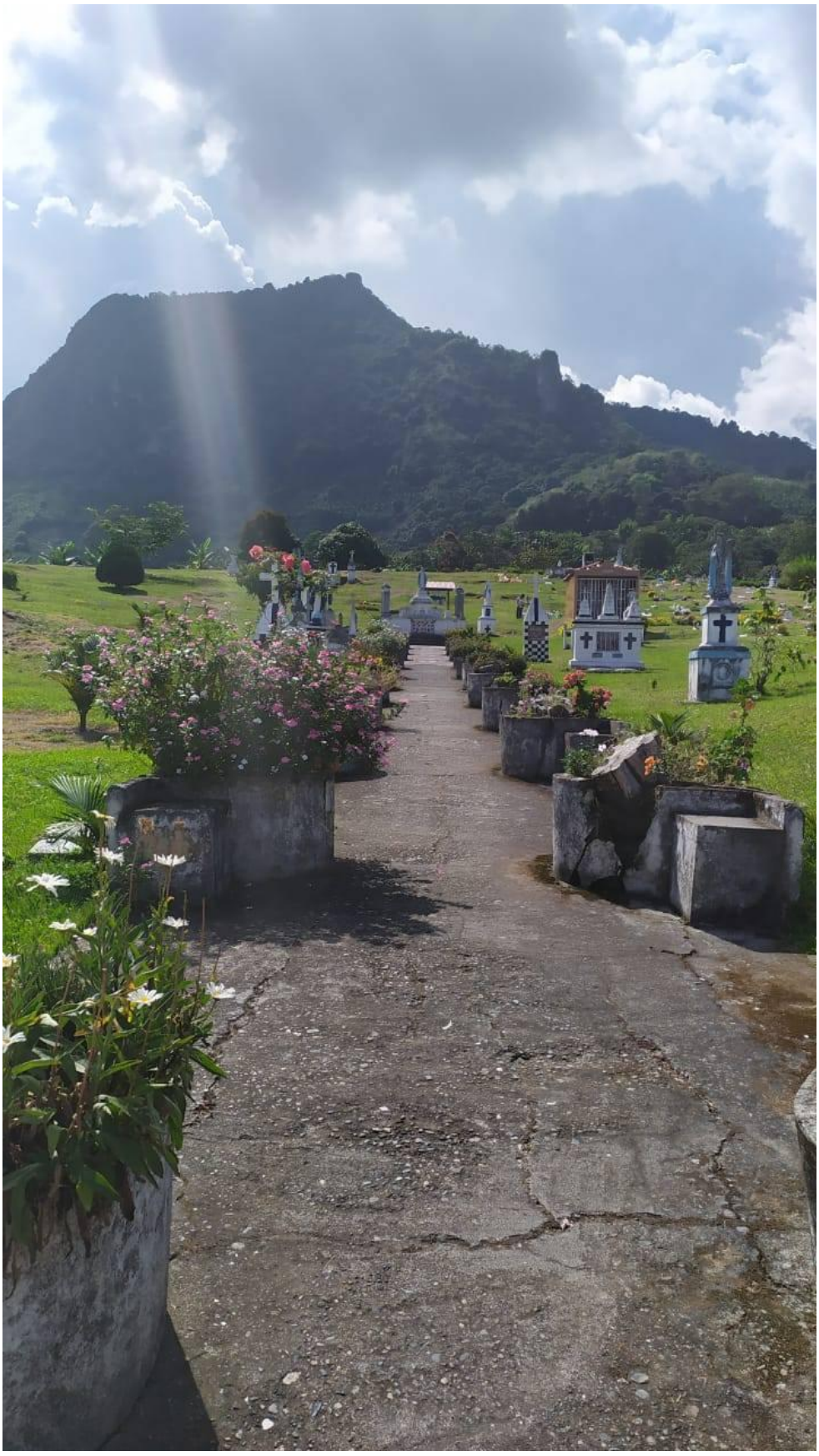
—Somos los que usted despojó anoche… los dueños de esas cruces.

Dicen que, al oír esas palabras, al hombre se le borró el color, se le aflojaron las piernas y cayó desmayado en la entrada de su casa. Cuando recobró el sentido, los sombrerudos ya no estaban. Solo quedaba un aire frío, olor a tierra mojada y flores marchitas.

Esa misma tarde, sin contarle a nadie, tomó las cruces y las devolvió a su sitio, una por una, sobre las tumbas de sus dueños. Desde entonces, nadie volvió a tocarlas, y en las noches de luna menguante, se dice que aún se escuchan murmullos y pasos en el cementerio, reclamando respeto y memoria.

Esta leyenda, como muchas otras que se narran en las esquinas y en las cocinas de Quinchía, hace parte del libro Relatos de Mi Pueblo, un tesoro de historias que mantiene viva la voz de nuestros abuelos y el misterio de nuestra tierra.

Además, fue cierto.



El Carro Fantasma

En las tierras altas de Quinchía, donde la neblina se descuelga temprano por las veredas y las noches son más oscuras de lo normal, corre una historia que aún se murmura entre vecinos, sobre todo cuando alguien se aventura por los caminos solitarios después del anochecer.

Ocurrió en la vereda Los Medios, una tarde de viernes que se convirtió en noche cerrada. Un conocido señor del pueblo, de esos que todo el mundo saludaba en la plaza y en las misas de domingo, se encontraba allí, esperando transporte para regresar a la cabecera municipal. Eran cerca de las siete de la noche y el frío de la montaña empezaba a calarse en los huesos.

El silencio de la vereda solo era interrumpido por los grillos y el lejano ladrido de un perro. Pasaban los minutos y nada. El camino, que de día era alegre y lleno de cafetales, se había convertido en un sendero tenebroso.

De pronto, en medio de la oscuridad, aparecieron unas luces. Un carro solitario descendía por la carretera. El señor, sin pensarlo dos veces, alzó la mano para hacerle el pare. El vehículo se detuvo. Sin mirar bien, se subió al asiento del pasajero, aliviado de por fin tener cómo regresar a su casa.

El carro avanzó. El motor sonaba raro, como un lamento metálico, y el ambiente dentro del vehículo era helado. El hombre intentó conversar, pero el conductor no emitía palabra. Solo conducía, firme, mirando al frente.

Fue entonces, después de recorrer un buen tramo, que la curiosidad —o quizá un mal presentimiento— lo hizo voltear la mirada hacia el conductor.

Lo que vio casi le detiene el corazón.

Al volante no había un hombre… sino unas enormes manos peludas, de uñas negras y alargadas, que sujetaban con fuerza el timón. Aquellas manos parecían de bestia, con la piel cubierta de una especie de pelambre áspera y oscura.

El pasajero quiso gritar, pero el terror le selló la garganta. Sintió que el frío lo atravesaba y su cuerpo entero se paralizaba. Lo último que recuerda es que todo se volvió negro.

Lo hallaron al amanecer, tirado en una cuneta a la entrada del pueblo. Sin recordar cómo había llegado hasta allí, cubierto de rasguños y con la mirada perdida. Lo llevaron al hospital y, aunque físicamente se recuperó, desde ese día sus manos no han dejado de temblar.

Dicen los que lo conocieron que jamás volvió a caminar solo de noche y que cada vez que veía luces de un carro en la carretera, sentía que la sangre se le helaba.

Esta leyenda, recogida en el libro Relatos de Mi Pueblo, forma parte de esas historias oscuras que se cuentan en Quinchía, donde la frontera entre los vivos y los muertos a veces se vuelve tan delgada como una neblina al amanecer.

Y en las noches frías, cuando la bruma cubre los caminos, algunos juran que aún se ve pasar ese carro… con manos de bestia al volante.

La Última Ruta de Don Ovidio

Esta es una historia verídica, contada con respeto a sus familiares, amigos y vecinos de la vereda Juantapado. La comparto para preservar su memoria y los relatos que, entre trochas y convites, escuché de los campesinos de nuestra tierra.

Cuentan en Quinchía que hay tardes en que el viento sopla distinto y los recuerdos flotan en el aire. Una de esas fue la del jueves 16 de octubre de 1980, cuando el pueblo quedó marcado por la tragedia de don Ovidio Lema, hombre de campo, buen amigo, generoso con los suyos y respetado por todos.

Yo mismo —y no lo olvido— trabajaba en el Café Bar "El Café de la Bruja e Iván", frente a la Plaza de la Paz, abajo del viejo edificio de Telecóm. Aquella tarde, don Ovidio llegó con un grupo numeroso de amigos. Recuerdo bien su voz gruesa, su carcajada amplia y el respeto que todos le tenían. Bebieron buen rato en la barra, entre chismes de vereda y risas sinceras, y luego se fueron al parque a seguir la conversa bajo el sol de la tarde.

Más tarde, como era costumbre de muchos, decidieron ir hasta Irra a rematar la jornada. Salieron en la camioneta de los Guamerú, finca que don Ovidio administraba. Pero el camino entre Quinchía e Irra, una trocha complicada y polvorienta en ese entonces, no perdonaba descuidos.

Fue en la vereda Santa Sofía, en una curva conocida por su abismo de piedras sueltas, donde ocurrió lo que oficialmente se registró como un accidente. La camioneta cayó al precipicio y solo apareció muerto don Ovidio. Según se contaba, había desaparecido todo: sus anillos, su revólver, el dinero… lo desvalijaron de un todo. Y aunque los demás que viajaban con él salieron ilesos, las preguntas quedaron suspendidas en el aire.

Algunos decían que tal vez hubo otro herido que se salvó, pero su identidad se perdió en el silencio de los años. Lo extraño es que otro de los que iban en la parranda apareció después, diciendo que se había ido a una clínica. Sin embargo, nadie supo cómo logró llegar allá tan pronto si la carretera Irra-La Felisa apenas se estaba abriendo, y si realmente había salido herido, quedó ese interrogante.

Los abuelos, que en los pueblos entienden mejor que nadie los silencios pesados y las historias a medias, aseguran que todo aquel que le haya hecho daño a don Ovidio carga desde ese día con una sombra a sus espaldas. Una que no da tregua ni olvido, y que, en los caminos de cafetal, cuando sopla un viento helado y las piedras se deslizan solas, es porque el alma del caído les recuerda que las deudas de sangre no prescriben, ni en esta vida ni en la otra.

Por eso, en Semana Santa se dice que baja por ese abismo un carro envuelto en llamas, o se escuchan frenazos, golpes de lata y quejidos. Los abuelos recomiendan pasar por ese sitio sin detenerse, sin mirar hacia abajo y haciendo la

señal de la cruz, porque el alma de don Ovidio sigue clamando desde ese fondo pedregoso, por la justicia que en vida le fue negada.

Así es Quinchía: tierra de memorias viejas y de verdades que caminan despacio, pero nunca se pierden. Y yo, que serví los últimos tragos de aquel hombre bueno, lo recuerdo cada vez que paso por ese abismo cruel, donde aún se siente el eco de la última tarde de don Ovidio Lema.

El Charco de las Almas en Mápura

En la vereda Mápura, después de la escuela, camino hacia Bonafont, existe un lugar que todos en Quinchía conocen, aunque pocos se atreven a nombrar al caer la tarde. Es un charco profundo bajo el puente que atraviesa el río Quinchía, donde los lugareños acostumbraban nadar y refrescarse en las épocas de verano.

Cuentan los antiguos que allí, hace años, una joven se ahogó sin razón aparente. Nadie escuchó su grito, nadie alcanzó a extenderle una mano. Desde ese día, el charco se volvió sombrío, como si las aguas guardaran el lamento de esa muchacha.

Pero la desgracia no terminó ahí. Tiempo después, un joven, conocido por sus clavados valientes y desafiantes, se lanzó al agua sin imaginar que una creciente reciente había arrastrado una gran piedra hasta el fondo del charco. La oscuridad del agua ocultaba esa trampa mortal. El muchacho se precipitó y su cuerpo impactó la roca, muriendo al instante.

Desde entonces, los moradores de Mápura y Bonafont aseguran que, en las noches de luna llena, se escuchan lamentos que se deslizan entre las ramas y el rumor del agua. Algunos han visto sombras que se deslizan sobre la corriente, o figuras sentadas en las piedras, con la mirada perdida hacia el monte.

Dicen que son almas en pena, condenadas a vagar en ese charco maldito, repitiendo su tragedia una y otra vez. Los abuelos advierten a los jóvenes:

"No se metan a ese charco después de las cinco de la tarde, que el río se lleva lo que le pertenece."

La leyenda de la niña de la quebrada bendita

Cuentan los mayores que esta quebrada, que nace en la vereda La Ciénaga y serpentea con calma por primavera y Opiramá, hasta fundirse con la quebrada La Marcela y luego entregarse al río Opiramá, guarda un secreto que no todos se atreven a contar.

Hace unos años, un 15 de agosto —día de la Virgen según el calendario católico— ocurrió algo que marcó para siempre el alma del lugar. Era una tarde silenciosa, con el canto lejano de los grillos y el murmullo del agua como única compañía, cuando una figura luminosa se apareció entre la neblina. Una niña de unos quince años, vestida de blanco radiante, con una corona de flores silvestres sobre su cabeza y una mirada que no era de este mundo, se manifestó frente a dos personas: Yeison Guapacha, por entonces apenas un adolescente, y un viajero que descendía desde Riosucio.

Dicen que la niña no caminaba, flotaba. Su voz era suave, pero firme como el trueno cuando dijo:

—“Este río será bendito por los siglos de los siglos. Quien beba de su agua con fe, hallará alivio al alma. Pero no olviden: ¡oren, oren siempre! Porque donde hay oración, hay protección.”

Desde entonces, por caminos de monte y barro, muchos han hecho peregrinación hasta ese punto sagrado, buscando sanación, consuelo o respuestas que solo el corazón entiende. Algunos afirman haberla visto de nuevo, sobre todo en madrugadas nubladas, justo cuando la luna apenas se refleja sobre el agua. “Donde el agua canta, el cielo habla”, dicen los viejos. Otros aseguran que en ese paraje no hay noche sin misterio, ni paso sin alma.

Hay quien afirma que quien va con fe, vuelve con paz. Pero también se dice: “no todo el que entra ve, ni todo el que ve entiende…”

Así quedó sembrada la leyenda en la quebrada, entre piedras y raíces, como un susurro eterno entre la vida y lo desconocido.

Leyenda de Juan Tapao: El Minero Ambicioso de Quinchía.

En las montañas quebradas y brumosas del Municipio de Quinchía, hay una vereda escondida entre cafetales, guaduales y minas antiguas que lleva por nombre Juan Tapao. Un nombre raro, sí… pero que guarda una historia oscura, de esas que todavía los abuelos cuentan bajitos cuando la neblina baja y el viento sopla fuerte entre los árboles.

Por esos lados se levanta un cerro tutelar que lleva el mismo nombre: el Cerro de Juan Tapao, que hace frontera con las veredas de Mina Rica, Cartagüeño y La Peña. Tierras ricas en oro, agua y leyendas, donde desde hace generaciones los campesinos han vivido del cultivo y de la minería artesanal.

Hace muchísimos años —cuando no había luz eléctrica, ni carretera, ni señal de celular, y las únicas linternas eran las de carburo— se decía que en ese cerro trabajaban decenas de hombres en socavones profundos, buscando el oro que, como serpiente dormida, se escondía entre las entrañas de la montaña.

Los mineros de entonces, hombres de fe y palabra, eran fieles a la tradición: el viernes santo era sagrado. Nadie picaba piedra, nadie bajaba al socavón, y todo quedaba en absoluto silencio. Porque se creía que trabajar ese día era tentar a la desgracia, que los espíritus de las montañas y los dueños antiguos del oro se molestaban, y la tierra cobraba.

Pero Juan no.

Juan era un hombre ambicioso, duro de carácter, testarudo como mula vieja y enemigo de rezos y santos. Decía que a él no lo asustaban ni los duendes, ni los espantos, ni las leyendas de las minas malditas. Y que el domingo era el mejor día para sacar oro, porque todos los otros estarían en misa y la montaña sería solo para él.

Y así lo hizo.

Una madrugada de un viernes santo, cuando apenas clareaba el cielo y el rocío mojaba los helechos, Juan se alzó con sus mulas y su linterna de carburo rumbo a la mina. Bajó solo, se metió en lo más profundo del socavón y empezó a sacar sacos y sacos de piedra de oro, que cargaba a las mulas sin descanso.

Dicen los más viejos que ese día, el viento bajaba frío desde Buenavista y los perros no paraban de aullar en las casas campesinas. La montaña estaba inquieta.

Cuando Juan ya iba de salida, con las mulas cargadas a reventar, un estruendo sordo estremeció la tierra. Un alud de tierra, piedra y barro cayó sobre el camino, tapando a Juan y a sus animales. Nunca más se les volvió a ver.

Algunos aseguran que murió sepultado con todo el oro que había sacado, y que por eso le pusieron el nombre de Juan Tapao al cerro y a la vereda. Otros dicen que no fue tierra lo que lo tapó, sino la avaricia, que se fue tan rico que jamás volvió al pueblo, pero que por las noches se escuchan las cadenas de las mulas y el golpeteo de las piedras cuando los espíritus le cobran la deuda.

Hay quienes afirman que, en las noches de luna nueva, si uno se asoma al viejo socavón, se ven dos ojitos encendidos en la oscuridad y se escucha una voz cansada que dice:

—¡Muévanse, mulas hijue… que nos coge la noche!

Y que nadie se atreve a trabajar en esa mina un viernes santo, porque de vez en cuando, la tierra aún recuerda a Juan.

Así que, si algún día usted pasa por Juan Tapao, y escucha un susurro entre los árboles o siente que el suelo tiembla levemente bajo sus pies, rece. Y no le dé la espalda al cerro.

Porque la ambición no perdona. Y la tierra tampoco.

Las Brujas del Yarumo y las Noches de Quinchía.

En Quinchía, entre cafetales, quebradas y caminos viejos, hay cosas que no se cuentan en voz alta, pero que todos saben. Desde que yo era muchacho, escuché de boca de los abuelos que, en las noches de martes y viernes, cuando la gente recoge y el monte queda solo, las brujas salen a rondar. Dicen que donde los tanques del acueducto, por el Núcleo Escolar, hay unos arbolitos donde, después de las ocho de la noche, se escuchan unas risas extrañas. No son de personas ni de lechuzas. Son carcajadas burlonas, como de mujer desalmada, que se alzan entre las ramas. Y al rato, se ven salir unas siluetas oscuras volando por el aire: unas para Gobia, otras para el centro del pueblo y otras a reunirse en la zona minera, perdiéndose entre los techos.

Pero no solo allá. Por las veredas de Miraflores, Guerrero, La Esmeralda, Veracruz y Risaraldita también se les siente el aleteo pesado en las madrugadas. Los perros se inquietan, los gallos no cantan y el viento se queda quieto, como si respetara su paso. Me contaron de un minero que una noche de farra, al cruzar la mina de Miraflores, escuchó un estruendo. Dicen que una bruja, apurada, casi se estrella contra el cable de la garrucha. Y en ese momento, hasta los más incrédulos juraron verla pasar.

Lo más tenebroso es que les gustan mucho los yarumos. Cuando se suben a uno de ellos, se transforman en un pisco grande que, si uno se le queda mirando, descubre que tiene cara de mujer, con los ojos torcidos y la boca torcida de risa. A ellas les gusta embolatar a la gente en los caminos, hacerlos caminar en círculo y llevarlos hasta cañadas o quebradas oscuras donde nadie los oye gritar. Pero lo peor es que se burlan. Les encanta que les mienten la madre, que las insulten, porque entre más las ultrajen, más se carcajean. “¡Bruja hijue…!” gritó una vez un valiente de Florencia, y cuentan que la bruja soltó una risa tan fuerte que el pobre cayó desmayado y amaneció en una quebrada, con los zapatos cambiados de pie y la cara llena de barro.

Hay casos de brujas enamoradas. A un vecino de Veracruz lo persiguió un espíritu mujer mucho tiempo. En la casa se escuchaban pasos, le tiraban cosas y en las madrugadas sentía como si alguien se le montara en el pecho a ahogarlo. Amanecía con arañazos en la espalda. Decían que era una bruja que se había enamorado de él y le había hecho un trabajo de magia negra. En la finca de su suegra, un caballito amanecía cada día con trenzas en la crin. Nadie sabía quién, pero todos sabían para qué. Esas trenzas las hacen las brujas para montar de noche y salir a sus reuniones secretas en Risaraldita y Naranjo parte alta, de donde, según dicen, salen para Agua Bonita y Florencia, donde tienen su aterrizadero y academia de brujas.

Los abuelos advertían que cuando una bruja quería hacerle daño a alguien, había que protegerse. Por eso antes de dormir se regaban granitos de mostaza en cruz en las puertas, debajo de las camas y en las ventanas. Se colgaban collares de

ajo en los corredores y se colocaban machetes filudos en cruz bajo la cama, puntillas detrás de las puertas y pantalones con una pierna al derecho y la otra al revés, o calzoncillos volteados colgados en la puerta. Dicen que con eso ellas se enredan, pierden fuerza y no logran entrar.

Cuando atacan, los dejan inmóviles, como momias. La persona siente que quiere despertar, pero no puede. Le pesa el pecho y siente que algo la mira. Pero hay un secreto muy viejo: si en medio de esa parálisis alcanza uno a murmurar apenas: "¡Venga mañana por sal!", al otro día, sin falta, a las seis en punto, llegará alguna mujer a tocar la puerta pidiendo sal. Esa es la bruja. Porque queda obligada a presentarse, y ahí se sabe quién fue.

A veces, cuando la bruja se encariña con su víctima, empieza a dejarle marcas. Se le pegan de noche, y al amanecer la persona aparece con chupones morados en el cuello, los brazos o la espalda, como señal. Para descubrir quién era, los viejos hacían la orma de los chupones con musgo de esos que salen en los palos, lo arrancaban al amanecer y lo ponían a freír en aceite hirviendo. Decían que, al día siguiente, la mujer que tuviera los labios quemados o llenos de ampollas, esa era la bruja. Porque todo lo que se le hace al musgo, lo siente ella en el cuerpo. Así descubrieron a más de una en las veredas de Quinchía.

Por eso, en las casas antiguas nadie dormía sin regar granitos de mostaza, colgar ajos y cruzar machetes bajo la cama. Algunos rezaban, otros colgaban escapularios, o collares de ajo, o cargaban agua bendita, porque cuando en el monte se escucha el aleteo grande o las carcajadas entre los árboles, mejor es no asomarse.

Así es Quinchía, tierra de café, oro y misterio. Donde no hay vereda sin su historia ni monte sin su bruja. Y aunque los tiempos cambien, en las noches de martes y viernes todavía se escuchan las risas burlonas en los bosques y el aleteo pesado sobre los caminos. Y recuerde: si alguna vez ve un pisco parado en un yarumo, con cara de mujer, no le tire piedra, no le hable… y mucho menos le miente la madre. Porque no sabe dónde puede amanecer.

La Moto con Peso Atrás

En el sector de Aguasclaras, por esas carreteras solitarias que serpentean entre cafetales y cañaduzales, muchos motociclistas que viajan a altas horas de la noche rumbo a las veredas Miraflores, Guerrero, Veracruz, Ceibal, La Esmeralda o Chuscal Alto, aseguran haber sentido algo escalofriante.

Cuentan que justo al pasar por cierto tramo, en medio de la oscuridad cerrada y el canto triste de los grillos, sienten de repente un peso espantoso en la parte de atrás de la moto. Como si alguien —o algo— se subiera sin permiso, con una presencia tan pesada que la moto se tambalea. El frío se les mete en los huesos, el corazón late a mil, y el miedo los paraliza tanto que nadie, absolutamente nadie, se atreve a voltear a mirar.

Lo único que atinan a hacer es acelerar a fondo, tratando de dejar atrás ese peso invisible. Pero muchos, en medio del pánico, han perdido el control y han terminado accidentados en las cunetas, jurando que algo los agarró por la espalda.

Como si fuera poco, por ese mismo sector han visto una figura vestida de negro de pies a cabeza: la famosa Viuda Alegre. Los más atrevidos han intentado pararla para darle aventón, pero cuando se detienen, desaparece en el aire, dejando una brisa helada y el olor a flores marchitas. Al parecer, a la viuda no le gustan los aventones… o tal vez prefiere viajar sin testigos.

Y no es el único espanto del camino.

Entre Los Medios y Aguasclaras, existe una cascada que atraviesa la vía como una lengua de agua helada. Ese sitio es recordado porque allí asesinaron, hace muchos años, al enfermero del antiguo hospital Rafael Ibarra. Desde entonces, todo conductor que se atreve a pasar por allí de madrugada asegura que siente a alguien subirse al vehículo, se acomoda en la parte trasera, y alcanza a verse una sombra a través del retrovisor. Dicen que permanece allí en silencio, hasta que llegan a la vereda Aguasalada… y entonces desaparece como si nunca hubiera estado.

Es un secreto a voces en las veredas de Quinchía. Nadie quiere admitirlo abiertamente, pero todos, absolutamente todos los que han sentido ese peso o visto esa sombra, coinciden en una cosa:

ese camino no se debe andar solo de noche.

Otra historia verdadera que hace parte de nuestro libro “Relatos de mi Pueblo”, de nuestra autoría, porque Quinchía no solo se cuenta en palabras… se cuenta en sustos, en sombras y en memorias que viven todavía entre sus montañas.

PARTE V: HISTORIA Y VIOLENCIA DEL PUEBLO

El grito de dignidad cafetera de Jesús Antonio Guevara

El 19 de agosto de 2013 marcó el inicio de un Paro Nacional Agrario que sacudió las carreteras y plazas del país. En él, campesinos, caficultores, mineros, transportadores, cocaleros e indígenas se unieron para exigir soluciones reales a los problemas estructurales del campo colombiano: la crisis de precios, el abandono estatal y los estragos del conflicto armado.

En medio de este contexto, la economía de Quinchía, sustentada en el café y la minería artesanal, también se sumó con fuerza a la movilización. Pero un episodio ocurrido meses antes, el 6 de febrero de 2013 en Chinchiná, quedó grabado en la memoria cafetera: Jesús Antonio Guevara, conocido como “Chucho Guevara”, alzó su voz frente al entonces presidente Juan Manuel Santos.

Durante una visita presidencial a Chinchiná Caldas, Santos anunció con entusiasmo una partida de 50 mil millones de pesos para el sector cafetero, en medio de la crisis. Los aplausos oficiales fueron inmediatos, pero para muchos, la cifra resultaba irrisoria frente a las necesidades reales. En ese momento, don Jesús sintió cómo la indignación le recorrió el cuerpo y, sin medir consecuencias, gritó:

“¡Señor presidente, nosotros no somos limosneros, somos cafeteros… y viva el paro del 25 de febrero!”

Aquel grito espontáneo fue mucho más que una interpelación: fue el símbolo de la dignidad agraria que en Quinchía, Risaralda y todo el país se venía gestando, y que semanas después desencadenaría una de las mayores movilizaciones campesinas de la última década.

Don Jesús Guevara se convirtió así en referente de valentía para los pequeños productores, recordando que el campo colombiano merece respeto, inversión y soberanía.

Los Nombres Que No Se Borran

En estas montañas de Quinchía, donde los cafetales se mezclan con los guaduales y las quebradas bajan cantando, hay nombres que el viento no ha querido borrar. Nombres de hombres y mujeres que nacieron y crecieron en estas veredas, que sembraron, enseñaron, defendieron y soñaron con una tierra digna para todos.

El 11 de mayo del año 2002, la tranquilidad de las veredas de El Higo, Buena Vista, Naranjal y San Juan fue interrumpida por camiones turbo que irrumpieron sin aviso. Eran hombres armados, con brazaletes, listados en mano y muerte en la mirada. Buscaron casa por casa, llamaron a la gente por su nombre y a seis personas —campesinos e indígenas— les arrebataron la vida.

Seis meses después, entre el 22 y el 25 de octubre, la violencia regresó por los mismos caminos. Los paramilitares asesinaron a siete campesinos más y a dos indígenas Embera Chamí. Las familias huyeron por trochas y montes, dejando sus casas abiertas, las cocinas encendidas, las gallinas sueltas. En silencio, el monte guardó aquel dolor.

Pero aún faltaba lo más duro. En el 2003, con la llegada del Frente Cacique Pipintá, Quinchía se cubrió de miedo. Solo entre enero y abril, más de 15 líderes sociales fueron asesinados. El miedo se instaló en los caminos y las palabras se empezaron a decir en voz baja.

Y fue en ese tiempo cuando cayó Soraya Patricia Díaz.
Soraya no era una leyenda. No era un fantasma. Era una maestra. Una mujer firme, de carácter y de palabra. Era líder sindical, defensora de derechos humanos, creyente de la educación y de la dignidad campesina. Caminaba los caminos veredales con paso seguro y mirada limpia.

El 13 de marzo de 2003, cuando el día se escondía tras las montañas, la esperaron en un punto del camino. Eran hombres armados, con brazaletes de las AUC. Le hicieron un par de preguntas y sin darle oportunidad, le dispararon. La golpearon y la dejaron allí, intentando respirar entre el polvo del camino.

Por su asesinato, la justicia condenó a Henry de Jesús Tabares Vélez, alias ‘Hugo’, y a John Jairo Agudelo Castrillón, alias ‘Pablo’. Pero la verdadera condena la cargan las conciencias de quienes vieron correr la sangre de una mujer justa.

Hoy, Soraya Patricia Díaz sigue viva en la memoria de su pueblo. En las escuelas, en las asambleas comunitarias, en las charlas sobre derechos y dignidad, su nombre se recuerda con respeto. No como un espíritu errante, sino como una educadora valiente, una defensora de la vida, una mujer que no se arrodilló ante la violencia.

Y es así como debe contarse: no como una historia de fantasmas, sino como un relato de resistencia, de memoria y de verdad. Porque en Quinchía, hay nombres que el viento no ha querido borrar. Nombres que siguen caminando en cada maestro que enseña, en cada mujer que lidera, en cada campesino que siembra.

Y uno de esos nombres es el de Soraya Patricia Díaz.

CUANDO LA MUERTE APRENDIÓ LOS CAMINOS DE QUINCHÍA

Hubo un tiempo —no tan lejano—en que la noche en Quinchía dejó de ser noche y se volvió advertencia.

La neblina ya no bajaba solo a abrazar los cafetales, bajaba a cubrir lo que nadie quería ver.
Y el viento…el viento empezó a traer nombres.

Nombres con fecha.
Nombres con historia.
Nombres que no debieron convertirse en recuerdo.

29 de enero de 2003.
Sacaron de su casa a Héctor Carlos Molina Arenas.
La noche escuchó los disparos y la carretera amaneció con un silencio distinto.

30 de enero de 2003.
Entre cafetales cayó Jorge Mario Ladino Ladino, mientras el trabajo honrado dejaba de ser refugio.

31 de enero de 2003.
La muerte madrugó dos veces: primero por José Antonio Aricapa Pineda, en su propia ramada;
y más tarde por Jhon Edier Largo Tapasco, bajado de su vehículo para no volver.

10 de febrero de 2003.
Se llevaron a Rogelio de Jesús Becerra Arce con la promesa engañosa del regreso.
La carretera devolvió su cuerpo al día siguiente.

16 de febrero de 2003.
En el camino, obligaron a caminar unos pasos a Carlos Antonio Díaz Guapacha… como si la muerte necesitara distancia para cumplirse.

5 de marzo de 2003.
Frente a su familia, sacaron a José Arístides Caro Betancourt.
No hubo palabras finales, solo el eco seco de los disparos.

7 de marzo de 2003.
En la vía, quedó tendido Ancízar de Jesús García Cruz, como si la vida pudiera apagarse en minutos sin dejar explicación.

9 de marzo de 2003.
En Buenavista, no solo mataron a Carlos Mesías Muñoz Bartolo.
También rompieron su casa, como si la violencia necesitara quedarse en todo.

12 de marzo de 2003.
Con lista en mano bajaron a Ricaurte Rojas Trejos y a Rodrigo Antonio Tapasco

García.
No eran nombres…eran destinos marcados.

13 de marzo de 2003.
Cayó Soraya Patricia Díaz Arias, profesora, mujer de carácter firme.
No agachó la mirada.
Y por eso la mataron.

Porque en aquellos días, la dignidad también era un riesgo.

3 de abril de 2003.
La muerte ya no tocó la puerta… la tumbó.
Entró con violencia y se llevó a Arnoldo de Jesús Tapasco, mientras su familia aprendía, en segundos, lo que significa sobrevivir al horror.

Así, día tras día, la muerte dejó de ser noticia y se volvió costumbre.

Los caminos de Quinchía cambiaron.
Ya no llevaban solo a la vida, también llevaban a la despedida.

El miedo se sentó en las casas, se quedó en las palabras, y enseñó a hablar en voz baja.

Pasaron los años.
Llegaron las sentencias, los números, los papeles.

Pero hay cosas que no caben en un expediente: no caben las ausencias en las mesas,
ni los hijos creciendo sin respuestas, ni el eco de los disparos que aún habita en la memoria.

Porque los pueblos no olvidan como olvidan los libros.

Quinchía recuerda en la piel, en los caminos, en los nombres que se siguen diciendo
para que no mueran del todo.

Y mientras haya quien los nombre, mientras haya quien escriba lo que pasó, mientras la memoria se niegue a rendirse…estos días no serán olvido, serán historia.

La tarde en que ser campesino organizado fue delito

Yo tenía 9 años y los sábados me los pasaba en la cooperativa del pueblo, empacando sal en bolsas pequeñas. Eran otros tiempos: los niños crecíamos rápido, ayudando en lo que se podía. Sin saberlo, esa infancia sencilla quedó marcada por un hecho violento y doloroso que pocos se atreven a recordar.

Corría finales de 1979 cuando en Quinchía se desató una oleada de allanamientos y persecuciones. Esa tarde, sin previo aviso, el ejército llegó al pueblo con listas en la mano. Entraban a las casas, tumbaban puertas, revisaban todo y se llevaban a las personas en camiones, amarrados y ya torturados.

Más de quince campesinos fueron detenidos, hombres honestos que lo único que tenían en común era ser usuarios organizados de la cooperativa. Habían impulsado modelos asociativos de producción, luchado por la entrega de tierras, protestado contra los abusos en las tarifas de servicios públicos, exigido mejoras en el servicio de agua, y organizado abarrotes, carnicerías y droguería en beneficio de sus asociados.

Por esa razón, mi padre, Jorge Alberto Uribe G., junto a Aurelio Pineda, Hernando Alarcón y Germán Bolaños, fueron arrestados y señalados como subversivos, sin más pruebas que su liderazgo social y comunitario. Los trasladaron al Batallón San Mateo en Pereira, donde fueron sometidos a torturas físicas y psicológicas: los colgaron, les enterraron agujas bajo las uñas, los insultaron, les dijeron que sus compañeros ya habían confesado y los amenazaron con lanzarlos a una jaula donde había un león.

Esa era la práctica de la época bajo el temido Estatuto de Seguridad de Julio César Turbay Ayala: persecución, detenciones arbitrarias y Consejos Verbales de Guerra donde los civiles eran juzgados sin testigos, sin defensa y sin rostro.

Tras semanas de tormento, los enviaron a la Cárcel Blanca de Manizales y luego a La Picota en Bogotá. Y fue estando allí presos, que ocurrió la toma de la Embajada de República Dominicana en febrero de 1980 por parte del M-19. Mientras en los noticieros se hablaba de guerrilla urbana y secuestro diplomático, en los patios de la cárcel los rumores corrían como pólvora, y los detenidos políticos temían represalias o traslados forzosos.

En La Picota, compartieron patio con personajes que más tarde serían leyenda en la historia armada de Colombia: Carlos Pizarro León Gómez y Jaime Bateman Cayón. Pasaron 19 meses de reclusión injusta, sin más delito que haber defendido los derechos de su gente y creído en la organización comunitaria.

Al final, fueron absueltos y declarados inocentes, pero las cicatrices quedaron: en los cuerpos, en las familias y en el tejido social del municipio. Y como suele suceder, las intrigas políticas jugaron su papel, disfrazadas de denuncias

anónimas y montajes que buscaban silenciar a quienes lideraban procesos campesinos.

Años después, vendría para nuestra generación la llamada “seguridad democrática”, y muchos vivimos en carne propia que las viejas mañas de la represión seguían vigentes, solo con otro nombre.

Esa tarde de 1979 quedó para la historia local como un día infame, en el que ser líder campesino y tener credibilidad en la comunidad fue suficiente para terminar torturado y preso. Y aunque el tiempo ha pasado, sigue siendo una lección amarga: luchar por el bien común no siempre garantiza gratitud ni justicia.

PARTE VI: RELATOS DEL TERRITORIO

La Leyenda del Comandante del Lindero.

Cuentan en Quinchía que, en tiempos duros, cuando la ley era un papel mojado y el Estado apenas aparecía en las fiestas patronales, los problemas entre vecinos no se resolvían en juzgados, sino en la montaña o en la mitad de una trocha.

En esas épocas, los conflictos por herencias, linderos, deudas, mujeres o gallinas se arreglaban de dos maneras: o se quedaban callados y tragaban saliva, o llegaba algún comandante de fusil al hombro y palabra de machete a decirles cómo quedaban las cosas.

Se dice que hubo una ocasión en la vereda Santa Sofía en la que dos hermanos se enfrentaron por una deuda vieja y unos metros de tierra mal señalados. Uno, astuto, llamó al inspector de policía. El otro, conocedor del monte, buscó el apoyo de la guerrilla.

El inspector, don Rubén Restrepo, hombre correcto y de respeto, bajó con su máquina de escribir al hombro para conciliar la pelea. Instaló la máquina en una mesa de tabla bajo un palo de mango, redactó con cuidado la conciliación, la leyó en voz alta y dejó todo listo para firmar.

Pero apenas terminó, apareció el comandante guerrillero con varios hombres armados. Se sentaron sin pedir permiso. Escucharon la lectura y, sin mediar palabra, el comandante tomó el papel, lo hizo trizas y con tono seco soltó:
— *Esto aquí no vale. La ley que manda es la de la tierra y el respeto.*

Miró a los hermanos y les ordenó:
— *¿Usted cuánto le debe?*
— *Tanto.*
— *¿Cuándo se lo paga?*
— *En un mes.*
— *¿Y los linderos?*
— *Vamos ya mismo a medirlos.*

Y así fue. Los hermanos y los hombres armados salieron al potrero a fijar mojones, palos y piedras, y el compromiso quedó sellado no en papel, sino con la palabra, que en esas épocas se respetaba más que un decreto.

Dicen que al final, el comandante se acercó al inspector y, sin ofender, le dijo:
— *Señor inspector, con todo respeto… si estas son las conciliaciones, mejor quédese en su oficina. Aquí mandamos nosotros.*

Y es que, en aquellos años, cuando los problemas eran más grandes que la voluntad del gobierno, las soluciones se imponían a sangre, a susto y a silencio. Cuentan que a veces una lista de nombres amanecía pegada en una puerta, o que

dos o tres amanecían colgados en los cafetales, y con eso todo quedaba en paz por un tiempo.

A los campesinos no les quedaba más que matar una gallina para el grupo armado de turno, callar y sobrevivir, porque en ese tiempo no se sabía qué era más peligroso: si las balas de la guerrilla, las intrigas de los políticos, las traiciones entre vecinos o el abandono del gobierno.

Y así se tejió esta leyenda, que aún se cuenta bajito en Santa Sofía y en otros rincones de Quinchía. Porque, aunque no haya papel que la registre, los caminos y las casas viejas guardan esas memorias de tiempos donde la ley más fuerte era la del miedo.

Cosas que pasaron en la política de Quinchía.

Vea pues, como decía mi suegra Rosa Elvira: “en este pueblo el que no la hace, la ve”. Y esta historia es tan cierta como que a las 12 en punto suenan la sirena de Bomberos y se oyen los marranos chillando en alguna cocina.

Resulta que por allá en los años noventa, cuando los concejales aún andaban en Willys y de traje dominguero pa' las reuniones importantes, se organizó un encuentro con el mismísimo Ministro de Transporte de la época, don Juan Gómez Martínez, que había prometido que, si le sobraba tiempo y ganas, escuchaba a los de por acá, porque había una queja generalizada por el estado calamitoso de la vía Cerritos-La Felisa. Eso parecía más bien un camino de herradura pa’ mulas que una carretera nacional.

Entonces los concejales de todos los pueblos que tenían que padecer esa trocha —Riosucio, Supía, Quinchía, Belén de Umbría y otros de por esos lares— se pusieron de acuerdo pa' reunirse con el señor ministro en un restaurante famoso de la entrada a Belén, llamado La Nueva Isla. Eso sí, la cita era a las 7 en punto de la mañana, porque como decía el mismo ministro: “el que madruga, habla conmigo, y el que no, que se aguante los huecos”.

Los de Quinchía, ni cortos ni perezosos, salieron en Willys a las 4:30 a.m., bien planchados y desayunados con olor a tinto recién colado. Cuando llegaron al restaurante, ya había medio auditorio lleno y otros tomando tinto con pan en la puerta.

Apenas se estaban acomodando a ver cómo era la cosa, se les acercó un concejal de Belén —de esos bien vivos, que tienen cara de no romper un plato, pero se roban la cuchara— y les suelta:

—¿Los de Quinchía ya desayunaron?

—No, respondieron en coro, porque ni modo de rechazar un convite.

—Pues pasen a esa mesa que ya está servido. Coman rápido que hay que desocuparla, que viene gente importante.

Pues vea, con hambre y todo, se acomodaron sin mucho misterio. Huevos pericos, arepa asada, chorizo paisa, chocolate espumoso… mejor dicho, un desayuno de esos que en la casa no se ven sino el 24 de diciembre. Cuando iban en la mitad de la empanada y mojando la arepa en la taza, se apareció una señora organizadora, con cara de general de batallón y voz de trueno:

—¡A ver! ¿Quién les dijo que se sentaran ahí? Ese desayuno era pa’ el señor ministro y su comitiva. ¡Fuera de ahí, hombre!

Los concejales de Quinchía se miraron las caras, con la arepa en la mano y el chorizo en la boca. Uno intentó tragar entero, otro dejó la empanada a medio

comer, y otro echó el tinto por un lado del buche. Con la vergüenza hasta las orejas, se levantaron más rápido que si hubiera llegado la Contraloría.

Y lo mejor de todo: el concejal de Belén que los invitó… se desapareció como alma que lleva el diablo. No lo volvió a ver nadie esa mañana. Hay quienes dicen que se metió a la cocina, otros que se subió a un árbol de aguacates y uno asegura que lo vio montado en una mula rumbo a Mistrató.

El ministro, cuando llegó, quedó sin desayuno. Dicen que le tocó tinto frío y un pan duro de esos que se guardan pa' los perros. Pero eso sí, la vía tampoco la pavimentaron.

Desde ese día, en los corrillos políticos de Quinchía quedó la frase célebre:

"No coma donde no lo han llamado, que puede ser desayuno ajeno".

Y como decía el viejo Cachaco: "en la política quinchieña, el vivo vive del bobo… y el bobo desayuna gratis".

Otras Cosas que pasaron en la política de Quinchía.

(Otra de las que usted no le cree a nadie… hasta que se entera que es verdad.)

Esta historia pasó en una de esas épocas oscuras, cuando en Quinchía había más fusiles que carriel, y los políticos se persignaban antes de subir a la tarima.

Resulta que convocaron un Consejo de Seguridad Departamental en Pereira. Eso era una reunión de las bravas: gobernador, comandante de Policía, Ejército, DAS, Fiscalía, Personeros, Alcaldes y los presidentes de los concejos municipales. Nadie quería faltar porque era la oportunidad de decir “estamos graves” y salir en la foto.

En representación de Quinchía fue el entonces presidente del concejo, conocido como "Cachaco" —no porque fuera de Bogotá, sino porque siempre andaba de saco y corbata, el pelo peinadito con gomina, perfumado como para boda y con ese hablar pausado y serio que parecía sacado de la radio antigua.

Se fueron evaluando municipio por municipio:

— ¿Belén? Controlado.

— ¿Marsella? Mejorando.

— ¿Mistrató? Complicado.

Y así fueron pasando. Hasta que llegó el turno de Quinchía. Se hizo un silencio de esos que uno siente que hasta el ventilador deja de sonar. Entonces Cachaco se levantó, acomodó el saco, carraspeó fuerte —como para que todos voltearan a mirar— y soltó su parte:

—Señores, para no darle mucha vuelta al asunto no, no, no… el orden público en Quinchía está grave, gravísimo no, no, no. Allá no se puede hacer política porque hay presencia de absolutamente todos los grupos armados. Eso parece una convención de forajidos: guerrilla, paramilitares, narcos, jíbaros, pescadores en río revuelto y hasta el diablo en calzoncillos, como decía mi tía Carmela.

Se miraron entre todos los altos mandos, y Cachaco, viendo que todos lo atendían, remató con un aforismo de esos bien cachaquianos, que dejó a medio auditorio con cara de ¿qué fue lo que dijo?:

—Mejor dicho, como se dice allá en mi pueblo: si saca la cabeza le dan un machetazo… y si saca el culo, le pegan un balazo.

El silencio fue tal, que se oía la respiración del intendente. El comandante del batallón soltó una carcajada, el fiscal casi se atraganta con el tinto y el gobernador no sabía si anotar eso en el acta o llamar al Ejército de una vez. Y Cachaco se sentó tranquilo, como el que acaba de tirar un peo en misa y nadie sabe quién fue.

Desde ese día, quedó esa frase pa' la historia. Todavía en los corrillos del concejo y en los asados de campaña, más de uno recuerda:

—¿Se acuerda cuando Cachaco dijo en Pereira lo de la cabeza y el culo? ¡Eso fue épico!

Y como decía don Juan Lanas el carnicero: “en Quinchía todo el mundo es valiente, hasta que le ponen la pistola en la cabeza… o el machete en el pescuezo”.

📖Otro relato pa’ que se rían, aprendan y recuerden que en este pueblo todo se sabe… y todo se cuenta.

Cosas que pasaron en la política de Quinchía

Resulta que cierto día en una de esas sesiones —o como decía don Baltazar, sesiones con “s” al inicio y otra al final— del Concejo Municipal de Quinchía, doña Dolores Rendón, mujer de carácter, lengua afilada y que no se quedaba callada por nada, se le acercó al entonces secretario del Concejo, Baltazar Emilio Trejos, un personaje de esos que hablaban como si estuvieran dictando clase en colegio de monjas.

Dolores, que era avispada pero no le gustaba quedarse con la duda, le suelta:

— Dolores: ¿cómo es que se escribe la palabra sesión? ¿Así como usted la pronuncia? le responde Balta.

Baltazar, muy serio, se acomodó las gafas, sacó pecho y respondió:

— Sí, pero ojo, que hay otras parecidas.

Y Dolores, con la ceja levantada y ese tonito de “a mí no me enreda nadie”, le dice:

— ¿Cómo así? Explíqueme pues.

Baltazar, que no perdía oportunidad pa’ lucirse, soltó la cátedra:

— Mire, sesión de las de acá del Concejo se escribe con s al inicio y otra al final, y quiere decir reunión. La otra es sección, con unas y una doble c, que es una porción, un pedazo de algo, como cuando uno dice la sección de deportes. Y otra es cesión, con c y s, que es cuando uno le entrega algo a alguien, como si yo le cediera a usted mi curul.

Dolores lo miró, cruzó los brazos y le soltó:

— Ajá… ¿y entonces cuál es la del Concejo?

Y Baltazar, muy orondo, le dice:

— Pues la que es con dos “s”.

Dolores se quedó mirándolo como quien sospecha que le están mamando gallo y soltó:

— Esto está muy complicado, Balta…

Y ahí, pa’ rematar con broche de oro, Baltazar se estiró la camisa y dijo:

— Efectivamente, doña Dolores. Es que el castellano es una cosa seria… vea, ayer se escribe sin “h” y hoy ya se escribe con “h”.

Dolores abrió los ojos, lo miró de arriba abajo y soltó a media voz, sin perder el tono paisa:

— ¡No puede ser! Este güevón me está enredando…

Y se fue a sentar muerta de risa, jurando que al otro día preguntaba por las tres palabras a ver si era cierto.

Las Voces de la Rebeldía (1972)

Historia que la vivimos muchos, en el año de 1972, el pueblo entero se levantó contra el destino que otros les querían imponer. Sin consultarles, un hombre de nombre Lizardo Lopera, gerente del Seguro, había afiliado a toda la gente al Instituto de Seguros Sociales. Los recibos llegaron como cartas malditas que nadie había pedido.

Dicen que el pueblo se llenó de rabia y las campanas no repicaron ese día; en cambio, fueron los gritos de "¡Abajo Pepo!" los que tronaron desde las esquinas, los cafetales y los solares. No entraban carros a la plaza porque los asaltaban con piedras y garrotes; el comercio cerró acatando el paro cívico, y la carne se escondió de los mesones de las carnicerías.

El hambre rondaba, pero como en toda tierra bravía, llegó un camión de pescado. Dicen que al verlo estacionado en la plaza —donde hoy reposa la Plaza de la Paz—, la gente lo saqueó como si fueran demonios hambrientos. Hasta las gaseosas que venían por El Barrio Galán fueron atrapadas antes de llegar.

Al frente estaban los Usuarios Campesinos liderados por Jorge A Uribe y un hombre bravo llamado Óscar Abad, quien, junto a Rafael Ibarra, Mercedes Bermúdez y el "Mosco" Mosquera, arengaban a la multitud con fuerza de montaña. No hubo muertos, ni detenidos esa vez, pero sí acuerdos: el que quisiera seguro, que lo tuviera; el que no, que lo borraran.

Y desde entonces, se cuenta que cada vez que hay injusticia, en la plaza se oye un eco leve, como si las voces de aquella revuelta repitieran desde los muros: "¡Abajo Pepo!"

Hector Fabio Vásquez Tapasco

La Rebelión de los Ladrillos, las Trincheras de Carnicería y el Árbol del Granadillo (1978)

En 1978, la CHEC quiso clavarle al pueblo una subida abusiva a las tarifas de energía. Pero, como si fuera poco, a la gente también le llegó la noticia de que empezarían a ponerle contadores al agua, algo que para el campesino y el comerciante era un golpe más al cuello ya apretado.

Fue entonces cuando Quinchía entera se alzó en protesta. El comercio cerró sus puertas acatando el paro cívico, en señal de duelo y solidaridad. Los estudiantes, transportadores, campesinos y comerciantes bajaron a la plaza; las voces se unieron y las calles se convirtieron en campo de batalla.

En la Plaza de la Paz, donde antes funcionaban las carnicerías, sacaron las pesadas mesas de madera y las pusieron, una a una, formando trincheras entre el almacén Inés y La Colmena, de Miro García (q.e.p.d.). Desde allí, la gente volaba piedra contra la policía y el ejército, que llegaron a imponer orden a punta de gas lacrimógeno y bolillo.

En medio de aquel caos, un personaje conocido como Granadillo, al ver el humo espeso y los disparos, se trepó a lo alto de un pino que había junto a la plaza. Desde allá miró toda la refriega —y eso sí, mucha piedra tiró y nadie lo veía—, y allí se quedó, temblando como una hoja. Al día siguiente lo encontraron encaramado, pálido y asustado, y lo bajaron a palazos por parte de la policía.

Dicen que la pelea fue feroz. Don Edgardo Vinasco y doña Bertha Obando usaron muchísimos ladrillos de su obra como proyectiles y, cuando el cansancio llegó, arrojaron carbón encendido y agua caliente desde sus ollas. Cuando doña Bertha intentó salir con una bandera blanca pidiendo tregua, los militares dispararon.

Se corrió el rumor de que, en esos enfrentamientos, hubo muertos de la policía, aunque la historia oficial jamás lo reconoció. Lo cierto es que el hospital se llenó de heridos, y los más viejos aún recuerdan los nombres de quienes resistieron con coraje.

La CHEC y las autoridades se vieron obligadas a ceder: las tarifas volvieron a la normalidad y la instalación de contadores al agua quedó suspendida. Pero, como era costumbre, el Estado no dejó las cosas así. Meses después Capturaron a varios líderes de los Usuarios Campesinos, y por días hubo temor en el aire.

Desde entonces, en las noches de brisa y silencio, los viejos dicen que se escuchan los arrastres de las mesas de carnicería, el crujido de las piedras sobre la calzada y el susurro de las voces de un pueblo que supo pelear por lo suyo.

PLAZA DE MERCADO
Antigua Quinchia

La Rebelión de las Rodillas y los Ojos Abiertos

En los años en que Quinchía bullía de injusticias y abusos, la organización de Usuarios Campesinos se convirtió en la esperanza de los que labraban la tierra y criaban sus hijos con el sudor de su frente. Era una época en que cada idea nueva se vestía de peligro, y quien alzaba la voz, pagaba caro.

El sacerdote Leonel Alzate fue uno de los primeros en creer en ese movimiento. Desde su púlpito y en las veredas, alentó a los campesinos a organizarse. Pero entre todos los dirigentes, el que más calaba en el alma del pueblo era el tolimense Ademar Mahecha. Nadie como él para encender los ánimos y devolverle la dignidad al hombre del campo.

Una tarde cualquiera, en una reunión muy concurrida en la vereda Juan Tapado, Mahecha pidió la palabra. Saludó con respeto, miró a todos a los ojos y luego, con la voz firme como trueno de verano, ordenó:

— Todos de rodillas… y cierren los ojos.

Sin entender mucho, la gente obedeció. Un silencio hondo cubrió el salón comunal, apenas roto por el canto lejano de un gallo.

Entonces Ademar habló:

— Así está el campesinado en Colombia: de rodillas y ciego frente a una oligarquía que lo exprime, lo persigue y lo mata de hambre. Pero ya no más. Abran los ojos… y levántense. ¡De pie es como los queremos ver de ahora en adelante!

El gesto fue tan impactante que hubo quienes lloraron y otros alzaron el puño. Desde ese día, las reuniones dejaron de ser de quejas para volverse espacios de decisión y resistencia.

Había un lema que repetían en cada mitin, en cada asamblea, en cada toma y protesta:

“Los derechos no se mendigan, se arrebatan.”

Y no era simple consigna: era convicción.

Para que la voz campesina llegara lejos, contaban con un medio que hoy es leyenda: La Carta Campesina, periódico dirigido por la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC). A través de sus páginas se denunciaban abusos, se compartían las luchas de otras regiones y se mantenía vivo el espíritu combativo de los pueblos olvidados.

Cuentan los viejos que aquellos papeles pasaban de mano en mano como reliquias, escondidos entre costales de café y dentro de las bolsas de la plaza, porque el simple hecho de tenerlo podía costar cárcel o plomo.

Hoy, cuando en las noches de neblina y viento bajan las historias de las montañas, aún se escuchan ecos de aquella voz que en Juan Tapado dijo:

“De pie es como los queremos ver de ahora en adelante.”

La Señora de Moreta y la Pintada Fantasma

Allá, cerca de Bonafont Caldas, nuestros límites fronterizos, donde la panela es su principal producto, y los perros ladran de la nada, queda Moreta, una vereda pequeña y callada, de esas donde todo el mundo se conoce y hasta las paredes hablan.

Por allá en los años duros, cuando la política se hacía a brochazo limpio y las campañas no pedían permiso para pintar los muros, ni las piedras, ni las casetas comunales, ni siquiera los gallineros de las casas… una señora que vivía al lado de la quebrada se levantó una mañana temprano, como de costumbre, a hacer aguapanela con arepa. El canto de los gallos apenas clareaba el cielo.

De repente, escuchó en la pared de su casita el raspado de una brocha y unas voces bajitas que decían:

— Échale otra pasadita que se borre bien el de la campaña pasada…

La señora, conocida en el caserío como Doña Brígida, mujer de carácter recio y lengua afilada, salió furiosa con una escoba en la mano, pensando que otra vez los politiqueros habían llegado de madrugada a llenar las casetas y paredes con nombres de candidatos que a duras penas conocían el camino hasta Quinchía.

Desde adentro gritó:

— ¡Carajo! ¡Otra vez estos politiqueros dañando las casitas de uno! ¡Ni dejan secar la última pintada!

Pero cuando abrió la puerta y salió hecha una furia, se encontró con un grupo de hombres encapuchados, armados, de botas pantaneras y rostros ocultos por sombreros viejos.

Uno de ellos, con una brocha gorda en la mano, terminaba de escribir en letras rojas y negras:

“Por la crisis cafetera que responda la oligarquía. Llegamos para quedarnos. Frente 47 de las FARC.”

A Doña Brígida se les fue el alma a los talones, las manos le temblaron y el aire se le atoró en la garganta. Pero en lugar de chillar, desmayarse o correr —porque de valiente siempre había tenido más que de prudente—, respiró hondo, miró al más alto de los hombres y, con una voz que parecía ajena, alcanzó a decir:

— Vea… como escriben de bonito ustedes.

Los guerrilleros se miraron entre sí, algunos soltaron una risita corta, de esas que no sabes si son de burla o advertencia, y siguieron pintando otra caseta más abajo.

Doña Brígida se dio media vuelta, con las piernas flojas, entró a la casa y atrancó la puerta con la tranca de guadua. Se sentó al lado del fogón, tomó una taza de aguapanela y ya no desayunó.

Desde ese día nadie la volvió a ver en las reuniones políticas, ni siquiera en la plaza. Decía que prefería mil veces pelearse con los rayones de un candidato que con los fantasmas armados de la montaña.

Moraleja: En tierra de espantos y política, mejor saber cuándo cerrar la boca y cuándo halagar la letra ajena.

Cosas que pasaron en la política de Quinchía

Por allá en la época del Frente Nacional —cuando liberales y conservadores se turnaban el poder como cuando los pelaos juegan parqués y se dejan ganar por turnos—, las reuniones políticas en las veredas de Quinchía eran una fiesta. Se bajaban las mulas, las viejas destapaban la olla de arepas y hasta los perros se cuadraban debajo de la mesa a ver qué caía.

Ese día en la vereda San José le tocó prender la lengua a Don Miguel Suárez, un viejito de bigote blanco, sombrero de paño y bastón que más parecía una antena de radio, porque todo lo escuchaba. Era más rebuscador de palabras que Cachaco Cano Bolívar con diccionario prestado, y siempre salía con dichos que ni la Real Academia entendía.

Se paró en medio de la reunión, carraspeó duro, y se echó un discurso que dejó a medio mundo cabeceando de sueño y al otro medio tratando de descifrar qué quería decir. Y ya para rematar, como quien lanza la frase pa' la historia, soltó:

—"Y quiero manifestarles, señores presentes, que ha llegado la hora de acabar con estos políticos maquiavélicos que rondan por Quinchía."

La gente aplaudió como por compromiso, y uno que otro preguntó entre dientes:

—"¿Y eso qué será, pues? ¿Será que está hablando de los de la otra lista?"

Al rato se le acercó un paisano, bien chispeado de aguardiente y lengua suelta, y le dijo:

—Don Miguel, vea pues, el discurso muy bonito… pero dígame la plena: ¿y eso de maquiavélicos qué es?

Don Miguel se acomodó el sombrero, se sobó el bigote y le respondió:

—Yo qué sé, mijo… pero suena bonito, importante y como a palabra que sirve pa' callar bobos.

Otro que estaba escuchando remató:

—"No jodás… esa palabra debe ser como cuando a uno le dicen sinvergüenza, pero en fino."

Desde entonces quedó en San José el dicho: "Ese sí es maquiavélico, como decía Don Miguel, ni Dios lo entienda, pero suena como de doctor."

Y en cada reunión política, cuando alguien habla mucho y dice palabras raras, siempre sale uno que suelta:

—"Ve, este sí salió maquiavélico como Don Miguel… puro bla bla pa' enredar y quedar bien."

El susto que le bajó la parranda a mi papá Jorge Alberto

Dicen en Juantapado que uno puede correrle a un toro, a una vieja celosa y hasta a la ley… pero a los muertos, ¡a esos sí no hay para dónde agarrar! Y si no, que lo diga mi papá, Jorge Alberto, que en eso tuvo su lección.

Mi viejo había llegado desde Fredonia, Antioquia, a Riosucio, Caldas, cuando quedó huérfano de padre y madre. Como decía mi abuela: *"hijo sin madre es como gallina sin cola: anda, pero desacomodado"*. Le tocó rebuscarse la vida, y de Riosucio lo trajo la suerte hasta la finca de mi abuelo Moisés en Juantapado. Y como es ley de la tierra: *"donde se trabaja, se desayuna"*, y allí se enamoró de mi mamá, María Lucía.

Trabajador sí era, de esos que le madrugaban al café, a la caña y a todo lo que oliera a trabajo. Pero también tenía su lado parrandero. No se perdía festival de cuatro días, decía que *"al que trasnocha, Dios lo ve primero"*, y de enamorado ni se diga. En esa época, cuando las mujeres tenían muchos hijos y aguantaban de todo. Hoy no. Hoy le botan la ropa al patio.

A mí, que era el menor, me tocaba, de siete años, salir en un caballito hasta Buenavista los domingos a esperar el mercado que mandaban con don Jorge Aricapa. Eso era plan largo porque a veces llegaba y a veces no. Cuando no, me arrimaba a la elda donde secaban café y me quedaba ahí hasta que llegara el carro de Alcides González, el último de la noche, que pasaba como a las dos de la mañana. Y como decían los viejos: *"carreta vieja y mula cansada, al pueblo no llega"*, entonces el mercado llegaba cuando le daba la gana.

Pero vea, a mí no me iba tan mal en la espera, porque como tengo seis hermanas —Ruby, Florelba, Olga, Lucy y las demás de la tanda— y otra tandita por fuera —porque *"cuando el gallo es bueno, no se le cuentan los pollos"*—, siempre había alguno que me decía:

—"Mijo, mándele saludos a la Ruby."

Otro:

—"Dígale a Lucy que ya le mandé a decir."

Y así pasaba la noche. Yo recibía todos esos saludos, y lo único que pedía era una gaseosa pa' llevarlos con agrado. En esa época la de pegue era la Kolcana, bien helada, y una rojita dulce que creo que se llamaba 2X, que le dejaba a uno los labios pegachentos y contentos, y de encime rollos, cuca y jalea. Eso sí, de saludos poco… porque *"saludo sin gaseosa es como fiesta sin aguardiente"*.

Pero vea pues, una noche de esas, cuentan que mi papá venía bajando más abajito de la escuela de Buenavista, por el lado de la casa de don Jacobo Gutiérrez, con las botas llenas de polvo y medio trasnochado. Venía solito, en una de esas noches negras que ni los perros ladran y el silencio se siente. Cuando ya

estaba cerquita de la casa, soñando con el desayuno de arepa raspada y chocolate espeso, le salió al paso mi abuelita Amalia, que llevaba más años de muerta que de viva.

Nadie supo nunca qué le dijo. Algunos decían que fue un regaño, otros que un aviso, y otros que venía a cobrarle alguna deuda del más allá. Lo cierto fue que el viejo pegó el brinco, y como dicen por ahí: *"al que mira pa' atrás, lo alcanzan"*, se devolvió a pata hasta el pueblo, sin mirar para los costados, con el alma en la garganta y el sombrero en la mano.

Y vea usted… esa historia poco se contó, quedó en el aire como las leyendas de la vereda, hasta que llegó el sapo del hijo —o sea este servidor— y la escribió en mi libro *Quinchía, el Renacer de un Pueblo*, y la soltamos en las charlas familiares. Porque muchas veces, en esas cocinas de leña donde se cuela el café y se pelan plátanos, le preguntamos a mi papá por ese susto… y él, serio, se hacía el loco. Nunca soltó prenda. Ese secretico se lo llevó bien guardado a la tumba, como buen viejo de vereda que sabe que *"cuento contado, susto gastado"*.

Y es que en Juantapado, *"muerto visto, muerto llorado… y a correr que es tarde"*.

Cuando el Partido Mandaba y la Ley se Llevaba al Cinto

Por esos días, en Quinchía, la ley era un hombre con revólver, sombrero y una palabra empeñada. Y como decía el viejo refrán: "Al que no le gusta el caldo, se le dan dos tazas".

Durante los años de La Violencia, en la mitad del siglo pasado, pueblos como Quinchía no se gobernaban desde los códigos ni desde Bogotá, sino desde la alcaldía, las cantinas y las veredas, a punta de órdenes verbales, actas improvisadas y el miedo que se respiraba como el olor a café recién tostado.

Liberales y conservadores se disputaban el poder como gallos de pelea, y en esa lucha sin cuartel, las autoridades locales —alcaldes, inspectores de policía y agentes de la policía— decidían quién se quedaba y quién no, quién hablaba y quién debía callar. Como decía otro dicho popular: *"Aquí no manda el que tiene razón, sino el que tiene más amigos con machete y uniforme."*

Ley de fuga: bala por la espalda y acta arreglada

Cuando alguien caía mal o pertenecía al partido equivocado, se decía que lo llevaban detenido al pueblo. Pero en medio del camino, siempre había un claro en el cafetal o una quebrada solitaria. Allí, los agentes disparaban y luego anotaban en el informe: *"Intentó escapar en su traslado, y se procedió conforme a la ley"*. Esa era la famosa ley de fuga. Nadie preguntaba, porque *"el que mucho indaga, poco vive"*.

Destierro: la orden sin papel

Otra práctica común era el destierro. Aquel que chismoseaba de más, opinaba en política, vendía aguardiente sin permiso, o simplemente no simpatizaba con los mandamases, recibía la visita del inspector de policía de su vereda. A veces con papel, a veces de palabra, se le daba un plazo de veinticuatro horas para largarse del municipio, so pena de terminar como los que nunca llegaban a la cárcel. Y como decía la gente en los cafetales: *"Si el aviso viene con uniforme, más vale irse sin voltear a ver."*

Limpieza social: sacudida al que estorbaba

Aprovechando ese ambiente de violencia política, también se armaban limpiezas sociales. Se hacía lista de ladrones de gallinas, borrachos empedernidos, mujeres señaladas de mal vivir y jóvenes vagos. Se les daba la opción de irse por las buenas o por las malas. Así se mantenía el "orden público". Decían las comadres en los corrillos: *"En este pueblo, hasta el diablo anda con miedo"*.

Un pueblo partido en dos colores

En aquellos días, no importaba si uno era bueno o malo, sino de qué color votaba y con quién se tomaba el trago. Las decisiones se tomaban en la alcaldía y se ejecutaban en las veredas como Guayabal, Naranjal, Irra y Santa Elena. El inspector de policía era la máxima autoridad en el campo, y su palabra era ley. *“Al que no le guste, que recoja sus bártulos y coja camino”*, decían.

Los caminos de herradura, las quebradas El Salto y Amarilla, y los cafetales de Quinchía fueron testigos mudos de esas prácticas, donde la ley de fuga, el destierro y la limpieza social eran moneda corriente. Y aunque el tiempo ha pasado, todavía se escucha en las cocinas campesinas: *“Acordate, mijo, que en este pueblo antes se mataba más por política que por venganza”*.

Hoy, esas historias se cuentan a media voz, porque como decía la abuela: *“Más vale perder un diente que la lengua”*.

Cuando los pájaros no eran aves y la tierra aprendió a resistir.

En Quinchía hubo un tiempo —y no fue hace tanto como algunos quisieran olvidarlo— en que la vida dejó de medirse por los días y empezó a medirse por los bandos.
Porque aquí, más que nombres, la gente era azul o roja, goda o cachiporra.
Y muchas veces, solo por eso, ya estaba marcada.
Todo se volvió evidente aquel 28 de marzo de 1948.

Ese día, en lo que la prensa llamó una “masacre”, murieron Juan Betancur, Manuel Bermúdez, Manuel González, Leonardo Quintero y Rafael Jiménez. No fue una pelea de cantina ni un pleito de familia. Fue una acción dirigida, atribuida a conservadores venidos de San Clemente, Guática y Anserma, junto con un piquete de policía que llegó desde Riosucio.

Pero más que los responsables, lo que quedó fue el mensaje:
que la diferencia política ya no se discutía…se eliminaba.

Desde entonces, ser cachiporro, ser rojo, se volvió peligroso.
Y así comenzaron a llegar los pájaros.

No eran aves.
Eran hombres armados, ligados al poder de los godos, de los azules, enviados a imponer el miedo y a diezmar lo que entonces se conocía como la plaza roja de Quinchía.

Pero el campo no se queda quieto.
Y así nacieron los escopeteros.
Campesinos liberales que no salieron a buscar la guerra, sino a evitar que la guerra los borrara.

La violencia creció.
Se organizó.

Y entonces llegaron otros nombres, otros pensamientos.
Pedro Brincos, Roberto González Prieto, sembró ideas distintas.

Después llegaron Héctor García, Libardo Mora Toro, “El Diablo” y “El Negro” Ramón Correa.

Y en medio de ese mundo nació Venganza.
Su nombre empezó a sonar en las veredas: Naranjal, Batero, Moreta, Juantapado.

Para muchos fue protección.

Para otros, amenaza.

Mientras tanto, en el pueblo, otra lucha tomaba forma.

La de la tierra.

Llegó la ANUC con Darío Mejía Serna.

Buenavista se volvió punto de encuentro.

Se tomaron tierras.
Se levantaron barrios como el Galán y primero de mayo.

Pero la lucha se desgastó.

La ANUC se debilitó.
Muchos líderes fueron asesinados.

Y el EPL creció desde adentro.

Pero también se quebró.

Y lo que quedó fue la memoria.

Porque en Quinchía la tierra no olvida.

Y dicen los viejos que cuando el viento baja desde los farallones,
algo camina por los caminos viejos.

No es miedo solamente.

Es la historia que sigue viva, recordando que en este pueblo la violencia tuvo nombre…
pero también la resistencia.

CAPITULO VII: Tiempos que cambiaron

Cuando el silencio reemplazó la palabra

Hubo un tiempo en que ser concejal no daba plata… pero sí carácter.

En aquellos días, las listas las armaban los partidos y el que sacaba los votos entraba, sin atajos ni acomodos. No había honorarios, no había cálculo de cuánto se ganaba por sesión. Se iba por convicción, por ganas de servir o, al menos, por el orgullo de representar a la gente de uno.

Y eso se notaba.

Las sesiones no eran un trámite. Eran combates de palabra.
Se discutía fuerte. Se alzaba la voz. Se golpeaba la mesa si tocaba.
El concejo era, de verdad, un espacio de control, de contradicción, de choque de ideas.

No había miedo a incomodar.

El concejal conocía la vereda, el barrio, la necesidad.
No hablaba desde el papel… hablaba desde lo vivido.

Hoy el escenario es otro.

Hay honorarios. Hay bancadas. Hay reglamentos más claros.
Pero algo se perdió en el camino.

Las sesiones, muchas veces, se volvieron silenciosas.
El debate se volvió tibio.
La confrontación, escasa.

Ya no se ve esa rabia por defender una idea.
Ya no se siente ese pulso de pueblo en cada intervención.

Hoy se habla… pero poco se discute.
Se está… pero a veces no se representa.

Y en ese cambio, casi sin darnos cuenta, el concejo dejó de ser tribuna…
para volverse, en muchos casos, escenario.

Como dicen los viejos, con esa claridad que no falla:

—“Antes faltaba la plata… pero sobraban los pantalones.”

Cuando aprender era cosa seria

Hubo un tiempo en que la educación no necesitaba pantallas… pero sí respeto.

Las escuelas eran de piso de madera, de tableros verdes y tiza que se quedaba pegada en los dedos. No había computadores, ni internet, ni ayudas tecnológicas. Había cuadernos forrados en papel periódico, lápices corticos y una regla que no solo servía para medir.

Y aun así… se aprendía.

El maestro no levantaba la voz dos veces. Bastaba una mirada para que el salón quedara en silencio. La disciplina no se negociaba, se cumplía. Y si había castigo en la escuela, en la casa no había reclamo… había refuerzo.

Porque educar no era solo enseñar a leer y escribir.
Era formar carácter.

Los niños caminaban largos trechos para llegar a clase, cruzando barro, cafetales y madrugadas frías. Llegaban con hambre a veces, pero con ganas de aprender. El estudio era una oportunidad, no una obligación.

Hoy todo es distinto.

Hay tecnología, acceso a información, plataformas, metodologías nuevas. Los estudiantes tienen más herramientas que nunca. Pero en medio de tanto avance, algo parece haberse debilitado.

La autoridad del maestro ya no es la misma.
El respeto se discute.
La disciplina se negocia.

El conocimiento está a un clic… pero el esfuerzo cada vez pesa más.

Antes se tenía poco… pero se valoraba mucho.
Hoy se tiene todo… pero no siempre se aprovecha.

Y no se trata de decir que todo tiempo pasado fue mejor, sino de reconocer que, en aquellos años, sin tanta facilidad, se aprendía con más compromiso, con más carácter… y quizá, con más sentido.

Como decían los mayores:

—“Antes la escuela formaba para la vida… no solo para pasar el año.”

Cuando la juventud tenía calle y palabra

Hubo un tiempo en que ser joven no era fácil… pero sí claro.

La juventud se vivía en la calle, en los potreros, en las esquinas del pueblo donde se aprendía a convivir, a respetar y también a defenderse. No había redes sociales ni pantallas que distrajeran; la vida era de frente, con los amigos al lado y no detrás de una pantalla.

El respeto no se explicaba… se practicaba.

El saludo era obligatorio.
La palabra tenía valor.
La mirada de un mayor bastaba para enderezar el camino.

Los jóvenes ayudaban en la casa, trabajaban desde temprano, sabían del esfuerzo y entendían que nada llegaba fácil. El noviazgo era a distancia corta: miradas en la plaza, serenatas, cartas escritas a mano. Había nervios, había respeto… había tiempo.

Las diversiones eran simples, pero verdaderas. Un partido en la calle, una guitarra en una esquina, una conversación larga sin reloj. No se necesitaba mucho para ser feliz.

Hoy la juventud vive otra realidad.

Tiene más oportunidades, más acceso, más mundo. Pero también más ruido.
Las relaciones son rápidas.
Las conversaciones, cortas.
La atención, dispersa.

Se habla mucho… pero se escucha poco.
Se muestra mucho… pero se siente menos.

La calle ya no forma como antes.
La familia lucha por mantener su lugar.
Y el tiempo parece ir más rápido de lo que permite vivirlo.

No es que los jóvenes de hoy sean menos… es que el mundo cambió.

Pero en ese cambio, algo se fue quedando atrás:
la paciencia, la palabra, el valor de lo sencillo.

Antes se tenía menos libertad… pero más rumbo.
Hoy se tiene más mundo… pero a veces menos norte.

Y como dicen los viejos, con esa mezcla de nostalgia y verdad:

—“Antes uno sabía para dónde iba… hoy muchos solo saben que van rápido.”

Cuando el matrimonio era para toda la vida

Hubo un tiempo en que casarse no era un evento… era una decisión para siempre.

Los matrimonios no empezaban con grandes fiestas, sino con compromiso. No había tanto lujo, pero sí palabra. El “sí” frente al altar o al juez no era una formalidad, era un pacto que se respetaba incluso en los días difíciles.

Porque los había.

No todo era amor bonito. Había escasez, problemas, diferencias.
Pero la gente no pensaba en irse… pensaba en quedarse.

Se arreglaba, se hablaba, se aguantaba.
A veces por amor.
A veces por los hijos.
A veces por el qué dirán.
Pero, sobre todo, por la idea de que el matrimonio no era desechable.

Las casas se construían entre dos.
La vida también.

Hoy el matrimonio es distinto.

Hay más libertad, más opciones, más conciencia de los derechos. Ya no se aguanta lo que antes se callaba, y eso también es un avance. Pero en medio de esa transformación, algo cambió en la forma de entender el compromiso.

Las relaciones son más rápidas.
Las decisiones, más inmediatas.
La paciencia, más corta.

Cuando llegan los problemas, muchas veces no se enfrentan… se evitan.
Y lo que antes se intentaba reparar, hoy se reemplaza.

No todo es mejor ni todo es peor.

Antes había más permanencia… pero también más silencios.
Hoy hay más libertad… pero menos resistencia.

Y en ese equilibrio entre quedarse y marcharse, cada época ha construido su manera de amar.

Como dicen los mayores, con una mezcla de nostalgia y verdad:

—“Antes el amor se cuidaba… hoy muchas veces se prueba.”

EPÍLOGO

Lo que queda cuando la historia se apaga

Al final, cuando se cierra este libro y el silencio vuelve a ocupar su lugar, queda algo más que palabras.

Queda el eco.

El eco de las risas en las calles de tierra, de los gritos de los juegos al caer la tarde, del sonido de los trompos golpeando el suelo, de las radionovelas que llenaban la noche y de las voces de quienes ya no están, pero siguen hablando en la memoria.

Queda también el miedo.

Ese miedo antiguo que no se explica, que no se olvida, que se aprende a respetar. El mismo que se siente cuando el viento baja frío desde los farallones, cuando un perro aúlla sin razón, o cuando el monte guarda un silencio demasiado profundo.

Porque hay cosas que cambian…
pero hay otras que permanecen.

Quinchía ya no es la misma.

Las calles se han transformado, la tecnología llegó, la vida se volvió más rápida, más ruidosa, más distante. Hoy los niños crecen con pantallas, no con trompos. Las historias ya no se cuentan al calor del fogón, sino que se pierden entre el ruido del mundo moderno.

Y sin embargo…

Algo sigue intacto.

Sigue en la forma en que los viejos miran el horizonte.
En el respeto por ciertos caminos.
En los rezos que aún se dicen en voz baja.
En la advertencia que pasa de generación en generación, como un susurro que no se quiere perder.

Porque hay cosas que no necesitan pruebas para ser verdad.

Basta con que un pueblo las recuerde.

Este libro no pretende convencer a nadie.
No busca explicar lo inexplicable.
No quiere demostrar si los espantos existen o si las creencias tienen razón.

Este libro hace algo más sencillo… y más importante:

Guardar.

Guardar lo que fuimos.
Guardar lo que vivimos.
Guardar lo que creímos.

Porque en esas creencias también está nuestra identidad.

Aquí quedaron los nombres, los lugares, los hechos y las voces.
Quedaron las historias de miedo, pero también las de alegría.
Quedaron los tiempos duros, pero también los días sencillos que hoy se recuerdan como los más valiosos.

Quedó, en el fondo, la vida misma.

Y tal vez eso es lo único que realmente importa.

Que cuando alguien lea estas páginas dentro de muchos años, pueda cerrar el libro, levantar la mirada y sentir —aunque sea por un instante— que estuvo en Quinchía.

Que caminó sus calles.
Que escuchó sus historias.
Que sintió su miedo… y su ternura.

Y que entienda que un pueblo no desaparece cuando cambian sus casas o sus costumbres.

Desaparece cuando se olvida.

Por eso este libro no es un final.

Es una puerta.

Una puerta para volver.
Para recordar.
Para seguir contando.

Porque mientras haya alguien que diga
“esto pasó” o “así nos lo contaban”…

Quinchía seguirá viva.

Jorge Alberto Uribe Flórez

GLOSARIO AMPLIADO

Términos, expresiones y saberes de la tradición quincheña

A

Abil / Ambil:
Pasta de tabaco utilizada tradicionalmente para curar gusanos en la cabeza o aliviar dolencias.

Aguinaldos:
Juegos tradicionales de diciembre en los que se hacen apuestas simbólicas (dulces, monedas, favores).

Alborotado:
Estado de agitación física o emocional, especialmente después de una noche de fiesta o de relaciones íntimas.

Almádana:
Instrumento de madera usado para mover el café en el proceso de secado.

Ánima:
Espíritu de un difunto que no ha encontrado descanso y permanece entre los vivos.

Arracachas (sacar arracachas):
Juego o castigo donde se tumba o derriba a alguien con fuerza, generalmente en medio de risas.

B

Balineras (carros de balineras):
Vehículos artesanales hechos de madera y rodamientos, usados para carreras en calles inclinadas.

Bareque:
Construcción tradicional hecha con barro, madera y caña.

Birutiar:
Pulir o limpiar pisos de madera restregando con costales o trapos.

Boliar capacho:
Acción de restregar el piso con costales para sacarle brillo.

Bulto:
Saco grande utilizado para transportar café u otros productos.

C

Caballito de palo:
Juguete hecho con un palo y una cabeza improvisada, usado para simular cabalgar.

Cachiporro:
Liberal armado durante la época de la violencia bipartidista.

Caperuza:
Lámpara de petróleo usada antes de la electricidad.

Casetica:
Pequeño puesto de venta informal.

Chance:
Juego de apuestas popular basado en números.

Chancleta voladora:
Expresión que alude al castigo físico con sandalia lanzada por la madre.

Chuzo / Chuzón:
Herida causada con objeto punzante.

Coger la lleva:
Ser el encargado de perseguir en un juego infantil.

Costaladas:
Golpes o caídas mientras se trabaja o juega con costales.

Cucli cucli:
Juego infantil donde uno debe esconderse rápidamente.

D

Dar y no recibir:
Juego donde se golpean las manos intentando no ser alcanzado.

Despulpadora:
Máquina manual para quitar la pulpa del café.

E

Encostalados:
Juego en el que se corre saltando dentro de costales.

Enfriar el cuerpo:
Creencia según la cual se debe esperar después de relaciones sexuales antes de realizar ciertas actividades.

F

Farallones:
Formaciones montañosas altas y escarpadas.

Fonomímica:
Imitación de canciones sin cantar.

Fogón:
Cocina tradicional de leña.

G

Gallinita ciega:
Juego infantil con los ojos vendados.

Guaquero:
Persona que busca objetos antiguos enterrados.

Guarapo:
Jugo de caña de azúcar.

Gusanos en la cabeza:
Larvas o infecciones tratadas con remedios caseros.

H

Halar el lazo:
Juego de fuerza entre dos equipos.

Hijo de crianza:
Niño criado por una familia sin ser biológicamente suyo.

J

Jalar bestias:
Guiar animales para trabajo en trapiches o transporte.

K

Kiosco:
Puesto pequeño de venta de alimentos o productos.

Kumis:
Bebida láctea fermentada.

L

La lleva:
Juego de persecución.

Letrina:
Baño rudimentario en hueco profundo.

Luz de cucuyo:
Luz débil, comparada con la de luciérnagas.

M

Malacate:
Sistema de polea para sacar agua.

Monte:
Espacio natural cargado de significado espiritual.

Muchacho alborotado:
Joven inquieto o excitado.

N

Nigüas:
Parásitos que se alojan en la piel.

O

Obleas:
Dulce hecho con dos láminas delgadas y relleno.

Ojeado:
Afectado por mal de ojo.

Ordeñar:
Sacar leche de la vaca.

P

Pañuelo (juego):
Juego de velocidad y reacción.

Pela / dar pela:
Castigo físico.

Petróleo:
Combustible usado en lámparas.

Pintadito:
Café con leche.

Pirinola:
Juguete giratorio con instrucciones.

Ponchado:
Juego con pelota para eliminar jugadores.

Pollito inglés:
Juego de inmovilidad.

Q

Quebrada:
Corriente de agua pequeña.

R

Radionovela:
Programa radial dramatizado.

Rejo:
Correa para castigo.

Rezandera:
Mujer que cura con oraciones.

S

Sereno:
Humedad nocturna considerada dañina.

Sobandero:
Persona que cura con masajes.

Stop:
Juego de categorías (países, colores, etc.).

T

Tapas / chapas:
Fichas de juego hechas con tapas de botella.

Telégrafo:
Sistema antiguo de mensajes.

Tertulia:
Reunión para conversar.

Trompo:
Juguete de madera giratorio.

V

Ventosas:
Terapia con succión mediante calor.

Viento (mal viento):
Creencia sobre enfermedades causadas por energías o corrientes de aire.

Viento mal cruzado:
Dolencia atribuida a exposición al frío o energías.

Y

Yermis:
Juego con tapas y pelota.

EXPRESIONES POPULARES

“Después del goce, viene el juicio”
Advertencia sobre consecuencias tras el placer.

“Cuerpo caliente no toca…”
Creencia sobre el riesgo de interactuar con elementos tras relaciones íntimas.

“Cuando el río suena, piedras lleva”
Indica que un rumor tiene fundamento.

“El que no enfría su alma…”
Referencia a consecuencias espirituales.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Jorge Alberto Uribe Flórez es un cronista, investigador y defensor de la memoria histórica y cultural del municipio de Quinchía, Risaralda. Su trabajo ha estado profundamente ligado a la recuperación de relatos, tradiciones orales, creencias populares y experiencias de vida que constituyen el patrimonio inmaterial de su pueblo, en una labor que combina el rigor del testimonio con la sensibilidad de quien ha vivido y sentido cada historia.

Convencido de que la memoria es el alma de los pueblos, ha dedicado gran parte de su vida a rescatar aquello que el tiempo, la modernidad y el olvido han ido borrando. Sus escritos se han convertido en un referente local, siendo utilizados en procesos académicos, tesis de grado y espacios educativos, especialmente en cátedras de paz y memoria histórica, donde su voz aporta contexto, identidad y reflexión.

En el ámbito público, ha sido protagonista de la vida política y administrativa de Quinchía, desempeñándose como Alcalde Popular del municipio en dos oportunidades. Actualmente es concejal y ha ejercido como presidente del Concejo Municipal, desde donde ha impulsado iniciativas en favor del desarrollo social, cultural y comunitario. Su formación como profesional en Administración Pública ha fortalecido su visión integral del territorio y su compromiso con lo público.

Además, se ha consolidado como un referente en redes sociales en torno al acontecer del municipio, utilizando estos espacios como herramientas para informar, reflexionar y mantener viva la conversación sobre la realidad quincheña.

Entre sus obras más destacadas se encuentran:
• Relatos de mi pueblo
• Quinchía: el génesis de los dioses y el pacto eterno
• Quinchía: el renacer de un pueblo

Con “Quinchía: Memoria Viva”, el autor reafirma su compromiso con la historia, la identidad y las generaciones futuras, dejando un testimonio escrito que recoge no solo lo que fue, sino también lo que sigue siendo un pueblo que se resiste al olvido.

Donde la memoria no se apaga

Dicen que los pueblos no mueren mientras alguien los recuerde.
Y Quinchía… Quinchía no es un lugar que se olvida.

Queda sembrado en la voz de los viejos que aún cuentan, sin prisa, lo que otros quisieron borrar. Vive en las manos callosas que recogieron café bajo el sol y bajo la lluvia, y también bajo el miedo. Se esconde en los caminos de piedra donde alguna vez pasaron risas, rezos, carreras de niños… y también silencios que pesaban más que la noche.

Este libro no es solo un recorrido por el pasado.
Es un regreso.

Un regreso a las leyendas que parecían cuentos, pero que llevaban verdades ocultas. A las crónicas que no se escribieron en papel, sino en la memoria viva de la gente. A los saberes que no están en las escuelas, pero que sostuvieron la vida cuando todo parecía perdido.

Aquí habita la historia…
pero no una historia quieta, sino una que respira.

Una historia que conoce la violencia, que ha sentido el desgarro de los años duros, de los nombres que se fueron quedando en las esquinas del recuerdo. Pero también una historia que no se rindió, que siguió andando, que aprendió a levantarse con la misma terquedad de la montaña.

Porque Quinchía ha sido herida, sí…
pero nunca vencida.

Entre el pasado y el presente se teje un hilo invisible que une generaciones. Un hilo hecho de palabras, de gestos, de miradas. De todo aquello que no aparece en los archivos, pero que define lo que somos.

Y tal vez, al final, eso es la memoria:
no lo que quedó atrás,
sino lo que seguimos siendo.

Este libro cierra sus páginas, pero no su camino.
Porque cada lector que lo abre, vuelve a encender una luz.
Cada historia compartida es una forma de resistencia.
Cada recuerdo contado es una manera de decir: aquí estamos.

Quinchía no es solo tierra.
Es voz.

Es herencia.
Es latido.

Y mientras alguien pronuncie su nombre, mientras alguien camine sus calles con la memoria despierta, mientras alguien se atreva a contar su historia…

Quinchía seguirá siendo memoria viva.

Este libro no es solo una recopilación de relatos, leyendas y memorias; es un homegajé a *Quinchia*, a su gente y a sus historias que ăuń palphań en los rincones măs profundos del alma. Entre espantos que recorrén caminos de teera, antig, uas leyendas indigenas que brotan desde la pie-dra, recuerdas de la violereto y la resisiencto, y fragmentos vivos de vida cotidiana, Jorge Alberto Uribe Flórez nos lieva de la mano por el coraž-ón de un pueblo que respiră en cada păgina.

JORGE ALBERTO URIBE FLÖREZ
(*Quinchia, Risaralda*)
Narrador por pasion.
Cronista de las memorias y
las leyendas de su pueblo:

ISBN 979-8-9927341-0-2
9 7899788 81334192